

Traductor:
Ferindrad
Autor:
Natsu Hyuuga
Ilustrador:
Touko Shino

2

The Apothecary Diaries



El Diario de la Apotecaria

Introducción

¡Ella Está en el Caso!

El Diario de la Apotecaria: la sencilla historia de una joven, catadora de alimentos en un palacio medieval, capaz de resolver los misterios más desconcertantes. A la gente le encantó, y así llega este segundo volumen.

En el último volumen, nuestra heroína, Maomao, fue despedida del servicio en el palacio posterior. Ahora, sin embargo, encuentra un nuevo lugar al que pertenecer y vuelve a resolver casos. Aumentamos la emoción y el grado de tsundere de Maomao en un 300%.

Por no hablar de su relación con el guapísimo eunuco Jinshi, del que, bueno, digamos que pasarás las páginas de este esperado segundo acto tan rápido como puedas.

*El
Diario de la
Apotecaria*

2

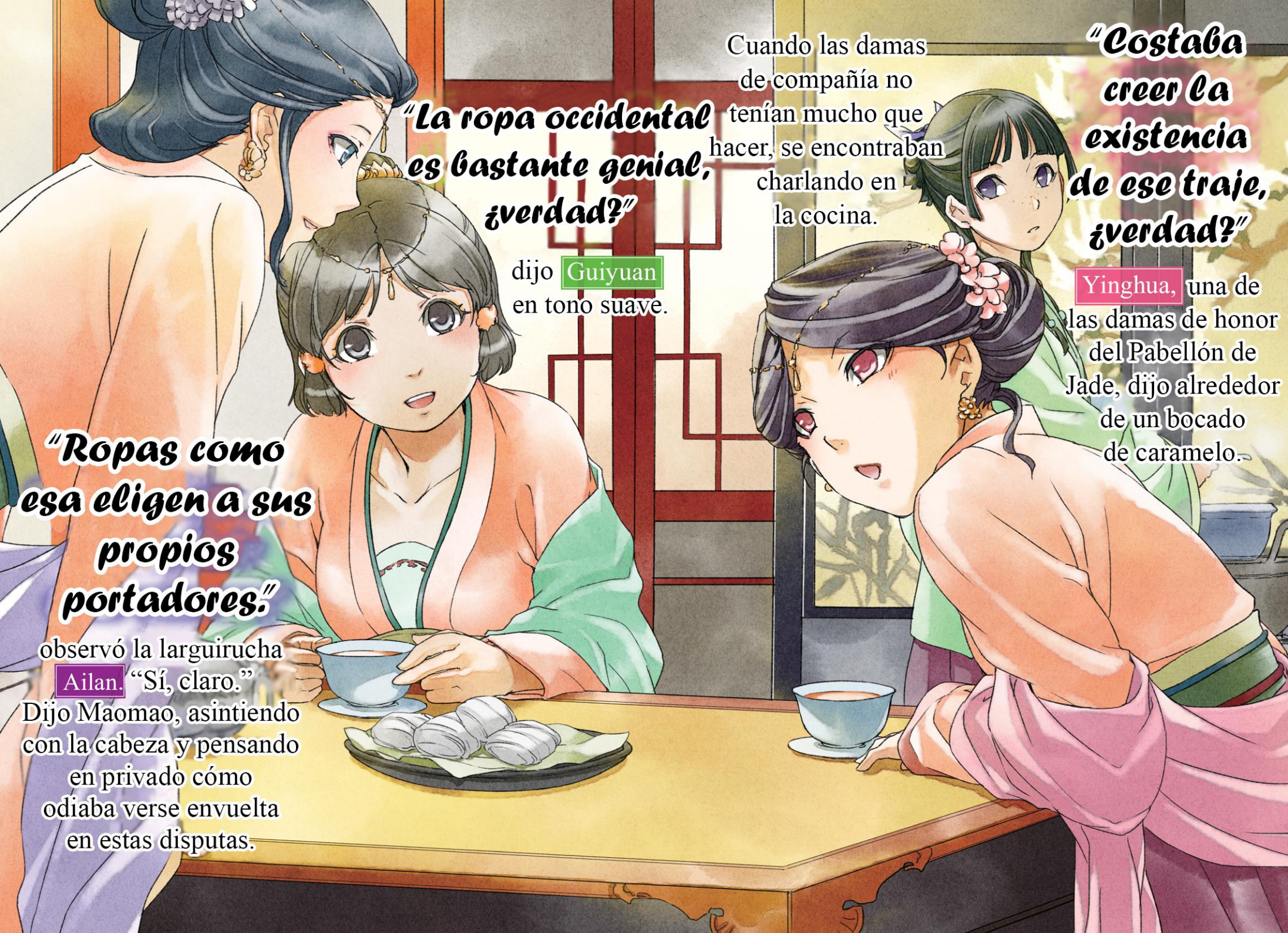
Ilustraciones
Touko Shino

Autor
Natsu Hyuuga

Traductor
Ferindrad

*"Ahorra todo el
dinero que puedas."*

Meimei envió a Maomao
con un gran fardo repleto
de ropa y cosméticos.



**"La ropa occidental
es bastante genial,
¿verdad?"**

dijo **Guiyuan**
en tono suave.

Cuando las damas
de compañía no
tenían mucho que
hacer, se encontraban
charlando en
la cocina.

**"Costaba
creer la
existencia
de ese traje,
¿verdad?"**

Yinghua, una de
las damas de honor
del Pabellón de
Jade, dijo alrededor
de un bocado
de caramelo.

**"Ropas como
esa eligen a sus
propios
portadores."**

observó la larguirucha

Ailan. "Sí, claro."

Dijo Maomao, asintiendo
con la cabeza y pensando
en privado cómo
odiaba verse envuelta
en estas disputas.



Finalmente, la última de las augustas damas. Un rostro que Maomao no había visto antes. La joven que había sustituido a una de las antiguas altas consortes tenía más o menos la edad de Maomao. Era **Loulan**, la nueva Consorte Pura.

La
Consorte Lishu
exudaba el mismo
ligero aire de
nerviosismo
de siempre.



La
Consorte Lihua
observaba
plácidamente a
Maomao.

**"Mis cordiales saludos a
ustedes, honorables damas.
Yo, Maomao, me presento
humildemente ante su
presencia como su
instructora!"**

La
Consorte Gyokuyou
estaba tan encantadora
como siempre.

Maomao se
paró en el
centro de
la sala,
luego inclinó
lentamente la
cabeza.



Enfundada en aquel precioso vestido, recordaba los primeros pasos del baile que le habían enseñado hacía tanto tiempo. Esta noche se había soltado el cabello, adornándolo con una sola rosa, una pequeña flor teñida de azul. El pañuelo bailó, la falda se levantó al compás; las mangas y el cabello se agitaron juntos. La bufanda volvió a ondear—

**"Ella
no dijo
nada."**

"Él no dijo nada."

—y entonces Maomao se encontró mirando directamente a un compañero muy inoportuno.

Prólogo

“¿Hablas en serio?” Preguntó Jinshi. Frente a él, un hombre reclinado en un sofá. Un gobernante de mediana edad con una barba prodigiosa, que ahora asentía lentamente.

Estaban en un pabellón particular de la corte exterior. Pequeño, pero con excelente visibilidad; un ratón no habría podido meterse sin que lo vieran. El soberano se recostó en su diván adornado de marfil y sirvió vino de uva en una vasija de cristal. Aunque estaba sentado con el personaje más augusto de la nación, Jinshi también había estado muy a gusto. Al menos, hasta hacía un momento.

El Emperador se acarició la barba y sonrió. ¿Sería descortés por parte de Jinshi sugerir que no le gustaba? Pero la barba le quedaba muy bien a Su Majestad. Jinshi no podía ganarle en el departamento de vello facial.



“Entonces, ¿qué vas a hacer ahora, oh jardinero de nuestro jardín de hermosas flores?”

Poco dispuesto a morder el anzuelo de Su Majestad, Jinshi contuvo una sonrisa irónica, ofreciendo en su lugar una como la de una ninfa celestial, una expresión que podría haber derretido cualquier corazón que hubiera elegido. Puede que no sonara muy humilde, pero Jinshi confiaba en su propia apariencia.

Qué gran ironía, entonces, que la única cosa que realmente quería, no pudiera conseguirla. Por mucho que se esforzara, sus aptitudes no pasaban de lo ordinario. Sin embargo, por fuera, aunque sólo fuera en eso, era absolutamente excepcional.

Siempre le había molestado, pero había llegado a aceptarlo. Si su inteligencia y su destreza física iban a ser irremediabilmente mediocres, haría todo lo posible con la única ventaja que poseía. Así llegó a ser el magnífico supervisor del palacio posterior. Su aspecto, su voz, parecían demasiado dulces para ser los de cualquier hombre, y los emplearía al máximo.

“Lo que usted desee, señor.” Jinshi, con una sonrisa a la vez grácil y decidida, se inclinó ante el Emperador.

El Emperador dio un sorbo a su vino y sonrió de un modo que invitaba a Jinshi a hacer lo peor. Jinshi sabía muy bien que no era más que un niño. Un niño bailando en la gran palma del Emperador. Pero lo haría. Oh sí, lo haría. Complacería incluso los deseos más

escandalosos de Su Majestad. Ese era el deber de Jinshi, así como su apuesta con el Emperador.

Tenía que ganar esa apuesta. Era la única manera de que Jinshi pudiera elegir su propio camino. Tal vez existieran otros caminos. Pero un hombre de inteligencia ordinaria como Jinshi no podía imaginarlos.

Así había elegido el camino que ahora seguía.

Jinshi se llevó la copa a los labios y sintió cómo el dulce vino de frutas le mojaba la garganta, sin que la sonrisa celestial se le borrara de la cara.



“Aquí tienes. Toma esto, y esto—oh, y necesitarás uno de estos.”

Maomao hizo una mueca de dolor ante todo lo que salía volando hacia ella. La que lanzaba colorete, polvos blanqueadores y ropa en su dirección era la cortesana Meimei. Estaban en su habitación de la Casa Verdigris.

“Hermana, no necesito nada de esto.” Dijo Maomao, tomando los cosméticos uno a uno y devolviéndolos a sus distintas estanterías.

“Como si no te divirtieras.” Dijo Meimei, exasperada. “Todas las demás allí van a tener cosas aún mejores que esto. Lo menos que podrías hacer es intentar parecer decente.”

“Sólo las cortesanas se arreglan así para ir a trabajar.”

Maomao acababa de echar un vistazo a un lado, deseando en privado poder ir a mezclar las hierbas que había recogido el día anterior, cuando un manojo de tiras de madera para escribir salió volando hacia ella. Su estimada hermana mayor era solícita, pero a veces malhumorada. “Por fin consigues un trabajo que vale la pena, ¿y ni siquiera intentas actuar como si fueras de allí? Escucha, el mundo está lleno de gente que *mataría* por estar en tu lugar. Si no estás agradecida por lo que tienes, la clientela que tanto te ha costado conseguir te abandonará.”

“Oh, muy bien...” Dijo Maomao. Ya sea administrada por la señora o por Meimei, la educación en la Casa Verdigris podía ser un poco dura. Pero había verdad en lo que ella decía.

Maomao tomó la tablilla con un poco de hosquedad. La madera estaba oscura donde se había escrito y luego borrado una y otra vez; actualmente, llevaba la letra de una canción, escrita con mano delicada. Meimei era lo bastante mayor como para estar pensando en retirarse del trabajo de cortesana, pero su inteligencia hizo que su popularidad siguiera floreciendo. Podía escribir canciones, jugar al Go y al Shogi, y así entretener a su clientela. Era una de esas cortesanas que no vendían tanto su cuerpo como sus logros.

“Ahora tienes un trabajo de primera. Ahorra todo el dinero que puedas.” La mujer de las tiras de madera de hace un momento había desaparecido, sustituida por la dulce y cariñosa hermana mayor de

Maomao. Acarició la mejilla de Maomao con una mano cuidada y se colocó un mechón de cabello suelto detrás de la oreja.

Diez meses antes, Maomao había sido secuestrada y vendida para trabajar como criada en el palacio posterior. Ni en sus sueños más salvajes había imaginado que, tras lograr regresar al distrito del placer, volvería a trabajar allí. A los que la rodeaban les debió parecer una oportunidad única en la vida. De ahí la mirada severa de Meimei.

“Sí, hermana.” Dijo obedientemente Maomao al cabo de un momento, y Meimei esbozó su elegante sonrisa de cortesana.

“Espero que ganes algo más que dinero. También consíguete un buen hombre, ¿eh? Debe de haber muchos repletos de dinero. Ah, y me encantaría que trajeras a unos cuantos para que fueran mis clientes.” Esta vez la sonrisa no era tan amable, sino que tenía un claro componente de frío cálculo. Su risueña hermana mayor se parecía un poco a la vieja señora que regentaba el local, reflexionó Maomao. Una chica tenía que cuidar de sí misma para sobrevivir en este tipo de trabajo.

Al final, Maomao tuvo que seguir su camino con un gran fardo repleto de ropa y cosméticos. Regresó a su sencilla casa tropezando con la carga.

Aún estaba fresco en su memoria el día en que el hermoso noble apareció en el distrito del placer, dos semanas después de la partida de

Maomao del palacio posterior. El eunuco, con sus inclinaciones tan particulares, había escuchado —afortunadamente— las palabras que Maomao había pronunciado medio en broma y se las había tomado en serio. Se había enfrentado a la madame con dinero más que suficiente para cubrir las deudas de Maomao e incluso había tenido la decencia de traer una rara hierba medicinal como regalo. No había tardado ni treinta minutos en sellar el contrato.

Así pues, Maomao iba a reanudar su empleo en el más renombrado de los lugares de trabajo. Era algo reacia a dejar de nuevo a su padre para irse a vivir a su lugar de trabajo, pero las condiciones impuestas por su nuevo contrato eran, por lo que ella podía ver, mucho más indulgentes que antes. Además, esta vez no desaparecería sin dejar rastro. Su padre le había dicho con una sonrisa amable que hiciera lo que quisiera, pero su rostro se había ensombrecido brevemente al mirar su contrato. ¿Qué significaba eso?

“Parece que han sido muy generosos.” Comentó el padre de Maomao, con una gran olla de hierbas medicinales hirviendo cerca. Maomao dejó por fin el fardo cubierto de tela y estiró los hombros. Su destartalada casa tenía tantas corrientes de aire que hacía frío incluso con la chimenea encendida, y tanto ella como su padre llevaban varias capas de ropa. Lo sorprendió frotándose la rodilla, señal inequívoca de que le dolía la vieja herida.

“No puedo llevarme mucho.” Dijo Maomao, mirando el cargamento que ya ha preparado. *El mortero y la maja son imprescindibles, y no puedo prescindir de mi cuaderno. Y me da un poco de miedo deshacerme de más ropa interior...*

Mientras Maomao fruncía el ceño y refunfuñaba, su padre retiró la olla del fuego y se acercó. “Mi Maomao, no estoy tan seguro de que puedas llevar esto contigo.” Dijo, y sacó el mortero y el pilón de su manojo, ganándose una mirada fulminante. “No eres médico. Trata de llevar esto y pensarán que planeas envenenar a alguien. Vamos, no me mires así. Tomaste esta decisión, y no puedes retractarte ahora.”

“¿Estamos seguros de eso?” Maomao se desplomó sobre el suelo de tierra. Su padre dedujo de un vistazo lo que realmente intentaba decir.

“Muy bien, termina tus preparativos y luego vete a la cama. Puedes pedirles que te dejen tus herramientas, con tiempo. Sería grosero que no estes concentrada en tu trabajo, al menos el primer día.”

“Sí, está bien...” Maomao devolvió a regañadientes los utensilios del boticario a la estantería y, a continuación, escogió algunos de los regalos de despedida más útiles que había recibido y los metió en su paquete. Frunció el ceño ante los polvos blanqueadores y la concha llena de colorete, pero al final incluyó este último, que no ocupaba demasiado espacio. Entre los regalos había una excelente chaqueta de algodón acolchado. Tal vez habían aprovechado la oportunidad para

endilgarle algo que algún cliente había olvidado; desde luego, no parecía nada que pudiera llevar una cortesana.

Maomao vio cómo su padre guardaba la olla y echaba leña al fuego. Luego se acercó cojeando a su cama, una simple estera de juncos, y se tumbó. Su ropa de cama consistía sólo en otra estera y una pobre túnica.

“Cuando termines, apagaré la luz.” Dijo, acercando la lámpara de aceite de pescado. Maomao recogió el resto de sus cosas y fue a meterse en la cama, al otro lado de la habitación. Pero una idea le sorprendió y arrastró su colchoneta hacia la de su padre.

“Bueno, vaya, ha pasado un tiempo desde que hiciste eso. Pensé que ya no eras una niña.”

“No, pero *tengo* frío.” ¿Era demasiado obvia la forma en que Maomao apartaba los ojos? Recordaba que tenía unos diez años cuando empezó a dormir sola. Habían pasado años. Metió la nueva chaqueta de algodón entre su padre y ella y dejó que se le cerraran los ojos. Se giró hacia un lado y dobló la espalda, adoptando una posición fetal.

“Ah, volverá a ser solitario por aquí.” Dijo su padre con calma.

“No tiene por qué. Esta vez puedo volver a casa cuando quiera.” El tono de Maomao era corto, pero no pudo evitar notar el calor del brazo de su padre contra su espalda.

“Sí, por supuesto. Vuelve cuando quieras.” Una mano le alborotó el cabello. Padre, le llamaba ella, papá, pero su aspecto era más parecido al de un anciano, y todos coincidían en que sus modales eran maternos.

Maomao no tenía madre. No como tal. Pero tenía a su padre, que cuidaba de ella, y a la quejumbrosa anciana, y a sus eternamente vivaces hermanas mayores.

Y puedo volver a verlos cuando quiera. Podía sentir el calor de la mano de su padre, marchita como una rama vieja, que seguía acariciándole el cabello mientras su respiración se acompasaba al ritmo constante y uniforme del sueño.

Capítulo 1:

Sirviendo en la corte exterior

“Tenía la clara impresión de que volvería al palacio posterior.” Maomao se encontró vestida con un traje de algodón. Cuando recordó el tosco vestido de cáñamo que le habían asignado como criada en el palacio posterior, le pareció terriblemente suntuoso.

“Me temo que te dejaron ir. No puedes volver sin más. No, aquí es donde trabajarás a partir de ahora.” El ayudante de Jinshi, Gaoshun, le estaba enseñando el palacio y los nombres de los edificios y las oficinas que había en ellos. Dado el tamaño del palacio, la visita iba a ser vertiginosa.

El palacio posterior formaba parte del patio interior, donde residía la familia imperial. Sin embargo, su actual lugar de trabajo, sería la corte exterior. En resumen, en el mismo lugar que todos los funcionarios que trabajaban en todos los órganos administrativos.

“Al este de aquí encontrarás muchos soldados y militares, así que te sugiero que te mantengas alejada.”

Maomao asintió mientras observaba la vegetación cercana. *Lo sabía. En el palacio posterior crecen muchos más ingredientes.* Sospechaba que había sido su padre, Luomen, quien había plantado la gran variedad de hierbas útiles durante su estancia en el lugar. Eso

explicaría la profusión de plantas medicinales en un espacio por lo demás limitado.

Mientras caminaban, Gaoshun explicando esto, aquello y lo otro, Maomao sintió un peculiar cosquilleo a lo largo del cuello. Echó un vistazo a sus espaldas y descubrió que algunas de las mujeres que servían en la corte exterior la miraban. O mejor dicho, la veían con odio.

Al igual que entre los hombres hay cosas que sólo entienden otros hombres, hay ciertas cosas para las que sólo las mujeres tienen un sentido común. Los hombres tienden a resolver sus diferencias físicamente, mientras que las mujeres suelen recurrir a medios emocionales. Estas mujeres parecen hacer balance de la recién llegada.

Esto no me gusta nada, pensó Maomao. Les sacó la lengua a las otras mujeres y se escabulló tras Gaoshun hacia el siguiente edificio.

Resultó que las tareas de Maomao en la corte exterior serían muy parecidas a las que había desempeñado en el palacio posterior: limpiar las habitaciones que se le encomendara y realizar pequeños trabajos cuando y como se le indicara. Supuso que Jinshi tenía planes más ambiciosos para ella, pero nunca tuvo la oportunidad de ponerlos en práctica: Maomao no superó la prueba.

“¿Cómo has podido fallar?!”

¿Por qué debería haber aprobado?

Jinshi y Gaoshun se habían quedado atónitos. Al parecer, habían dado por sentado que Maomao tendría éxito. Criada en el barrio rojo, Maomao sabía leer y escribir, y había recibido al menos una educación básica en canto y erhu. La prueba en cuestión no era tan difícil como las oposiciones, por lo que parecían haber supuesto que, con un poco de estudio, aprobaría sin problemas.

Vaya, perdónenme por no estar a la altura de sus expectativas, pensó Maomao mientras limpiaba con rabia el marco de una ventana. Estaba en el pasillo del despacho de Jinshi. La arquitectura era más sencilla que la del palacio posterior, aunque el edificio era quizá un poco más alto. Las paredes lacadas en bermellón eran de un rojo brillante, evidentemente renovado cada año.

La verdad era que a Maomao no le gustaba estudiar, y probablemente era menos hábil que la media para recordar cosas que no le interesaban. Los fármacos, las hierbas y las medicinas eran una cosa, pero ¿por qué iba alguien a molestarse en aprender historia? ¿De qué les serviría? Y en cuanto a la ley, cambiaba constantemente. ¿Qué sentido tenía memorizarla? Maomao, por desgracia, era incapaz de invertir mucho esfuerzo en esa dirección. Era natural que suspendiera el examen.

Al menos había abierto los materiales que le habían dado para estudiar con toda la intención de leerlos, pero lo siguiente que supo es que ya era de día. Esto ocurrió varias veces seguidas. Así que Maomao

se consoló pensando que el resultado había sido inevitable. Asintió a su propia conclusión.

No esperaba que este lugar estuviera tan sucio.

Por un lado, un espacio tan grande tenía muchos puntos de difícil acceso y fáciles de pasar por alto, pero por otro, Maomao no *dejó* de sospechar que podría haber habido un poco de holgazanería. Las mujeres que servían aquí se ganaban su puesto mediante la prueba, muy al contrario que las criadas reclutadas, vendidas o robadas para servir en el palacio posterior. Las mujeres de aquí tenían familia y estudios, y el orgullo que los acompañaba. Probablemente consideraban que el trabajo de las criadas estaba por debajo de ellas. Incluso si notaban algo de polvo, era poco probable que movieran un dedo para hacer algo al respecto.

Para ser justos, no es su trabajo, pensó.

Las damas de la corte exterior eran algo así como secretarias. Desde luego, la limpieza no formaba parte de sus ocupaciones, y no había necesidad de que lo hicieran. Pero eso no significaba que no debieran hacerlo. El gobierno había dejado de tener esclavos durante la época del antiguo emperador, y los burócratas empezaron a contratar criados y criadas para realizar tareas ocasionales.

Maomao era ahora esa clase de criada, sirviendo directamente bajo Jinshi.

Según la experiencia de Maomao, a las mujeres que servían en el palacio posterior se las llamaba mujeres de palacio, mientras que a las que trabajaban en la corte exterior se las solía llamar damas de la corte. Podía o no estar exactamente en lo cierto, pero era una distinción que Jinshi y otros como él parecían observar cuando hablaban.

Muy bien, ¿qué sigue? Se volvió hacia el despacho de Jinshi. La habitación era grande pero no lujosa; de hecho, era bastante sobria. Su principal ocupante era un hombre ocupado; una vez que salía de su despacho, rara vez regresaba a él con rapidez. Eso facilitaba la limpieza a Maomao, pero había un problema.

“Perdone, pero ¿exactamente qué cree que está haciendo?”

Se dio cuenta de que varias mujeres desconocidas la rodeaban. Todas eran más grandes que Maomao; una de ellas era una cabeza más alta que ella.

Cuanto mejor comen, más crecen, pensó Maomao, y su mirada se fijó inconscientemente tanto en la estatura de las chicas como en sus pechos. La que le había hablado era notablemente alta, lo que implicaba una educación excelente.

“¿Me estás escuchando?” Preguntó la mujer mientras Maomao se entretenía con estos pensamientos un tanto desagradables.

En una palabra, las damas estaban molestas porque Maomao servía personalmente a Jinshi; querían saber por qué ella había recibido tal privilegio. Por desgracia, ella no estaba al tanto del funcionamiento

interno de la mente de Jinshi; sólo sabía que él la había contratado. Si Maomao hubiera sido una dama extranjera con buenos contactos como Gyokuyou, o si hubiera sido tan atractiva como Lihua o tan sexy como Pairin, nadie se habría opuesto, ni habría tenido motivos para hacerlo. Pero Maomao no parecía más que una gallina escuálida y despanzurrada. Las chicas no lo soportaban. Les volvía locas ver a Maomao al lado del guapísimo eunuco; habrían dado cualquier cosa por cambiarse por ella.

Hrm, pensó Maomao, *¿ahora qué hago?* No era la persona que hablaba más rápido del mundo; de hecho, a menudo se lo pensaba mucho, pero al final se callaba. Pero el silencio parecía irritar a aquellas damas tanto como cualquier cosa que Maomao pudiera decir.

Decidió ir al grano. “¿Entiendo bien que lo que dices es que estás celosa de mí?” Fue más que suficiente para enfadar a las damas. Sólo después de haber recibido una bofetada en la mejilla, Maomao empezó a reflexionar que tal vez había elegido las palabras equivocadas.

Había cinco mujeres a su alrededor, y Maomao esperaba evitar que la mataran en el acto. Pero la empujaron inexorablemente hacia un rincón oscuro del pasillo. No tenía mucho que perder a estas alturas, así que Maomao decidió ver si podía salirse con la suya hablando. “¿No pensarán que estoy recibiendo un trato especial?”

Los rostros de las damas se distorsionaron aún más. Maomao siguió hablando antes de sufrir otro golpe. “Eso es absurdo, y todas lo sabemos. ¿Qué podría tener que ver una moza desagradable como yo

con una que bien podría ser una de las ninfas celestiales encarnadas?” Miró al suelo mientras hablaba, pero no pasó desapercibido el leve temblor de las mejillas de las damas. *Esto podría funcionar*, pensó. “¿Es este noble hombre que tanto desean una persona de tan mal gusto? Cuando se le ofrece abulón y carne de jabalí, ¿quién querría roer deliberadamente un hueso de pollo? Habría que tener inclinaciones muy específicas.”

Estas últimas palabras provocaron otro estremecimiento en las mujeres.

“Personalmente no lo sabría, pero ¿crees que alguien de tal belleza, con su sonrisa etérea, poseería tales proclividades? Ya veo, así que sus *inclinaciones* son...”

“¡N-Nada de eso! ¡Eso es ridículo!”

“¡Sí, ridículo!”

Se produjo un alboroto general entre las mujeres. Maomao pensó que había escapado por los pelos, pero una de las damas la observaba con escepticismo. “Sin embargo, nada de eso cambia el hecho de que te hayan contratado, ¿no es cierto?” Dijo la mujer, relativamente tranquila. Era la más alta de todas y tenía un rostro frío y sereno. Ahora que Maomao lo pensaba, se daba cuenta de que esta mujer había permanecido distante durante toda la discusión anterior. Al igual que las otras mujeres, había dado medio paso atrás, pero seguía observando a Maomao con atención. Parecía el tipo de persona que podría seguir a una turba sólo para ver adónde iba, aunque sin formar parte de ella.

Bueno, si eso no es suficiente para desanimarlas..., pensó Maomao, y luego dijo: “Esta es la razón.” Levantó el brazo izquierdo y se bajó la manga. Luego empezó a desenvolver la venda que iba desde la muñeca hasta el codo.

“¡Eek!” Gritó una de las mujeres, y todas la miraron, boquiabiertas. Cruelles cicatrices cubrían la piel de Maomao.

Esos experimentos con quemaduras que hice hace poco también dejaron algunas buenas y desagradables cicatrices, pensó Maomao. Las jóvenes aristócratas debían de estar asqueadas.

“El corazón de ese hermosísimo objeto de sus afectos es tan celestial y puro como su sonrisa. Puedo dar fe de ello, pues ha dado comida y alojamiento incluso a alguien como yo.” Maomao volvió a envolver la venda mientras hablaba. Se cuidó de acentuar sus comentarios con una recatada mirada al suelo y un suave temblor de su cuerpo.

“Vámonos de aquí.” Dijo una de las mujeres. Aliviadas de todo interés por Maomao, se marcharon de inmediato. La alta le devolvió la mirada, pero pronto también se marchó.

Ya está. Por fin se acabó, pensó Maomao. Se crujió las articulaciones del cuello y volvió a tomar el trapo. Justo cuando estaba a punto de ir a buscar el siguiente lugar que necesitaba limpiar, descubrió a un magnífico eunuco de pie con la cabeza apoyada contra la pared.

“¿Puedo preguntar qué está haciendo, Amo Jinshi?”

“Nada de nada. Y tú, ¿están siempre detrás de ti? ¿Esas tipas? Dime, ¿tenías el brazo izquierdo levantado?”

“No pasa nada. Francamente, dan menos problemas que las chicas del palacio posterior. Por cierto, si puedo preguntar, ¿por qué estás de pie en ese lugar?”

Maomao ignoró la pregunta sobre su brazo. Parecía que Jinshi había sido incapaz de verlo todo desde su posición ventajosa. La postura que había adoptado no era especialmente adecuada para la nobleza, pensó Maomao. A juzgar por la forma en que se sujetaba la cabeza con las manos, Gaoshun, detrás de Jinshi, parecía estar de acuerdo.

“Si no le importa, me ocuparé de mi limpieza, señor.” Con Jinshi de vuelta, no sería posible limpiar la oficina. Tendría que buscar otro lugar que necesitara limpieza. Maomao se fue con su trapo y un cubo, pero desde detrás de ella oyó murmurar a Jinshi: “*Proclividades...*”

No creo haber dicho nada malo, se dijo Maomao. Aunque Jinshi hubiera presenciado los últimos momentos de aquel enfrentamiento, no veía ningún motivo especial para que se enfadara. En lugar de eso, se centró en su limpieza.

No hay mucho por aquí en invierno, ¿verdad?

Sentada con las piernas cruzadas en su habitación, Maomao cruzó los brazos sobre el pecho y gruñó para sus adentros. Durante la tarde, entre trabajo y trabajo, había robado un momento para recolectar algunas hierbas, pero la cosecha era escasa y aún no tenía suficientes para trabajar adecuadamente. No le quedaba más remedio que limpiarlas, quitarles todo el agua que podía y colgarlas en la pared de su habitación para que se secaran. Había estado haciendo esto desde que llegó a la corte exterior, y la habitación de Maomao se había convertido en un espectáculo digno de ver. Había hierbas secándose por todas partes.

Le habían asignado una habitación relativamente bonita para ser las dependencias de una criada, pero no podía obviarse el hecho de que seguía siendo un poco estrecha. En realidad, no era más grande que sus aposentos en el palacio posterior. La diferencia era que en el Pabellón de Jade había podido pedir permiso para usar la cocina y, combinada con la abundancia de recursos disponibles, la elaboración de sus brebajes había sido un asunto sencillo, todo lo cual le había quitado importancia al tamaño de su alojamiento.

¿Qué hacer, qué hacer? Maomao miró el cofre de paulownia que había colocado cuidadosamente sobre su baúl de mimbre. Metida dentro del cofre, que estaba sellado con un cordón de seda, estaba la hierba que crecía de un insecto. Se llamaba dong chong xia cao — gusano de invierno, hierba de verano—, también conocida a veces como hongo oruga, y Jinshi la había traído consigo junto con el dinero

cuando llegó al distrito del placer. El mero hecho de verla había inducido a Maomao a firmar el contrato sin pensárselo dos veces, pero ahora se preguntaba si había bajado demasiado su valor. Sin embargo, nunca habría podido superar su deseo por esta extraña hierba.

Abrió la tapa y miró el hongo que había dentro, y una sonrisa inconsciente se dibujó en su rostro. Se convirtió en una mueca y sus mejillas empezaron a crispase.

No, no, debo parar. El día anterior, había dejado que el tic se convirtiera en una rara carcajada tan grande que sus vecinas de dos habitaciones más allá habían venido aporreando su puerta para protestar. Al parecer, no estaba permitido gritar en mitad de la noche. Por lo visto, la gente intentaba dormir o algo así.

Maomao se presionó las mejillas con los dedos para relajar la sonrisa y se tumbó en la cama. El trabajo de una sirvienta empezaba temprano, incluso antes de que cantara el gallo. Puede que a la persona a la que servía le faltara algo muy importante, pero seguía siendo guapo y de alta alcurnia. No había que disgustarle.

Maomao se introdujo en la delgada sábana con varias capas de ropa exterior que le servían de cama y cerró los ojos.

“¿No es algo pequeña tu habitación actual?” Preguntó el magnífico eunuco durante el desayuno.

Maomao parpadeó y respondió: “Me atrevería a decir que es más que generosa para una sirvienta como yo.” Incluso ella comprendió que apenas podía expresar sus verdaderos sentimientos. (“Sí, es condenadamente pequeña. Si es posible, me gustaría solicitar una habitación con una generosa chimenea, situada junto a un pozo”).

“¿Lo dices en serio?”

Esta vez simplemente no dijo nada.

El eunuco acababa de despertarse y aún no se había arreglado del todo para el día mientras disfrutaba de su desayuno. Su cabello, por lo demás despeinado, estaba sujeto con un simple lazo. Era un poco problemático, por lo escabroso que parecía.

Gaoshun estaba en la habitación junto con Maomao, al igual que una dama de compañía en el primer arrebató de la vejez. Eran los únicos que podían estar aquí, y Maomao entendía por qué. Una mujer podría enloquecer de lujuria ante lo que Maomao estaba viendo en ese momento, e incluso un hombre podría olvidar los límites del género. Esta estimada persona, concluyó, podría ser francamente pecaminosa.

Es como un insecto en celo. Algunos insectos hembra producían exóticos olores para atraer a sus parejas. Una sola hembra podía atraer a docenas o cientos de machos. La propia Maomao se había aprovechado de esta característica para recolectar insectos que necesitaba como ingredientes.

Desde esa perspectiva, la constitución de Jinshi podría considerarse extremadamente interesante. *Si pudiera capturar ese sutil aroma y convertirlo en incienso, seguro que se vendería.* Tal era la mentalidad con la que Maomao consideraba su potencial ingrediente para la poción del amor, es decir, Jinshi. Era un hecho desafortunado que cuando Maomao se concentraba en un pensamiento en particular, algo que no tenía que ver con la situación que tenía entre manos, su atención tendía a desviarse del momento presente. A menudo le impedía seguir las conversaciones que se desarrollaban a su alrededor, una tendencia que se veía agravada por su costumbre de asentir con la cabeza tanto si estaba escuchando como si no.

“Si lo deseas, haré que te preparen una nueva habitación.”

¿Eh?

Jinshi, que parecía desmesuradamente satisfecho de sí mismo, pedía más gachas a Suiren. Era una de las pocas damas de compañía que habían servido a Jinshi. Por su aspecto, Maomao adivinó que pasaba de los cincuenta. El rostro de Suiren permaneció impassible mientras le servía un nuevo tazón de gachas, aderezadas con vinagre negro.

Maomao no había seguido exactamente la conversación, pero Jinshi parecía estar diciendo que estaba dispuesto a darle una habitación más bonita; eso sí lo entendía. Entonces, sin embargo, sus ojos se cruzaron con los de Gaoshun, que volvía a tener la cabeza entre las manos. El siempre cansado ayudante de Jinshi parecía querer

comunicarle algo a Maomao, pero ella sólo enarcó una ceja como respuesta.

Si quieres decirme algo, verbalízalo, pensó. No sé leer la mente. Sin embargo, se abstuvo de decirlo en voz alta, porque sabía que a menudo ella misma no era lo bastante elocuente.

“Tal vez un establo cerca de un pozo.” Ofreció, y ahí estaba: su verdadero deseo estaba al descubierto.

“Un establo.” Repitió Jinshi.

“Sí, señor. Un establo.”

Para ella, aquel era el lugar donde era menos probable que la molestaran mientras preparaba sus brebajes, pero no pudo evitar darse cuenta de que Gaoshun sacudía la cabeza y formaba una enfática X con ambas manos. *Así que el tipo tiene un lado juguetón*, observó Maomao para sí misma.

“Nada de establos.” Dijo Jinshi con rotundidad.

Sí, supongo que tiene sentido, pensó Maomao, pero se limitó a decir: “Por supuesto, señor.”

Después de desayunar, Jinshi salió a trabajar. A menudo estaba en su oficina durante la mañana, y la limpieza de su residencia privada solía recaer en Maomao.

“Me alegro mucho de que hayas venido, querida. Empiezo a sentir mi edad cuando tengo que limpiar todo esto yo sola.” Dijo Suiren, sonriendo abiertamente. Antes de la llegada de Maomao, ella había sido la responsable de todo el gran edificio, pero a los cincuenta, el cuerpo de una persona empezaba a resentirse. “No eres la primera chica nueva que tenemos aquí, debo añadir. Pero, bueno, ya sabes. Las cosas pasan, y ninguna se ha quedado. Creo que estarás bien en ese aspecto, Xiaomao.” La alegre dama de compañía parecía haber captado el apodo de Gaoshun para Maomao.

Además de ser muy habladora, la gran experiencia de Suiren la había convertido también en una trabajadora rápida, y sus manos nunca paraban de moverse. Pulió unos recipientes de plata para comer en un abrir y cerrar de ojos. A continuación limpió el dormitorio. Maomao fue a detenerla (obviamente, todo esto era trabajo de criada), pero Suiren se limitó a decir: “Bueno, pero entonces nunca tendríamos tiempo para nuestras tareas de la tarde.”

Ahí lo tenían. Parecía que Suiren se había hecho la única responsable de la limpieza de las habitaciones desde algunos errores con las criadas y damas de compañía anteriores.

¿Incidentes de robo, tal vez? Pensó Maomao. Y probablemente no sólo de dinero, supuso; podía imaginar fácilmente otros objetivos de esa actividad.

Según Suiren, las cosas no sólo desaparecían; a veces descubría que de repente tenían *más* posesiones que antes. “Cualquiera se enfadaría

al encontrar ropa interior que no reconoce en el tocador.” Dijo. De cabello humano, por cierto. Y con un nombre cuidadosamente bordado. A Maomao se le puso la carne de gallina. No era exactamente la explicación que esperaba. “Debe de haber sido muy difícil, señora.”

“¡Te digo que estaba traumatizada!”

Mientras Maomao pulía laboriosamente otro marco de la ventana, reflexionaba sobre cómo sería mejor la vida si aquel eunuco llevara una máscara cada vez que salía.

Terminaron de limpiar los aposentos privados de Jinshi y tomaron una comida tardía. Lo siguiente sería su despacho. Esto era, en principio, más fácil que limpiar sus aposentos personales porque la habitación en sí era menos elaborada. Pero como no podían ser vistas limpiando y abrigando por nadie demasiado importante, requería cierto grado de discreción.

¿Qué haré hoy? Se preguntaba Maomao. Cuando Jinshi recibía visitas en su despacho, Maomao tenía tiempo para matar. En esos momentos, solía deambular por los terrenos de la corte exterior con el pretexto de tener algún asunto que tratar. *Ya he cubierto bastante bien el lado occidental.*

Un mapa se desplegó en la mente de Maomao. Le habría encantado echar un vistazo a la parte oriental, pero algo la retuvo. Allí estaban los militares. No verían con buenos ojos que una sirvienta husmeara entre

los arbustos cercanos a su campamento. Podrían confundirla fácilmente con una espía y arrestarla. Y luego estaba el hecho de que Gaoshun le había recomendado específicamente que evitara el lugar.

Además, pensó, hablando de militares... Involuntariamente, cada músculo de su rostro se tensó en una mueca. Era una medida de la fuerza de las razones que tenía para mantenerse alejada de aquel lugar, pero al mismo tiempo, una zona inexplorada era una zona que aún podía esconder nuevas hierbas.

Maomao estaba de pie con los brazos cruzados, sumida en sus pensamientos, cuando sintió que algo le golpeaba la nuca.

¿Qué diantres...? Se giró, frotándose la nuca y fulminando con la mirada, para encontrarse con una dama alta y refinada de la corte exterior. *Me parece haberla visto en alguna parte*, pensó Maomao, y entonces recordó a la mujer de la multitud que la había abordado unos días antes. Llevaba un maquillaje mínimo, pero Maomao se dio cuenta de que se había dibujado unas cejas espesas. Tenía los labios carnosos, pero sólo los había pintado con colorete. Su aspecto general era cuidado, pero extrañamente decepcionante.

Podría hacerlo mucho mejor, pensó Maomao. Tenía unos huesos perfectos y una cara preciosa, pero el maquillaje la dejaba menos notable de lo que era. Si se afinara las cejas, usara la cantidad correcta de colorete claro en los labios y se recogiera el cabello en un moño ostentoso, podría haber sido fácilmente tomada por una de las flores del palacio posterior. Por otra parte, la mayoría de la gente

probablemente no habría notado el potencial de tal belleza en esta mujer. Maomao, que se había pasado la vida viendo a sucias chicas de la calle convertirse en cautivadoras mariposas de la noche, podía ver las posibilidades.

“Se supone que las de tu calaña no deben ir más lejos.” Dijo la mujer, muy contundente pero sonando cansada. Maomao sólo deseaba que hubiera empezado hablando en lugar de golpeando.

Entonces la mujer pasó de largo, como si quisiera comunicar que, como dama certificada de la corte exterior, no tenía nada más que decir a una criada como Maomao. Llevaba en las manos un pequeño paquete envuelto en tela, que sujetaba con protección.

¿Eh? Maomao olfateó el aire. Había aroma a sándalo, acompañado de un claro olor amargo. Ladeó la cabeza con curiosidad, mirando en la dirección en que se había ido la mujer.

¿Quizá sirve a uno de los soldados? Se preguntó. La mujer venía en dirección al campamento militar. Y, de hecho, si iba a pasar tiempo allí, lo más sensato sería que llevara un maquillaje modesto. Puede que el campamento no fuera tan peligroso como las callejuelas del distrito del placer, pero había muchos hombres jóvenes (y no tan jóvenes) que se dejaban la sangre allí, y una mujer joven y atractiva haría bien en evitarlos.

Sin embargo, lo que Maomao realmente estaba contemplando era qué había sido ese olor. Su ensoñación se vio interrumpida por el tañido de una campana. *Supongo que tendré que olvidarlo por hoy,*

pensó. Dio media vuelta y regresó al despacho de Jinshi, con la esperanza de que el dueño del lugar estuviera ausente cuando ella llegara.

Capítulo 2:

La pipa

El magnífico noble —es decir, Jinshi— estaba más ocupado de lo que Maomao se había imaginado. Como eunuco, había asumido que el palacio posterior representaba toda su carga de trabajo, pero parecía que también tenía muchos asuntos en la corte exterior.

En ese momento, Jinshi estaba haciendo muecas ante unos papeles. Había dicho que iba a estar todo el día encerrado en su despacho, así que Maomao no tuvo más remedio que trabajar a su alrededor mientras limpiaba. En un rincón de la habitación, Maomao recogía restos de papel. El papel era de excelente calidad, pero estaba cubierto de sugerencias horribles, ideas que iban a la basura porque apenas merecían la pena. Sin embargo, por muy inútiles que fueran los estatutos sugeridos, el papel en el que estaban escritos no podía reutilizarse; había que quemarlo.

Las monedas que me daría si pudiera venderlo, pensó Maomao. (No era un pensamiento muy agradable.) Aun así, se repitió a sí misma que ese era su trabajo; sabía que tenía que quemar el material. En un rincón del gran complejo palaciego que rodeaba la oficina de Jinshi, junto a los campos de entrenamiento militar y algunos almacenes, había una hoguera para la basura.

Ah, los militares..., pensó Maomao. Sinceramente, no tenía muchas ganas de acercarse a ellos, pero no le quedaba más remedio. Estaba poniéndose en pie, resignada a que aquel era su deber, cuando sintió que algo se posaba sobre sus hombros.

“Hace frío afuera. Por favor, ponte esto.” Gaoshun, mostrando su lado pensativo, le había colocado una chaqueta de algodón en la espalda. Había una capa de nieve en el suelo, y se oía el viento agitar las ramas secas de los árboles. La cálida habitación, caldeada por varios braseros, hacía que fuera fácil olvidarlo, pero apenas había transcurrido un mes desde el comienzo del nuevo año. Era la estación más fría de todas.

“Muchas gracias.” Dijo Maomao. Lo decía en serio. (Esa capa extra de aislamiento supondría una gran diferencia. Mientras pasaba los brazos por las mangas de algodón crudo, se dio cuenta de que Jinshi la observaba atentamente. De hecho, prácticamente tenía la mirada fija en ella.

¿He hecho algo mal? Maomao ladeó la cabeza con curiosidad, pero entonces se dio cuenta de que no parecía ser a ella a quien miraba Jinshi, sino a Gaoshun. Gaoshun, al notar también la mirada, se estremeció. “Debo añadir que esto es del Amo Jinshi. Yo sólo soy el mensajero.” Por alguna razón, Gaoshun gesticuló ampliamente mientras hablaba. Baste decir que no sonaba del todo convincente.

¿Le están reprendiendo por tomar demasiadas iniciativas? Se preguntó Maomao, maravillada de tener que pedir permiso para algo

tan sencillo como dar una chaqueta de algodón a una criada. Tampoco era fácil ser Gaoshun.

“¿Ah, sí?” Fue todo lo que dijo Maomao. Hizo una reverencia en dirección a Jinshi, levantó la cesta de trozos de papel y se dirigió a la hoguera.

Ojalá hubieras plantado algunas aquí también, papá, pensó Maomao con un suspiro. La corte exterior era mucho más grande que el palacio posterior, pero contaba con muchas menos hierbas que pudieran servir como ingredientes. Sólo había encontrado dientes de león y artemisa.

Por otra parte, también había descubierto algunos lirios araña rojos. Maomao disfrutaba comiendo bulbos de lirio araña rojo empapados en agua. La única salvedad era que los bulbos eran venenosos y, si no se les extraía antes el veneno, podían producir la madre de todos los dolores de barriga. Más de una vez, la anciana le había dicho que no comiera esas cosas, pero Maomao era así y eso no iba a cambiar.

Supongo que esto es lo mejor a lo que puedo aspirar, pensó. La escasez de vida vegetal en invierno hacía que fuera bastante difícil encontrar algo; incluso con una búsqueda cuidadosa, no esperaba encontrar mucho más de lo que tenía. Maomao empezó a considerar la posibilidad de plantar algunas semillas a escondidas.

Mientras volvía del pozo de basura, Maomao vio a alguien que reconoció. Estaba junto a una hilera de almacenes de yeso, a cierta distancia de la oficina de Jinshi. Era un joven oficial militar con un rostro fuerte y varonil que, sin embargo, mostraba una evidente decencia, lo que le daba cierto aspecto de perro grande y amistoso. Ah, sí: Lihaku. El color de su faja era diferente al de antes. Maomao discernió que debía de haber ascendido en el mundo.

Lihaku hablaba con lo que parecían ser algunos subordinados que estaban a su lado. *Está trabajando duro*, pensó Maomao. Cada vez que tenía un pequeño descanso, parecía que Lihaku podía ser encontrado en la Casa Verdigris, charlando con las aprendizas tomando té. Por supuesto, su verdadero objetivo era la amada hermana de Maomao, Pairin, pero llamarla requería casi tanta plata como la que un plebeyo podría ganar en medio año.

Oh, ay del hombre que había probado el néctar del cielo; ahora buscaba incluso el más escueto, el más ocluido atisbo del semblante de aquella flor que crecía en la alta cima de la montaña.

Tal vez Lihaku sintió la mirada de compasión de Maomao, porque la saludó con la mano y se acercó corriendo, saltando como el gran perro que era. En lugar de cola, el pañuelo que sujetaba su cabello ondeaba detrás de él. “¡Hoh! Qué raro verte fuera del palacio posterior. ¿Acompañando a tu dama al exterior?” Era evidente que no sabía que Maomao había sido despedida del servicio en su antiguo lugar de

trabajo. Llevaba muy poco tiempo en el distrito del placer, así que nunca se había topado allí con Lihaku.

“No.” Dijo ella. “Ya no sirvo en el palacio posterior, sino en los aposentos personales de cierta persona importante.” Maomao pensó que sería demasiado complicado contar toda la historia de su despido y nueva contratación, así que la redujo a esta única frase.

“¿Aposentos personales? ¿De quién? Alguien debe tener gustos muy extraños.”

“Sí, muy extraños.”

Lihaku no sabía lo insolente que estaba siendo, pero su reacción natural era comprensible. La mayoría de la gente no buscaría a una chica tan pecosa y enjuta para que fuera su asistente personal. De hecho, Maomao no había tenido necesariamente la intención de seguir con sus pecas, pero Jinshi le había ordenado que las mantuviera (aunque no entendía por qué), y si su amo lo ordenaba, ella tenía que obedecer.

No sé qué busca ese hombre. Maomao llegó a la conclusión de que el pensamiento de los nobles simplemente la superaba.

“He oído que un importante funcionario acaba de comprar a una cortesana de tu casa.”

“Eso parece.”

Supongo que no puedo culparle por esto, pensó Maomao. Cuando se cerró el contrato de trabajo y Maomao se fue con Jinshi, sus

excitadas hermanas la habían arreglado de todas las maneras posibles, buscándole la ropa más especial, peinándola y maquillándola hasta que no parecía más que una criada normal y corriente que se dirigía a un destino normal y corriente. Recordaba a su padre, por alguna razón, mirándola marchar como si viera salir a un ternero de su establo.

Entrar en palacio con aspecto de cortesana arreglada ya era bastante malo, pero la presencia de Jinshi atraía aún más la atención, y Maomao se encontró con un número muy incómodo de ojos puestos en ellos. Se había cambiado en cuanto pudo, pero sin duda bastantes personas la habían visto en ese momento. Aun así, le sorprendió que Lihaku pudiera estar hablando *de* ella, *a* ella, y no tener ni idea. Pero, supuso, ¿qué más se podía esperar de un chucho tonto?

“Si me permites decirlo, pareces estar en medio de algo. ¿Realmente tienes tiempo para hablar conmigo?”

“Oh, ejem... Heh...”

Uno de los subordinados de Lihaku venía a verle. Al principio parecía contento de ver allí a una mujer; un hombre que vivía con un sueldo tan pobre como el suyo era propenso a sufrir una sequía del sexo débil. Pero cuando vio a Maomao, su decepción fue palpable. Estaba acostumbrada a esta reacción, pero también mostraba algo de lo que hacía que el superior fuera superior y el subordinado... no.

“Hubo un incendio.” Dijo Lihaku, señalando con el pulgar en dirección a los almacenes. “No muy grande. No son tan inusuales en

esta época del año.” Aun así, tenía que investigar la causa, que era lo que estaba haciendo en ese momento.

Causa desconocida, ¿eh? Pensó Maomao. Ahora que había olfateado la historia, habría metido las narices aunque alguien le hubiera rogado que no lo hiciera. Maomao se deslizó entre los dos y se dirigió hacia el pequeño edificio.

“¡Oye, mejor mantén la distancia!” Llamó Lihaku.

“Entiendo.” Dijo Maomao, escrutando el edificio y todo lo que lo rodeaba. Había hollín en una de las paredes de yeso agrietadas. Parecía que habían tenido suerte de que el fuego no se hubiera propagado a ninguno de los otros almacenes.

Hmm. Si se trataba simplemente de un pequeño incendio, entonces había varias cosas inusuales en él. Por un lado, ¿por qué había venido Lihaku a ocuparse personalmente si era tan ordinario? Seguramente podría haber ordenado a algún lacayo que lo hiciera. Además, el edificio parecía sustancialmente dañado. Más parecido a los efectos de una explosión que a un incendio de corta duración. Tal vez incluso alguien había resultado herido. *Debían de sospechar de un incendio provocado,* concluyó Maomao. Una cosa sería quemar un almacén cualquiera en algún lugar, pero ¿en los propios terrenos del palacio? Eso era otra cosa.

El país de Maomao era en gran medida pacífico, pero esto no quería decir que nadie tuviera quejas contra el gobierno. Las tribus bárbaras realizaban incursiones ocasionales, y a veces se producían sequías y

hambrunas. Las relaciones con otros estados eran en gran medida cordiales, pero no había garantías de que siguieran así por mucho tiempo. Y entre los estados vasallos del país debía de haber algunos habitantes descontentos con su estatus.

Sobre todo, la práctica del antiguo emperador de la “caza” anual de mujeres había dejado a las aldeas agrícolas con una grave escasez de novias potenciales. Habían pasado sólo cinco años desde que Su Antigua Majestad había dejado este mundo, y debía de haber muchos que aún recordaban demasiado bien su gobierno. En cuanto a acontecimientos más recientes, la esclavitud había sido abolida con la llegada del actual emperador, lo que sin duda privó a más de un comerciante de su fuente de ingresos.

“Oye, ¿qué crees que estás haciendo? He dicho que te quedes atrás.” Lihaku agarró el hombro de Maomao, frunciendo el ceño.

“Oh, sólo tenía curiosidad por algo...” Maomao se asomó a una ventana rota. Luego se zafó limpiamente del agarre de Lihaku y se escabulló hacia el interior del edificio. Había tiendas chamuscadas por todas partes. Por las patatas que rodaban por el suelo, dedujo que aquel almacén había servido para guardar comida. Qué lástima, pensó, que las patatas ya no estuvieran bien cocidas y estuvieran irremediablemente ennegrecidas.

Buscando cualquier otra cosa que pudiera haber caído al suelo, Maomao descubrió una especie de palo. Sin embargo, en cuanto lo tocó, se convirtió en ceniza, dejando sólo la punta cuidadosamente

trabajada. *¿Es marfil?* Se preguntó. *Parece una pipa de fumar.* Quitó el muñón decorativo y lo estudió.

“Escucha, no puedes pasearte por aquí.” Dijo Lihaku, que por fin (y comprensiblemente) empezó a sonar enfadado. Pero una vez que Maomao se metía en un problema, no podía dejarlo pasar. Se cruzó de brazos, tratando de encajar las piezas en su cabeza. Una explosión, un almacén lleno de comida y una pipa en el suelo.

“¿Me has oído?”

“Te he oído.”

Sí, oía a Lihaku; sólo que no le *escuchaba*. Maomao era consciente de que era una mala costumbre suya. Salió del almacén y se dirigió al de enfrente, donde habían trasladado las mercancías que se habían salvado del incendio.

“¿Este almacén tiene el mismo tipo de cosas que el que se quemó?” Preguntó Maomao al soldado de menor rango.

“Sí, eso creo. Las cosas más viejas están más adentro, aparentemente.”

Maomao golpeó un saco de tela, produciendo una nube de polvo blanco. Harina de trigo, supuso.

“¿Puedo tomar esto?” Preguntó, señalando una caja de madera sin usar. Estaba bien construida, con herrajes estrechos, probablemente destinada a guardar fruta o cosas por el estilo.

“Sí, supongo. Pero, ¿qué vas a hacer con ella?” Lihaku la miró sin comprender.

“Te lo explicaré más tarde. Ah, y también me llevaré esto.” Maomao tomó una tabla de madera que parecía adecuada para servir de tapa al cajón. Ahora tenía todo lo que necesitaba. “¿Tienes un martillo y una sierra en algún sitio? Y clavos, necesitare clavos.”

“¿Exactamente qué planeas hacer?”

“Sólo un pequeño experimento.”

“¿Experimento?” Lihaku parecía desconcertado, pero su curiosidad pudo con él. Al parecer, iba a cooperar con ella, aunque de mala gana. Su subordinado miraba a Maomao como diciendo: *¿Quién se ha creído que es esta chica?* Pero al ver que su superior le seguía la corriente, no tuvo más remedio que conseguir lo que le pedía.

Así pues, Maomao se puso a preparar los materiales con diligencia. Con la sierra, hizo un agujero en la tabla de madera y la golpeó contra la caja vacía.

“Qué raro. Es como si lo hubieras hecho antes.” Lihaku, observándola, mostró todo el interés de un perro que ve un juguete nuevo.

“Crecí sin mucho dinero, así que aprendí a hacer lo que no tenía.”

Su viejo también había construido una serie de cosas curiosas. Su padre adoptivo, que había estudiado en el oeste en su juventud, se basó

en esos recuerdos de antaño para crear herramientas y artilugios que nadie había visto en este país.

“Ya está, terminado.” Dijo Maomao al cabo de unos instantes. “Todo lo que necesita es un poco de esto.” Tomó un poco de harina de los almacenes y la puso en la caja. “Por casualidad no tendrás un iniciador de fuego a mano, ¿verdad?”

Uno de los subordinados de Lihaku se ofreció voluntario para conseguir uno. Mientras estaba fuera, Maomao sacó un cubo de agua del pozo. Lihaku, aun totalmente desconcertado por lo que estaba pasando, estaba sentado en la caja, con la barbilla entre las manos.

“Muchas gracias.” Maomao asintió al subordinado, que había regresado con un trozo de cuerda humeante.

El subordinado podía hacer todas las muecas que quisiera, pero en el fondo sentía curiosidad por lo que Maomao iba a hacer; se acuclilló a cierta distancia y la observó. Maomao fue y se colocó delante de la caja con su mecha, pero por alguna razón, Lihaku estaba de pie justo a su lado.

Lo miró fijamente. “Amo Lihaku. Esto es peligroso. ¿Puedo pedirle que mantenga una distancia segura?”

“¿Dices que es peligroso? Si una joven como tú puede hacerlo, seguro que un guerrero como yo no corre ningún riesgo.”

Evidentemente, se empeñaba en mostrarse todo lo orgulloso y varonil que podía, así que Maomao renunció a la discusión. Algunas personas tenían que aprender con la experiencia.

“Muy bien.” Dijo. “Pero *hay* un riesgo, así que por favor tenga la debida precaución. Prepárese para huir inmediatamente.”

“¿Huir? ¿De qué?”

Maomao ignoró la mirada incrédula de Lihaku, tiró de la manga del subordinado agazapado y le aconsejó que observara desde detrás del almacén. Cuando todo estuvo listo, Maomao arrojó la cuerda ardiendo al cajón. Luego se cubrió la cabeza y echó a correr.

Lihaku se limitó a observarla perplejo.

¡Se lo dije! Le dije...

Un segundo más tarde, el fuego estalló de la caja, ardiendo hambrientamente. “¡Ahh!” Lihaku esquivó la columna de fuego por centímetros. O la mayor parte de él, al menos; su cabello consiguió alcanzar el borde de la conflagración. “¡Apágalo!” Gritó, presa del pánico. Maomao tomó el cubo de agua que había preparado y lo roció con él. El fuego se apagó, dejando sólo algo de humo y olor a cabello chamuscado.



“Te dije que corrieras.” Maomao miró a Lihaku como preguntándole si *ahora* comprendía el peligro. Mientras Lihaku permanecía de pie con los mocos goteándole de la nariz, su subordinado le arrojó rápidamente una piel de animal. El hombre parecía querer hacer algún tipo de comentario, pero no se atrevía a hacerlo.

“Quizá sería tan amable de pedir al vigilante del almacén que se abstenga de fumar tabaco estando de servicio.” La evaluación de Maomao sobre la causa del incendio era en realidad una especulación, pero se sentía segura tratándola como un hecho.

“Bien...” Respondió Lihaku, parecía aliviado. Estaba fantasmagóricamente pálido. Por muy fuerte que fuera, se resfriaría si no entraba pronto en calor. Debería haberse apresurado a volver a sus aposentos para encender un fuego, pero en lugar de eso miraba fijamente a Maomao. “¿Pero qué demonios ha sido todo eso?” Prácticamente podía ver los signos de interrogación sobre su cabeza. Sus subordinados también parecían perplejos.

“Aquí está tu culpable.” Maomao tomó un puñado de harina de trigo. Una ráfaga de viento se levantó y se llevó el polvo blanco. “La harina de trigo y la harina de alforfón son altamente inflamables. Pueden arder si hay suficiente en el aire.”

La harina había explotado: así de sencillo. Cualquiera podía entenderlo, una vez que sabía lo que había sucedido. Lihaku simplemente no había sido consciente de la posibilidad.

Hay pocas cosas en el mundo, si es que hay alguna, que sean realmente inexplicables; lo que una persona considera más allá de toda explicación es sólo un reflejo de los límites de su propio conocimiento.

“Me impresiona que lo sepas.” Dijo Lihaku.

“Oh, solía hacerlo bastante a menudo.”

“¿Solía hacer qué?” Una vez más Lihaku y su subordinado se miraban, confusos. Era justo: nunca en su vida habían tenido que trabajar en un espacio reducido y lleno de harina. Maomao, por su parte, había aprendido a tener cuidado después de que saliera despedida hacia atrás de la habitación que le habían prestado en la Casa Verdigris.

Pensé que ese día la vieja me quitaría la cabeza. Sólo de pensarlo le daban escalofríos. Pensaba que iba a acabar colgada boca abajo del piso más alto del burdel.

“Por favor, tenga cuidado de no resfriarse, señor. Pero si lo hace, permítame recomendarle la medicina de un hombre llamado Luomen en el distrito del placer. Es bastante eficaz.”

No hay que olvidar la promoción. Lihaku podría comprar la medicina de su padre en una de sus visitas a Pairin. El viejo de Maomao era tan pésimo vendedor como brillante farmacéutico, así que si ella no hacía al menos esto, él podría no ganar lo suficiente para alimentarse.

Me ha llevado más tiempo del que pretendía. Maomao recogió la cesta de papel usado y se dirigió de nuevo a la papelera. Estaba justo al lado; apuraría al encargado y saldría de allí. *Uy, pensó, parece que me he llevado un recuerdo sin querer.*

Se dio cuenta de que el objeto que había tomado antes seguía en el cuello de su bata. La pipa. Esa era la razón por la que había dicho que advirtiera al vigilante sobre fumar. La pipa que tenía en la mano estaba un poco chamuscada, pero era claramente de buena calidad, una pieza más fina de lo que cabría esperar de un simple guardia de almacén.

Podría ser importante para él, pensó. Un poco de pulido y un nuevo mango, y estaría como nueva. Se decía que había habido heridos pero no muertos en la explosión, lo que significaba que el propietario de la pipa probablemente se estaba recuperando en algún lugar. Puede que ya no la quisiera —demasiados malos recuerdos—, pero en todo caso, el muñón se vendería por un precio decente.

Por el momento, Maomao guardó la pieza de marfil manchada de hollín en la parte superior de su túnica.

Va a tener que trabajar hasta tarde esta noche, pensó mientras entregaba los residuos al empleado de la papelera.

Capítulo 3:

La enseñanza en el Palacio Posterior

“¿Qué demonios está pasando ahí dentro?”

“Ni idea.”

La pregunta vino de Gaoshun; la contundente respuesta, de Jinshi. Estaban ante una sala de conferencias en el palacio posterior. Dentro, las consortes de más alto rango estaban recibiendo algún tipo de lección, supuestamente para ayudarlas a cumplir sus deberes como concubinas.

A su alrededor, los eunucos y las damas de menor rango que habían sido expulsadas sumariamente de la sala permanecían de pie, tan perplejos como Jinshi. Algunos incluso estaban atentos a la puerta; nada hace que una persona se interese más por algo que le digan que es un secreto. Pero, ¿cuál podría ser ese secreto?

Un motivo especial de la curiosidad era que la conferenciante era una joven sirvienta pecosa. Nadie sabía muy bien qué hacía allí.

Todo había empezado unos diez días antes...



Jinshi, aún en ropa de dormir, observaba cómo Maomao limpiaba, preludio de otro largo día de duro trabajo. “Si buscas tu desayuno, la

Lady Suiren lo está preparando ahora mismo.” Dijo. Una sola persona era más que suficiente para preparar la comida de la mañana, así que mientras Suiren lo hacía, Maomao empezó a limpiar la habitación. Cualquier pérdida de tiempo significaba que nunca terminaría todas las tareas de este edificio antes del mediodía. Sin duda, la vieja dama de compañía aprovechaba al máximo a su nueva ayudante.

Me pregunto si habré hecho algo que le haya molestado, pensó Maomao. Si lo había hecho, probablemente era porque había plantado discretamente las semillas de algunas hierbas medicinales en el jardín, pero no creía que nadie lo supiera todavía. Aun así, su corazón se aceleró. Entonces Jinshi dijo: “Como la nueva Consorte Pura ha llegado, el palacio posterior ha solicitado la educación de las consortes.”

La Consorte Pura era una de las cuatro damas de mayor rango en el palacio posterior, y el título había quedado vacante a finales del año anterior.

“¿Es así?” Maomao respondió sin interés mientras seguía sacudiendo el polvo. Pasó el trapo por el suelo con tanta fuerza como si las fuerzas del orden hubieran matado a sus padres y ella se estuviera vengando. Había sido parte de su rutina diaria desde que fue asignada al servicio personal de Jinshi. Probablemente había otros trabajos que podría haber hecho, pero el de criada era lo único que conocía y, francamente, no se le ocurrían cuáles podrían ser. Así que se dedicó a limpiar como si su vida dependiera de ello. Jinshi la miraba de vez en

cuando con desaprobación, pero Maomao era de la opinión de que si él no le daba instrucciones concretas, ella no tenía ninguna obligación de hacer nada en particular.

Ahora Jinshi se agachó para que su mirada estuviera a la altura de la de Maomao. Sostenía una especie de pergamino. “Quieren un profesor.”

“¿Oh? ¿Tiene a alguien en mente?”

“A ti.”

Maomao miró reflexivamente a Jinshi. Tal vez no fuera lo ideal que una chica de la limpieza mirara a su jefe directo como si estuviera observando la suciedad de un rincón, pero las viejas costumbres no mueren. Eso provocó una expresión inescrutable de Jinshi.

“Una buena broma, señor.”

“¿Quién está bromeando?” Jinshi le mostró el pergamino que llevaba en la mano. La expresión de Maomao se ensombreció al leerlo, pues lo que allí estaba escrito era de lo más inconveniente. De hecho, le hubiera gustado fingir que el pergamino no existía.

“No puedes salir de esto sólo fingiendo no mirar.”

“¿Qué quieres decir?”

“Sé que lo acabas de leer. Te he visto.”

“Eso fue su imaginación, se lo aseguro.”

Jinshi desenrolló el pergamino y apuntó directamente a la parte más incómoda de todas. Empujó la misiva hacia Maomao. Qué testarudo.

“Mira aquí. Una aprobación directa.”

Maomao permaneció en silencio. Las palabras “Consorte Sabia, Lihua” flotaban directamente junto al dedo de Jinshi.

Ahora sí, pensó Maomao. “No cuente conmigo.” Fue todo lo que dijo, y así, por hoy, el asunto quedó cerrado. Pero no podía durar...

Al día siguiente, llegó otro pergamino con la misma petición. Esta vez, el aval era de la Consorte Gyokuyou. Con dos de las grandes consortes estampando sus nombres en estas cartas, ni siquiera Maomao podía seguir ignorándolas. Podía imaginarse fácilmente a la concubina pelirroja riendo alegremente para sus adentros. Esta vez, la petición estipulaba además que se proporcionarían unos honorarios apropiados.

Maomao ya se había resignado, aunque con muchos suspiros y escalofríos, así que envió una carta a casa, un primer paso necesario para prepararse para el trabajo que se le había encomendado. Por “casa”, sin embargo, no se refería a Luomen, sino a las cortesanas que habían sido como sus madres.

Varios días después llegaron los artículos que había pedido, junto con una factura de la anciana. Maomao pensó que la anciana había inflado mucho el precio, pero aun así añadió discretamente un cero más

a la cifra antes de pasarle la factura a Jinshi. Este la escudriñó, pero parecía dispuesto a aceptar el coste, cuando Suiren apareció de la nada y dijo riendo entre dientes: “Creo que la tinta de este número es de un tono ligeramente distinto al resto.” Arrancó la factura de las manos de Jinshi y se la devolvió a Maomao.

Vieja astuta, pensó Maomao. Mientras Suiren estuviera allí, sería difícil para cualquiera jugársela a su protegido joven amo. A Maomao no le quedó más remedio que admitir el precio original. Si se lo hubieran propuesto, Jinshi y Suiren podrían haber argumentado que Maomao debía cubrir el gasto por sí misma, así que se sintió igual de feliz cuando pagaron complacientemente la suma.

Cuando le entregaron las mercancías de las cortesanas, Maomao apartó a Gaoshun de un empujón y se las llevó ella misma. Jinshi estaba tan interesado como un cachorro entrometido, pero Maomao se negó rotundamente a romper ninguno de los sellos, requisó rápidamente un carro y se llevó los artículos.

“¿Te ayudo?” Preguntó Gaoshun, pero Maomao le rechazó cortésmente, llevándose sus adquisiciones a su habitación. Jinshi exigió ver lo que había recibido, pero ella abrió los ojos todo lo que pudo y le miró fijamente, y al cabo de un momento se retiró en silencio.

Apenas podía enseñarle su importantísimo material didáctico. Maomao lo había decidido: si iba a hacerlo, lo haría bien.

Por fin llegó el día. Por primera vez en mucho tiempo, Maomao puso un pie en el palacio posterior, en el patio interior. La ligera fragancia femenina que impregnaba el lugar le pareció extrañamente relajante.

La sala de conferencias que le habían preparado era bastante grande, con capacidad para varios centenares de personas. Había sido el dormitorio de las doncellas del anterior emperador, cuando la población del palacio posterior se había disparado y no se podían construir habitaciones individuales con la rapidez necesaria. Ahora, sin embargo, estaba prácticamente inutilizado. Era un completo desperdicio dejarlo vacío, pero habría sido un desperdicio aún mayor derribarlo. De hecho, muchos edificios de este tipo salpicaban el palacio posterior.

No necesito todo este espacio, pensó Maomao. No estaba enseñando nada especialmente importante, así que ¿por qué había tanta gente? Consortes de rango medio e inferior y sus séquitos rodeaban la sala de conferencias, mientras que varias criadas la observaban desde la distancia.

El tema de la instrucción en esta ocasión no era de poca importancia para las consortes y concubinas. En cierto sentido, incluso podría decirse que afectaba al futuro de la nación, pero para Maomao, lo único que provocó fue un largo suspiro.

“Muy bien, escuchen.” Dijo Jinshi. “Sólo las altas consortes deben recibir instrucción.”

Era de esperar que las consortes de menor rango se sintieran decepcionadas por esta declaración, pero, al contrario, muchas de ellas parecían satisfechos por haber podido ver a Jinshi. Al menos la mitad habían venido sólo para verle o incluso oírle; se aferraban a los pilares y barandillas de alrededor. A Maomao le parecía demasiado dramático, pero no eran pocas las que lo hacían. A veces se preguntaba si aquel eunuco no sería en realidad un espíritu caído que embrujaba a los que le rodeaban.

Cuando llegó el momento, Maomao entró en la sala de conferencias y se encontró a Jinshi pisándole los talones. Ella apretó la mandíbula y lo miró con odio. “¿Qué?” Preguntó, pero Maomao se limitó a empujarlo para que saliera de la sala. Su figura majestuosa desmentía el trabajo que le había costado empujarlo hacia la puerta.

“¿Pero por qué?” Dijo.

“Porque lo que va a ocurrir aquí es secreto, confidencial, y positivamente *no* para extraños. Se me pidió que instruyera a nuestras honorables consortes, y la última vez que lo comprobé, Amo Jinshi, usted no era una de ellas.”

Luego cerró y atrancó la puerta.

Exhaló un largo suspiro y echó un vistazo a la sala de conferencias. Nueve personas estaban presentes: las cuatro altas consortes, con una asistente cada una, y Maomao.

Hubo un murmullo audible desde el otro lado de la puerta. Porque había expulsado a Jinshi, seguramente. Tuvo la clara sensación de que alguien, o varios, se esforzaban por escuchar.

Maomao empujó su pequeño carro hasta el centro de la sala e inclinó lentamente la cabeza. “Mis cordiales saludos para ustedes, honorables damas. Yo, Maomao, me presento humildemente ante su presencia como su instructora.”

La Consorte Gyokuyou, tan encantadora como siempre, saludó amistosamente con la mano. Su ayudante, la dama de compañía Hongniang, la observó dubitativa.

La Consorte Lihua había recuperado por fin la mayor parte de la carne de sus huesos, y observaba plácidamente a Maomao. No podía decirse lo mismo de la dama de compañía que la atendía, cuyo rostro se contorsionó al ver a Maomao. Maomao saboreó el momento.

En cuanto a la Consorte Lishu, exudaba el mismo ligero aire de nerviosismo de siempre. Sin duda, trataba de extremar las precauciones con las otras tres altas consortes a su alrededor. La dama de compañía que la atendía no parecía más cómoda que su señora, pero la forma en que estaba obviamente decidida a proteger a la consorte hizo sonreír a Maomao.

Finalmente, la última de las augustas damas. Un rostro que Maomao no había visto antes. La joven que había reemplazado a una de las antiguas altas consortes tenía más o menos la edad de Maomao. Era Loulan, la nueva Consorte Pura. Llevaba el cabello negro recogido

en lo alto de la cabeza y, en lugar de una vara para el cabello, utilizaba una pluma de un pájaro del sur. Su vestido sugería que podría ser una princesa de las tierras del sur, pero su fisonomía era más bien la de una nortea. Su dama de compañía tenía el mismo aspecto, y Maomao llegó a la conclusión de que el estilo de vestir debía de ser una preferencia personal.

Loulan no era ni tan seductora como Gyokuyou, ni tan deslumbrante como Lihua. A diferencia de Lishu, tenía una edad apropiada para compartir lecho con el Emperador, pero por el momento no parecía que fuera a amenazar el delicado equilibrio del palacio posterior.

Sin embargo, ese traje la convertía, con diferencia, en la más llamativa de las cuatro altas consortes. En particular, su maquillaje acentuaba tanto las comisuras de sus ojos que era imposible saber cómo eran en realidad. A Maomao le costaba imaginarse el aspecto de la consorte sin cosméticos.

No es que me importe.

Una vez terminada su pequeña introducción, Maomao sacó una pila de libros de texto de entre sus provisiones y empezó a repartirlos, uno a cada consorte. Cada una tuvo su propia reacción al tomar su ejemplar: ojos abiertos de par en par, una risita divertida, un rubor furioso en las mejillas, un ceño fruncido. *Más o menos lo que esperaba*, pensó Maomao. A continuación sacó una colección de herramientas. Aproximadamente la mitad de los presentes las miraron con confusión,

mientras que la mayoría de las demás parecían saber para qué servían. El puñado intermedio no lo sabía con exactitud, pero parecía adivinarlo, y se sonrojó.

“Quiero insistir en que lo que voy a enseñarles son secretos comerciales del jardín de las mujeres, y no deben divulgarse a extraños.” Dijo Maomao, y luego indicó a sus alumnas que abrieran sus libros de texto en la página tres.

Dos horas más tarde, la conferencia de Maomao había terminado. *Tal vez intenté hacer demasiadas cosas a la vez*, pensó; incluso Maomao se sentía un poco agotada. Se acercó a la puerta de la sala de conferencias y descorrió la barra.

“Eso duró un rato.” El magnífico eunuco entró, mirando a su antojo. Parecía ligeramente molesto y, por alguna razón, tenía la mejilla y la oreja izquierdas enrojecidas. Maomao tuvo al menos la amabilidad de no acusarlo abiertamente de escuchar a escondidas.

Jinshi contempló la habitación en la que había entrado con mudo asombro.

“¿Pasa algo, señor?”

“Me has quitado las palabras de la boca.” Dijo mirando atentamente a Maomao.

“Me temo que no sé a qué se refiere.” Sólo había instruido a las consortes del palacio posterior en los conocimientos necesarios, tal y

como se le había solicitado. En cuanto a las consortes individuales, sus respuestas a la conferencia de Maomao fueron las siguientes:

Gyokuyou estaba entusiasmada. “Por fin, trucos nuevos”, decía. Hongniang la atendía con su habitual expresión de cansancio. También podría haber estado lanzando miradas ocasionales en dirección a Maomao, pero la profesora prefirió ignorarla.

Lihua tenía las mejillas ligeramente sonrojadas, pero su dedo recorría la página mientras repasaba la lección. Parecía bastante satisfecha. La dama que la acompañaba estaba roja como una rosa y miraba firmemente al suelo, temblando.

Lishu estaba en un rincón de la habitación con la frente pegada a la pared, murmurando: “No puedo. No puedo. Es imposible.” Toda la sangre le había desaparecido de la cara. Su ayudante, recién ascendida a jefa de camareras (Maomao creyó reconocer a la mujer como la antigua catadora de Lishu), le dio unas palmaditas consoladoras en la espalda.

En cuanto a Loulan, miraba al vacío con expresión distante. Maomao no podía adivinar lo que estaría pensando. Su ayudante no sabía muy bien qué hacer con el libro de texto que tenían delante; con cierta vergüenza, lo guardó en un paño.

No me importa lo que hagan con él, pensó Maomao mientras recogía sus cosas y aceptaba un vaso de agua fresca. Respiró hondo. Estaba cansada, pero pensar en el sobre lleno de dinero que iba a recibir la aliviaba.

Cada una de las consortes podía conservar el material didáctico que había recibido. Algunas aferraron los libros con cariño, mientras que otras sólo los tocaron con evidente inquietud. En cualquier caso, Maomao les instó a que envolvieran los objetos en paños de viaje para que no se vieran y, además, les reiteró que no debían mostrárselos a nadie. Jinshi y los demás, que habían sido excluidos de la conferencia, observaban desconcertados.

“¿Exactamente qué les enseñaste?” Preguntó Jinshi.

Maomao no le miró a él, sino a algún lugar más allá. “La próxima vez que veas al Emperador, pregúntale qué le ha parecido mi lección.” Dijo.

En cuanto al contenido de sus instrucciones, lo dejaría a la imaginación de Jinshi.

Capítulo 4:

Pescado crudo

“Xiaomao, ¿me permites un momento?” Preguntó Gaoshun cuando Maomao estaba a punto de regresar a su habitación tras terminar el trabajo del día. Su amo compartido, Jinshi, evidentemente cansado de sus propios esfuerzos, había ido a tomar un baño directamente después de comer.

“¿Cuál parece ser el problema?” Preguntó Maomao, ante lo cual Gaoshun dudó un momento —pasándose el dedo por la barbilla para cubrirse— y finalmente dejó escapar un largo suspiro. “Hay algo que me gustaría que miraras.” El ayudante de Jinshi parecía tener hoy más arrugas en la frente que de costumbre.

Lo que Gaoshun mostró a Maomao fue algo escrito en una colección encuadernada de tiras de madera, que desenrolló sobre una mesa. Maomao las miró detenidamente. “Un registro de un antiguo incidente.” Observó. Las tiras relataban el caso de un mercader que había contraído una intoxicación alimentaria unos diez años antes. Al parecer, la víctima había consumido pez globo.

Maomao tragó a pesar suyo. *Ojalá pudiera comer pez globo.*

Gaoshun la miraba, visiblemente enfadado. Maomao sacudió la cabeza y borró la sonrisa de su rostro.

“La próxima vez que tengamos ocasión, te llevaré a comer algo por el estilo.” Dijo Gaoshun, aunque precisó que no se serviría hígado de pez globo.

A Maomao le molestó un poco (*¡los verdaderos sibaritas saben disfrutar de ese cosquilleo único!*), pero, no obstante, no había nada como la perspectiva de una buena comida para involucrarse en un proyecto. Comenzó a estudiar detenidamente los materiales. “¿Por qué estamos mirando esto, si se puede saber?”

“Hace tiempo, mi trabajo me involucró en el asunto de este caso. Un antiguo colega me lo ha vuelto a plantear, porque hace poco ocurrió un incidente muy parecido.”

Maomao se preguntaba si este antiguo colega era alguien de antes de que Gaoshun se convirtiera en eunuco. Así que realmente había sido un oficial militar o algo así.

“¿Muy parecidos?” Dijo Maomao. “¿En qué sentido?” Dejó de lado mentalmente la pregunta sobre la historia de su compañero. Francamente, estaba más interesada en este caso de envenenamiento que en hablar del pasado de Gaoshun.

“Un burócrata comió un plato de pez globo crudo desmenuzado y verduras, y ahora está comatoso.”

¿Comatoso? A Maomao no le gustaba cómo sonaba eso. Gaoshun nunca había sido de los que se andaban con rodeos, y dudaba que hubiera empezado a hacerlo ahora. Echó una discreta mirada al rostro de Gaoshun. Tenía la misma arruga en el entrecejo, la misma expresión algo tensa de siempre, pero también parecía estar estudiando a Maomao del mismo modo que ella lo estaba estudiando a él.

“Mis disculpas, Amo Gaoshun, pero ¿puedo pedirle más detalles?” A pesar de su franqueza, Gaoshun no se inmutó, sino que se limitó a asentir lentamente, con las manos aún apoyadas en las mangas.

“Sí, por supuesto. Estoy encantado de decírtelo, Xiaomao. Confío en que sepas a qué atenerte.” No estaba segura de que fuera un cumplido. El significado era bastante claro: *Mantén la boca cerrada*. “Además.” Continuó. “¿Realmente podría dejar la historia ahí?”

Vaya tomadura de pelo. Sabía perfectamente que la curiosidad de Maomao ya estaría encendida. “Por favor, continúa.” Dijo Maomao, frunciendo el ceño al ver lo divertido que parecía Gaoshun por su repentina importancia para ella.

Gaoshun señaló las tiras de madera y dijo: “En el caso actual, el plato incluía piel y carne de pez globo, casi crudas, apenas escaldadas. La víctima consumió el plato y cayó en coma.”

“¿La carne? ¿Quieres decir que no probó los órganos internos?”

“Así es.”

El veneno del pez globo no podía eliminarse calentándolo, pero el veneno se concentraba en los órganos del pez, principalmente en el hígado, y la carne propiamente dicha era sustancialmente menos peligrosa. Maomao suponía que cualquier caso de coma debido al veneno del pez globo casi tenía que haber implicado el consumo del hígado. *¿Podría realmente haberse acumulado tanta toxina en la carne?* Se preguntaba. Dependiendo de la variedad exacta de pescado y del entorno en el que se hubiera criado, la carne podía, en ocasiones, ser venenosa. No tenía pruebas suficientes para estar segura de una cosa u otra, así que no podía descartar la posibilidad.

Cuando Maomao había comido pez globo, siempre había sido la carne menos venenosa. Bueno, casi siempre: de vez en cuando se le ocurría meterse un poco de hígado en la boca, pero era un juego peligroso. Recordaba muy bien a la madame obligándola a beber agua hasta que el estómago prácticamente se le revolvía.

“Para ser sincera, hasta ahora no he oído nada fuera de lo normal.” Afirmó Maomao.

“Bueno, hay un detalle que no he mencionado.” Dijo Gaoshun, sacudiendo lentamente la cabeza y rascándose la nuca como avergonzado. “Los cocineros que participaron en la preparación de los platos insisten en que no utilizaron pez globo. Ni en esta ocasión ni en el incidente de hace diez años.”

Gaoshun fruncía el ceño abiertamente, pero Maomao se limitaba a pasarse la lengua por los labios. Esto se ponía cada vez más interesante.

Había varios puntos de similitud entre los dos casos. Por un lado, tanto el burócrata del caso actual como el comerciante del anterior habían sido epicúreos con gusto por la comida inusual. En estas ocasiones, habían consumido platos de pescado crudo desmenuzado y verduras en las que la carne se había escaldado suavemente sumergiéndola brevemente en agua hirviendo, pero cada uno de ellos también había estado acostumbrado a comer pescado completamente crudo. El sabor fresco del pescado crudo podía ser maravilloso, pero la carne cruda albergaba parásitos con demasiada frecuencia. A la mayoría de la gente no le gustaba, y en algunas zonas estaba prohibido comer pescado crudo.

Comedores aventureros como las víctimas en cuestión habrían estado acostumbrados a consumir pez globo. Y aunque todos lo negarían públicamente, en ocasiones algunas de esas personas dejaban deliberadamente un poco de toxina en el pescado, para disfrutar de la sensación de hormigueo que producía.

¡Y la gente les juzgaría por ello! Gente de pocas luces, pensó Maomao. Ella era de la opinión de que la gente debería ser más o menos tolerante con las preferencias de los demás, al menos en lo que se refiere a la comida.

Ninguno de los cocineros que habían preparado la comida contaminada admitió haber cometido delito alguno; ambos fueron categóricos al afirmar que no habían utilizado pez globo en la

preparación de sus platos. Y sin embargo, los hombres que habían comido esos platos habían sucumbido a la intoxicación alimentaria. Se encontraron tripas y piel de pez globo entre los desperdicios de la cocina y se presentaron como pruebas, pero el hecho de que los órganos internos estuvieran completos y bien desechados demostraba que no se había consumido ninguna parte de ellos.

Se tomaron muy en serio la investigación, pensó Maomao, extrañamente impresionada. Sabía que había demasiados funcionarios en el mundo que se conformaban con inculpar a alguien mediante pruebas circunstanciales o, si era necesario, manipuladas.

Ambos cocineros afirmaron que habían utilizado pez globo en su cocina el día anterior a los respectivos incidentes, pero no el día de los mismos. Con lo fría que estaba la estación, no era de extrañar que no se sacara la basura durante varios días seguidos, a diferencia de lo que ocurre en verano, cuando se tira con más regularidad. El plato en cuestión se había preparado con otro pescado, cuyos restos también aparecieron en la basura.

Es evidente que no se trata de un montaje oficial, reflexionó Maomao, *pero eso no significa necesariamente que los cocineros digan la verdad.* Por desgracia, no había testigos presenciales de las comidas en cuestión. Temeroso de enfadar a su mujer con sus extravagantes elecciones culinarias, el administrador solía comer solo. El cocinero había traído el plato, pero el criado del funcionario sólo lo

vio comer de lejos y no pudo identificar exactamente qué pescado se había utilizado en la comida.

Además, la víctima no había sucumbido hasta que había terminado de comer, casi media hora después. Un criado que traía el té descubrió al hombre retorciéndose y apenas respirando, con los labios azules.

Los síntomas coinciden sin duda con los del envenenamiento por pez globo, pensó Maomao. Sin embargo, la información que le había dado Gaoshun no era suficiente. Decidió dejar de pensar en el problema por un tiempo, hasta que el eunuco le diera más detalles. Estaba murmurando para sus adentros: “¿Qué demonios ha podido pasar?”, cuando un rostro irreprochablemente apuesto apareció a su lado. Maomao sintió que los músculos de su rostro se tensaban por reflejo.

“Si me disculpas, ¿podrías no ponerle mala cara a su empleador? Me hiere.” El cabello de Jinshi aún estaba mojado; Suiren intentaba secárselo con una toalla, exclamando: “¡Oh, vaya!”, mientras goteaba por todas partes.

Maomao se obligó a recuperar una expresión normal. Parecía haber estado casi vibrando de angustia.

“Ciertamente estabas pendiente de cada palabra que decía Gaoshun.” Comentó Jinshi. No parecía divertido.

“Sólo participo como cualquiera cuando un orador tiene algo interesante que decir.”

Jinshi parecía escandalizado. “Un momento. Cuando yo hablo, tú nunca...” Ni siquiera se atrevía a terminar la frase, pero por el momento, a Maomao no le importaba.

“Se ha hecho tarde.” Dijo. “Si no me necesita, señor, me voy.” Asintió cortésmente a Suiren, que seguía secando el cabello de Jinshi, y salió dando palmaditas de la habitación. Jinshi parecía querer decir algo más, pero Suiren le espetó: “No te muevas.” Y Maomao no volvió a oír nada más de él. Estaba algo exasperada consigo misma, actuando tan impotentemente fascinada por el asunto de la muerte de una persona. Se preguntó qué pensaría su padre de ella mientras regresaba a su habitación.

Al día siguiente, Gaoshun le trajo un libro de cocina. “Son copias de recetas que el chef preparaba habitualmente. Los sirvientes testificaron que la mayoría de las comidas servidas a su amo provenían de esta colección. Esta es la receta que el chef afirma haber seguido.” Puso el cuaderno sobre la mesa y lo abrió por una página con instrucciones para pescado crudo ligeramente escaldado y luego desmenuzado. Maomao lo miró, acariciándose la barbilla.

La receta pedía que el pescado se acompañara con verduras picadas y se avinagrara ligeramente. Algunas notas garabateadas indicaban modificaciones en el vinagre, pero en general no había nada inusual. Se enumeraban varios aliños de vinagre diferentes, presumiblemente

para tener en cuenta la temporada y los ingredientes disponibles. El pescado y las verduras no se especificaban con detalle.

Hm. Maomao siguió acariciándose la barbilla. “Esto no responde a la pregunta crucial de qué se utilizó realmente.” Dijo.

“Me temo que es verdad.”

Jinshi observaba a Maomao con curiosidad desde una corta distancia, aunque no parecía divertirse. Llevaba consigo una fruta longan que partía y comía con desgana. Las semillas oscuras y secas salían con un *crack*. El longan era como el lichi, pero más pequeño, y normalmente era una fruta de verano. Una vez secas, eran muy apreciadas en la medicina tradicional.

“¿Aún no lo has descubierto?” Dijo Jinshi, apoyando inquietamente los codos en la mesa y mirando a Maomao. Estaba claro que quería participar en la discusión. Gaoshun frunció el ceño, pero no llegó a reprenderle. *Alguien debería regañarlo*, pensó Maomao, mirando fríamente a Jinshi mientras se apoyaba groseramente en la mesa. En ese momento, alguien arrancó el longan de la mano de Jinshi.

“Los chicos que no sepan comportarse como caballeros se quedarán sin merienda.” Dijo Suiren, riendo abiertamente desde su lugar justo detrás de Jinshi. A pesar de su risa, Maomao sintió la carga en el aire. No podía evitar la sensación de que podía ver nubes de tormenta levantándose detrás de Suiren. ¿Sería extraño describir a la dama de compañía como una guerrera experimentada?

“Sí, sí.” Las cejas de Jinshi cayeron, pero retiró los codos de la mesa y retomó la postura correcta.

“Muy bien.” Suiren asintió, colocando la fruta de nuevo en su mano. Maomao había asumido que Suiren era una anciana cariñosa, pero al parecer podía ser muy exigente con las buenas costumbres.

Pero se estaban desviando del tema. Era hora de volver al tema que los ocupa.

“Este incidente ocurrió hace poco, ¿no?” Dijo Maomao.

“Hace una semana.” Respondió Gaoshun. Durante la estación fría. En este plato se solía utilizar pepino, pero en esta época del año tendrían que haber encontrado otra cosa.

“¿Puedo adivinar que fue preparado con daikon y zanahorias?” En invierno no había muchas verduras disponibles. Para cada ingrediente había una estación, una ventana en la que se podía disfrutar mejor.

“Ejem... El chef dijo que usó algas.” Dijo Gaoshun.

“¡Huh!” Dijo Maomao, abriendo la boca en una expresión de sorpresa. “¿Has dicho algas?”

“Sí, algas.” Respondió Gaoshun. Las algas también eran un ingrediente común en la medicina tradicional. Y sí, tendría algún sentido que aparecieran en este plato en particular.

Pero un sibarita así no querría cualquier alga. Querría algo diferente. Especial. Maomao sintió que se le torcían las comisuras de

los labios. Sospechaba que se le veían los dientes delanteros. Jinshi y los demás la miraron con la boca abierta.

Maomao, aún sonriente, se volvió hacia Gaoshun. “Quizá podría inspeccionar la cocina de la casa en cuestión. Si es posible.” No estaba segura de que él aceptara la idea, pero no estaba de más intentarlo.

Gaoshun actuó con rapidez y, al día siguiente, Maomao tenía todo lo que necesitaba para entrar en la cocina donde habían empezado los problemas. Se le dio a entender que obtener el permiso había sido un asunto sencillo, pues la investigación oficial ya había concluido.

La finca estaba situada en el noroeste de la capital. El cuadrante norte de la ciudad estaba ocupado principalmente por altos funcionarios, y la zona estaba repleta de casas preciosas. Cuando llegaron a la mansión que buscaban, la esposa de la víctima (supuestamente agotada por el estrés) dormía, así que un criado les enseñó la casa. Les dijeron que la mujer ya había dado su aprobación.

Un criado, pensó Maomao cuando entraron en la cocina. Gaoshun había dispuesto que otro funcionario acompañara a Maomao, pero este pasaba la mayor parte del tiempo mirándola dubitativo. Estaba claro que no le gustaba esta misión, pero Gaoshun le había dicho que lo hiciera y, evidentemente, obedecería, así que no había ningún problema. Maomao no estaba allí para hacer amistad con él, así que le daba lo mismo.

El hombre era militar, pero joven. Su cuerpo carecía de la corpulencia de un soldado veterano, pero sus movimientos eran bruscos y eficaces. Bajo su ceño fruncido había un rostro varonil a pesar de los rastros de juventud que le quedaban. Le resultaba extrañamente familiar, pensó Maomao. Estaba a punto de entrar trotando en la cocina cuando un hombre se le acercó corriendo y muy alterado.

“¿Qué crees que estás haciendo? ¡No puedes pasearte por esta casa! ¡Fuera de aquí! ¡¿Quién ha dejado entrar a esta gentuza?!” Tomó al criado por el cuello.

Maomao le estaba fulminando con la mirada cuando el joven que la acompañaba se adelantó. “La señora de la casa nos ha dado su bendición. Y esto es un asunto oficial.” Maomao aplaudió el tono tranquilo pero firme que adoptó con el acalorado recién llegado.

“¿Es cierto?” El hombre aflojó su agarre en el cuello del criado. A través de un ataque de tos, el sirviente logró confirmar que lo era.

“Bien, ¿podemos proceder? ¿O hay alguna razón para no hacerlo?” Preguntó el joven funcionario, a lo que el hombre emitió un sonido de disgusto y escupió: “¡Pfah! ¿Y a mí qué me importa?”

Más tarde, el criado les explicó, disculpándose, que el hermano menor del funcionario en coma estaba supervisando su patrimonio en

lugar de la esposa indispuesta del hombre; él era quien les había abordado.

Así que eso es lo que está pasando, pensó Maomao, pero reconociendo que sería impropio inmiscuirse en los asuntos familiares de otra persona, lo dejó así. En su lugar, echó un vistazo a la cocina. Como temía, el cocinero ya había lavado y limpiado sus utensilios; sin embargo, aparte del pescado, del que se había deshecho para que no empezara a pudrirse, aún quedaba la mayoría de los ingredientes.

Empezó a explorar la habitación, y allí, en un estante cerca de la pared del fondo, lo encontró, al aire libre. El descubrimiento de Maomao, salado y guardado en una pequeña olla, le hizo sonreír. “¿Qué es esto?” Preguntó al criado. El criado entrecerró los ojos y no estaba seguro. Entonces Maomao tomó un poco y lo echó en una jarra de agua. “¿Lo reconoces ahora?”

“¡Oh! Esto es lo que le gustaba al amo.” El criado les informó de que el amo lo había comido siempre; era imposible que estuviera envenenado. La señora del criado evidentemente confiaba en él, y no parecía estar mintiendo.

“Ya has oído al hombre. Date prisa y vete a casa.” Espetó el hermano menor. Llevaba un rato observando el trabajo de Maomao. En particular, parecía estar obsesionado con el tarro que ella estaba investigando.

“Sí, por supuesto.” Dijo Maomao, volviendo a dejar el frasco donde lo había encontrado y tomando un puñado del contenido mientras lo

hacía, guardándoselo en la manga. “Nuestras disculpas por molestarle.”

Salió de la cocina, pero podía sentir los ojos del hombre clavándose en ella desde atrás.

“¿Por qué has huido así? Apenas te opusiste.” Le dijo el joven militar a Maomao mientras volvían a casa en su carruaje. A ella le sorprendió que él estuviera dispuesto a iniciar la conversación.

“Oh, no creo que me haya escapado.” Maomao sacó de la manga el trozo de alga salada y lo colocó delicadamente en un pañuelo. Le había dejado la manga asquerosamente salada, pero el joven probablemente se enfadaría si ella intentaba sacudírsela allí mismo. “Esto es extraño.” Dijo en vez de eso. “Es un poco pronto en el año para cosechar este tipo particular de algas. Pero no creo que un trozo curado con sal del año pasado hubiera durado tanto.” No, este ingrediente estaba fuera de temporada.

“Eso me lleva a pensar que no se recolectó por aquí.” Prosiguió Maomao. “Que tal vez se obtuvo en algún lugar del sur, a través del comercio, por ejemplo. Por casualidad no sabrás de dónde podría venir algo así, ¿verdad?”

Los ojos del joven se abrieron de par en par. Parecía comprender lo que ella le pedía.

Eso sólo dejaba la propia tarea de Maomao por atender.

Al día siguiente, a petición suya, Gaoshun le preparó una cocina. Estaba en una de las oficinas burocráticas de la corte exterior, e incluía alojamiento para que alguien pasara la noche. Maomao lo había preparado todo la noche anterior; ahora se ponía a cocinar. Bueno, *cocinar* podría ser una palabra demasiado fuerte. Sólo estaba remojando las algas en un poco de agua para quitarles la sal. Era un proceso bastante sencillo, pero tal y como estaban las cosas, pensó que sería mejor no utilizar la cocina del edificio de Jinshi, de ahí que pidiera otra.

Delante de ella había dos platos con su preparación. Había dividido las algas robadas en dos porciones y las había remojado en agua. Ahora tenían un color verde intenso.

También estaban ante ella Gaoshun y el funcionario que le había consultado sobre este caso, junto con el joven soldado del día anterior y, por alguna razón, Jinshi. Maomao pensó que Suiren iba a volver a regañarle por ser un cobarde.

“He descubierto que tenías razón.” Dijo el soldado. Las algas habían sido importadas del sur. “Intenté preguntarle al criado que conocimos. Dice que, efectivamente, esa alga nunca se comía en invierno. Pregunté también a los otros criados, pero las respuestas fueron todas más o menos las mismas.”

El desconocido de la habitación, el hombre que había consultado a Gaoshun sobre el incidente, negó con la cabeza. “Ya he hablado de ello

con el cocinero. Dice que es el mismo tipo de alga que usa siempre. Jura que no puede ser venenosa.”

De hecho, Maomao estaba de acuerdo: era el mismo tipo de alga. Pero había una diferencia. “Una de ellas puede ser venenosa.” Dijo. Con un par de palillos, tomó uno de los trozos de alga de su plato. “Dime, ¿la gente del sur come normalmente este tipo de algas? ¿O podría ser que un funcionario gastrónomo importara muestras secas de la tierra natal de la planta, pensando que podría ganar dinero?”

“¿Y cuál sería el problema si lo hubiera hecho?” Preguntó Jinshi. Hoy no tenía nada de la soltura, casi informalidad, que a veces había demostrado últimamente. Tal vez fuera porque había otras personas presentes. Gaoshun parecía tan sereno como siempre, pero los otros dos funcionarios parecían algo incómodos en presencia del radiante eunuco.

Maomao jugueteó con los palillos mientras respondía: “Hay formas de hacer que un veneno no sea venenoso.”

Varias, de hecho. Las anguilas, por ejemplo, normalmente eran venenosas, pero si se les drenaba la sangre y se calentaban lo suficiente, se volvían comestibles. Por poner otro ejemplo, Maomao recordaba que este tipo concreto de alga debía curarse con cal viva. Uno de los dos trozos que tenían delante estaba tratado con cal viva; el otro, no. En ese momento, Maomao sostenía con los palillos el trozo que había estado remojando en una solución de cal viva durante la

noche. Le dio un buen mordisco, lo que molestó a los espectadores. Se agolparon a su alrededor y se preocuparon por ella.

“Estaré bien... Creo.” Dijo Maomao. En realidad, sólo conocía la teoría; no estaba segura de si una sola noche de reposo sería suficiente para neutralizar el veneno. Esta era otra prueba importante para ella.

“¿Tú *crees*?” Exigió Jinshi.

“Oh, cálmate. Tengo un emético aquí mismo.” Les mostró la bolsa de hierbas medicinales que llevaba colgada al cuello.

“¡¿No te estarás confiando un poco demasiado?!” Espetó Jinshi. Un momento después, Gaoshun tenía a Maomao en un abrazo de oso por detrás mientras su amo le obligaba a tragar la medicina. Así terminó su demostración vomitando delante de cuatro hombres importantes. Encantador. Qué cosa para hacerle a una joven que aún no se había casado.

Peor aún, el emético inducía al vómito por su horrible sabor, así que era un mal acompañante para las algas.

Y aquí estaba yo, intentando demostrar que las algas eran seguras, pensó Maomao. Se enjugó los jugos estomacales, se recompuso y dijo: “Esta es la cuestión tal y como yo la veo: ¿quién sugirió al comerciante la idea de importar estas algas saladas?” El comerciante había ido a una tierra extranjera, en la que no existía la costumbre de consumir esta planta, simplemente para obtenerla. Es de suponer que al menos era

consciente del peligro potencial. “El hombre que cayó en coma a causa de ella podría decirse que cosechó lo que sembró.”

Pero, ¿y si ocurría algo más? ¿Y si la posibilidad del veneno se había tenido bien en cuenta?

Aquí voy, especulando de nuevo.

Diez años antes se había producido un caso similar. ¿Y si había servido de inspiración a alguien? Maomao no tenía forma de saber si ambas cosas estaban realmente relacionadas. Pero en cuanto al caso actual, confiaba en su intuición. Todos los que estaban con ella en esta sala eran inteligentes. Dudaba que necesitara decir algo más, y no tenía intención de hacerlo. Maomao era una persona de tan poca importancia. No tenía ningún deseo de ponderar la culpabilidad particular de nadie.

“Ya veo. Gaoshun asintió lentamente, comprendiendo lo que Maomao quería decir.

Dejó escapar un suspiro de alivio, tomó las algas que tenía delante y se las comió, esta vez del otro plato.

Y así, por segunda vez aquel día, Maomao fue inducido a tener arcadas por un Jinshi de rostro pálido y sus compañeros.

El culpable resultó ser el hermano menor del burócrata en coma. En cuanto averiguaron dónde había comprado las algas, no pudo confesar lo bastante rápido. Así que Maomao tenía razón al sospechar

de la forma en que la había estado observando en la cocina. También podría haberles dicho directamente que había algo que no quería que vieran allí.

Su historia era común: con el hijo mayor vivo y sano, el menor caía en el olvido. Maomao y los demás se sintieron casi decepcionados al descubrir un motivo tan cómicamente prosaico.

Sin embargo, seguía habiendo un problema. Al parecer, el hombre había estado dispuesto a cometer un asesinato por un simple agravio, pero ¿cómo se había enterado de la existencia del alga venenosa? Afirmó que un cliente de su bar favorito la había mencionado en el transcurso de una conversación. Y ni Maomao ni nadie sabía en aquel momento si se trataba de una simple casualidad o si iba más allá.

Maomao estaba limpiando, murmurando sobre el hecho de que nunca llegó a comer las algas tóxicas. Pero era inútil llorar por la leche derramada —o por las algas regurgitadas—, así que decidió pensar en otra cosa.

Ahh, me pregunto para qué usaré mi precioso nuevo ingrediente. La extraña hierba que brotaba de un insecto bailaba en su cabeza. Justo cuando amenazaba con apoderarse de todos sus pensamientos, sacudió la cabeza: tenía que concentrarse. Estaba trabajando. Pero no pudo evitar sonreír al pensar en aquel asqueroso insecto seco del que salía una seta grisácea. Sólo de pensar en las posibilidades que se le ofrecían

ya estaba encantada: tal vez podría hacer con él un vino medicinal o convertirlo en píldoras.

La desmesurada felicidad hizo que, para su disgusto, saludara al dueño de la sala con una enorme sonrisa en la cara. En cuanto vio a Jinshi y la mirada de sorpresa que le dirigía, Maomao bajó los ojos al suelo.

Apuesto a que no era muy apetecible. Lentamente, incómoda, levantó la vista, para descubrir que Jinshi se golpeaba de repente la cabeza contra una columna. Hacía un ruido metálico como el de un pájaro carpintero. El ruido hizo correr a Gaoshun y Suiren.

Gaoshun pareció fulminar a Maomao con la mirada. *¿No ha sido culpa mía!* Protestó Maomao sin decir palabra. *Tu amo está mal de la cabeza.* En silencio estaba haciendo pucheros, pero lo único que les dijo en realidad fue: “Bienvenidos de nuevo.” Al menos podía ser educada.

Últimamente, Jinshi pasaba días especialmente largos en el trabajo. Decía que era porque tenía que ocuparse de muchas cosas. En ese caso, quizá debería haber estado trabajando el otro día en lugar de quedarse embobado mirando el experimento de Maomao.

La valoración que Jinshi hizo de la persona a la que había tenido que entretener recientemente para terminar su trabajo fue poco halagadora: “Se podría decir que no nos llevamos bien. O, como mínimo, que hay una marcada diferencia de opiniones.” Ahora suspiró mientras aceptaba un poco de vino de frutas de Suiren. Todos en la sala

tenían una tolerancia bien desarrollada hacia Jinshi, por lo que no les afectaba, pero si alguna chica le hubiera visto así por casualidad, podría haberse desmayado en el acto. Era un eunuco de lo más problemático.

Así que había alguien ahí fuera que podía *tener* con éxito una opinión diferente a la de Jinshi. Eso era impresionante en sí mismo.

“Hay gente con la que ni siquiera yo puedo tratar fácilmente.” Dijo Jinshi.

La persona en cuestión era evidentemente un oficial militar de alto rango, un hombre de intelecto agudo pero de carácter poco ortodoxo. Se dedicaba a poner excusas, a llevar visitas a los despachos, a irrumpir en ellos, a retarles a una partida de Shogi, a distraerles con simples bromas y, en general, a impedir que se sellara el papeleo durante el mayor tiempo posible.

Y en esta ocasión, Jinshi era su objetivo. Jinshi se había visto obligado a entretener al hombre durante unas dos horas cada día, lo que significaba que más tarde tenía que recuperar el tiempo.

El rostro de Maomao se contorsionó. “¿Qué viejo ermitaño perdería su tiempo así?”

“¿Viejo ermitaño? Acaba de pasar de los cuarenta. Lo peor es *que* hace su trabajo antes de venir a molestarme.”

¿Un militar cuarentón, excéntrico y de alto rango? Estas características concretas le sonaban a Maomao, pero tenía la clara sensación de que recordar exactamente por qué no le traería nada

bueno, así que decidió olvidarlo. Desgraciadamente, olvidar no iba a hacer que su mal presentimiento fuera menos acertado.



“Creo que el asunto que te preocupaba ya ha sido aprobado.” Dijo Jinshi, mostrando su sonrisa de ninfa a su huésped no invitado. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para no fruncir el ceño.

“Claro que sí, pero ver flores es muy *difícil* en invierno. Pensé que esto sería lo mejor.”

Jinshi se enfrentó a un hombre de mediana edad con la cara sin afeitar y un monóculo. Un vagabundo donde los haya. Vestía uniforme militar, pero su complexión era más la de un funcionario civil, y sus ojos entrecerrados, como los de un zorro, transmitían inteligencia y locura a partes iguales.

El hombre se llamaba Lakan y era un comandante militar. En otra época podría habersele considerado un dragón dormido, una gran mente militar a la espera de ser descubierta, pero en los tiempos que corrían no era más que otro bicho raro. Procedía de una buena familia, pero seguía soltero a sus más de cuarenta años; había adoptado a un sobrino suyo para que supervisara su casa.



A Lakan le interesaban tres cosas: Go, Shogi y chismes. Se metía con cualquiera usando uno de ellos, aunque no le interesara. En cuanto a por qué se había convertido en una molestia para Jinshi recientemente, era porque Jinshi había contratado como criada a una joven con una conexión con la Casa Verdigris.

La situación era simplemente la que era, pero no podía quedar bien ante la sociedad en general llevarse a una chica de un burdel. Sí, nominalmente era sólo su criada, pero ¿qué se suponía que iba a pensar la gente? Este funcionario amante de los rumores había corrido con la historia de la joven recién conocida de Jinshi, hasta que los militares quedaron plenamente convencidos de que el eunuco la había comprado para prostituirla. Y era difícil decir que estaban equivocados.

Jinshi dejó que el parloteo del viejo (¿de dónde sacaba todas esas historias?) le entrara por un oído y le saliera por el otro mientras apilaba los papeles que le había traído Gaoshun.

Hasta el momento en que Lakan dijo algo bastante inesperado. “Yo también tenía una amiga en la Casa Verdigris. Alguien muy cercano a mí.” Jinshi nunca le había visto mostrar ningún interés por las cosas carnales.

“¿Una cortesana? ¿Cómo era?” Preguntó, despertando (para su disgusto) su interés.

Lakan sonrió y se sirvió en un vaso un poco del zumo de fruta que había traído. Recostado en un sofá, podría haber estado relajándose en su propia habitación. “Era una dama excelente. Excelente jugadora de

Go y Shogi. En Shogi podía mantenerme contra ella, pero en Go, oh, siempre perdía.”

Derrotar a un comandante militar en un juego de estrategia no era poca cosa, reflexionó Jinshi.

“Pensé en comprar su contrato. Creí que nunca volvería a conocer a una mujer tan interesante. Pero la vida no siempre te da lo que quieres, muchacho. Aparecieron un par de interesados, ambos muy ricos, e iniciaron una guerra de ofertas. Hicieron subir el precio.”

“Hay que ver.”

A veces, comprar el contrato de una cortesana podía costar tanto como construir un pequeño palacio. En otras palabras, la guerra de ofertas había puesto a la mujer fuera del alcance de Lakan.

¿Pero por qué le estaba diciendo esto a Jinshi?

“Era un pato raro, esa dama. Vendía sus artes pero nunca su cuerpo. Demonios, no parecía pensar en sus clientes como clientes. Cuando tomabas el té con ella, nunca actuaba como si estuviera sirviendo a su amo o a alguien importante. No, no. En vez de eso, te miraba imperiosa, como si la realeza concediera audiencia al más humilde campesino. Ahora bien, hay a quienes les gusta ese tipo de trato, y se volvieron locos por ella. Quiero decir, escúchame, hay que conocerlos, ¿eh? Ah, sólo pensarlo me da escalofríos.”

Jinshi, cada vez más incómodo con la conversación, intentó apartar la mirada de Lakan. Gaoshun estaba quieto en el fondo. Tenía la boca contraída en una sola línea recta y se mordía el labio con fuerza.

Había mucha gente en este mundo que compartía las predilecciones de Lakan.

Jinshi no estaba seguro de si Lakan se daba cuenta del efecto que estaba causando; en cualquier caso, el archiconocido continuó: “¡Ah, lo que habría dado por llevármela a la cama!” Su sonrisa lasciva delataba no poco de locura. “Lo admito, al final no pude dejarla marchar. Recurrí a un plan un poco turbio. Basta con decir que si era demasiado cara para mí, todo lo que tenía que hacer era abaratarla. Recortar la prima, por así decirlo.”

Detrás de su monóculo, a Lakan le brillaban los ojos de zorro.

“¿No sientes curiosidad por lo que he hecho?”

Jinshi se sintió inexorablemente atraído por la historia de Lakan. Esto era lo que hacía al hombre tan temible. “Hemos llegado hasta aquí. Supongo que sería un desperdicio no escuchar al menos el final de tu historia.” Jinshi se dio cuenta de repente de que su tono se había vuelto frío. Lakan le sonrió.

“No tengas tanta prisa, muchacho. Antes tengo que pedirte un favorcito.” Entrelazó los dedos y se estiró poderosamente.

“¿Y qué podría ser?”

“La sirvienta que trajeron hace poco... Dicen que es un espécimen bastante interesante.”

Jinshi estaba a punto de soltar un suspiro de exasperación: *¿Otra vez?* Pero lo que Lakan dijo a continuación le pilló por sorpresa.

“Dicen que tiene facilidad para resolver misterios.” A Lakan no le pasó desapercibido el respingo que esto provocó en Jinshi. “Tengo un amigo.” Continuó. “Un metalúrgico que solía producir piezas para el palacio. Pero hace poco estiró la pata, ¿ves? Tenía tres alumnos, pero, curiosamente, no designó sucesor.”

“¿Ah?” Dijo cortésmente Jinshi, mientras pensaba en lo inusual que era para Lakan tener a un artesano entre sus conocidos.

“Es algo triste, un maestro artesano que no transmite sus secretos antes de morir. Sigo pensando que debió dejar alguna pista, algo para asegurarse de que su arte no se extinguiera, pero no lo encuentro.”

“¿Adónde quieres llegar?” Preguntó secamente Jinshi.

Lakan se quitó el monóculo y dijo: “Oh, no es nada. Nada de qué hablar. Sólo me preguntaba si habría alguna forma de averiguar qué secretos se llevó ese viejo a la tumba. Por ejemplo, haciendo que una joven doncella especialmente lista investigue el asunto.”

Jinshi no dijo nada.

“Nuestro amigo muerto era un tipo divertido. Dejó un testamento, *muy* portentoso. Hace que uno piense que debe haber algo más.”

Jinshi seguía sin decir nada. Cerró los ojos y dejó escapar un suspiro. Era todo lo que podía hacer: “No estoy haciendo ninguna promesa. Háblame del testamento.”

Capítulo 5:

Plomo

Al caer la tarde, Jinshi acudió a ella con una historia extraordinaria. “Siento molestarte.” Empezó, lo que ya era de por sí llamativo. Normalmente, no parecía importarle los problemas que causaba a Maomao en un momento dado. El prefacio, sin embargo, tuvo el efecto de despertar el interés de Maomao.

Al parecer, se trataba de una disputa relacionada con un conocido de un conocido de Jinshi. Algo que era casi, aunque no del todo, una disputa familiar. Un artesano había muerto sin transmitir sus secretos más importantes a sus discípulos, que también eran sus hijos. Entre esos secretos había una técnica que nunca se había revelado a nadie.

“Así que todo lo que tenemos que hacer es descubrir el arte más secreto de este metalúrgico. ¿Sí?” Dijo Maomao.

“¡Caramba, cuando lo dices así, suena tan sencillito! Aunque debo decir que pareces inusualmente ansiosa.”

“¿Ah, sí?” Preguntó Maomao, desviando la mirada.

Esto es lo que Jinshi le había contado: El metalúrgico tenía tres discípulos, todos ellos hijos de sangre y artesanos respetables por derecho propio. Su padre había recibido un encargo especial de palacio y, tras su marcha, se hablaba de la posibilidad de que uno de sus hijos

le sucediera. El padre había dejado un testamento con una herencia para cada uno de sus hijos. El mayor recibió un pequeño taller, el segundo, un mueble decorado por su padre, y el tercero, una pecera.

El testamento también contenía una enigmática sugerencia: *Ojalá se sentaran y compartieran el té como solían hacer.*

“Qué testamento final tan intrigante.” Comentó Maomao. No tenía ni idea de si la intención era literal o si había algo más en juego.

“Lo es. Y evidentemente es tan opaco para los jóvenes como para nosotros.”

Maomao asintió pensativo. “Debo decir que la división de la herencia no parece muy justa.”

La casa principal de la familia seguía ocupada por la madre de los chicos, así que no se incluyó en el testamento, pero cuando un hijo recibió un taller, otro recibió muebles y el tercero recibió una pecera, bueno, era difícil no pensar que el último hijo había recibido un trato injusto.

“¿Sabes algo de esta pecera?”

“Me temo que no. Pero si tienes curiosidad, podrías hacerles una visita. Tengo la dirección.” Qué buena preparación por parte de Jinshi. Debió suponer que llegaría a esto.

“Entonces, ¿quizás si pudiera librarme un rato mañana?” Dijo Maomao con una discreta mirada a Suiren. La vieja dama de compañía hizo un gesto con la mano como diciendo que se *divirtieran*, pero

Maomao sospechaba que en los próximos días su carga de trabajo aumentaría más que nunca.

La casa de los artesanos estaba al final de la gran vía principal que atravesaba la capital. Situada en una zona llena de tiendas, era un lugar impresionante, con un gran castaño en el patio.

Jinshi y Gaoshun no estaban con Maomao; en su lugar, estaba el mismo joven que la había acompañado cuando investigaba el caso del pez venenoso. Se llamaba Basen.

No parece que piense mucho en mí, pensó Maomao, observando cómo sólo le hablaba lo estrictamente necesario. Parecía más un desdén activo que una reticencia. Pero Maomao era perfectamente feliz con eso, siempre y cuando no interfiriera en su trabajo. Su trabajo no consistía en entablar amistad.

“He hablado con la familia y están dispuestos a recibirnos.” Dijo Basen. “De cara al exterior, sin embargo, soy yo quien está aquí para hacer las preguntas. Tú eres mi acompañante.”

“Muy bien.” Mejor, incluso, pensó Maomao: esto era ideal. Llegaron a la casa, Maomao pataleando obedientemente detrás de Basen, y cuando llamaron a la puerta apareció un miembro de la familia, un hombre de aspecto adusto de unos veinte años más o menos.

“He oído que venían.” Dijo el hombre, haciendo pasar a Maomao y Basen a la casa con amabilidad, a pesar de su oscura apariencia. Dentro, la casa daba la misma impresión que desde fuera, ordenada y bien cuidada. Había pequeños arreglos florales aquí y allá. En un hueco de una pared había un objeto inusual: lo que parecía ser un trozo de roca ornamentado con metal que parecía brillar con un tenue tono azulado.

Maomao estudió el objeto con atención. “Ah, esa cosa.” Dijo el hombre hosco, acercándose a ella. “Padre lo compró cuando estaba consiguiendo algunos materiales. Siempre tuvo debilidad por... las cosas extrañas.” Por primera vez, un atisbo de alegría apareció en el rostro del hombre.

Salieron de la casa principal y avanzaron por un pasillo cubierto. Cerca de un edificio que Maomao pensó que era un pequeño taller, encontraron a otros dos hombres. Uno era alto, el otro un poco redondo, y ambos parecían tan taciturnos como el primero.

“Aquí están, queridos hermanos mayores.” Dijo su anfitrión. Por su tono respetuoso, Maomao dedujo que su guía era el hermano menor. Al menos tenía la decencia de mostrarse educado; sus dos hermanos parecían francamente hostiles. Cuando Maomao y Basen se acercaron, concluyeron rápidamente una conversación en voz baja e hicieron pasar a los visitantes al taller.

El interior del taller era agradable, con las herramientas ordenadas en su sitio. Los hombres dijeron a Maomao y Basen que el verdadero

taller estaba en la casa principal; hacía tiempo que no utilizaban este lugar. Ahora era un depósito de viejas herramientas donde los artesanos a veces tomaban el té.

“Qué disposición tan extraña.” Dijo Basen, mirando alrededor de la habitación. Maomao asintió en silencio. En medio del espacio había una cómoda. Parecía que sólo podía estorbar sentada allí, pero una inspección más detenida reveló delicados adornos. La forma general tampoco se parecía a nada que Maomao hubiera visto antes, por lo que parecía estar a la vanguardia de la moda en mobiliario. Casi hacía que el arcón pareciese bueno, allí en medio de todo. Había mesas dispuestas a su alrededor, y el conjunto resultaba sorprendentemente unificado.

Las esquinas de la cómoda estaban bien redondeadas, con adornos de metal labrado. La más alta de las tres filas de cajones tenía cerraduras, al igual que el cajón central, cada una de ellas acentuada con un metal diferente. El hermano regordete se acercó a Maomao, que estudiaba el cofre con atención, y le dijo en voz baja: “Puedes mirar, pero no toques.”

Inclinó la cabeza en señal de reconocimiento y dio un paso atrás. Recordó que en el testamento del artesano fallecido se había legado un mueble al segundo hijo mayor. ¿Era esta la pieza en cuestión? Presumiblemente, eso convertiría a su interlocutor en el segundo hijo.

Su suposición se vio pronto reforzada: el hijo menor se acercó sosteniendo algo claro y redondo.

“¿De verdad creen que pueden sacar algo en claro de estos cachivaches que nos dejó nuestro padre?” Preguntó a Basen el hombre alto, probablemente el hijo mayor.

Basen echó un vistazo a Maomao, que asintió y movió la cabeza en dirección a los tres hermanos. No podía estar segura de si él había entendido lo que quería decir, pero miró a los jóvenes y contestó con la mayor tranquilidad: “Me temo que no podré decirlo hasta que haya oído un poco más.”

Luego se sentó en una silla. Maomao se colocó detrás de él, aprovechando para echar un nuevo vistazo a la habitación. *La arquitectura es realmente extraña*, pensó. Para empezar, la ventana estaba en un lugar poco habitual. Era extraordinariamente alta (¿quizá se suponía que era de estilo occidental?), lo que permitiría la entrada de mucha luz solar en la habitación. Sólo había un problema: el gigantesco castaño del exterior bloqueaba toda la luz. Sólo lo que podía filtrarse entre sus hojas entraba en la habitación, excepto en un punto concreto. Lo sabía por el color descolorido de la estantería que colgaba de la pared, aunque había un espacio cuadrado que aún conservaba el color original, lo que delataba que algo había estado allí durante mucho tiempo, hasta hacía poco.

Mientras Maomao escudriñaba la habitación, el larguirucho hermano mayor entretenía a Basen. “Ya te hemos contado todo lo que hay que saber.” Dijo. “Nuestro padre partió de este mundo sin

habernos contado nunca su secreto más profundo. Y me dejó este taller.”

“Y a mí con estos cajones.” Dijo el segundo hijo, dando una palmada demostrativa en el pecho.

“Y a mí, sólo me dejó esto.” El hijo menor extendió el recipiente redondo y transparente. Ahora podían ver que era de cristal fino, con el fondo plano. Jinshi había dicho que el hijo menor había recibido una pecera, pero Maomao no se había imaginado algo de cristal. Había imaginado algo principalmente de madera, o al menos de cerámica. Ahora podía ver que al menos cada uno de los hijos había recibido algo de cierto valor. Pero aun así, parecía haber una disparidad inconfundible, una distancia escalofriante, entre los legados de los dos primeros hijos y el del tercero.

¿Qué ocurre aquí? Maomao miró de un hombre a otro. Cada uno tenía callos en las manos que indicaban que era un artesano, pero las manos del hijo menor le llamaron especialmente la atención. Tenían una sucesión de inusuales ronchas rojas. ¿Quemaduras que empiezan a curarse?

El segundo hijo lanzó un suspiro y pasó la mano por la cómoda. “No sé en qué estaría pensando el viejo. Me deja toda esta cómoda, pero sólo hay una llave... ¡y no encaja en ninguna de las cerraduras!”

Maomao siguió la mirada del hombre hasta varios cierres metálicos en la parte inferior del cofre. Evidentemente, estaba sujeto al suelo. La llave parecía ir en el cajón central, pero el hombre insistió en que no

cabía. Los tres cajones restantes se abrían con la misma llave, que evidentemente no tenían.

“Mira esto.” Dijo irritado el segundo hijo, indicando los cierres. “No puedo llevarme esto a ninguna parte. Entonces, ¿qué se supone que debo hacer con él atascado en el taller de mi hermano?”

El hermano mayor asintió con la cabeza, como diciendo que pensaba lo mismo. Sólo el hermano menor parecía inseguro. “Pero padre dijo que tomáramos el té como solíamos hacerlo, ¿no?”

Los otros dos le miraron como si ya hubieran tenido esta conversación antes. “Para ti es fácil decirlo. Tú eres el afortunado. Tu legado es como dinero en el bolsillo.”

“Sí, la suerte te sonrió. Empeña esa cosa y te mantendrá comiendo de lujo por un buen tiempo.”

Los dos hermanos mayores sonaban como si intentaran ahuyentar a un perro sarnoso. Maomao reflexionó. Le dio un suave golpecito a Basen para instarle a que hiciera otra pregunta. Él frunció el ceño, pero hizo lo que debía hacer. “Si me lo permiten.” Dijo, volviéndose hacia los hermanos. “¿Podrían contarme otra vez el último mensaje que les dejó su padre?”

“Fue tal como dijo el chico.” Respondió uno de los hermanos mayores.

“Sí, hacer una fiesta del té, como solíamos hacer. Sea lo que sea que eso signifique.”

Tal vez era una exhortación para que los tres se llevaran bien. Sería un consejo muy paternal. Pero Maomao no tenía forma de estar segura de lo que quería decir, ni creía que fueran a llegar a ninguna parte simplemente contemplando los tres legados. Estaba pensando qué hacer cuando la madre de los jóvenes apareció con una bandeja. Puso tazas de té para cada uno en la larga mesa del centro de la sala.

“Aquí tienen.” Fue todo lo que dijo antes de marcharse. Había tres tazas alineadas a un lado de la larga mesa, con otras dos enfrente, dejando libre el espacio frente a la cómoda. Las dos tazas eran presumiblemente para Maomao y Basen. Los hermanos se sentaron, pero no donde les quedaba más cerca; cada uno se desplazó a un lugar concreto, lo que sugería que llevaban mucho tiempo ocupando aquellos asientos.

Hm, pensó Maomao. La luz entraba a raudales por la alta ventana, que se extendía hacia el pecho. El asiento frente a él estaba vacío; teniendo en cuenta la hora del día, el sol habría sido demasiado brillante para que alguien se sentara allí a tomar el té. Un poco más lejos y la luz del sol rozaría el arcón, pero no había signos de decoloración en la madera. Evidentemente, el sol nunca llegaba tan lejos.

¿Señales de desvanecimiento? Maomao se levantó de su asiento y miró hacia la ventana. Con el gran árbol de fuera, la luz no llegaría a la habitación durante mucho tiempo. Se colocó frente a la ventana y echó un vistazo a la cómoda. La posición de la cerradura le molestaba.

No las cerraduras de los tres cajones superiores, sino la fila central, donde sólo había un cajón cerrado.

Avanzó hacia el cofre con curiosidad, atrayendo miradas perplejas de los hermanos. Basen se llevó una mano a la frente y bajó la mirada. El gesto le resultaba claramente familiar; Maomao se dio cuenta con un sobresalto de que se parecía mucho a Gaoshun.

Basen suspiró y miró a Maomao con indisimulado disgusto. “¿Has encontrado una pista?”

“Ese cajón con el ojo de la cerradura no se abre, ¿verdad?”

“Antes sí, pero papá le dio tantas vueltas que ahora ya no.” Respondió el segundo hijo.

“¿Y sólo hay una llave?”

“Esta de aquí. Y nuestro viejo nos dijo —supongo que ya sabes cómo le gustaba decir cosas sin sentido— que si rompemos la cerradura, lo que haya dentro también se romperá. Así que simplemente no podemos forzarla.”

Maomao se colocó frente al cofre y examinó el ojo de la cerradura. Tuvo la impresión de que había algo dentro.

Tal vez haya una razón para que el cofre también esté pegado al suelo, pensó, dándole vueltas a lo que sabía en su mente. Los legados a los tres hermanos: el taller, el arcón, el cuenco. El cajón que no se abría. Y...

Maomao miró la pecera del hermano menor. “Perdona que te pregunte, pero ¿esa pecera solía estar en esa estantería de ahí?” Dijo.

“Er, s-sí, sí, lo estaba.” El hermano pequeño se acercó a la ventana, aún con el cuenco en la mano. Dobló un pañuelo y lo colocó sobre la mancha descolorida, luego puso el cuenco encima. “Solíamos tener un pez de colores aquí. Pero el frío lo mataba, así que en invierno sólo lo poníamos aquí al mediodía, cuando hacía más calor. Pero hace años que no tenemos peces de colores. Esta pecera no ha sido más que un adorno.” Sonrió, un poco triste.

Hmmm. Maomao echó una mirada calculadora al arreglo y salió del taller.

“H-Hey, ¿a dónde vas?” Exigió Basen.

“Sólo voy a por agua.” Dijo Maomao. Volvió poco después y vertió el agua en la pecera. “Supongo que alguna vez tuvo agua, de este modo.”

“Sí, así es. Y el diseño del lateral siempre apuntaba hacia nosotros, así.”

Eso pensaba, se dijo Maomao, mirando de nuevo la pecera. La luz entró por la ventana y golpeó la pecera. Desde allí, se concentró en un único punto: la cómoda. Concretamente, la cerradura central, que brillaba bajo el haz de luz solar.

“¿Puedo suponer además que esta es la hora exacta del día a la que acostumbran a tomar el té?”

“¿Qué está pasando aquí?” Dijo el segundo hermano mayor, interponiéndose entre el cuenco y el cofre.

“¡Atrás!” Gritó Maomao, con más vehemencia de la que pretendía. Pero surtió efecto: el gran hombre pareció empequeñecerse de repente.

“Perdón.” Dijo Maomao. “Si el rayo te entra en los ojos, podrías quedarte ciego. Y necesito que este espacio esté despejado, así que, por favor, mantén la distancia. Si no, la cerradura no se abrirá.” Los observó atentamente a ambos, cerradura y luz, y esperó.

Nadie sabía exactamente cuánto tardaba; nadie llevaba la cuenta. La luz reflejada en la pecera se movía poco a poco, recorriendo la cerradura. Al final, la luz desapareció, bloqueada por el castaño, supuso Maomao. Ahora inspeccionó la cerradura con ojo crítico. El metal estaba caliente al tacto y percibió un olor extraño.

“¿Qué significa esto?” Preguntó alguien, pero Maomao sólo respondió: “Por casualidad, ¿el fallecido sufría anemia y dolores de estómago?”

“Sí, sufría de eso...”

“¿Y tal vez padeció de vómitos y ataques de letargo?”

La forma en que los tres hermanos se miraron entre sí en respuesta a esta pregunta convenció a Maomao de que había dado en el clavo. Entonces recordó el extraño *objeto de arte*, el cristal.

“No soy muy entendida en metalistería, pero ¿también se soldaba aquí?”

“Sí...”

“De acuerdo. Por favor, abra el cajón con la llave.”

“Ya te he dicho que no encaja.” Refunfuñó el segundo hijo, pero aun así introdujo la llave en la cerradura. Encajó con toda naturalidad. El hombre, sobresaltado, giró la llave y fue recompensado con un chasquido.

“¿Qué ha pasado?” Dijo el hijo mayor, mientras sus hermanos miraban asombrados. Incluso Basen parecía convenientemente impresionado.

“Nada especial.” Dijo Maomao. “Simplemente seguimos la última petición de su padre. Tomaron el té todos juntos, como solían hacer.” Luego sacó el cajón de la cómoda y lo puso sobre la mesa, donde todos pudieran verlo. Contenía un molde en forma de llave, que desprendía un brillo apagado. Sorprendentemente, contenía metal que aún estaba caliente. Maomao golpeó el metal con el dedo, comprobando su dureza. “¿Puedo quitar esto?” Preguntó.

“S-Sí, claro...”

Con el consentimiento de los hermanos, sacó la llave del molde, sintiendo lo último del calor radiante contra su mano. Cuando la probó en el arcón, encajó perfectamente en las cerraduras de los tres cajones.

Los abrió uno a uno, provocando más miradas perplejas y expresiones de sorpresa.

“¿Qué es esto?”

Los dos primeros cajones, todos de distinto tamaño, contenían metal y algo que parecía cristal. En el cajón más grande había una gema azulada como la que había decorado la entrada de la casa.

“Me temo que no lo sé. Sólo he hecho lo que nos dijeron.” Maomao sacudió la cabeza y dejó los tres bultos sobre la mesa. No tenía nada más que decir.

“Maldita sea. ¡Sean amables entre ustedes, dijo! ¡Y una mierda! ¡Papá no ha pudo resistirse a gastarnos una última broma!” Exclamó el hijo mayor.

“¡Se habrá estado riendo hasta la tumba!” Dijo el segundo.

El tercer hombre, sin embargo, el más joven, guardó silencio mientras miraba los tres bultos. Luego estudió los cajones de la cómoda. Maomao volvió a ver sus manos, con las quemaduras a medio curar. Sus hermanos mayores no tenían marcas en los dedos.

Aprendiz ve, aprendiz hace, ¿quizás? Se preguntó. Recordaba las palabras: se las había dicho alguien que había visitado a su padre, alguien que tenía el inconfundible aire de un artesano. También recordaba haber seguido el consejo a rajatabla, haber intentado mezclar las hierbas que su padre le había traído imitando lo que creía haberle

visto hacer y, al final, haberse envenenado. En el futuro, insistió su padre, debería preguntarle a él primero.

Maomao sospechaba que ese hombre era el único que había visto lo que pretendía el viejo artesano. La soldadura consistía en mezclar varios tipos de metal para que se fundieran a una temperatura inferior a la normal. Maomao conocía una de esas posibles combinaciones: plomo y estaño. ¿Por qué lo sabía? Porque el plomo era venenoso, claro. Una vez vio a un metalúrgico que se había envenenado fundiendo plomo. También estaba el polvo para blanquear la cara que se había hecho popular en el palacio posterior: su padre le había dicho que era a base de plomo.

¿Y si dos de los tres trozos de metal fueran plomo y estaño y, mezclándolos con el tercero, se pudiera crear un metal completamente nuevo? Es cierto que la pecera había enfocado la luz, pero no por mucho tiempo. El punto de fusión del metal era evidentemente muy bajo. Y por último, quizá lo más importante, el viejo artesano había hecho los cajones de diferentes tamaños, al parecer deliberadamente.

Maomao estaba segura de que no tenía que decir nada más, pero había algo que quería añadir. Se acercó y se dirigió al hermano menor. “En un establecimiento llamado la Casa Verdigris, en el distrito del placer, hay un boticario llamado Luomen. Un curandero de logros considerables. Si alguna vez te encuentras mal, permíteme recomendarte que le visites.”

“Sí, gracias.” Dijo el joven, sorprendido por el consejo no solicitado. Maomao inclinó la cabeza lentamente; el hermano menor se despidió cortésmente mientras los otros dos seguían discutiendo. Maomao los dejó a todos atrás.

Se fijó en la expresión de Basen, que ya no parecía tan contento como antes. Se dio cuenta de que tal vez se había excedido y empezó a caminar detrás de él. Lo que ocurriera después no tenía nada que ver con Maomao. Que el astuto tercer hijo decidiera mostrarse generoso o guardarse para sí el secreto que tanto le había costado conseguir, le daba lo mismo.

Capítulo 6:

Maquillaje

Maomao se preparaba para la cena cuando Jinshi dijo: “¿Sabes mucho de maquillaje?”

La pregunta surgió completamente de la nada. *¿Por qué demonios pregunta eso?* Pensó Maomao, sin hacer ningún esfuerzo por ocultar su confusión. Por primera vez en mucho tiempo, se encontró mirándolo como si estuviera estudiando a una oruga, aunque no era su intención.

Jinshi acababa de volver del trabajo. Suiren le estaba ayudando a cambiarse de ropa. ¿Y esto era lo que quería saber?

Era cierto que, al crecer en el distrito del placer, una aprendía los fundamentos del maquillaje por ósmosis, y a veces Maomao elaboraba cosméticos igual que medicinas. No podía negar que tenía bastantes conocimientos sobre el tema.

“¿Desea regalar algo a alguien?”

“Lo has entendido mal. Es para mí.”

Maomao enmudeció. Sus ojos se convirtieron en pozos negros sin fondo, vacíos. Ya ni siquiera parecía estar mirando a un bicho muerto o a un charco de barro.

“¿Qué te estás imaginando?” Estalló Jinshi. Bueno, ¿qué otra cosa podría estar imaginando? Jinshi maquillado. Él era el que había sacado el tema.

¡No necesitas ningún maldito maquillaje! Pensó Maomao. Ya tenía la belleza de algún habitante del reino celestial. Un toque de carmesí alrededor de los ojos, un poco de colorete en los labios y una flor en la frente bastarían para poner de rodillas a la nación. La historia estaba llena de guerras inútiles, y no pocas de ellas habían sido causadas por una mujer hermosa demasiado cerca de la sede del poder.

Y este hombre, tenía el potencial de trascender el género por completo.

“¿Quieres destruir este país?” Preguntó Maomao con rotundidad.

“¿Qué demonios te ha dado esa idea?!” Exclamó Jinshi, poniéndose la chaqueta exterior y sentándose en una silla. Maomao le sirvió sopa de arroz de una cazuela de barro. Estaba hecha con abulón bueno y salado, y el bocado que le dio para probar si estaba envenenado estaba delicioso. Sabía que cuando Jinshi terminara, Suiren compartiría las sobras con ella, así que deseó que se diera prisa en comer antes de que todo se enfriara.

“¿Cómo haces eso que usas?” Preguntó Jinshi, indicando su nariz.

Oh... Mis pecas, pensó Maomao, y entonces cayó en la cuenta. Su belleza ya era tan abrumadora que no necesitaba nada para realzarla. Pero tal vez algo para embotarla. “Disuelvo arcilla seca en aceite,

señor. Si quiero que el producto sea especialmente oscuro, lo mezclo con carbón o pigmento rojo para labios.”

“Hmm. ¿Y puedes hacerlo con poca antelación?”

Maomao sacó una concha de los pliegues de su túnica. Dentro había arcilla bien compactada. “Esto es todo lo que llevo encima ahora mismo, pero dadme una noche de tiempo y podré hacer más fácilmente.”

Jinshi tomó la concha, recogió parte del contenido con el dedo y se lo frotó en el dorso de la mano. Era un poco demasiado oscuro, pensó Maomao, para su piel casi de porcelana. Tendría que diluir la mezcla.

“¿Usted mismo lo usará, señor?”

Jinshi rio suavemente. No era una respuesta real, pero Maomao supuso que podía tomarla como un sí.

“Si conoces algún medicamento que pueda cambiar la cara de un hombre, me encantaría saberlo.” Dijo con ligereza.

Estaba bromeando, pero Maomao replicó: “Esas cosas existen, pero nunca podrías volver a cómo eran antes.” La laca, por ejemplo, haría el trabajo en un santiamén.

“Supongo que sí.” Dijo Jinshi con una sonrisa tensa. Él no quería eso... y tampoco nadie de por aquí. Maomao podía imaginarse fácilmente a sí misma despedazada y echada a las bestias si se atrevía a hacer algo como eso.

“Hay ciertas técnicas, señor, que podrían lograr el mismo efecto.”
Dijo.

“En ese caso, por favor.” Jinshi sonrió como si esto fuera lo que había estado esperando, y finalmente se dispuso a comer su congee. Estaba disfrutando tanto de una carne de pollo perfectamente cocinada que Maomao se desesperó por conseguir alguna sobra. Cuando Suiren retiró la bandeja, sólo quedaba un bocado en ella.

“Quiero que me conviertas en alguien completamente distinto.”
Dijo Jinshi.

Me pregunto qué estará planeando, pensó Maomao, pero valoraba su vida más que preguntar. Además, no ganaba nada con saberlo. Sólo tenía que hacer lo que le dijeran. “Muy bien.” Dijo, y luego observó a Jinshi mientras seguía cenando, instándole en silencio a que se diera prisa. Aquel congee de abulón tenía muy buena pinta.

Al día siguiente, Maomao preparó un paño con todo lo que necesitaba: un lote de su maquillaje, diluido, y algunos otros artículos que pensó que le ayudarían. Llegó antes de lo habitual y encontró las luces ya encendidas en las habitaciones personales de Jinshi. El amo del lugar había terminado su baño y estaba recostado en un sofá mientras Suiren le secaba el cabello. Sólo un noble podía conocer o esperar tal lujo. Su atuendo era más sencillo de lo habitual, pero todos sus movimientos delataban su origen aristocrático.

“Buenos días.” Dijo Maomao, con cara de que no le parecía nada bueno.

“Buenos días.” Contestó Jinshi, que por su parte sonaba totalmente complacido; parecía que iba a empezar a tararear en cualquier momento. “¿Pasa algo? Parece temprano para tan tormentoso aspecto.”

“En absoluto, señor. Simplemente contemplaba el hecho de que pasarás otro día más siendo perfectamente hermosa.”

“¿Qué es esto? ¿Una nueva forma de atacarme?”

Tal vez lo pareciera, pero no era más que la verdad. El cabello de Jinshi captó la luz al caer. Por la forma en que brillaba, pensó Maomao, podría haberse convertido en un fino tejido.

“¿Hoy no te apetece hacer tu trabajo?” Me dijo.

“Sí, señor. Pero, ¿está seguro de que desea convertirse en alguien *completamente* distinto?”

“Sí. Lo dije anoche.”

“Entonces, si me disculpa...” Maomao se acercó a Jinshi, agarró las mangas de su traje y se las puso en la cara.

“Habrase visto.” Dijo Suiren. Dejó de peinar a Jinshi y se apresuró a salir de la habitación, llevándose consigo a Gaoshun que intentaba entrar. (Aunque no fueron muy lejos: desde luego no tan lejos como para no poder observar en silencio lo que ocurría).

“¿Qué crees que estás haciendo?” La voz de Jinshi amenazaba con quebrarse.

Cuando se le había encomendado una tarea, Maomao sólo se sentía bien cuando la había realizado al máximo. Había reunido una panoplia de herramientas para ayudarla a dejar irreconocible a Jinshi.

No tiene ni idea, ¿verdad? Pensó Maomao. “Ningún plebeyo llevaría un perfume tan fino.” Dijo. El atuendo que había elegido Jinshi era el de un hombre de pueblo, o quizá el de un funcionario menor del gobierno. No era el tipo de persona que tendría algún contacto o conexión con barcos que trajeran maderas exóticas y costosas de más allá del mar. El sentido del olfato de Maomao era especialmente agudo, perfeccionado para distinguir las hierbas medicinales de las venenosas. Había detectado el perfume de Jinshi nada más entrar en la habitación, y eso era lo que le había causado mal humor. Suiren probablemente había perfumado el traje, tratando de ser útil, pero francamente sólo había empeorado las cosas.

“¿Sabes discernir los distintos tipos de clientes de un burdel?”

“No lo sé. ¿Quizás por su tipo de cuerpo, o su ropa?”

“Esas son posibilidades, pero hay otra manera. El olor.”

Los clientes con sobrepeso que desprendían un olor dulzón estaban enfermos, pero lo más probable es que fueran ricos. Los que usaban varios perfumes a la vez, creando un miasma nocivo, frecuentaban a las prostitutas comunes y lo más probable es que tuvieran una

enfermedad sexual; mientras que un joven que apestaba como un animal indicaba una falta de higiene al no bañarse.

La Casa Verdigris no solía aceptar clientes nuevos sin presentación, pero de vez en cuando alguno se imponía a la anciana y conseguía entrar. El hecho de que esas personas se convirtieran casi siempre en excelentes clientes habituales demostraba que la anciana sabía juzgar a su clientela.

“De todos modos, lo primero que necesitamos es un traje diferente. Y algo más.” Maomao se acercó a la bañera y tomó un cubo de agua aún caliente, que acercó a Jinshi. Suiren y Gaoshun la miraban ansiosos. Ya que estaba allí, Maomao envió a Gaoshun a hacer un recado. Iban a necesitar ropa distinta de la que se había preparado.

Ahora sacó una bolsita de cuero de su bolsa de tela. Metió los dedos en ella y salieron chorreando un aceite viscoso que disolvió en el cubo de agua.

“Una cosa que *no* hacen los plebeyos es bañarse todos los días.” Le informó. Se mojó la mano en el cubo y la pasó por el cabello de Jinshi. Con unas pocas pasadas de la mano de Maomao, sus lustrosos mechones empezaron a perder brillo. Pensó que estaba siendo cuidadosa, pero no tenía tanta experiencia como Suiren, y por eso Jinshi parecía tan inquieto.

Tengo que tener cuidado de no tirarle del cabello, pensó Maomao, poniéndose ella misma un poco nerviosa. Era demasiado fácil

olvidarlo, pero este augusto personaje podría causar una brecha permanente entre su cabeza y sus hombros si se disgustaba demasiado.

Cuando las brillantes hebras de seda que antes adornaban la cabeza de Jinshi se habían convertido en cáñamo opaco, Maomao le ató el cabello hacia atrás. No utilizó un lazo adecuado, sino un trozo de tela. Para su nuevo personaje, cualquier cosa servía con tal de que cumpliera su propósito.

Para cuando Maomao hubo guardado el cubo y se había lavado las manos, Gaoshun estaba de vuelta con exactamente lo que había pedido. *Eso sí* que era una buena ayuda.

“¿Estás segura de esto?” Preguntó Gaoshun, que parecía claramente inquieto. A su lado, Suiren no intentaba ocultar su repugnancia. Sin duda era difícil para una dama de compañía tan veterana creer lo que estaba viendo.

Gaoshun había conseguido un traje de plebeyo bastante grande y muy usado. Al menos había sido lavado, pero la tela se estaba adelgazando en algunas partes y el almizcle del dueño original aún se adhería a ella.

Maomao se llevó el traje a la nariz y dijo: “Yo habría preferido algo aún más apestoso.” Ahora Suiren parecía realmente asombrada, con las manos en las mejillas. Parecía a punto de hablar, pero Gaoshun la hizo callar con un movimiento de la mano. Aun así, no pudo disimular el ceño fruncido.

Maomao se sentía mal por Suiren, pero aún tenía mucho que hacer que pondría a prueba el ánimo de la mujer. “Amo Jinshi, por favor desvístase.”

“Eh... Sí. Por supuesto.” Dijo Jinshi, aunque no parecía muy seguro. Maomao no prestó atención a su reticencia, sino que recorrió la habitación en busca de algo que pudiera servirle. Encontró varios pañuelos y luego sacó de su bolsa algunos paños para atar.

“¿Puedo pedirles a los dos que me ayuden?” Preguntó a los nerviosos espectadores. Los atrajo a ambos y le dio a Gaoshun un pañuelo para que envolviera la piel de Jinshi. Puede que fuera un hombre de una belleza casi celestial, y puede que le faltara una parte importante que la mayoría de los hombres poseían, pero, no obstante, el torso de Jinshi estaba razonablemente bien musculado. Debía de pensar que pasaría frío llevando sólo la ropa interior, pues se había dejado los pantalones puestos. Maomao, que había creído que la habitación estaba suficientemente caliente, se dio cuenta de que quizá no había sido muy generosa con él, y añadió algunas brasas al brasero.

Gaoshun envolvió a Jinshi con los pañuelos, Suiren lo sujetó y Maomao lo aseguró con los paños. Cuando terminaron, Jinshi había adquirido una silueta más bien corpulenta. La ropa, ligeramente sobredimensionada, le sentaba de maravilla. Maomao le había dado a Jinshi un tipo de cuerpo que no llegaba a la media, y los últimos rastros de su perfume pronto serían superados por el olor de la ropa. El rostro

de Jinshi, lo único que era evidente e inconfundible que seguía siendo suyo, tenía un aspecto muy extraño flotando sobre su nuevo cuerpo.

“Muy bien, pasemos a lo siguiente.” Maomao sacó el lote de maquillaje que había preparado la noche anterior. Era ligeramente más oscuro que el tono de piel de Jinshi. Empezó a aplicárselo delicadamente con los dedos. *Sí, pensó, estoy literalmente tan cerca como para tocarlo y sigue siendo escandalosamente hermoso.* No sólo no tenía vello facial, sino que parecía no tener vello corporal de ningún tipo.

Una vez que se hubo aplicado bien la base de maquillaje, se le ocurrió una idea maliciosa. Al fin y al cabo, ¿cuándo volvería a tener una oportunidad así? ¿Cuándo tendría otra oportunidad de satisfacer su curiosidad sobre lo encantador que sería Jinshi si le maquillaran como a una chica?

Maomao sacó de entre sus utensilios una concha que contenía pigmento rojo. Mojó el dedo meñique y lo aplicó con cuidado en los labios de Jinshi.

Entonces Maomao se quedó en silencio. Gaoshun y Suiren, que miraban, también se quedaron sin habla. Cada uno de ellos parecía primero incómodo, luego profundamente en conflicto, luego todos se miraron entre sí y asintieron.



“¿Qué está pasando?” Preguntó Jinshi, pero nadie respondió. Sus mentes estaban demasiado ocupadas con algo mucho más grande. Estaba claro que todos pensaban lo mismo: era una bendición que sólo ellos tres estuvieran presentes en ese momento. Si hubiera habido alguien más, hombre o mujer, habría sido una tragedia. Había cosas que, por muy trascendentes que fueran, el mundo no estaba destinado a ver. Era temible darse cuenta de que, con sólo una pizca de color en los labios, Jinshi podría poseer el poder de derribar al menos un par de pequeñas aldeas.

“No es nada, señor.” Dijo Maomao, tomando el pañuelo que le ofrecía Suiren y frotándolo por los labios de Jinshi con fuerza para asegurarse de que lo quitaba todo.

“Ay, qué incómodo. ¿Qué demonios fue eso?”

“Como he dicho, señor, no es nada.”

“Nada de nada, se lo aseguro.” Añadió Suiren.

“Nada, señor.” Dijo Gaoshun.

Jinshi se mostró escéptico ante aquella repentina muestra de concordia entre los tres, pero no hizo más preguntas. Maomao apartó de su mente la momentánea distracción y volvió al trabajo.

El siguiente paso requería una coloración ligeramente más oscura. Le untó un poco de pigmento en la cara, creando bolsas bajo los ojos. De paso, le puso un lunar en cada mejilla. Engrosó poco a poco sus

graciosas cejas arqueadas, trabajando con cuidado en un lado y luego en el otro.

Había formas de alterar el contorno de la cara, pero de cerca sería obvio que se trataba de maquillaje, así que Maomao decidió renunciar a ese paso. En una mujer, un poco de maquillaje podría pasar desapercibido, pero en la cara de un hombre despertaría sospechas. En su lugar, rellenó de algodón las mejillas de Jinshi para cambiar su perfil. Gaoshun y Suiren la miraron, sorprendidos de que fuera tan lejos, pero aún no había terminado. Embadurnó el pigmento restante aquí y allá para completar el efecto. Por ejemplo, un poco debajo de las uñas le daba un aspecto realmente sucio.

No puede tener las manos demasiado bonitas, pensó. Las manos de Jinshi, como su torso, eran notablemente masculinas. Maomao siempre lo había tomado por alguien que nunca había levantado nada más pesado que un par de palillos o un pincel para escribir, pero sus palmas tenían callos detectables. Daba a entender que había sido entrenado con la espada, o tal vez con un bastón de combate, aunque ella nunca lo había visto practicando. No eran habilidades que un eunuco necesitara normalmente. Sin embargo, no pudo reunir la curiosidad necesaria para preguntarse algo tan trivial como por qué Jinshi podría haber sido entrenado en las artes de la lucha; en su lugar, continuó ensuciándole sistemáticamente las manos, convirtiéndolas en las de un ciudadano corriente.

“¿Ya has terminado?” Preguntó Jinshi cuando Maomao empezó a recoger sus cosméticos y herramientas, secándose el sudor de la frente. El magnífico eunuco había desaparecido, sustituido por un desgarrado habitante de la ciudad que no parecía demasiado sano. Su rostro conservaba una simetría atractiva, pero su vientre prominente, las manchas en las manos y las bolsas oscuras bajo los ojos denotaban un estilo de vida poco higiénico. El hecho de que *siguiera* pareciendo alguien que podría haber actuado como galán en alguna obra de teatro demostraba cuántos problemas podía causar su belleza natural.

“Qué gracioso, ¿es realmente mi joven amo?” Dijo Suiren.

“No me llames así.”

Suiren había visto todo el proceso de principio a fin, e incluso ella estaba sorprendida por la transformación. Ahora, Jinshi podría haber pasado desapercibido en casi cualquier lugar del palacio. Al menos sin ser reconocido por su aspecto.

Maomao sacó un cilindro de bambú de su bolsa. Tiró del tapón, vertió parte del contenido en una taza y se la entregó a Jinshi. Este lo miró dubitativo y frunció el ceño. Maomao sospechó que se trataba del característico olor que picaba en la nariz. Era una combinación de diferentes estimulantes y, honestamente hablando, el sabor no podía considerarse apetitoso.

“¿Exactamente qué es esto?”

“Un trago especial de mi propia invención. Bebe despacio, para que llegue a tus labios, y luego traga. Te hinchará los labios y la garganta y te cambiará la voz. Oh, tal vez quieras quitarte antes el algodón de la boca.”

Jinshi podía parecer e incluso oler diferente, pero ciertas personas lo reconocerían al instante si oían esa voz melosa. Si Maomao iba a hacer algo, lo iba a hacer bien.

“Es bastante amargo.” Añadió Maomao. “Pero no te preocupes. No es venenoso.”

Un silencio colectivo de estupefacción la recibió. Maomao lo ignoró y reanudó la laboriosa limpieza de su lugar de trabajo. Había obtenido permiso para tomarse el resto del día libre. Por primera vez en mucho tiempo, podría volver al barrio del placer y, sobre todo, hacer un poco de las mezclas y los brebajes que tanto le gustaban. La idea la animó de forma inusitada, pero su desfile no tardó en aguararse.

“Xiaomao, dijiste que hoy irías a casa, ¿verdad?”

“En efecto, señor. Tengo la intención de marcharme ahora mismo.” Dijo. Gaoshun la recibió con una sonrisa, como diciendo que eso era perfecto. Era una expresión inusual en la reticente ayudante.

“En ese caso, irás por el mismo camino que el Amo Jinshi.” Dijo.

¡Ugh! ¡Blargh! Pensó inmediatamente Maomao. Su salvación fue que no expresó su disgusto, pero probablemente lo llevaba escrito en la cara.

Gaoshun echó una mirada furtiva a Jinshi, que parecía tan sorprendido como Maomao. Tenía la boca ligeramente abierta. “Se ha tomado la molestia de cambiar de aspecto, señor. Desvirtuaría el efecto si viajara con el mismo acompañante de siempre.”

“Vaya, no había pensado en eso.” Dijo Suiren con un exagerado movimiento de cabeza que sugería que los dos habían pensado mucho en ello... antes de tiempo.

“¿Ve lo que quiero decir, Amo?” Dijo Gaoshun. Parecía inusualmente entusiasmado. Encantado de, por una vez, endilgarle a Jinshi a alguien más, probablemente.

“Sí, quiero. Sí, eso sería útil.” De repente Jinshi también estaba a bordo.

Esto no puede ser, pensó Maomao. “Lo siento mucho.” Dijo. “Pero me temo que incluso en mi compañía, el Amo Jinshi tendría el mismo problema.”

Era cierto que con su nuevo aspecto, menos notable, a Jinshi le convendría tener una acompañante sencilla como Maomao, pero en algunos círculos ya se sabía que era su criada personal. Lo mejor sería que no viajaran juntos, contra la más mínima posibilidad de que los reconocieran.

Ah, pero esa vieja y astuta dama de compañía, Suiren: saludó —y desechó— esta idea con una sonrisa. Se acercó con una caja lacada, de la que sacó unas pinzas para las cejas y una vara ornamental para el

cabello. “Entonces creo que es necesario que te disfraces, Xiaomao.”
Dijo, y sus ojos sonrientes contenían un filo cortante que impidió que
Maomao siguiera objetando.

Sin embargo, esa persistente premonición fue empeorando.

Capítulo 7:

De paseo por la ciudad

Tomarían un carruaje desde las habitaciones de Jinshi hasta la puerta de la corte exterior. La dramática y exitosa transformación de Maomao de su señor era un arma de doble filo: un hombre que ahora se parecía a Jinshi dando tumbos por el palacio iba a atraer sospechas. Incluso las sirvientas y criados más humildes disponían aquí de ropa medianamente decente.

Podría haber parecido obvio simplemente ponerse ropa más refinada para el viaje de ida, pero teniendo en cuenta que el estómago de Jinshi estaba artificialmente relleno, un cambio de ropa más tarde habría sido complicado. Esto irritaba a Maomao, que quería que todo fuera perfecto y estaba bastante indignada por la incapacidad de Jinshi para comprender su propia belleza.

Bajaron del carruaje en un lugar tranquilo y, casi de inmediato, Maomao empezó a lanzar críticas a Jinshi.

“Amo Jinshi, su postura es demasiado buena. Encójase un poco.” En ese momento, Jinshi estaba tan erguido como si hubiera una cuerda uniendo su cabeza a los cielos.

“Bueno, habla por ti.” Refunfuñó. “Estas un poco pesada con las formalidades, ¿no? Y no uses mi nombre, no tiene sentido.” Su tono era áspero, como el hombre que aparentaba ser.

Maomao admitió en privado que tenía razón. Pero en ese caso, ¿cómo debía llamarle? Entrecerró los ojos y miró fijamente a Jinshi. Aunque no era su intención, parecía como si estuviera estudiando a una polilla que se hubiera acercado a una linterna. La expresión de Jinshi cambió a algo difícil de describir.

“¿Cómo debo llamarle entonces, señor?” Preguntó finalmente Maomao.

“Buena pregunta.” Dijo Jinshi, acariciándose la barbilla. Se quedó *pensativo* un momento y luego dijo: “Llámame Jinka.”

¿*Jinka*? Pensó Maomao. No era especialmente extraño, y se alegraba de usarlo, pero la elección deliberada del carácter *ka*, que significaba “flor”, resultaba un tanto sorprendente en un nombre de hombre. Pero “Jinshi” tampoco era el nombre más masculino del mundo. Maomao se arrepintió brevemente de no haber disfrazado a Jinshi de mujer, pero entonces recordó aquel toque de colorete y se lo pensó mejor. Sacudió la cabeza: Jinshi nunca debe aparecer vestido de mujer, no sea que el mundo se haga pedazos.

“Muy bien, Amo Jinka...” Empezó Maomao, pero se dio cuenta de que Jinshi la miraba. Ah, sí. La formalidad. “Será Jinka. Sin honoríficos, sin deferencias.” A Maomao le resultaba difícil desenvolverse en el ornamentado modo de hablar educado que se

empleaba en palacio, pero en su mente, un lenguaje completamente informal era aún más difícil. ¿Y qué era ese brillo en los ojos de Jinshi? Se había esforzado mucho para que pareciese enfermizo; si se mostraba demasiado complacido, la ilusión se vendría abajo.

“Excelente, milady.” Dijo, con un tono algo burlón.

“¿Eh?” Maomao se quedó boquiabierta y Jinshi sonrió ampliamente.

“Creo que esta forma de hablar es la más adecuada, teniendo en cuenta nuestras respectivas apariencias.” Dijo, mirando a Maomao de arriba abajo.

El disfraz de Maomao había sido arreglado por Suiren, que la había vestido con ropa usada de su propia hija. Tenían un tufillo a alcanfor, pero la confección y el material eran excelentes y el diseño muy cuidado, así que no parecían pasados de moda. Llevaba el cabello cuidadosamente recogido y sujeto con una goma. Daba la imagen de una joven adinerada.

Ahora Maomao frunció los labios y salió trotando. “Vamos a terminar con esto.”

“Sí, milady.”

Maomao se sentía profundamente incómoda con esta inversión de sus papeles habituales, pero Jinshi parecía estar pasándoselo como nunca.

El destino de Jinshi era un restaurante a las afueras del distrito del placer. Al parecer, había quedado allí con algún conocido, pero Maomao no presionó para obtener más detalles. En su opinión, no hacer demasiadas preguntas solía ser una forma inteligente de desenvolverse en el mundo.

Aun así, no pudo evitar sentirse algo utilizada por Jinshi y Gaoshun. *Quizá debería ser un poco más indiferente*, pensó mientras caminaba por la calle. En esa calle había un mercado repleto de mercaderes que vendían sus mercancías. Las verduras de hoja verde seguían siendo escasas en esta época del año, pero había muchos daikon gordos. A Maomao le habían dado un poco de calderilla; estaba pensando que tal vez pediría a alguien que le retorciera el pescuezo a un pollo y lo hirviera con un poco de daikon cuando alguien la agarró por el cuello.

“¿Qué pasa?” Preguntó. Jinshi la miraba con una sonrisa de lo más angustiosa.

“¿Vas a ir de compras?” Dijo.

“Vi algo que quería. Iba a ir a buscarlo.”

“¿Con ese aspecto?”

Ella lo entendió. Una mujer lo suficientemente acomodada como para tener un asistente a su lado nunca se ensuciaría las manos comprando sus propios productos, y mucho menos haciendo sacrificar un pollo. Maomao miró con nostalgia las verduras. *Pero yo quería hacerlo para mi viejo...* pensó. Su papá era médico y apotecario por

excelencia, pero tenía un defecto flagrante: una incapacidad total para sopesar pérdidas y ganancias. Así, aunque el trabajo de apotecario debería haberle mantenido comiendo alimentos de lujo durante el resto de su vida, en lugar de eso vivía en una choza que parecía que podía caerse con una fuerte brisa. Por supuesto, si alguna vez hubiera parecido que realmente iba a morir de hambre por falta de comida, la vieja madame probablemente se le terminaría avisando.

Maomao reanudó la marcha, haciendo ahora un mohín. Jinshi seguía intentando hacerse pasar por su criado, pero tenía una larga zancada y, antes de que se diera cuenta, ya estaba delante de ella. Maomao tuvo que acelerar el paso para seguirle. *Hrm, pensó, le queda mucho camino por recorrer.*

Los ojos de Jinshi seguían brillando. Al menos se las arreglaba para no quedarse boquiabierto, pero era evidente que disfrutaba de donde estaba y de lo que hacía. Para un aristócrata mimado como él, un mercado común debía de ser un espectáculo novedoso. Maomao alcanzó a Jinshi y lo miró con odio. Pareció darse cuenta de que había sido descuidado y pareció escarmentado por un momento, pero luego reanudó la marcha como si nada hubiera pasado. Al menos esta vez se quedó detrás de Maomao.

Maomao no dijo nada en voz alta, pero pensó: *Cuando llegue a casa, tengo que ver cómo está el campo.* Torció los dedos, contando mientras imaginaba qué hierbas podría encontrar allí. *Me pregunto si ya habrá brotado la artemisa. Y qué estupendo sería que la petasita*

estuviera lista para recoger. Pero no dijo nada en voz alta. Estaba imaginándose a sí misma friendo la petasita con un poco de carne y miso cuando se dio cuenta de que Jinshi se cernía a su lado.

“¿Qué ocurre, señor?” Dijo Maomao, mirando a Jinshi y volviendo inadvertidamente a su habitual deferencia. Estaba claro que Jinshi tenía ganas de decir algo.

“¿Por qué tan callada?” Preguntó, adoptando igualmente la franqueza a la que solía tener derecho.

¿Por qué no decía nada? Bueno, en realidad sólo podía haber una razón, ¿no? “¿Porque no tengo nada que decir?”

Sólo había dicho la verdad, pero al parecer se había equivocado. Jinshi se mordió el labio y una expresión inescrutable cruzó su rostro. A Maomao no le preocupaba que pudiera echarse a llorar —no era un niño pequeño—, pero aun así consiguió parecer totalmente patético.

¡Fue él quien dijo que debía ser más brusco con él! Pensó Maomao. De todos modos, ella no solía ser de las que iniciaban una conversación. Así que cuando no tenía nada en particular de lo que hablar, y cuando nadie le hacía preguntas concretas, tendía a callarse. No entendía por qué aquel hombre la había sorprendido tanto.

Estaba rascándose la nuca nerviosa, preguntándose qué hacer, cuando apareció un puesto de pinchos de carne. Empezó un trote rápido y pidió dos brochetas al hombre que estaba detrás del

mostrador. Sólo con ver la carne de pollo perfectamente crujiente se le hizo la boca agua.

“Pruébalo.” Dijo, pasándole uno de los pinchos a Jinshi. Él lo tomó lentamente, mirándolo como si nunca hubiera visto uno antes. “Rápido, antes de que se enfríe.” Maomao les guio hasta una pequeña calle lateral junto a la carretera principal. Quitó un poco de polvo de un cajón de madera y se sentó encima. Cuando mordió la carne asada, los jugos explotaron en su boca, y la fragante piel de pollo emitió un chasquido audible.

Vaya, qué bien sabe. Maomao se inclinó hacia delante para evitar que los jugos corrieran sobre su ropa. Jinshi no estaba comiendo, sino que se limitaba a observarla.

“¿No vas a tener el tuyo? Como puedes ver, no está envenenado.”

“No, eso no es lo que me preocupa.” Dijo Jinshi, dándose golpecitos en la mejilla.

“Ah.” Ahora lo recordaba: le había metido algodón en la boca para darle otro perfil. Maomao sacó un cuadrado de papel y se lo pasó; él escupió las bolas de algodón y las arrojó a una papelera cercana. Un cuadrado de papel tan versátil como aquel era muy valioso, otro de los detalles de Suiren, junto con la ropa.

No se me ocurrió traer algodón de repuesto, pensó Maomao. Esto le molestaba por su vena perfeccionista, pero dudaba que fuera algo en lo que la mayoría de la gente se fijara. Sin dejar de inspeccionar la

brocheta con cierto asombro, Jinshi se la llevó a la boca. Debía de estar un poco caliente para él, porque sopló con fuerza antes de masticar y tragar.

“¿Qué le parece, señor?”

“Malditamente mejor que lo que sirvieron en el vivac. Bueno y salado.” Dijo Jinshi, limpiándose el zumo de los labios con los dedos. Maomao sacó un pañuelo de su bolsa y se lo tendió, pero estaba pensando: ¿*Vivac*?

Por lo que ella sabía, los eunucos no solían servir en el ejército, así que no sabía qué pensar. Tal vez una persona como Jinshi se las vería duras en el desierto si comenzaba una guerra o algo así, pero ¿en circunstancias normales? ¿Qué llevaría a un eunuco a pasar las noches en el campo?

Mientras se entretenía con la pregunta, Maomao estudió el rostro de Jinshi. Se le había corrido un poco de maquillaje alrededor de la boca, pero no era motivo suficiente para preocuparse. *Muy bien, sea cual sea nuestro asunto aquí, acabemos de una vez*, pensó. Terminó lo que quedaba de carne en el pincho y se levantó de la caja. Estaba decidida a volver y comprar ese daikon y el pollo una vez que se hubiera deshecho de Jinshi.

A pesar de sus prisas, Jinshi insistía en hacerlo todo con movimientos lentos y elegantes, para disgusto de Maomao. “¿Estás seguro de que vas a llegar a tiempo a la reunión, *Jinka*?” Le preguntó con insistencia, usando su nombre falso.

“Creo que aún tenemos unos minutos.”

“¿No sería mejor llegar temprano? Es de mala educación hacer esperar a alguien.”

Ahora era Jinshi quien parecía molesto. “Si no te conociera mejor, pensaría que estás intentando deshacerte de mí.”

“¿En serios?” Dijo Maomao inocentemente, pero desde luego Jinshi había dado en el clavo. Parecía un poco hosco, pero no se quejó más. En lugar de eso, cambió de tema.

“No puedo imaginar que la vida en el palacio sea *tan* mala. Seguramente debe ser mejor que aquí en el distrito del placer.”

Maomao tuvo que admitir que no era terrible, sobre todo ahora que estaba sirviendo allí por voluntad propia. Tenía una habitación pequeña, pero limpia, y le habían ofrecido trasladarse a otros aposentos. Se sentía afortunada. Pero el estilo de vida no era la única razón por la que podría querer volver al distrito del placer. “Me preocupa si mi viejo se cuida como es debido.” Dijo. Jinshi se quedó con la boca abierta. “¿Qué?” Preguntó Maomao.

“No es nada; es que... nunca supe que te interesara algo más que las drogas y los venenos.”

Maomao replicó con la mirada. Bastardo maleducado. “Mi padre adoptivo es mi maestro en cuestiones de medicina, así que desde luego *espero* que siga viviendo mucho tiempo.” Luego le dio la espalda con

decisión a Jinshi y empezó a caminar. Sí, ahora lo tenía claro: quería acabar con esto de una vez.

Jinshi, con aspecto algo agotado, se acercó a ella. “Este padre tuyo. Deduzco que es un apotecario con talento.”

Tras un momento, Maomao respondió dubitativa: “Lo es.” No le pareció justo por parte de Jinshi, aprovecharse de hablar así de su padre. “Al parecer, estudió en Occidente cuando era joven.” Así que estaba familiarizado no sólo con la medicina tradicional de su región, sino también con las técnicas médicas occidentales. De vez en cuando le veía tomar notas en un idioma extranjero, y de vez en cuando utilizaba palabras que a ella le sonaban bastante raras. Le hizo pensar que debía de llevar bastante tiempo en aquel país extranjero.

“¿En serio? ¿Él hizo eso?” Preguntó Jinshi. “Debe haber sido alguien especial. Creo que a la gente sólo la envían a esos estudios con el aval del gobierno.” Su transparente asombro no hizo sino confirmar a Maomao que su padre era una persona excepcional.

“Sí, es bastante increíble. El viejo proverbio dice que «el cielo no da dos regalos a un hombre», pero supongo que hay excepciones a la regla.” La excitación se estaba apoderando de su voz y se estaba volviendo más locuaz de lo habitual.

“Debe haber sido todo un hombre, en verdad...” Jinshi, en cambio, parecía más apagado que antes. Quizá había dicho demasiado y algo en su avalancha de palabras le había molestado.

Fue él quien insistió en que hablara, pensó. Deseó que se decidiera.

Jinshi, desesperado por mirar cualquier cosa menos a Maomao, dejó que sus ojos vagaran entre las tiendas que bordeaban la calle. Los restaurantes y puestos de comida habían dado paso a locales de venta de tejidos y accesorios. Los hombres revoloteaban de uno a otro, escogiendo regalos para complacer a sus mariposas nocturnas.

“¿Y qué hace una persona tan distinguida regentando una botica en un rincón sin nombre del distrito del placer?” Había una espina oculta en las palabras de Jinshi.

“El cielo le hizo muchos regalos, pero la suerte no fue uno de ellos. Y por mucho que le dieron, también le *quitaron* algo. Algo importante.”

La mala fortuna: ese era el único gran defecto de Luomen, si es que tenía alguno. Sus estudios en Occidente habían sido pretexto suficiente para que la madre del antiguo emperador —es decir, la antigua emperatriz viuda— lo convirtiera en eunuco.

Jinshi observó a Maomao en silencio. Justo cuando ella empezaba a temer que otra de sus bromas de barrio rojo hubiera caído en saco roto, él dijo: “¿Me estás diciendo que el padre que te adoptó es un eunuco?”

“Sí, señor.” Dijo Maomao, preguntándose si no lo había mencionado antes.

Jinshi empezó a murmurar: “Eunuco... Apotecario... Doctor...”

Entre charlas y murmullos, llegaron a su destino. Maomao miró la nota que le había dado Gaoshun. “Creo que es aquí, señor.” Dijo, señalando un lugar justo en el límite del distrito del placer. El piso superior era una posada y el inferior un restaurante, una disposición bastante estándar.

“Sí, creo que tienes razón. Pero todavía tenemos unos minutos.” Dijo Jinshi, mirando a su alrededor.

Ah, ahora lo entiendo, pensó Maomao, entrecerrando los ojos. Entendía por qué Jinshi se había tomado la molestia de disfrazarse y marchar por el mercado de la ciudad. Sí, ahora lo entendía todo.

Maomao dejó escapar un largo suspiro. “Me temo que deambular demasiado por ahí hará que se te corra el maquillaje. Además, es posible que la persona con la que has quedado ya esté dentro. Mejor ir a echar un vistazo que arriesgarse a hacerle esperar, ¿no?” Jinshi por fin pareció captar la indirecta. “En ese caso me separaré de usted aquí, señor.”

“¿Qué, aquí?”

“Sí. Te tomaste la molestia de disfrazarte. Lo estropearía todo si entrara contigo.” Maomao asintió cortésmente con la cabeza y comenzó a caminar hacia el mercado. Mientras avanzaba, miró por encima del hombro para ver a Jinshi entrando en el restaurante. *Supongo que incluso los eunucos necesitan un día libre de vez en cuando*, pensó. Se cruzó de brazos y asintió. Y entonces empezó a pensar de nuevo. Si iba a venir hasta aquí, más le valía ir al distrito del

placer propiamente dicho. Porque ella sabía en qué tipo de restaurante acababa de entrar Jinshi. Servían a las camareras junto con la comida.

Bueno, espero que tenga una buena noche, pensó un poco cáusticamente, mirando fijamente al restaurante con una mirada helada en los ojos.

Capítulo 8:

El veneno de la ciruela

Maomao se despertó con el trinar de los gorriones. Se sentó en su mísera cama, con el característico olor de la medicina en infusión punzándole la nariz.

“Buenos días.” Dijo una voz tranquila, de abuelo. Era la de su padre.

Así es... He vuelto a casa, pensó. Este era su primer viaje de regreso desde que había comenzado a trabajar en la corte exterior. Normalmente, las criadas de su posición no tenían vacaciones. Claro que no: aunque su amo se tomara un día libre en el trabajo, no era como si dejara de vivir su vida. La mayoría de esas personas tenían más de uno o dos sirvientes, lo que dejaba un poco de margen para que uno de ellos se tomara tiempo libre. Pero las cosas eran distintas con Jinshi; tenía muy pocos sirvientes.

No puedo creer que haya aguantado tanto tiempo solo... Maomao sólo podía quitarse el proverbial sombrero ante Suiren, la asistente de Jinshi, cuya indulgencia era la única razón por la que había podido tomarse este descanso. Aunque Maomao pagó por ello: el resto del tiempo, Suiren la hizo trabajar sin descanso.

Maomao se levantó de la cama y se sentó en una tosca silla. Su padre le trajo sopa de arroz caliente en un cuenco desportillado. Maomao le dio un sorbo: necesitaba sal, pero su padre le había dado un buen sabor mezclando algunas hierbas aromáticas. Maomao añadió unas gotas de vinagre y removi6.

“Asegúrate de lavarte la cara.” Le dijo su padre.

“SÍ, una vez que coma.”

Maomao siguió removiendo las gachas con la cuchara mientras su padre preparaba los ingredientes para la medicina que estaba mezclando. “¿Qué piensas hacer hoy?” Le preguntó.

Maomao le miró, casi un poco confusa. “Nada especial.” Dijo.

“En ese caso, tal vez podrías ir a la Casa Verdigris por mí.”

Hubo un momento antes de que Maomao dijera: “Claro, de acuerdo.” Añadió otro chorro abundante de vinagre a su sopa de arroz.

La botica de su padre estaba situada dentro de la Casa Verdigris, pero cuando él le pidió que “fuera” allí, tenía otra cosa en mente. Cuando Maomao llegó, saludó a la criada de fuera con un familiar hola y entró. Atravesó el elegante atrio del vestíbulo y se dirigió a un lado por un pasillo cubierto. El patio central era tan elegante como el de cualquier mansión aristocrática, y por la noche estaba iluminado con faroles encendidos. Se mantenía en suficiente buen estado como para

impresionar a los que ocasionalmente se acercaban a tomar el té durante el día.

Pero Maomao no se detuvo en el patio, sino que continuó hasta una pequeña y solitaria dependencia. No era lugar para clientes. Una vez dentro, el hedor de la enfermedad llenó sus fosas nasales.

“Buenos días.”

Dentro dormía una mujer, con el cabello revuelto. Parecía un esqueleto particularmente desagradable.

“He traído tu medicina.” Continuó Maomao. La mujer, sin embargo, no habló. Casi se podría sospechar que hacía tiempo que había olvidado cómo hacerlo. Solía perseguir a Maomao, aparentemente por puro odio, pero en los últimos años había perdido la energía para hacer incluso eso.

Maomao se acercó a donde la mujer yacía indolente de espaldas y la ayudó a tragar el polvo que había traído. Era lo que su padre utilizaba en lugar del azogue o el arsénico. Menos venenoso, dijo, y más eficaz, pero de momento ni siquiera servía para ayudar a sedar a la mujer. Sin embargo, no tenían otra forma de tratarla que dándole este polvo.

La mujer sin nariz tenía ahora casi cuarenta años, pero una vez había sido celebrada como una mariposa, agasajada como una flor. La Casa Verdigris era un establecimiento lo bastante prestigioso como para elegir a sus clientes, pero no siempre había sido así. En los años posteriores al nacimiento de Maomao, hubo un tiempo en que el lugar

apenas tenía algo más que un letrero manchado de barro. Fue durante esa época cuando esta mujer había sido una cortesana que aceptaba clientes y, para su desgracia, había contraído sífilis, conocida en el idioma de Maomao como “el veneno de la ciruela”.

Si hubiera tenido a su disposición esta medicina en las primeras fases de su enfermedad, tal vez se habría curado, pero a estas alturas el estado de su cuerpo apenas permitía contemplarlo. La enfermedad había devastado no sólo su aspecto, sino también su mente, dejando su memoria hecha jirones.

El tiempo era cruel.

Cuando Luomen había visto a la mujer por primera vez, su enfermedad se encontraba en una fase latente. Si ella se lo hubiera contado entonces, en lugar de ocultárselo, quizá las cosas no habrían tomado un cariz tan brutal. Pero entonces, no todo el mundo estaba dispuesto a confiar inmediatamente en un eunuco que aparecía aparentemente de la nada, un paria del palacio posterior. La simple realidad de la vida de una cortesana era que aceptaba clientes o no comía.

Cuando las lesiones volvieron a aparecer varios años después, los tumores se extendieron con una rapidez asombrosa. Así que la mujer fue confinada a una habitación donde los clientes no la veían. Sí, la estaban escondiendo debajo de la alfombra, pero aun así se trataba, según una norma, de un trato extraordinariamente compasivo. Una cortesana que ya no podía trabajar normalmente era expulsada del

establecimiento. La mujer tuvo suerte de no ser simplemente embadurnada con crema blanqueadora y tinta para las cejas y abandonada en una cuneta.

Maomao tomó un trapo de un lavabo y empezó a limpiar el cuerpo de la mujer allí tendida. *Tal vez queme algo de incienso*, pensó; la puerta siempre cerrada encerraba el hedor en la habitación.

Había algo de incienso a mano que la mujer había recibido de cierto noble. Era un material elegante, con un aroma que, según decían, le gustaba al propio hombre, pero que rara vez se utilizaba. Podía ser un problema a la hora de mezclar medicinas, muchas de las cuales sufrían al absorber olores inusuales. La única ocasión en la que se quemaba con regularidad era cuando aparecía el propio hombre, en cuyo caso se encendía una cantidad simbólica. Maomao se sirvió un poco.

El incienso desprendía un aroma ligeramente dulce y, cuando llegó hasta ella, la mujer esbozó una sonrisa. Empezó a tararear una canción infantil con voz quebrada. Parecía haber retrocedido a su infancia. Por suerte, al menos estaba reviviendo un recuerdo agradable.

Maomao colocó el incensario en un rincón de la habitación para que la cortesana no lo tirara accidentalmente. En ese momento, oyó unos pasos fuertes en el exterior.

“Por los cielos. ¿Qué pasa?”

Apareció una de las aprendizas. Maomao parecía recordar que servía a Meimei. La muchacha se mostró reacia a entrar en la

enfermería, pero se quedó rondando en la puerta. Probablemente tenía miedo de la mujer sin nariz.

“Um, mi hermana dijo que te trajera un mensaje.” Le dijo la chica a Maomao. “Dijo que si te encontraba aquí, te dijera que mejor te quedaras un rato. Dijo que hay un tipo raro con un monóculo por ahí.”

“Ah.” Dijo Maomao. Comprendió a quién se refería la chica. El extraño hombre con monóculo era un antiguo cliente de la Casa Verdigris, pero no era alguien con quien Maomao deseara cruzarse. Sin embargo, mientras permaneciera en esta habitación, estaría a salvo. La madame nunca haría algo tan estúpido como mostrar a un cliente algo que tanto le había costado ocultar.

“Bien.” Dijo Maomao. “Entendido. Puedes volver.”

Entonces soltó un suspiro. La mujer sin nariz detuvo su canción y sacó un juego de canicas hechas con guijarros de colores. Empezó a alinearlas una junto a otra, como si intentara organizar los jirones de sus recuerdos.

Mujer tonta, pensó Maomao. Se acercó a un rincón de la habitación y se agachó.

Fue Meimei quien acudió poco después para comunicar a Maomao que no había moros en la costa. A diferencia de su aprendiz, la cortesana entró en la habitación sin vacilar, como si la conociera bien. “Gracias por cuidar de ella hoy.”

Maomao colocó una almohada redonda. Meimei se sentó y sonrió a la enferma. La paciente no reaccionó; en algún momento se había quedado dormida.

“Maomao.” Dijo Meimei. “Han vuelto a hablar de ya-sabes-qué.”

Maomao sabía a qué se refería.” La sola idea le ponía la carne de gallina. “Viejo cabrón persistente, ¿verdad? Me sorprende que puedas soportarlo, hermanita.”

“Es un buen cliente, si puedes aceptarlo como es. Y dado lo que paga, la vieja no va a poner objeciones.”

“Sí. Y estoy segura de que por eso está tan interesada en que me convierta en cortesana.” El cliente en cuestión era la razón por la que la madame se había empeñado tanto en contratar a Maomao estos últimos años. Si Maomao no hubiera sido contratada por Jinshi, era muy probable que ya hubiera sido vendida a este cliente. “No quiero ni pensarlo.” Dijo, con la cara contorsionada.

Meimei exhaló agudamente al ver esta expresión. “Desde una perspectiva externa, podría parecer una excelente oportunidad.”

“Tienes que estar bromeando.”

“No me pongas esa cara.” (Las cortesanas tenían una idea algo diferente a la mayoría de la gente de lo que constituía una buena pareja). “¿Sabes cuán pocas de nosotras conseguimos acabar con alguien a quien deseamos de verdad?”

“Lo sé. Porque para la madame, el atractivo personal no pesa nada, pero la plata pesa mucho, mucho.”

“Eso es lo que cuesta un billete en el barco al cielo.” Dijo Meimei con una risa jovial. Pasó los dedos por el cabello de la enferma y luego le susurró a Maomao: “Creo que la vieja está dispuesta a vender a una de nosotras uno de estos días. Ya vamos teniendo esa edad.”

Meimei aún no había cumplido los treinta, pero para una cortesana era totalmente natural empezar a pensar en la jubilación a esa edad. Vender caro, por así decirlo; o mejor dicho, vender antes de que tu aspecto empezara a decaer.

Maomao estudió en silencio el perfil de Meimei. Su rostro, aún hermoso, parecía inundado de un cúmulo de emociones, pero Maomao no quería pensar demasiado en ellas. Eran sentimientos que aún no comprendía. Si existía el amor, Maomao pensaba que lo había dejado en el vientre de la mujer que la parió cuando vino al mundo.

“¿Y si montas un local por tu cuenta?”

“¡Ja! Lo *último* que quiero es hacerle la competencia a esa vieja bruja.”

Meimei debía de tener dinero suficiente para liberarse, pensó Maomao. Si decidió no abandonar la vida de cortesana, debió de ser porque no estaba preparada.

“Sólo un poco más.” Dijo Meimei con una sonrisa. “No estaré en esta línea de trabajo para siempre.”



Jinshi apretó sus notas contra unos papeles, con la cara larga. La excursión del día anterior debía de haberle cansado.

Suspiró, nunca había imaginado que el establecimiento en el que se celebraba la reunión sería prácticamente una prolongación del barrio del placer. No había ido allí para eso. Es más, el motivo de su disfraz había sido que le resultaba difícil salir en público sin hacer ruido. Sin embargo, había acabado acompañado por Maomao prácticamente hasta la misma puerta de su reunión. Otra cosa que él no había previsto. La idea había surgido, en cambio, del ayudante que organizaba en silencio los papeles a su lado.

Este hombre le había servido durante muchos años, pero tal vez eso le hizo estar demasiado dispuesto a tomarse la justicia por su mano. Sin duda pensó que lo que había hecho era por el bien de Jinshi, pero este podría haber puesto varias objeciones.

“Gaoshun... ¿Qué estás tramando?” Preguntó Jinshi.

Gaoshun negó con la cabeza, como si la idea de tramar algo no se le hubiera ocurrido nunca. “Permítame responder a una pregunta con otra pregunta, señor: ¿cómo fue su pequeña excursión a la ciudad?”

“Ah, sí...” Jinshi no sabía muy bien qué decir al respecto; tomó un sorbo de té con la esperanza de entretenerse. Ahora estaba seguro: Gaoshun pensaba que estaba ayudando, fuera como fuese. Jinshi buscó en su mente alguna forma de cambiar de tema. “Ejem. He descubierto

algo interesante. La chica... su padre adoptivo es un eunuco, y fue médico aquí una vez.”

“La chica, ¿te refieres a Xiaomao? Si le enseñó un médico de palacio, eso explicaría mucho sus conocimientos médicos. No obstante, un eunuco...”

“Ya me has oído.”

Lo cierto es que ningún médico del palacio posterior era un hombre de renombre. Alguien que tuviera los medios para convertirse en un médico cualificado no tenía necesidad de convertirse en eunuco para encontrar trabajo. Los únicos médicos que llegaban al palacio posterior eran los que tenían problemas.

“¿Podría un practicante con tanto talento haber estado realmente entre los eunucos?” Preguntó Gaoshun.

“Esa es la cuestión, ¿no?” Dijo Jinshi.

Gaoshun *suspiró* y se acarició la barbilla. Jinshi pensó que ya había dicho bastante; su ayudante era un hombre lo bastante avisado como para encargarse de la investigación a partir de aquí.

Oyeron el claro tañido de una campana, un pequeño dispositivo instalado para que Jinshi se percatara inmediatamente de cualquier visita a su despacho. Gaoshun dejó su trabajo y se quedó de pie junto a la entrada, esperando al recién llegado.

Otro día, otra visita del bicho raro del monóculo. No tenía ningún asunto en particular; se limitaba a holgazanear en un sofá, sorbiendo zumo. “Gracias por ocuparte de esa cosita el otro día. Uf, resultó ser toda una historia, ¿verdad?” Lakan se acarició la barbilla y entrecerró los ojos mirando a Jinshi, lo que hizo que sus ojos, ya de por sí estrechos, se estrecharan aún más.

“Parece que el más joven de esos hermanos era el más capaz.” Dijo Jinshi mientras hojeaba unos papeles. Sospechaba que el comandante lo había sabido desde el principio. Tras el incidente con la herencia de su padre, los tres hombres habían aparentado reconciliarse, pero no era más que eso: una apariencia. El hermano menor había revelado de repente una habilidad hasta entonces desconocida, e incluso se hablaba de que pronto podría trabajar para el palacio. Jinshi había visto algunos de sus productos, y la delicadeza de su elaboración le impresionó incluso a él. No sabía exactamente qué había ocurrido, pero sospechaba que la hija del apotecario sí lo sabía y no decía nada al respecto.

“Creo que si conseguimos que ese joven se encargue del mobiliario para el ritual, redundaría en gloria de nuestro gobernante.”

“Sí, por supuesto.” Jinshi odiaba la forma en que Lakan podía hacer que prácticamente cualquier cosa sonara importante. Un hombre de la talla de Jinshi normalmente apenas oiría hablar de preparativos rituales.

“Luego está el último trabajo que dejó el padre. Sólo simples accesorios de metal, pero tan finos que podrían ser aptos para uso ritual.”

“Me sigo preguntando, maestro estratega, por qué siente que debe hablar *conmigo* sobre estos artesanos.”

“¿Por qué no? Es un desperdicio dejar enterrado el talento.”

Lakan podía ser odioso, pero cuando tenía razón, tenía razón. Aunque lo que dijera tuviera un motivo oculto. Al menos, Lakan era un excelente juez de talentos. No sería exagerado decir que era esa capacidad la que le había llevado a la posición que ocupaba ahora. Podía parecer que estaba holgazaneando en ese momento, pero en realidad su trabajo lo estaban haciendo, y con gran dedicación, las diversas personas que había descubierto y contratado. Jinshi casi podía estar celoso de él.

“¿Qué importa si es el hermano mayor o el menor? La crema debe subir a la cima.”

Lo hacía parecer tan simple. Esa inclinación por la simplicidad lo hacía útil a su manera, pero había que manejarlo con cuidado.

Jinshi enderezó sus papeles y se los pasó a un funcionario que se los llevó.

“Por cierto, quería preguntarte algo. Lo que hablamos antes.” Dijo Jinshi.

Se refería a la cortesana de la que había oído hablar anteriormente. ¿Pretendía Lakan volver a hacerse el tonto?

El comandante se puso las manos en las mejillas y sonrió. “Si quieres saber algo de ese mundo, mejor pregúntale a alguien que venga de él.” Luego se puso en pie. El oficial que le atendía dejó escapar un suspiro, aliviado de irse por fin a casa. “Ya veo que es la hora. Mis lacayos no me dejarán en paz si les entretengo demasiado.”

Se terminó lo último de su zumo y dejó la otra botella en el escritorio de Jinshi. “Deja que tus sirvientas lo tomen o algo así. Es suave para la garganta, no demasiado dulce.” El soldado de mediana edad hizo un gesto con la mano en dirección a Jinshi. “Hasta mañana.”

Luego se fue.

Capítulo 9:

Lakan

La noche anterior, Maomao había tenido un sueño extraño. Había soñado con algo que había ocurrido hacía mucho tiempo o, mejor dicho, que debía de haber ocurrido hacía mucho tiempo, porque era imposible que lo recordara. Ni siquiera estaba segura de si lo que había soñado había ocurrido realmente.

Debe haber sido por visitar a esa mujer, pensó. Me trajo viejos recuerdos.

En el sueño, una mujer adulta había mirado a Maomao desde arriba. Tenía el cabello revuelto alrededor de un rostro desencajado y sus ojos brillaban hambrientos mientras la miraba. Su maquillaje se estaba descascarillando y el colorete de sus labios empezaba a mancharse.

La mujer extendió la mano y sujetó la de Maomao entre las suyas. Su piel estaba salpicada de minúsculas ronchas, como una hoja en otoño.

En la otra mano, la mujer empuñaba un cuchillo. La mano que sujetaba la de Maomao estaba envuelta en paños de algodón blanqueado, capa tras capa, todos ellos rezumando rojo. El algodón agitado olía a óxido.

Algo parecido al maullido de un gatito escapó de las cuerdas vocales de Maomao. Se dio cuenta de que estaba llorando.

La mano de Maomao estaba apretada contra la cama. La mujer levantó el cuchillo. Tenía los labios contorsionados y temblorosos, y los ojos enrojecidos e hinchados aún se le llenaban de lágrimas.

Mujer tonta.

La mujer bajó el cuchillo.

“Hay que ver, ¿estás cansada? Me temo que la hora de acostarse no llegará hasta dentro de un rato.” Dijo Suiren mientras Maomao bostezaba. Parecía educada, pero la anciana podía ser muy disciplinaria, así que Maomao se enderezó y se concentró en pulir el recipiente de plata para comer. Prácticamente se estaría buscando problemas si pareciese holgazanear justo el día después de haberse tomado un descanso. El hecho de que fuera de noche no era excusa.

“Estoy bien, señora.” Dijo Maomao. Era sólo un sueño, extraño o no. Supuso que si se entregaba a la rutina de su trabajo, pronto lo olvidaría, pero se había negado a desaparecer en todo el día. *Yo no soy así*, pensó Maomao, y una sonrisa de pesar se dibujó en su rostro.

Justo cuando estaba apilando los platos de nuevo en la estantería (*clatter clatter*), oyó pasos rápidos. Las velas de miel ardían en la habitación. Era hora de que regresara su amo. Suiren tomó un plato

que Maomao había pulido a la perfección y empezó a preparar un aperitivo.

Jinshi atravesó la sala de estar y apareció en la cocina. “Un regalo, de un bicho raro. Compártelo con Suiren.” Puso una especie de botella sobre la mesa. El ‘bicho raro’ era un funcionario particularmente desagradable que últimamente se había convertido en una molestia para Jinshi.

Maomao abrió el tapón y fue recibida por un olor agrio y cítrico. Algún tipo de zumo, supuso. “¿Ahora aceptamos regalos de *bichos raros*?” Preguntó, con la voz completamente apagada. Jinshi ya se había retirado a la sala de estar y descansaba en el sofá. Maomao añadió carbón al brasero.

Gaoshun observó que estaban agotando sus reservas de carbón y salió de la habitación. Iba a por más, supuso Maomao. Ahora había un hombre en el que se podía confiar.

Jinshi se rascó la cabeza (de lo más grosero) y miró a Maomao. “¿Conoces a los habituales de la Casa Verdigris?” Preguntó.

Maomao ladeó la cabeza, sorprendida por la pregunta. “Si son lo suficientemente llamativos al respecto, sí.”

“¿Qué clase de gente va allí?”

“Eso es confidencial.”

Jinshi frunció el ceño ante la brusca respuesta. Luego pareció darse cuenta de que no iba por buen camino e intentó otra cosa. “En ese caso

déjame preguntarte algo. ¿Cómo se reduce el precio de una cortesana?” Sonaba inusualmente cuidadoso al elegir sus palabras.

“Qué tema tan angustioso.” Resopló Maomao. “Pero hay muchas maneras. Especialmente cuando se trata de mujeres de alto rango.”

Las cortesanas más renombradas, las más solicitadas, no trabajaban constantemente. De hecho, podían trabajar sólo unas pocas veces al mes. Aceptar clientes todos los días era para las “noctámbulas”, las mujeres que tenían que aceptar trabajo para sobrevivir. Cuanto más importante era una cortesana, menos le gustaba que la vieran. Ocultarse inducía a los posibles clientes a inflar por sí mismos la estimación de su valor.

Estas mujeres atraían a los mecenas por su forma de cantar y bailar, sus dotes musicales u otras facetas de su educación. En la Casa Verdigris, las aprendizas recibían una instrucción básica y luego se dividían entre las que tenían buen aspecto y perspectivas y las que no. Estas últimas empezaban a recibir clientes en cuanto debutaban. No vendían sus artes, sino sus cuerpos.

En cuanto a las que mostraban potencial, empezaban compartiendo el té con los clientes. Las expertas en seducir a los clientes con su conversación o cautivarlos con su inteligencia se revalorizaban. Luego, si se evitaba deliberadamente que una cortesana popular viera a demasiada gente, se podía conseguir una mujer que cobraba el salario de un año en plata sólo por compartir una bebida. Por este sistema, incluso hubo mujeres que pasaron toda su carrera, hasta el día en que

sus contratos fueron comprados, sin que un cliente les pusiera las manos encima. Esto, en sí mismo, alimentaba las fantasías de los hombres: todos querían ser los primeros en recoger una flor así.

“Una flor es valiosa porque está intacta.” Dijo Maomao, encendiendo un poco de incienso relajante. Lo hacía por Jinshi, que últimamente parecía cansado, pero esta tarde parecía que también podría ayudarla a ella. “Cuando alguien la toma, su valor cae inmediatamente al menos a la mitad. Pero hay más...” Dio un pequeño suspiro y aspiró profundamente el incienso. “Si una mujer así se quedara embarazada, su valor sería prácticamente nulo.” El mismo tono sin emoción.

Todo se debió a ese estúpido sueño.



Jinshi dejó escapar un profundo suspiro mientras presionaba sus notas contra unos papeles. Se preguntaba qué estaría pasando. Lo que la hija del apotecario le había dicho la noche anterior le rondaba la cabeza. Había sonado tan solemne.

Y entonces, convenientemente, apareció el hombre con más probabilidades de conocer la respuesta a la pregunta privada de Jinshi.

“Hola, hola.” El zorro sonriente llamó a la puerta y entró sin esperar a ser invitado. Había venido, tal y como había prometido que haría ayer. Incluso había hecho que un subordinado trajera un sofá con un

bonito y mullido cojín. Jinshi trató de resistirse a hacer una mueca mientras se preguntaba cuánto tiempo estaría el hombre aquí hoy.

“¿Continuamos donde lo dejamos ayer?” Preguntó Lakan, sirviéndose un poco de zumo de una botella que había traído consigo. Incluso había traído algún tipo de golosina: colocó sobre el escritorio plagado de papeles un bocadillo horneado que olía ricamente a mantequilla. Los ocupantes del despacho deseaban que dejara de poner comida directamente sobre la mesa; Gaoshun sólo podía sujetarse la cabeza con las manos al ver las manchas de aceite que quedaban en los papeles.

“Parece, señor, que ha hecho usted algo bastante censurable.” Dijo Jinshi mientras presionaba sus notas a otro trozo de papel. Apenas registró lo que ponía, pero Gaoshun, que estaba detrás de él, no habló, así que probablemente estaba bien.

Basándose en lo que Maomao le había contado, tenía una idea bastante aproximada de lo que ese loco astuto debía de haber hecho. Y después de ese pensamiento vino otro, igualmente inoportuno. A saber, que sus acciones no eran incomprensibles. Que tenían una coherencia. Incluso una cierta lógica. Jinshi creyó entender por qué Lakan había empezado a hablar de comprar un contrato en la Casa Verdigris. Por qué había hablado de su vieja ‘amiga’. Pero Jinshi no quería admitir las implicaciones. Hacerlo sólo invitaría a más problemas.

“¿Censurable? Qué grosero. Y lo último que quiero oír de una urraca ladrona.” El ojo de Lakan se entrecerró tras su monóculo, y

luego se echó a reír. “Por fin había hecho entrar en razón a la vieja, ¿lo sabías? Me costó diez años de trabajo. Y entonces llegas tú y me la arrebatas... Imagínate lo que se siente.” Lakan hizo un gesto enfático con la taza. El hielo flotaba en el zumo.

“¿Estás diciendo que debería devolverte tu brillante baratija?”

Con esto, Jinshi se refería a la joven reticente.

“No, quédatela. No quiero estancarme en la misma rutina de antes.”

“¿Y si no la quiero?”

“Entonces, ¿qué podría hacer? Podría contar con una mano el número de personas que podrían ir en contra de su voluntad, *milord*.”

Lakan estaba decidido a no decir nunca lo que realmente quería decir. Eso distraía a Jinshi. Lakan sabía quién y qué era Jinshi; de lo contrario, nunca habría dicho lo que dijo. Pero la lógica estaba ahí, en sus palabras.

Lakan se quitó el monóculo, lo limpió con un pañuelo y volvió a ponérselo delante del otro ojo. Así que sólo era un adorno. Jinshi siempre había sabido que Lakan era un tipo raro.

“Pero me pregunto qué pensará mí, ejem, *niñita*.”

La forma en que hizo hincapié en la palabra *niñita*—ugh. Así que debe ser verdad. Por mucho que Jinshi se resistiera a admitirlo.

Lakan era el padre biológico de Maomao.

Jinshi finalmente dejó de sellar papeles.

“¿Podrías decirle que iré a visitarla uno de estos días?” Dijo Lakan. Luego salió del despacho, lamiéndose la mantequilla de los dedos. Dejó el sofá donde estaba, dando a entender que volvería.

Casi al unísono, Jinshi y Gaoshun agacharon la cabeza y dejaron escapar grandes suspiros.

“He conocido a un funcionario que me ha dicho que le gustaría verte.” Le dijo Jinshi a Maomao en cuanto regresó a su habitación. Comprendiendo que no serviría de nada no decirle nada, había resuelto quitárselo de en medio.

“¿Y quién es ese funcionario?” Preguntó. Jinshi creyó detectar un destello de inquietud tras su expresión de estudiada indiferencia, pero ella lo disimulaba bien, con la voz tan apagada como siempre.



“Ejem. Su nombre es Lakan...”

Apenas pronunció estas palabras, la expresión de Maomao cambió. Sus ojos se abrieron de par en par y se alejó un paso de Jinshi, casi, al parecer, involuntariamente. Hasta entonces le había mirado como a un escarabajo, como a una lombriz seca, como al barro, como al polvo, como a una babosa e incluso como a una rana aplastada, es decir, de muchas maneras denigrantes y despectivas, pero él se dio cuenta de que todas ellas eran amables y gentiles comparadas con la mirada que le dirigía ahora.

Era, francamente, difícil de describir, pero incluso Jinshi sentía que apenas podía sobrevivir. Maomao parecía como si fuera a romperle el corazón y verter metal fundido para que no quedaran ni las cenizas.

Esta mirada comunicó claramente a Jinshi lo que la hija de Lakan sentía por su padre.

“Lo rechazaré. De alguna manera.” Se las arregló para decir Jinshi, todavía un poco aturdido. Era un milagro que su corazón no se detuviera.

“Gracias, señor.” Maomao, por su parte, recuperó su habitual inexpresividad y reanudó su trabajo.

Capítulo 10:

Suirei

Así que lo sabe. Había tenido un presentimiento sobre la persona de la que Jinshi había estado hablando el otro día. Después de todo, él era parte de la razón por la que Maomao evitaba diligentemente acercarse al campamento militar.

Suspiró. La forma en que su aliento se empañaba en el aire era prueba suficiente de que el frío seguía presente y se hacía notar, las pisadas de la primavera aún lejanas.

No había nadie más en la habitación. Jinshi y Gaoshun habían salido a primera hora de la mañana. En los dos meses que Maomao llevaba a su servicio, había empezado a conocer la rutina de Jinshi. Una tarea en particular parecía surgir más o menos cada dos semanas. La víspera, se daba un largo y lento baño y quemaba incienso antes de salir. Maomao aprovechaba esos días para pulir a fondo el suelo, y eso es lo que estaba haciendo hoy, pasando un trapo por el suelo. El frío le entumecía las manos, pero con Suiren observándola, suave pero implacable, Maomao no podía ni pensar en aflojar el ritmo.

Cuando Maomao hubo limpiado casi la mitad del edificio, Suiren pareció finalmente satisfecha y sugirió que pararan a tomar un té. Acercaron dos sillas a una mesa redonda de la cocina y se sentaron con una taza de té caliente en la mano. Las hojas eran sobrantes, no nuevas,

pero eran de tan alta calidad que la infusión seguía oliendo de maravilla. Maomao saboreó el dulce aroma mientras comía una bolita de sésamo.

Ojalá pudiéramos tomar algo más sabroso, pensó Maomao, pero sonaría grosero decirlo en voz alta. Sospechaba que Suiren había preparado el tentempié suponiendo que una mujer joven disfrutaría con un dulce. Así que Maomao se sintió obligada a poner cara de agradecimiento, pero entonces se dio cuenta de que la propia Suiren estaba masticando ruidosamente unas galletas de arroz a la parrilla.

Maomao no dijo nada por un momento.

“Ah, ese sabor salado es como una adicción.” Dijo Suiren. Maomao pensó que ella y Jinshi eran muy parecidos. Extendió la mano hacia el plato de galletas, pero Suiren le arrebató la última antes de que pudiera alcanzarla. Ahora Maomao estaba segura de que lo hacía a propósito. Esta sirvienta era muy desagradable.

Maomao siempre acababa siendo la oyente cuando tomaba el aperitivo con otras mujeres, y así resultó en el té con Suiren. A diferencia de las damas del distrito del placer o del palacio posterior, Suiren no era partidaria de los cotilleos ociosos, sino dada a disertar sobre el señor de la casa.

“La comida de esta noche es vegetariana, así que asegúrate de que no robaras carne o pescado a escondidas.” Dijo Suiren.

“Sí, señora.” Maomao sabía que no debía preguntar por qué comían como si estuvieran sometidos a algún tipo de purificación ritual, pero Suiren insinuó lo suficiente con su tono como para que Maomao pudiera adivinarlo. *¿Pueden los eunucos realizar oficios rituales?* Se preguntó. La purificación la realizaban normalmente quienes participaban en rituales religiosos. Los que pertenecían a la aristocracia o a la nobleza podían presidir tales funciones de vez en cuando.

Había varias cosas sobre Jinshi que Maomao no entendía. Por ejemplo, por qué un hombre de nacimiento como él se había convertido en eunuco. Sin embargo, teniendo en cuenta la época de su vida en la que había sucedido, tenía cierto sentido. La antigua emperatriz viuda, que en su época había sido considerada casi una emperatriz por derecho propio, era una mujer de considerables habilidades. Se decía que su influencia, y no gracias a su incompetente hijo, había evitado que el país se sumiera en el caos durante el reinado del anterior emperador. Pero el corolario natural de ese hecho era que ella se había apoyado en su propia autoridad para muchas de las acciones que emprendió. Como convertir en eunuco por la fuerza al padre de Maomao, un médico muy capaz al que ella favorecía. Sería razonable suponer que Jinshi se había convertido en eunuco en circunstancias similares.

“Ah, y necesito que me hagas un recadito esta tarde. Tendrás que ir al médico y conseguir alguna medicina...”

“¡Sí, señora!” Soltó Maomao antes de que Suiren terminara de hablar.

“Ojalá fueras siempre tan entusiasta.” Dijo, y se metió en la boca la última galleta de arroz.

El consultorio médico estaba situado en la parte oriental del palacio exterior, cerca del cuartel general militar. Tal vez fuera conveniente para todos los heridos que producía el ejército. Maomao recordaba lo que Jinshi había dicho sobre este médico, pero también estaba interesada en él por otras razones. Una vez había tenido experiencia de primera mano con una de sus medicinas, y fue más que suficiente para convencerla de que era un practicante consumado. En el palacio posterior había un curandero que dirigía la consulta médica, un auténtico desperdicio, pero Maomao sentía una gran curiosidad por saber cómo se hacían las cosas en la corte exterior.

“He venido a recoger unas medicinas.” Dijo, presentando la etiqueta que le había dado Suiren. El médico, un hombre de pómulos altos, la miró, luego pidió a Maomao que se sentara y desapareció en una habitación trasera.

Maomao se sentó e inspiró profundamente. Una profusión de olores acre y sabores amargos llenó su nariz y su boca. En el escritorio donde había estado el doctor hasta su llegada, Maomao pudo ver un mortero con algunas hierbas a medio machacar.

Con un supremo esfuerzo de voluntad, consiguió controlar sus ganas de poner todo patas arriba. Habría dado cualquier cosa por echar un vistazo al armario lleno de medicinas de la habitación contigua.

¡No! Se imploró a sí misma. *Tengo que ser fuerte...* A pesar de sí misma, sentía cómo su cuerpo se acercaba a la otra habitación.

“¿Puedo preguntar qué estás haciendo?” Dijo una voz fría de mujer. Maomao volvió a la realidad y descubrió detrás de ella a una dama de la corte de aspecto muy exasperado. Maomao la recordaba: era la mujer alta. Maomao se dio cuenta de que debía de parecer muy sospechosa escabulléndose hacia la otra habitación, y regresó inmediatamente a su silla.

“Sólo estoy esperando una medicina.” Dijo inocentemente. La otra mujer parecía querer decir algo al respecto, pero en ese momento reapareció el médico con la receta. “Oh, Suirei. ¿Cuándo has llegado?” Dijo con ligereza.

La mujer a la que él llamaba Suirei frunció el ceño como si no le gustara su tono. “He venido a reponer las medicinas que tienen a mano en el cuerpo de guardia.” Dijo. Debía de referirse a algún lugar del campamento militar. Ahora que Maomao lo pensaba, se daba cuenta de que la última vez que se había cruzado con Suirei, también había sido en las inmediaciones de la zona militar. En aquel momento, había tenido la extraña sensación de que Suirei se la tenía jurada, y la actitud que veía ahora en la mujer no hacía sino confirmar sus sospechas.

Suirei miraba a Maomao como si deseara que la joven sirvienta estuviera en *cualquier* otro lugar.

Aunque sólo fuera eso, Maomao comprendía ahora por qué Suirei había olido a hierbas medicinales cuando se conocieron.

“Aquí lo tengo todo. ¿Necesita algo más?” Preguntó el médico.

“Ni hablar. Que tenga un buen día.” Suirei recibió el tono congraciador del médico casi con indiferencia. El médico parecía un poco triste al verla marchar.

Así que así son las cosas, pensó Maomao, estudiando al decepcionado doctor y reflexionando sobre lo fácil que era leerle. Cuando se dio cuenta de que le estaba observando, frunció el ceño y le tendió su medicina.

“¿Esa mujer trabaja con los militares?” Preguntó Maomao. No quería decir nada. Era sólo un pensamiento pasajero.

“Sí. Aunque no es necesario que una mujer cualificada de la corte exterior se encargue de ese tipo de cosas...” Maomao le miró expectante, pero el médico no dio más detalles. Sólo sacudió la cabeza y dijo: “No es nada. De todos modos, aquí tienes tu medicina.” Le tendió el paquete y le hizo un gesto despectivo con la mano: *Vamos, vete*. Al parecer, Maomao había dicho algo que no debía, pero no supo exactamente qué.

¿Algo que una dama de la corte no manejaría normalmente? Se repitió a sí misma. Concluyó, sin embargo, que no había ninguna

necesidad especial de atarse en nudos preguntándose por el portentoso pronunciamiento; en lugar de eso, tomó el paquete y echó un vistazo en su interior. Contenía una especie de polvo. Preguntándose qué era, se pasó un dedo por la lengua. (Su mala costumbre.)

“¿Esto es... polvo de patata?”

Salió de la consulta perpleja.

“¿Hoy necesitas algo de la consulta del médico?” Preguntó Maomao mirando a Suiren, pero la dama de compañía no se dejó engañar.

“No permitiré que holgazanees.” Dijo con firmeza.

No lo considero holgazanería, respondió mentalmente Maomao. Estaba ansiosa por oler el rico aroma de la medicina.

“A propósito de eso.” Dijo Suiren, secándose las manos. “Deduzco que has estado usando discretamente nuestro almacén para guardar algunas hierbas inusuales. No quiero que eso continúe.”

Nunca se olvidaba de retorcer el cuchillo. La cara de Maomao se torció en un ceño fruncido mientras apretaba un trapo y limpiaba el suelo. Suiren era una fuerza mucho más temible que la dama de compañía del Pabellón de Jade. Tal vez la edad realmente traía astucias.

“Si crees que no tienes suficiente espacio en tu habitación, tal vez podrías hablar con el Amo Jinshi. Aquí tenemos habitaciones más que suficientes. Si sólo se lo pides, te sorprenderá lo complaciente que puede llegar a ser.” Suiren sonaba inusualmente alegre.

Maomao se preguntó si sería cierto. Después de todo, Jinshi había rechazado de plano su petición de un establo.

“No, señora.” Dijo ahora. “Nunca podría convertir la residencia de un noble en un almacén medicinal.”

Suiren se llevó una mano sorprendida a la boca mientras tomaba asiento en una silla. “No pareces la clase de persona que se preocupa, Xiaomao, pero siempre resultas ser tan circunspecta.”

“Sólo soy una joven de baja cuna. Nadie está más sorprendido que yo de encontrarme aquí.”

“Puedo entenderlo. Pero...” Suiren tenía una mirada distante en sus ojos. Estaba mirando por la ventana. De vez en cuando caían breves ráfagas de nieve. “Te ruego que no imagines que los de alta cuna son criaturas fundamentalmente diferentes a ti. Ninguno de nosotros, por príncipe o por pobre que sea, sabe lo que le va a pasar en la vida. Eso por sí mismo nos une por encima de cualquier división.”

“¿Usted cree, señora?”

“Sí, eso creo.” Dijo Suiren con una sonrisa, levantándose de la silla. Luego se acercó arrastrando un gran cesto lleno de basura hasta el borde. “Y ahora toca trabajar, Xiaomao. ¿Crees que podrías ir a tirar

esto por mí?” Suiren lucía una plácida sonrisa, pero el cesto le llegaba casi al pecho a Maomao y parecía muy pesado.

No se podía confiar en cualquier criada o criado para deshacerse de la basura del edificio de Jinshi. Había un gran número de personas ahí fuera que estarían ansiosas por encontrar algo que pudiera suponer una ventaja estratégica.

“El camino al pozo de basura pasa por delante de la consulta del médico.” Dijo Suiren. “Si todo lo que haces es pasar de largo, desde luego que no me importa.”

Eso no es un favor, es una tortura, pensó Maomao con el ceño fruncido, pero aun así se echó la cesta a la espalda, tambaleándose bajo el peso.

Maomao estudió las marcadas hendiduras que las correas de la cesta habían dejado en sus hombros, preguntándose cuánto había habido allí dentro. ¡Vaya! Al menos ahora nadie podría hurgar en la basura de este noble en particular. Todo se había convertido en cenizas. En cuanto a Maomao, lo único que podía hacer era suspirar ante la ignorancia de esta persona importante sobre los problemas que causaba a los que le rodeaban.

Estaba a punto de volver cuando algo le llamó la atención. *¿Es eso lo que creo que es?* No muy lejos del basurero había una especie de edificio; por el relincho de los caballos, sospechó que era un establo.

La hierba, natural y desatendida, crecía cerca. Aunque, evidentemente, no todo allí era forraje...

Maomao echó una mirada furtiva en una dirección, luego en la otra, y se precipitó sobre su objetivo. Para el ojo inexperto, parecía simple hierba marchita. Olía como una planta consumida por el invierno. Al sacarla de la tierra, mostraba largas raíces, junto con un pequeño pero inconfundible tubérculo.

Era una planta silvestre que se utilizaba con frecuencia para aromatizar medicamentos. Lo inusual *era* encontrarla creciendo aparentemente al azar entre un parche de otras hierbas.

¿Tal vez haya mucho fertilizante detrás de los establos? Pensó Maomao. Pero no parecía el tipo de cosa que normalmente crecería en un lugar como este.

Maomao volvió a mirar a su alrededor. Había una modesta colina cerca, en la que crecía una profusión de hierbas que parecían claramente medicinales. Dejó la cesta y corrió hacia el montículo.

Encontró un campo de tierra blanda y rica, rebosante de flores y hierbas de olor extraño: no eran productos de cocina ordinarios. Todavía estaban un poco descoloridas, debido a la estación, pero era más que suficiente para hacer brillar los ojos de Maomao. Eufórica, empezó a inspeccionar cada planta, tratando de determinar de qué se trataba, cuando el sonido de unos pasos, amortiguados por la tierra blanda, se acercó a ella.

“¿Y qué haces tú?” Preguntó una voz muy irritada. Maomao, que seguía agachada en el suelo, miró hacia atrás y descubrió a la alta mujer de pie detrás de ella. En una mano sostenía una pequeña cesta; en la otra, una hoz. Suirei, así la había llamado el doctor.

Mierda. Maomao sabía que tenía que parecer sospechosa. Decidió intentar explicarse, consciente de que la hoz podía caer sobre ella en cualquier momento. “Por favor, señora, no hay motivo para alarmarse. Aún no he recogido nada.”

“Significa que estabas a punto de hacerlo, ¿puedo tomar algo?” Suirei mantuvo una calma impresionante. La hoz no fue blandida hacia Maomao, sino que fue depositada suavemente en el suelo junto con la cesta.

“Cualquier agricultor querría inspeccionar un campo tan bonito.” Dijo Maomao.

“¿Y qué palacio está poblado de campesinos?”

Tenía a Maomao allí, pero Maomao había pensado que era una frase ingeniosa. Donde había campos, tenía que haber granjeros, ¿no? Por desgracia, Suirei no encontraba esta lógica tan coherente o convincente como Maomao.

En lugar de eso, la mujer suspiró. “No estoy aquí para colgarte de los pulgares o algo así. A fin de cuentas, técnicamente este jardín no está permitido. No obstante, una advertencia: el médico aparece por

aquí periódicamente, así que no recomendaría hacer demasiadas visitas.” Empezó a arrancar malas hierbas mientras hablaba.

“¿Así que te dejó estar a cargo de este lugar?”

“Más o menos. Me deja plantar lo que quiero.”

A los oídos de Maomao, Suirei sonaba notablemente desinteresada. Maomao no desbordaba precisamente entusiasmo; parecía que había encontrado un alma gemela. Suirei, sin embargo, parecía tener suficiente sentido social para unirse a las otras damas de la corte cuando se metían con Maomao.

“¿Y qué te gusta plantar?”

Suirei miró a Maomao sin decir nada, pero sólo durante un segundo. Luego volvió a mirar al suelo. “Una medicina para revivir a los muertos.”

Aquello fue suficiente para que el corazón de Maomao latiera con fuerza. Estuvo a punto de agarrar a Suirei y exigirle saber de qué estaba hablando, pero la racionalidad se apoderó de ella en el último momento.

Suirei miró a Maomao y luego dijo la cosa más cruel imaginable: “Estoy bromeando.” Maomao no replicó, pero la devastación debió de quedar clara en su rostro, porque la otra mujer soltó una carcajada sin gracia. “Dicen que eres apotecaria.”

Maomao se preguntó dónde lo había oído, pero asintió. Suirei volvió a quedarse inexpresiva mientras arrancaba las hojas muertas.

Dejó las raíces gruesas y recortó las hojas con la hoz. “Me pregunto hasta qué punto es una buena apotecaria.” Dijo, y Maomao, si no se equivocaba, oyó una puya en la voz de Suirei.

Miró a Suirei y se limitó a responder: “Buena pregunta.”

“Mm.” Dijo Suirei, y se puso de pie. “Todos los años planto aquí glorias matutinas. Aunque aún no es temporada.” Recogió las hierbas y volvió a bajar la colina.

Una medicina para revivir a los muertos...

Si tal cosa existiera, Maomao haría cualquier cosa por hacerse con ella. La humanidad había buscado un medio de inmortalidad prácticamente a lo largo de toda su historia. ¿Podría existir algo así? Maomao creía, de hecho, que no se podía descartar esa posibilidad, pero negó con la cabeza ante la idea de que fuera una *droga* que devolviera la vida a la gente.

Miró con nostalgia el campo por un momento, la parte de ella que quería servirse algo y la parte que sabía que no debía discutir iban y venían. Al final, la disputa mental sólo hizo que tardara en volver.

La disciplina de Suiren era discreta pero severa: Maomao se encontró limpiando y puliendo hasta las vigas del techo.

Capítulo 11:

Casualidad o algo más

Maomao estaba limpiando un pasillo en algún lugar de la corte exterior, como hacía tan a menudo, cuando escuchó una historia muy extraña.

Una gran figura se acercó a ella presa de un ligero pánico. Al verlo más de cerca, resultó ser el gran perro Lihaku.

“¿Qué está pasando?” Preguntó Maomao, dejando el paño. El corpulento militar no tenía motivos para acudir al despacho de Jinshi, a menos que necesitara algo de Maomao.

“¡No hay tiempo para charlas! ¡Hay problemas!”

“¿Y qué podría ser?” Si había venido hasta aquí, debía ser algo serio. A pesar de la forma en que a veces actuaba, Lihaku apenas tenía tiempo para matar.

“¿Recuerdas el incendio en ese almacén? Más tarde descubrimos que exactamente el mismo día hubo un robo en otro.” Se rascó la cabeza mientras hablaba. “Lo único que se me ocurre es que alguien estuviera utilizando el incendio como distracción.”

Maomao se cruzó de brazos: así que esa era la historia. “¿Qué le robaron, si se puede saber?”

En ese momento, Lihaku se sumió en un silencio incómodo. Le dio un golpecito en el hombro y le hizo un gesto, aparentemente queriendo ir a algún sitio donde no los oyeran. Maomao dejó que la guiara fuera de la galería hacia el jardín. Lihaku se acucilló a la sombra de unos árboles, se golpeó la nariz con el dedo y dijo: “Han desaparecido unos utensilios rituales.”

“¿Implementos rituales?” Una cosa muy extraña para robar, pensó Maomao.

“Sí. Parece que varios se han desvanecido, pero me temo que no sabemos exactamente qué.” Lihaku sacudió la cabeza con impotencia.

“¿No sabes lo que había allí? ¿Tan descuidado era el guardián del almacén?”

“No, no es así... Ahora mismo no hay nadie a cargo del lugar. Un importante funcionario que había estado estrechamente relacionado con él murió el año pasado, y eso lo puso todo patas arriba.”

Una cuestión de nuevos superiores barajando cosas, tal vez.

“En tal caso, ¿quizás podrías preguntar a quién lo supervisó antes que él?”

“Eso también tiene un pero. Verás, no está en condiciones de volver al trabajo. Se intoxicó hace poco y... bueno, sigue inconsciente.” Lihaku soltó un suspiro como para enfatizar la grave situación en la que se encontraba.

Pero las palabras *intoxicación alimentaria* pusieron en marcha la memoria de Maomao. ¿No había habido un caso de eso justo después del incendio? De hecho, casi simultáneamente con él...

“¿Ese dependiente no será el gourmet, verdad?” Preguntó.

Los ojos de Lihaku se abrieron de par en par. “¿Cómo sabes eso?”

“Es una larga historia.”

El incendio, el robo y la indisposición del empleado: ¿podrían ser todos una gigantesca coincidencia? En cierto modo, siempre era posible, pero parecía muy poco probable. Otra cosa que había dicho Lihaku también llamó su atención.

“Ha mencionado a un importante funcionario que falleció el año pasado. ¿Qué clase de persona era?”

Lihaku se llevó un dedo a la frente y gruñó. “Recuerdo que era un viejo chocho que siempre tenía un palo en la cabeza, quiero decir, que siempre defendía sus principios. ¿Cómo se llamaba? ¡Maldición, lo tengo en la punta de la lengua! Sé que le gustaban mucho los dulces...”

“Quizá estés pensando en el Amo Kounen.” Dijo Maomao, recordando a la persona de la que Jinshi le había hablado el año anterior. Un funcionario estirado y goloso que había muerto por una sobredosis de sal.

“¡Sí! ¡Era ese! Espera... ¿tú también sabes de él?”

“Es una *larga* historia.”

La sorpresa de Lihaku era comprensible. Maomao no era en absoluto tan optimista como para suponer que todas estas coincidencias pudieran ser, bueno, meras coincidencias. Cada una de ellas parecía un accidente aislado. Pero no había garantías de que lo que parecía un accidente lo fuera en realidad, como había demostrado el caso del pez globo. ¿Era posible que todos estos incidentes fueran deliberados, dirigidos a algún objetivo mayor?

Maomao miró a Lihaku. “Lo siento, Amo Lihaku, pero ¿qué tiene que ver esto conmigo?”

“¡Bien! De eso he venido a hablarte.” Rebuscó en una bolsa y sacó algo que resultó ser la pipa de marfil que Maomao había descubierto en el almacén incendiado. Ella se la había entregado no hacía mucho, después de limpiarla y reconstruirla. Le había dicho que se encargaría de devolvérsela al vigilante del almacén, pero aún la tenía.

“No es culpa mía.” Dijo Lihaku. “El vigilante me dijo que me la quedara. Dijo que ya no la quería.”

El guardia había sido despedido después de que la culpa del incendio del almacén recayera sobre él. Maomao había pensado que la pipa era una compra potencialmente cara, pero evidentemente había sido un regalo. Alguien fue muy generoso, pensó.

“Dijo que una de las damas de la corte exterior se la dio. ¿No te parece extraño? ¿Por qué una de ellas le daría algo así a un vigilante cualquiera?”

“Podría tener sentido, dependiendo de la persona.” Cuando las cortesanas recibían un regalo de un cliente especialmente despreciado, enseguida lo vendían por dinero o se lo daban a otra persona. Pero a Maomao también se le ocurría otra posibilidad. “Tal vez ella sabía que él querría darle un uso inmediato a un regalo tan rico.”

No todos tendrían ese impulso, pero muchos sí. Y si ese era el objetivo de la mujer misteriosa... Ella debe haber adivinado el curso de los acontecimientos: El fuego estallaría. La gente saldría corriendo. La seguridad estaría más ligera en otra parte: el momento perfecto para escabullirse.

Lihaku, anticipándose a lo que Maomao iba a preguntar, dijo: “Por desgracia, dijo que no pudo ver la cara de la mujer que le dio la pipa. Estaba demasiado oscuro.”

¿Una mujer caminando en la oscuridad? Eso también era extraño. Ni siquiera el palacio era un lugar donde una mujer debiera andar sola de noche. El vigilante del almacén había encontrado a la mujer haciendo precisamente eso, y había tenido la amabilidad de acompañarla fuera, por su seguridad. Ella se lo había agradecido dándole la pipa. Hacía frío, y el rostro de la mujer estaba oculto por un cuello alto.

“Aunque dijo que parecía inusualmente alta para ser una dama, y que olía ligeramente a medicina.”

“¿Medicina?”

“No te preocupes, sé que no fuiste tú. Dijo que era *alta*. Pero me lo preguntaba. ¿Te suena a alguien que conozcas?”

Aunque parezca un lerdo, Lihaku podría ser bastante listo. *No puedo decir que no tenga ni idea*, pensó Maomao. Quizá debería decirle exactamente lo que sospechaba. Pero entonces le vino a la cabeza el mantra de su padre: *no saques conclusiones basándote en suposiciones*. Maomao se lo pensó mejor y se decidió por una solución intermedia.

“¿Ha ocurrido algo inusual además de los accidentes e incidentes que ha mencionado?”

“Parece una pregunta portentosa y todo eso, pero ni siquiera habría unido tantos puntos sin tus pistas.” Dijo Lihaku, cruzándose de brazos. “¿Estás diciendo que hay algo más que debería investigar?”

“Posiblemente. O posiblemente no.”

“¿Cuál es?” Dijo Lihaku, exasperado.

Maomao se agachó y tomó un palo del suelo, con el que procedió a dibujar un círculo en la tierra. “A menudo ocurren dos cosas por casualidad.” Dibujó otro círculo, parcialmente superpuesto al primero. “Pueden ocurrir tres cosas y seguir siendo casualidad.” Añadió otro círculo. “¿Pero no estás de acuerdo en que, en algún momento, deja de ser casualidad y se convierte en algo deliberado?”

Rellenó el segmento en el centro de sus tres círculos superpuestos. “Supongamos que esta dama de la corte exterior —si eso es lo que es— se encuentra en el nexo de estas coincidencias deliberadas.”

“¡Ya lo tengo!” Lihaku aplaudió. En cuanto a Maomao, una imagen de Suirei pasó por su mente, pero sintió que eso no era ni aquí ni allá. “Eres más lista de lo que pareces.” Dijo Lihaku, dándole una palmada en el hombro con una enorme sonrisa.

“Y usted es tan estúpidamente fuerte como parece, Amo Lihaku, así que por favor tenga cuidado.”

Lihaku sintió un escalofrío cuando Maomao lo miró con odio. Al darse la vuelta, descubrió que no era la única que le miraba mal.

“Me alegra ver que te diviertes.” La voz era hermosa, pero cargada de sarcasmo. Lihaku retrocedió un paso intimidado al ver a quién pertenecía.

“No me divierto especialmente.” Afirmó Maomao.

Jinshi los observaba atentamente, semioculto por la sombra del árbol. Gaoshun estaba detrás de él, con el ceño fruncido en su habitual y perpetua expresión de disgusto.

El gran chucho se fue a casa, dejando a Maomao para que se ocupara de Jinshi, que por alguna razón se estaba portando mal.

“Pareces muy amiga de ese hombre.”

“¿Ah, sí?” Sirvió té de una pequeña tetera que había puesto a hervir. Con una taza de cerámica la bebida habría tenido mejor sabor, pero la mayor parte de la vajilla que utilizaba Jinshi era de plata. Maomao aún no tenía del todo claro el lugar que ocupaba Jinshi en la jerarquía política. Era algo más que un eunuco que revoloteaba por el palacio interior; también tenía negocios reales aquí, en la corte exterior.

“¿Qué es, una especie de oficial militar?”

“Efectivamente, señor, como pudo ver. Vino a hablarme de algo que le preocupaba.”

Maomao colocó sobre el escritorio los aperitivos para acompañar el té. No podía estar completamente segura de que Jinshi tuviera algo que ver con lo que Lihaku le había contado. Después de todo, Kounen estaba relacionado de algún modo. Así que Maomao se ofreció: “¿Te digo exactamente lo que estaba preguntando?”

Jinshi se limitó a sorber su té en silencio.

Cuando Maomao hubo terminado una detallada explicación, Jinshi cerró los ojos y frunció el ceño, mostrándose ligeramente afligido. “Una telaraña verdaderamente enredada.”

“Sí, señor.”

Jinshi no había tocado los aperitivos. Gaoshun estaba de pie junto a la entrada de la oficina, parecía tan perturbado como su amo.

“¿Y cómo crees que está todo relacionado?” Preguntó Jinshi.

“Eso no lo sé.” Dijo con sinceridad. No tenía ni idea de qué se había pretendido conseguir con todo esto. Cualquiera de los casos podría haber sido accidental. Lo único cierto era que mientras *parecieran* accidentes, era improbable que alguien atara cabos. “Personalmente, creo que se parecen menos a un único gran plan y más a una serie de trampas, el éxito de cualquiera de las cuales serviría a los propósitos de quien las puso.”

Jinshi tomó otro sorbo de té como respuesta. El bocado vació su taza, así que Maomao fue a hervir más.

“Debo estar de acuerdo.” Dijo Jinshi. “Y eso significa que existe la posibilidad de que haya otras trampas.”

“No podemos estar seguros.” Incluso Maomao sólo podía basarse en sus especulaciones. Si alguien le hubiera dicho definitivamente que todo había sido una serie de coincidencias, sólo habría podido asentir y aceptarlo.

“Hmph. ¿No te sientes muy entusiasmada con esto?”

“¿Entusiasmada, señor?” Dijo. *¿Y? No es que meta las narices en estas cosas por interés personal.* Se limitó a tomar nota de lo que ocurría a su alrededor. Había demasiada gente dispuesta a involucrarla en sus arriesgados negocios, ese era el problema. Maomao habría sido perfectamente feliz viviendo una vida tranquila como boticaria: sentada en su terraza tomando té y haciendo sus experimentos

medicinales. “Sólo soy una criada.” Dijo. “Simplemente hago el trabajo que me encomiendan.”

“Hmph.” Dijo de nuevo Jinshi, al parecer encontrando esta respuesta deslucida. Jugó medio inconscientemente con un pincel que tenía en la mano. Había apartado los aperitivos a un lado de su escritorio. Quizá no le interesaban. Maomao pensó que tenía un aspecto juvenil poco común. “Entonces, ¿qué tal esto?” Dijo. Llamó a Gaoshun con una sonrisa y le susurró al oído. Dijera lo que dijera, estaba claro que a Gaoshun no le entusiasmaba.

“Amo Jinshi...” Dijo.

“Ya me has oído. Prepara todo, por favor.”

Gaoshun asintió sin convicción y, mientras tanto, Jinshi mojó el pincel con el que jugaba en un poco de tinta y empezó a escribir en un trozo de papel con movimientos gráciles y fluidos. “El otro día, mientras recorría los mercaderes, oí hablar de un objeto muy interesante. Creo que se llamaba así.”

Levantó el papel con una floritura y se lo mostró a Maomao. Sus ojos empezaron a brillar de inmediato.

Escrito en el papel había dos caracteres, *niu huang: calculus bovis*. Un bezoar de buey.

“¿Te gustaría?”

“¡Por supuesto!”

Casi sin darse cuenta de lo que hacía, Maomao se abalanzó sobre el escritorio de Jinshi.

Calculus bovis era un medicamento, un cálculo biliar de vaca o buey. Supuestamente, sólo uno de cada mil bovinos producía uno; se consideraba uno de los suplementos medicinales más raros y valiosos. Un pobre boticario del distrito del placer tendría suerte de ver uno en su vida. Era una perspectiva que hacía la boca agua.

Y este eunuco estaba diciendo... ¿Qué? ¿Realmente le daría uno? ¿De verdad?

Jinshi se apartó ligeramente de Maomao, que había empezado a inclinarse cada vez más hacia él. No se dio cuenta de lo que hacía hasta que Gaoshun tiró de su manga, devolviéndola a la realidad. Bajó lentamente del escritorio y se alisó la falda.

“*Ahí está* esa motivación.”

“¿De verdad puedo tenerlo?” Maomao miró a Jinshi con cautela, pero ahora parecía algo más maduro que antes. Maomao lo reconoció como la mirada seductora que con frecuencia dirigía a las sirvientas en el palacio posterior.

“Eso depende de lo duro que trabajes. Déjame empezar dándote todos los detalles.” Jinshi empezó a enrollar el papel y lo tiró a la papelera, con la familiar sonrisa melosa en la cara. A Maomao no podía importarle menos la sonrisa, pero él le estaba ofreciendo

recompensarla con algo que ella deseaba desesperadamente si hacía un buen trabajo, y eso era todo lo que necesitaba saber.

“Entendido. Sólo tiene que decirme lo que desea, Amo Jinshi.” Y entonces Maomao recogió la taza de té y los bocadillos sin tocar.

Capítulo 12:

El ritual

Siguiendo sus instrucciones, Maomao se encerró en los archivos la tarde siguiente. El edificio contenía montones de documentos públicos y desprendía un olor rancio. Un funcionario de rostro pálido le llevó a Maomao un montón de pergaminos. Era la única persona que vio allí; el puesto parecía ser una especie de sinecura.

Aunque no le vendría mal tomar el sol de vez en cuando, pensó.

Desenrolló un pergamino tras otro, todos ellos de excelente papel. En ellos se enumeraban brevemente los accidentes y delitos ocurridos en el complejo palaciego en los últimos años. No se trataba de información confidencial; los pergaminos eran bastante públicos y cualquiera que los solicitara podía consultarlos.

Los ojeó con interés. La mayoría de los casos eran accidentes mundanos, pero algunos despertaron su curiosidad. Casos de intoxicación alimentaria, por ejemplo...

Esperaba que los casos aumentaran en verano, pero también en invierno había un número sorprendente. El otoño podía traer sus propios problemas, con personas que comían setas no identificadas o inapropiadas.

Maomao pidió al funcionario otro fajo de pergaminos. Esperaba que la tratara como una molestia, pero parecía bastante contento de tener por fin la oportunidad de trabajar. Parecía que no estaba aquí sólo porque le gustara matar el tiempo. Sentía clara curiosidad por lo que Maomao estaba investigando, y de vez en cuando le echaba un vistazo mientras ella trabajaba.

Maomao le ignoró y hojeó las hojas hasta que encontró lo que buscaba: una descripción del reciente incidente de intoxicación alimentaria. Maomao se detuvo al ver el órgano gubernamental con el que se había relacionado a la víctima.

¿La Junta de Ritos?

Eso, al menos, era lo que le sugería su título oficial. Maomao recordaba que la Junta de Ritos era responsable de la educación y la diplomacia. Tal vez, pensó, estaría más segura si hubiera estudiado más para el examen de damas de la corte.

“¿Tienes problemas con algo?” Le preguntó el pálido funcionario. Tal vez estaba ansioso de cualquier cosa para pasar el rato.

Maomao decidió que no era el momento de avergonzarse por su ignorancia. “Sí.” Dijo. “No estoy muy segura de lo que significa este título.” Sospechaba que la confesión la hacía parecer absolutamente descerebrada.

“Esta persona supervisa la observancia de los rituales.” Dijo el hombre, que parecía bastante satisfecho de proporcionar estos conocimientos.

“¿Has dicho rituales?”

Cierto, la víctima del envenenamiento alimentario se había encargado de los utensilios rituales, ¿no?

“En efecto. Estaré encantado de traerle un libro más detallado sobre el tema, si lo desea.” Dijo el funcionario, no sin amabilidad. Maomao, sin embargo, apenas le escuchó; los engranajes giraban en su cerebro. De repente, golpeó la larga mesa que tenía delante. El hombre se sobresaltó.

“¿Tienes algo para escribir?” Preguntó Maomao.

“Er, s-sí...”

Maomao repasó rápidamente el registro de incidentes que había estado examinando. Anotó los cargos y mandatos exactos.

Cuando las coincidencias se acumulaban, sugerían algo deliberado. Y si colocaba todas estas aparentes coincidencias, el lugar donde se superponían le diría dónde buscar.

“Observancia de rituales... Implementos rituales...”

Los rituales como tales no eran infrecuentes; a lo largo del año se observaban todo tipo de ritos. Un jefe de aldea podía encargarse de los ritos menores, pero las ceremonias más importantes corrían a cargo de

la familia imperial. Los utensilios robados debían de ser para una ceremonia de nivel medio, o incluso más importante.

Una ceremonia de nivel medio, pensó Maomao. Recordaba a Jinshi realizando un rito de purificación. Si tenía alguna duda sobre algo relacionado con los rituales, lo más rápido sería preguntarle al eunuco.

“¿Le interesan los asuntos rituales?” El funcionario, que estaba resultando no sólo aburrido sino de hecho bastante simpático, se acercó con una especie de gran dibujo.

“Huh...” Dijo Maomao. Era una ilustración bastante detallada de los terrenos rituales. En el centro había un altar, sobre el que ondeaba un estandarte. A los pies del altar había una gran olla, tal vez para mantener el fuego.

“Un lugar bastante inusual, ¿verdad?” Dijo el funcionario.

“Sí que lo es...”

Tenía un aspecto elegante e imponente. La pancarta parecía tener algún tipo de inscripción: ¿la cambiaban cada vez que había una celebración?

Parece mucho trabajo subirla y bajarla cada vez, pensó Maomao, siempre práctica. La pancarta estaba lo bastante alta como para que incluso subirla con una escalera fuera un quebradero de cabeza.

“Tienen un artilugio especial allí.” Dijo el funcionario. “Una gran viga colgada del techo. Se puede subir y bajar para que puedan escribir la inscripción ritual apropiada en el estandarte.”

“Parece que sabes bastante de esto.” Dijo Maomao, estudiando al hombre pálido.

“Me atrevería a decir que sí. Solía hacer un trabajo más digno que marcar el tiempo en los archivos. Pero, me avergüenza admitirlo, debí de meter la pata en el momento equivocado u ofender a la persona equivocada, porque me gané el exilio a las estanterías.”

Añadió que antes él mismo había estado destinado en la Junta de Ritos, lo cual, comprendió Maomao, explicaba por qué se había interesado tanto por lo que ella hacía. Y entonces el funcionario dijo algo que realmente llamó su atención: “Al principio me preocupaba si sería lo bastante fuerte. Me alegro de que no haya habido problemas.”

“¿Por qué le preocupaba *si* sería lo suficientemente fuerte?”

“La viga. El sistema que la sostiene. Es algo enorme. No me atrevo a imaginar la tragedia que se produciría si se cayera. Pero apenas planteé la cuestión me encontré desterrado a estos archivos.”

Maomao se quedó mirando el cuadro en silencio. Si la viga se desprendía del techo, la persona que correría más peligro sería la que estaba justo debajo: el oficiante de la ceremonia. Una persona potencialmente muy importante.

Y le preocupa la resistencia del sistema, pensó Maomao. Para subir y bajar la viga, tendría que estar sujeta a algo. Y si los sujetadores se rompieran...

La suficiente fuerza...

Había una olla de fuego en las inmediaciones. De repente, Maomao se preguntó qué utensilios rituales habían sido robados. Volvió a golpear la mesa, provocando otra reacción de sorpresa en el funcionario. Se volvió hacia él, que permanecía rígido como una tabla, y le dijo: “Lo siento, pero ¿cuándo es la próxima celebración ritual? ¿Y dónde está el lugar que aparece en este dibujo?”

“Es una estructura llamada Altar del Cielo de Zafiro, en el extremo oeste de la corte exterior. Y en cuanto a cuándo se utilizará...” El funcionario hojeó un calendario, rascándose la oreja. “Hoy hay una celebración.”

Antes de que el hombre terminara de hablar, Maomao salió corriendo del edificio, sin siquiera ordenar los pergaminos.

El Altar del Cielo de Zafiro, al oeste, pensó, tratando de organizar sus pensamientos mientras corría. Sospechaba que este plan se había estado gestando durante mucho tiempo. Preparado con la certeza de que algunas de sus partes podrían verse frustradas, pero si se lograba que algunas de ellas se solaparan, se conseguiría la apertura que el conspirador deseaba. *Todavía estoy adivinando.* Nada más que eso. Pero era vertiginoso imaginar las consecuencias si su suposición era correcta.

Pronto divisó una pagoda redonda. Edificios similares la flanqueaban a ambos lados, y frente a ella había una fila de

funcionarios. Por su vestimenta, supuso que se estaba celebrando un ritual.

“¡Eh, tú!” Llamó uno de ellos. “¿Qué crees que estás haciendo?”

Era de esperar que una criada mugrienta intentase adelantársele a la carrera. Maomao chasqueó la lengua. No tenía tiempo para esto. Si hubiera podido ir a por Jinshi o Gaoshun, le habrían resuelto el problema, pero iban a estar fuera todo el día.

“Déjeme pasar, por favor.” Dijo.

“Por supuesto que no. Se está celebrando un ritual.” Dijo un guerrero con un garrote de guerra de aspecto desagradable. Miró mal a Maomao, pero ella no podía culparlo por querer hacer su trabajo. En cambio, se maldijo a sí misma por no saber hablar.

“Es una emergencia. Tienes que dejarme entrar.”

“¿Una doncella como tú se atrevería a imponerse en los ritos sagrados?”

Él la tenía allí. Maomao no era más que una criada. No tenía autoridad. Si este hombre dejaba entrar a una chica como ella en el lugar de la ceremonia sólo porque ella se lo pedía, bien podría despedirse de su cabeza.

Por desgracia, Maomao tampoco podía echarse atrás.

Quizá no pase nada, pensó. Pero si ocurriera, sería demasiado tarde para los yo-te-dije. Cuando nos damos cuenta de que ha ocurrido algo irrevocable, siempre es demasiado tarde.

El soldado era más alto que ella, pero ella le miró a la cara. Los oficiales cercanos empezaban a murmurar y a mirarlos.

“No estoy aquí simplemente para mancillar el ritual.” Dijo Maomao. “La vida de alguien está en peligro. Tienes que detener la ceremonia.”

Uno de los funcionarios cercanos tomó la palabra. “Eso no lo decides tú. Si tienes alguna opinión que quieras compartir, tenemos un buzón de sugerencias.” Se burlaba abiertamente de Maomao, por ser la humilde sirvienta que era.

“Nunca lo verías a tiempo. ¡Déjame pasar!”

“¡No!”

No iban a llegar a ninguna parte discutiendo como niños. Tal vez lo más maduro para Maomao hubiera sido reconocer que no iba a conseguir nada y echarse atrás. Pero no lo hizo. En su lugar, una sonrisa sarcástica se dibujó en su rostro. “Hay un fallo fatal en la construcción de ese altar. Y creo que alguien puede haberse aprovechado de ello. Si no me dejas pasar en este momento, créeme, te arrepentirás. Querido, ¡tiemblo al pensar lo que te ocurrirá cuando descubran que te avisé y no me hiciste caso!” Se llevó la mano a la mejilla en una exagerada expresión de sorpresa. Luego dijo: “Espera...

Ya veo. ¿Es *eso lo que está pasando* aquí?” Se golpeó la palma de la mano con el puño abierto como si ahora todo tuviera sentido. Su sonrisa se volvió malvada. “*Quieres* que pase lo que sea. Me estás retrasando porque estás aliado con quien quiera que haya puesto la trampa...”

La interrumpió un *thud* en la cabeza. Casi antes de darse cuenta de lo que había ocurrido, estaba tendida en el suelo, con la vista nublada.

Tenía que seguir consciente, pensó, pero desearlo no iba a conseguirlo. Oyó la voz del soldado que la había golpeado, pero parecía estar muy lejos y no pudo entender lo que decía. Bueno, al menos sabía que tenía su atención. Cualquier soldado se enfadaría por un abuso así de una chica como ella. Tan enfadado como para levantar la mano sin pensar, tal vez.

No podía quejarse, ella se lo había buscado. Pero si se desmayaba ahora, todo habría terminado.

Lentamente, Maomao se incorporó. Le ardía el oído y aún veía borroso. Cuando el color volvió a su mundo, vio al soldado con el brazo levantado y a sus compañeros sujetándolo.

Pensé que empezar una pelea podría ayudar, pero... no funcionó...

No había habido tanto alboroto como para interrumpir la ceremonia; aún se oía música en dirección al altar. El espectáculo continuaba.

Por fin se puso en pie. Unas motas rojas salpicaron el suelo frente a ella. *Hemorragia nasal*, pensó. No hay de qué preocuparse. El golpe parecía haberla alcanzado en la oreja, pero sólo le quemaba; no sentía dolor. Maomao se llevó el pulgar a un lado de la nariz y se sonó la sangre. Un murmullo recorrió a los funcionarios reunidos. Maomao se dio cuenta de que tal vez era inapropiado derramar sangre en el lugar de un ritual, pero apenas tuvo tiempo de disculparse.

“¿Estás satisfecho?” Dijo. Con su visión todavía borrosa, no pudo ver exactamente qué respuesta obtuvo; sólo oyó el murmullo general de las voces a su alrededor. No había tiempo para esos juegos. Había algo que Maomao tenía que hacer.

Su voz subió una octava: “¡Déjenme pasar!”

¡Tengo que entrar ahí!

Sería demasiado tarde, una vez que todo hubiera terminado. Demasiado tarde. Si no entraba allí ahora mismo...

¡Nunca conseguiré mi bezoar de buey!

La cabeza le daba vueltas y aún tenía la vista nublada, pero ese pensamiento le dio la motivación para mantenerse en pie.

Maomao miró con dureza a los que la rodeaban. “No les pido que detengan la ceremonia. Sólo que me dejen pasar. Digamos que una rata se coló cuando no miraban.” El Emperador actual era un hombre compasivo; ella no creía que la cabeza de nadie rodaría por esto. Excepto posiblemente la suya. Sólo podía rogarle a Jinshi que

intercediera por ella. O al menos, que la dejara morir envenenada. “¿Qué harás si pasa algo y me detienes aquí? Sé que tiene que haber alguien importante dentro celebrando el ritual. ¡Entonces lo pagaran con sus vidas!”

No sabía quién oficiaba la ceremonia, pero todo parecía indicar que se trataba de alguien de alto rango.

Algunos de los guardias se miraron entre sí como conmocionados por sus palabras, pero estaba claro que no todos iban a echarse a un lado.

“¿Por qué tenemos que hacer caso a una niña de quien sabe dónde como tú?” Preguntó el soldado.

Esa era la verdadera pregunta, ¿no? Maomao no tenía respuesta y se limitó a mirar fijamente al hombre.

Fue entonces cuando oyeron un rápido *clac-clac* de zapatos. “Tal vez quieras *escucharme*.” Dijo alguien, casi en broma. Maomao prácticamente podía oír la sonrisa en la voz. Y sabía a quién pertenecía.

El soldado que bloqueaba el paso a Maomao retrocedió medio paso. Los oficiales reunidos se habían puesto pálidos, como si se hubieran enfrentado a algo que esperaban no ver nunca.

Maomao no miró detrás de ella. Era todo lo que podía hacer para no fruncir más el ceño. Ya empezaban a temblarle las sienes.

“De todos modos, niña de quien sabe dónde o no, no estoy seguro de que pueda condonar golpear a una mujer joven. Mira, está herida.

¿Quién ha sido? Confiesa.” Un borde frío entró en la voz. Todos miraron inconscientemente al hombre del garrote de guerra. Su rostro se había vuelto tenso.

“Para empezar...” Reanudó la voz. “¿Por qué no haces lo que dice la chica? Asumiré toda la responsabilidad de lo que ocurra.”

Quienquiera que estuviera detrás de ella, no podría haber sido más oportuno aunque lo hubiera intentado. Maomao apretó los dientes. *No puedo pensar en eso ahora*, pensó. Siguió sin mirar atrás. En su lugar, lanzó una última mirada a la gente que la rodeaba y corrió hacia el altar.

Decidió que no le importaba a quién pertenecía la voz.

Los aromas del humo y el incienso flotaban por la arena. El tintineo de los instrumentos musicales se acompañaba del ondear del estandarte que colgaba de la viga del techo. La oración de los celebrantes estaba escrita en él con letras fluidas y hermosas, y se mostraba en alto con la esperanza de que llegara al cielo.

La aparición de una joven mugrienta en este espacio sagrado hizo murmurar a la multitud. *Debo de tener un aspecto horrible*, pensó Maomao. Se había ensuciado el uniforme corriendo y ahora tenía la cara manchada de sangre seca de la nariz. Estaba decidida a darse un buen baño cuando todo esto acabara. Sin embargo, ni muerta se bañaría

en la residencia de Jinshi. Quizá pudiera convencer a Gaoshun para que le dejara usar el suyo.

Eso, por supuesto, siempre que su cabeza siguiera unida a su cuerpo cuando llegara a ese punto.

En el extremo de una alfombra escarlata había un hombre vestido de negro. Llevaba en la cabeza un característico gorro de oficio con colgantes de cuentas. Entonaba algo en voz alta y clara.

La enorme olla de fuego estaba frente a él, ardiendo intensamente. Y allí, sobre su cabeza, estaba la viga con el estandarte ondeante. Y asegurando la viga al techo estaba...

A Maomao le pareció oír un crujido. Tenía que ser su imaginación; era imposible que lo hubiera oído a esa distancia. No obstante, siguió avanzando. Podía sentir el suave material de la alfombra bajo sus pies mientras se dirigía hacia él tan rápido como podía.

El oficiante se fijó en Maomao y se giró. Ella no le hizo caso, sino que se lanzó contra él, rodeándole el estómago con los brazos y tirándolo al suelo.

Casi al mismo tiempo, se oyó un estruendo. Una sensación caliente y aguda le subió por la pierna. Miró hacia atrás y descubrió una gran viga metálica que le inmovilizaba la pierna. Le había cortado la piel.

Eso necesitará puntos, pensó. Llevó la mano a los pliegues de su bata, donde siempre llevaba medicinas y material médico sencillo, pero una mano grande la sujetó y la retuvo. Miró hacia arriba y su

visión se llenó de las cuentas que colgaban del sombrero. Más allá flotaban un par de ojos oscuros como la obsidiana.

“¿Y cómo nos encontramos así?” La voz sonaba casi celestial.

La viga que había caído del techo yacía en el suelo. Si el dueño de la voz hubiera estado justo debajo de ella cuando cayó, sin duda habría muerto en el acto.

“Amo Jinshi... ¿Ya puedo... tener mi bezoar?” Preguntó Maomao al guapísimo eunuco que, según descubrió, también era el oficiante de la ceremonia. Pero, se preguntaba, ¿por qué estaba él aquí?

“Es bueno pensar en algo así en un momento como este.” Dijo Jinshi, con la cara fruncida como si hubiera mordido algo amargo. Su gran mano rozó la cara de Maomao. La yema del pulgar recorrió su mejilla. “Mírate la cara.” Hizo una mueca. ¿Por qué iba a hacer eso?



Maomao estaba más interesada en solucionar el problema que tenía entre manos. O pie. “¿Me deja coserme la pierna?” No dolía tanto como quemaba. Se retorció para intentar echar un vistazo a la herida, pero en lugar de eso su cuerpo se estremeció.

“¡H-Hey, ten cuidado—!”

La voz de Jinshi sonaba lejana. *Uh-oh*, pensó. Era ese golpe en la cabeza.

Sus fuerzas la abandonaron abruptamente. Otra vez su visión se volvió gris, y entonces Jinshi la estaba sacudiendo, gritando algo, y ella no podía decir qué, pero oh, cómo deseaba que se callara.

Capítulo 13:

Valentía

La sensación era agradable, como si su cuerpo se meciera suavemente. Un leve olor a fino incienso le hizo cosquillas en la nariz. El balanceo la hizo sentirse como una niña en una cuna, pero al cabo de un momento cesó y sintió que la recostaban sobre algo blando.

Luego pasó el tiempo, pero ella no sabía cuánto.

¿Dónde estoy? Pensó Maomao al despertarse. Al abrir los ojos, se encontró con un glorioso dosel sobre su cabeza. Lo reconoció porque había tenido que quitarle el polvo todos los días.

Volvió a oler el incienso, el sándalo más fino. Este era el dormitorio de Jinshi, y eso haría que Maomao estuviera durmiendo en su cama.

“Ah, estás despierta.” Dijo una voz tranquila y suave. Procedía de una asistente en el primer rubor de la vejez, reclinada en un diván cercano. Se levantó y tomó una jarra de agua de una mesa redonda, vertiéndola generosamente en una taza. “El Amo Jinshi te trajo aquí, ¿lo sabías? No soportaba dejarte descansar en la consulta médica.” Suiren rio entre dientes y le pasó la taza a Maomao.

Maomao se la llevó a los labios. Estaba en ropa de dormir (¿cuándo había ocurrido eso?). Un dolor agudo le atravesó la cabeza y, mientras tanto, sintió que la pierna se le iba a acalambrar.

“No te esfuerces. Necesitabas quince puntos.”

Maomao se arrebujó en las sábanas y se encontró con un vendaje en la pierna izquierda. El dolor sordo sugería que le habían dado algún tipo de analgésico. Se tocó la cabeza: más vendas.

“Siento preguntarte esto cuando te acabas de despertar, pero ¿puedo traer a los demás para que te vean ahora? Podemos darte unos minutos si quieres cambiarte de ropa.”

Maomao vio que su atuendo habitual estaba perfectamente doblado junto a la cama. Asintió con la cabeza.

Suiren hizo entrar a Jinshi y Gaoshun, acompañados por Basen. Maomao se había puesto bien la ropa de día; les dio la bienvenida, pero permaneció sentada. Una falta de etiqueta, lo sabía, pero Suiren había dado su aprobación y Maomao decidió, en este caso, aceptarla.

Basen fue el primero en abrir la boca: “¿Qué demonios está pasando aquí?” Miraba fijamente a Maomao, inusualmente enfadado.

“Basen.” Dijo Gaoshun con severidad. El soldado sólo chasqueó la lengua y tomó asiento. Jinshi se colocó en el sofá, con una expresión cuidadosamente neutra.

Después de todo, su amo corría un peligro considerable, pensó Maomao. Pero no había hecho nada que justificara que le gritaran, así que se limitó a sorber su agua tibia, con una expresión tan fría como su bebida.

Jinshi miró a Maomao, con las manos metidas en las mangas. “Me gustaría que me explicaras algunas cosas. ¿Qué te llevó a ese lugar en ese momento? ¿Cómo sabías que esa viga iba a caer? Dímelo.”

“Muy bien, señor.” Maomao dejó el agua y tomó aire. “En primer lugar, estos sucesos se encuentran en la confluencia de una serie de coincidencias. Cuando se dan suficientes coincidencias de este tipo a la vez, uno puede sospechar que no son casualidades en absoluto. Así, tal vez esto no haya sido un accidente, sino un incidente.”

Maomao ya conocía varios casos relacionados. Estaba la muerte de Kounen el año anterior. Luego se había producido un incendio en el almacén y, al mismo tiempo, habían robado los utensilios rituales. Por último, el propio funcionario que supervisaba esos utensilios enfermó rápidamente de intoxicación alimentaria.

“¿Así que crees que alguien causó todas estas cosas deliberadamente?”

“Sí, señor. Y creo que hay una conexión más, que había pasado por alto.”

Maomao no sabía exactamente qué habían robado, pero habría sido algo apropiado para la celebración de un ritual importante. Algo sin

duda producido por un maestro artesano. Y resulta que había oído hablar de uno de ellos recientemente...

“¿No estarás diciendo... la familia del metalúrgico?” Dijo Jinshi, sobresaltado. Maomao sabía que era rápido.

“Así es.” Dijo.

Tenía una idea bastante aproximada de lo que había matado al viejo artesano. Envenenamiento por plomo, sospechaba. Sería bastante fácil descartarlo como un riesgo laboral, pero siempre existía la posibilidad de que fuera algo más. Era concebible que esto también fuera deliberado. Regalarle vino y una copa de plomo y esperar a que se consumiera. Esa sería una forma de hacerlo; había otras.

“El anciano no enseñó personalmente a sus aprendices —sus hijos— su descubrimiento más secreto. Es posible que el arte se hubiera ido con él a la tumba, un enigma que nadie más resolvió jamás. Alguien podría haber encontrado eso muy conveniente.”

Esto implicaría que quienquiera que fuera ya entendía la técnica en cuestión. No tendrían que saber exactamente cómo funcionaba, sólo lo que hacía.

“¿Así que crees que los utensilios robados fueron fabricados por el artesano muerto?” Preguntó Jinshi, pero Maomao negó con la cabeza.

“No, señor. De hecho, creo lo contrario: que los utensilios robados fueron *sustituidos* por algo producido por ese artesano.”

Maomao tomó papel y un pincel, y esbozó rápidamente un dibujo. En el centro había un gran altar acompañado de una olla de hierro, mientras que una viga colgaba del techo. Unas cuerdas rodeaban cada extremo de la viga. Pasaban por poleas en el techo y se sujetaban al suelo con cierres metálicos.

“Si varios implementos rituales desaparecieron, tal vez podamos suponer que otras piezas se fueron con ellos. Piezas elaboradas, sospecharía.”

“Parece una posibilidad probable.” Dijo Gaoshun, pero no parecía completamente seguro. Probablemente no disponía de toda la información sobre el tema, después de todo, estaba fuera de la jurisdicción de Jinshi.

“Si no recuerdo mal, los cables que sujetaban la viga pasaban directamente por delante de la olla de fuego. Supongo que los sujetadores que los mantenían en su lugar estaban hechos para ceder al calentarse...”

“Ridículo.” Resopló Basen. “Lo habríamos sabido hace tiempo. Nunca usarían nada que pudiera incendiarse cerca del altar.”

“Y, sin embargo, la viga cayó.” Replicó Maomao. “Precisamente porque se rompieron las sujeciones.”

Jinshi estaba de acuerdo con Basen: “No deberían romperse, por mucho calor que haga. Están hechos para aguantar un poco de calor.”

“Se rompieron.” Reiteró Maomao. “O más concretamente, se fundieron.”

Todos la miraron.

Maomao decidió divulgar lo que había descubierto sobre el arte más secreto del artesano fallecido. “Muchos metales por sí solos sólo se funden a alta temperatura. Pero mezclándolos entre sí, aunque parezca mentira, es posible crear una sustancia que se funde a menor calor.”

La técnica existía desde hacía mucho tiempo, pero esas sustancias seguían exigiendo un calor considerable para fundirse. Ese era el quid del descubrimiento del viejo artesano: la proporción que había perfeccionado fundía el metal a una temperatura considerablemente inferior a la habitual. Bastaría, por ejemplo, con que el metal estuviera cerca de una olla de fuego ardiendo...

El silencio se apoderó de la habitación. El único sonido era el de Suiren, preparando alegremente el té.

Los constructores del altar debieron de jurar hasta la saciedad que la viga del techo nunca jamás se caería. De lo contrario, nunca se habría aprobado semejante construcción. Al fin y al cabo, personas importantes se colocaban bajo esa viga para celebrar ceremonias. Si Maomao no hubiera atado cabos, era muy probable que ahora mismo Jinshi estuviera muerto. No es que ella hubiera esperado que fuera a ser él a quien encontrara allí de pie.

¿Quién es ese tipo?, se preguntó. Pero pensó que su posición no era lo suficientemente alta como para hacer la pregunta en voz alta, así que se quedó callada. Además, sospechaba que conocer la respuesta sólo le traería más problemas.

Le pareció de lo más razonable suponer que había alguna conexión, por remota que fuera, entre todas estas cosas. Directa o indirectamente, alguien movía los hilos.

“Ya he dicho todo lo que podía decir.” Les dijo. Ahora que tenían la información, supuso que Jinshi y los demás descubrirían a los implicados. Cabía la posibilidad de que Lihaku ya estuviera trabajando en ello.

La imagen de la alta dama revoloteó por la mente de Maomao.

No tiene nada que ver conmigo, pensó, sacudiendo lentamente la cabeza y mirando al suelo. Sin embargo, no podía olvidar la expresión indiferente de la mujer: era como si ya no le importara lo que ocurriera, con tal de que ocurriera *algo*. A Maomao también le seguía molestando lo que la mujer le había dicho cuando estaban en aquel pequeño jardín.

Una medicina para revivir a los muertos...

No tardaron en recibir noticias de Lihaku. Como Maomao esperaba, su mensaje se refería a la dama Suirei.

Suirei, resultó, había tomado veneno y murió.

Maomao se sintió desconcertada por este abrupto final de la vida de la mujer; de algún modo, no le cuadraba. Cuando la Junta de Justicia —los funcionarios responsables del cumplimiento de la ley— reunió las pruebas e irrumpió en el dormitorio de Suirei, la descubrió desplomada en la cama. Se había confirmado que una copa de vino volcada contenía veneno. Se había pedido al médico que realizara la investigación y este había certificado debidamente la muerte.

Como criminal, Suirei debía ser castigada en su ataúd como no podía serlo en vida. Al cabo de un día y una noche, sería quemada, es decir, incinerada. En ese momento, esperaba su castigo en el mismo lugar que los que habían muerto en la cárcel.

Maomao no sabía si la Junta de Justicia había sido capaz de actuar con tanta rapidez porque Lihaku había hecho un trabajo tan minucioso en la recopilación de pruebas, o si ya llevaban tiempo persiguiendo este caso. Pero al final, Suirei fue la única conspiradora nombrada. Maomao se quedó pensativa: *¿Realmente había puesto en marcha un complot tan elaborado ella sola?* La idea carecía de cierta persuasión.

En ese caso, ¿tal vez ella era un chivo expiatorio? Quizás. Pero algo más básico molestaba a Maomao. *¿Suirei realmente aceptaría eso?* No se conocían muy bien. Maomao no era tan buena lectora de personas como para entender quién era realmente una persona en el lapso de un trato tan corto. Siempre era posible que la apatía de Suirei se debiera a su falta de ganas de vivir.

Pero aun así, algo le molestaba a Maomao. Era el tono que Suirei había adoptado al hablar, como si estuviera poniendo a prueba a Maomao. *No, no puedo guiarme sólo por la intuición. Tengo que estar segura.* Pero Maomao no tenía forma de *estar* segura; lo único que podía hacer era volver en silencio a sus quehaceres diarios. Así era la vida de una criada.

No obstante, supuestamente...

Pero la curiosidad pudo con ella.

“Amo Jinshi, tengo que pedirle un favor.” Esta fue su táctica de apertura. “Me gustaría hablar con el doctor que realizó la investigación.” En la morgue, idealmente.

Para desconcierto de Jinshi, la cara de Maomao al decir esto amenazaba con romper a sonreír.

El tanatorio estaba en penumbra, impregnado del hedor de la muerte. Según la ley del país, nadie que muriera en la cárcel podía ser enterrado, sino incinerado. En un rincón, varios ataúdes apilados albergaban a criminales que esperaban su destino. El ataúd de Suirei estaba ligeramente separado de los demás, y de él colgaba una etiqueta en blanco y negro.

Jinshi y Gaoshun estaban presentes. A Gaoshun no parecía gustarle que Jinshi estuviera en la morgue, pero si deseaba estar allí, Gaoshun no podía impedirselo.

Cuando llamaron al médico, este tenía una expresión tan sombría como la propia morgue. Maomao no le culpaba: una dama con la que había mantenido buenas relaciones estaba muerta, para ser tratada nada menos que como una criminal. *Pero, ¿eso es todo?*, se preguntó. Si había sido él quien había hecho la investigación, quizá supiera algo que nadie más sabía. Y Maomao tenía un indicio de lo que podría ser.

Fue directa al grano: “El veneno que bebió esa mujer. ¿Por casualidad, entre los ingredientes había espino?” Estudió al médico desde la silla donde estaba sentada; Gaoshun se la había preparado debido a su pierna herida. Junto al médico había una azada apoyada en la pared. Gaoshun también la había preparado a petición de Maomao. Jinshi no dejaba de mirarla como si se preguntara para qué servía, pero le habría llevado mucho tiempo explicárselo, así que le ignoró.

El médico palideció casi antes de poder decir nada. Aun así, se negó a ser explícito y negó con la cabeza. “El veneno contenía varios ingredientes, y es difícil determinar cuál era cada uno de ellos. Por el estado del cuerpo, diría que la posibilidad es clara, pero no puedo estar seguro.” La respuesta fue sorprendentemente segura y serena teniendo en cuenta la forma en que había palidecido ante la sugerencia. Y decía la verdad hasta donde llegaba, pensó Maomao. Ella tampoco había

sabido qué ingredientes habían intervenido en el brebaje cuando lo había evaluado.

“Hay un campo en una pequeña colina detrás de los establos, como creo que sabrás. ¿No hay espinos plantados allí? Puede que ahora no esté en temporada, pero no me imagino que en tu farmacia no haya.”

El espino era altamente venenoso, pero en una dosis medida podía actuar como anestésico. Supongamos que Suirei hubiera tomado un poco de la consulta del médico.

El propio oficial médico permaneció en silencio. Este hombre era un médico excelente, había concluido Maomao. Pero no un mentiroso dotado.

El espino tenía otro nombre: la Insólita Gloria Matutina. Maomao pensó en el desparpajo de Suirei cuando le dijo que había plantado campanillas en aquel campo.

“Averigüemos entonces con certeza si esa toxina en concreto estuvo implicada.” Dijo Maomao. Luego tomó la azada y avanzó hacia el ataúd con la etiqueta blanca y negra.

“¿Qué crees que estás haciendo?”

“*¡Esto!*”

Metió la azada bajo la tapa del ataúd y empujó hacia abajo. Uno de los clavos que sujetaba la tapa saltó. Los demás observaron atónitos el trabajo de Maomao. Una vez liberados todos los clavos, levantaron la

tapa y descubrieron el cadáver de una mujer. Parecía tratarse de una desafortunada paseante nocturna que había muerto bajo un puente.

“¿No es... Suirei?” Dijo el médico, mirando dentro del ataúd. Estaba claramente conmocionado; le temblaba la mano al tocar la caja.

Si finge estar sorprendido, entonces es un excelente actor, pensó Maomao.

“Esta mujer, Suirei, ¿estás seguro de que estaba muerta?”

“Sí. El aficionado más inexperto podría haberlo visto. Seguía siendo tan hermosa como cuando estaba viva. Pero el corazón detrás de esa belleza ya no latía.” El rostro del doctor seguía blanco. Maomao sospechaba que había tratado el cadáver de Suirei con cuidado. También sospechaba que Suirei había contado con ello. Ella había sabido que él no sentiría la necesidad de descuartizarla para averiguar exactamente qué veneno había tomado.

“En otras palabras, señor, ella te usó.”

El oficial médico pasó de estar pálido a estar visiblemente furioso. Cuando parecía que iba a perder el control y arremeter contra Maomao, Gaoshun le agarró por detrás.

Suirei había utilizado espino en su veneno. Y también había tenido acceso a una amplia gama de otros medicamentos, si los hubiera deseado. Si comprobaban los almacenes de la consulta médica, era probable que encontraran discrepancias con el inventario enumerado.

Maomao supuso que lo peor de lo que se podía acusar al médico era de no llevar un control exhaustivo de sus suministros.

“Explica esto.” Dijo Jinshi, entrecerrando los ojos. “¿Por qué no está ahí el cuerpo de la condenada?”

“Porque la gente sospecharía si no hubiera *algo* en el ataúd, aunque sea para quemarlo.” Dijo Maomao.

Había varios ataúdes en la morgue. Algunos de ellos eran sin duda cuerpos destinados a la hoguera, como se suponía que había sido Suirei. Presumiblemente, también llegarían nuevos ataúdes. Suficiente actividad como para que se preparase un cadáver sustituto y se intercambiasen los dos.

“Entonces, ¿qué pasó con el cuerpo de Suirei? No se lo pueden haber llevado; alguien se habría dado cuenta.”

“No tuvo que ser así. Salió por su propio pie.”

La conmoción silenció al público de Maomao.

“¿Serías tan amable de ayudarme a revisar esos ataúdes de ahí?” Le dijo a Gaoshun. Quería hacerlo ella misma, pero le dolía la pierna. Gaoshun ni siquiera se inmutó al mirar las cajas vacías. Alerta como estaba, se dio cuenta de que había algo raro en uno de los ataúdes; tiró del que estaba encima para liberar el sospechoso féretro. Normalmente habrían hecho falta al menos dos hombres para moverlo, pero Gaoshun era lo bastante fuerte como para apartarlo él solo.

Maomao se acercó al ataúd que Gaoshun había liberado, arrastrando el pie mientras se movía. “Aquí se ve la marca de un clavo.” Observó. “Sospecho que este es el ataúd en el que estaba Suirei. Yacía aquí, esperando ser rescatada.”

Cuando llegó su ayuda, Suirei ya respiraba de nuevo. Después de liberarla, habrían cambiado los ataúdes, y entonces Suirei habría escapado de la funeraria vestida como uno de los que entregaban a los muertos. La gente se desvivía por no prestar atención a los que realizaban un trabajo tan sucio, y Suirei, de una estatura poco común, podría haber pasado fácilmente por un hombre.

Ahora Maomao preguntó al médico: “¿Sabía usted que hay medicamentos que pueden hacer que una persona parezca muerta?”

Abrió la boca, brevemente estupefacto, pero finalmente dijo: “He oído algo al respecto. Pero no tengo ni idea de cómo hacerlos.”

Habría sido fácil descartar la idea de una “medicina para resucitar” por pura fantasía, pero no era del todo cierto. Existían ciertas sustancias que podían producir un efecto muy parecido al de volver de entre los muertos.

“Lamento oír eso.” Dijo Maomao. “Pues yo misma desconozco los detalles. Sin embargo, *he* oído que los ingredientes incluyen veneno de espino y pez globo.”

Una vez, sólo una vez, su viejo le había contado una historia. Decía que en un país lejano había una medicina que podía matar a una

persona y luego devolverla a la vida. Además del veneno del espino y del pez globo, necesitaba otras toxinas. Estas sustancias, cada una normalmente inmensamente venenosa, de alguna manera se neutralizaban entre sí, de modo que después de un breve período el sujeto comenzaba a respirar de nuevo.

Naturalmente, el padre de Maomao nunca había fabricado esta droga, y no iba a decirle a Maomao cómo hacerla. Incluso el hecho de que conociera el espino y el pez globo se debía a que había leído en secreto el libro de su padre. Evidentemente, él nunca había imaginado que ella pudiera leer la escritura de aquel lejano y extraño país. Fue culpa suya por subestimarla, o al menos por su obsesión con los venenos. Había convencido a algún que otro cliente de aquellas tierras para que le enseñara, y poco a poco fue adquiriendo un conocimiento práctico de la lengua. Por desgracia, su padre descubrió el subterfugio antes de que ella lo hubiera leído todo, y simplemente quemó el libro.

“¿De verdad cree que Suirei habría utilizado un método tan incierto?” Preguntó el médico.

“¿Qué tenía que perder? Se enfrentaba a la pena de muerte. Si yo estuviera en su lugar, es una apuesta que aceptaría con gusto.”

“No creo que haga falta una fatalidad inminente para que lo hagas.”
¿Por qué Jinshi parecía tan ansioso por entrometerse? Maomao le ignoró para que no desbaratara la conversación.

“El hecho de que no haya ningún cuerpo aquí sugiere que ganó su apuesta. Si nadie hubiera pensado en buscar hasta después de la cremación, su victoria habría sido completa.”

No dejé que se saliera con la suya, pensó Maomao. Sonrió mientras miraba el ataúd. Dentro había una mujer anónima, muerta de quién sabía qué. No parecía mucho por lo que sonreír. *Era descuidada*. Maomao no era tan blanda como para lamentarse por la muerte de una completa desconocida. Había cosas más importantes de las que preocuparse.

La risa brotó de lo más profundo de su vientre, *je je je*. Algo surgía de su interior, algo que amenazaba con apoderarse de todo su cuerpo. “Si está viva, me encantaría hablar con ella.” Dijo Maomao a nadie en particular. No, no para arrestar a la mujer. Era por otra razón.

Era el ingenio que Suirei debía de tener para hacer que tantos casos parecieran accidentes, y el valor para conseguirlo. Y, sobre todo, había tenido el valor de jugarse la vida con la esperanza de engañarlos a todos. Qué desperdicio sería, pensó Maomao, que una persona así simplemente estirara la pata. Sí, había habido bajas por su culpa, pero Maomao no podía negar lo que sentía.

La droga de la resurrección. ¡Debo saber cómo hacerla!

La idea casi la abruma. Tal vez por eso estaba cacareando de repente. Los tres hombres de la sala la miraron dubitativos.

Al final, Maomao se aclaró la garganta y miró al médico. “Perdone, pero ¿podría molestarle para que me cosa la pierna? Parece que se me ha reabierto la herida.” Maomao se rozó la pierna como si no la hubiera estado arrastrando todo este tiempo. Las vendas estaban empapadas de sangre.

“¡Dinos eso *antes* de que desaparezcas en la hilaridad! ¡Antes!” Exclamó Jinshi, con su voz agitada llenando la morgue.

Capítulo 14:

Gaoshun

Jinshi había terminado su baño y saboreaba una copa de vino. Parecía que todo lo que surgía estos días era un nuevo dolor de cabeza. Estaba algo perdido. Como si todo lo demás que competía por su atención no hubiera sido suficiente, justo el otro día, había estado a punto de ser asesinado.

Después de lo que habían aprendido en la morgue, el asunto de Suirei había sido tratado con la mayor circunspección. Era lo más conveniente para todos. Preguntó a los trabajadores de la morgue que supuestamente habían traído ataúdes mientras el cuerpo de Suirei había estado allí, pero, extrañamente, afirmaron no haber recibido ninguna petición de ese tipo.

Sobre la propia dama de la corte, Suirei, quedaba mucho por saber. La razón por la que había estado tan unida al doctor era que su tutor había sido el propio maestro del médico. Al parecer, este maestro había visto el talento de Suirei para la medicina y la había adoptado como su hija hacía algunos años, pero poco más se sabía.

Jinshi vio que no era probable que esta situación desapareciera pronto, pero eso no era nada nuevo. Había muchos problemas que no se resolvían, simplemente se acumulaban. Lo más que podía hacer con

esos problemas era tenerlos en cuenta para el futuro. Tenía que centrarse en lo que podía hacer en ese momento.

A Jinshi le sorprendió el crepitar del carbón, pero cuando miró fuera vio que el mundo se había vuelto blanco por la nieve. Hacía frío. Recogió su bata del sofá y se la puso.

Un tintineo metálico provenía de la entrada; el edificio estaba diseñado para que pudiera oírse desde casi cualquier lugar. Jinshi sabía quién podía ser.

Como esperaba, su ayudante, con el ceño siempre fruncido, entró en la habitación.

“Ha vuelto sana y salva.” Dijo Gaoshun.

“Siento causarte tantas molestias.”

Jinshi había dado instrucciones a Gaoshun para que acompañara a Maomao cuando se hiciera tarde. Después de todo, había sido al salvar a Jinshi cuando se había herido la pierna. Le preocupaba que, si la abandonaba a su suerte, la herida volviera a abrirse.

Pero eso no era lo único que le preocupaba. También estaba el excéntrico Lakan. Por lo que Jinshi podía deducir, el hombre decía la verdad sobre ser el padre biológico de Maomao, pero la actitud de esta al respecto dejaba más que claro que su relación no era la habitual. El consenso general en palacio era que nunca se podía estar seguro de lo que podría hacer Lakan, y Jinshi prefería no correr riesgos.

Lakan también había tenido algo que ver con que Maomao llegara al altar durante el ritual. Sin duda, el soldado que la había golpeado estaba ahora profundamente arrepentido de sus actos.

Una de las gracias que salvaban a Jinshi era que, a diferencia de otras personas de la corte, Gaoshun sabía leerle lo suficientemente bien como para saber cuándo dejarlo solo para que hiciera su trabajo. Al fin y al cabo, se trataba del hombre al que Jinshi había tenido como tutor prácticamente desde el momento en que fue destetado. A pesar de una breve separación cuando Gaoshun había sido enviado a hacer otro trabajo, era sin duda uno de los que mejor conocían a Jinshi. Cuando pensó que la propia esposa de Gaoshun había sido su nodriza, Jinshi se dio cuenta de que tal vez nunca saldría de su deuda con aquel hombre.

“Mañana estaremos en el palacio posterior.”

“Sí, señor.” Gaoshun sacó dos cuencos y una olla. Estaba lleno de un líquido dulzón y enfermizo; tenían que beberlo todos los días para que surtiera todo su efecto.

Gaoshun vertió el contenido de la olla en los dos cuencos de plata, y luego tomó el primer sorbo. Era un papel que Maomao podría haber asumido con entusiasmo, pero no habría tenido sentido hacérselo probar. No tenía ningún efecto sobre las mujeres. Gaoshun frunció aún más el ceño mientras se lo bebía todo, y luego esperó unos instantes.

“Creo que está bien. Nada fuera de lo normal.”

Nada fuera de lo normal, excepto el sabor, que siempre era inusual. La mezcla contenía una variedad de patata en polvo importada de otra tierra, una con un efecto secundario muy particular.

La harina de patata era sólo uno de los muchos ingredientes que Jinshi y Gaoshun tenían que tomar a diario.

“Muy bien.” Jinshi tomó su cuenco, se pellizcó la nariz y se lo bebió de un largo trago. Se limpió los restos de líquido de la boca con el dorso de la mano y aceptó un vaso de agua fría de Suiren. Llevaba cinco años bebiendo esto y nunca se había acostumbrado.

“No deberías taparte la nariz así cuando la gente está mirando.” Dijo Suiren.

“Ya lo sé.”

“Te hace parecer un niño pequeño cuando lo haces.”

“*Ya lo sé.*” Jinshi se sentó en el sofá, haciendo pucheros. Su tono de voz, su forma de hablar, su manera de andar y de moverse: tenía que prestar atención constantemente a todo ello.

El eunuco Jinshi tenía veinticuatro años. Se enderezó, esforzándose por poner su mejor cara de funcionario, pero el sabor de la medicina aún permanecía en su boca, haciendo que se le curvaran los labios.

Gaoshun frunció el ceño. “No hace falta que lo beba, señor, si tanto lo detesta.”

“Esto es lo que me hace ser quien soy. Como eunuco.”

Habían pasado cinco años desde que el actual Emperador se había hecho cargo del palacio posterior. Cinco años —ahora casi seis— que Jinshi había seguido llevando esta máscara retorcida. Año tras año tomando la medicina que le convertía en no hombre. Lo hacía a pesar de que el Emperador le había dicho que podía hacer lo que quisiera con las consortes de rango inferior, y con cualquier dama menos prestigiosa que ellas.

Gaoshun se tocó con una mano los surcos de la frente. “Si haces esto mucho tiempo, nunca recuperarás la función.”

Jinshi escupió el agua al oír eso. Se llevó la mano a la boca con una mirada de reproche a Gaoshun. Gaoshun le devolvió la mirada, como si quisiera comunicarle que de vez en cuando daría su opinión.

“¡Bueno, lo mismo se puede decir de ti!” Dijo Jinshi.

“No es así. El mes pasado me nació un nieto.” El argumento de Gaoshun parecía ser que sus hijos ya habían crecido; no tenía necesidad de tener más descendencia.

“¿Cuántos años tienes?”

“Treinta y siete.”

Si Jinshi no se equivocaba, Gaoshun se había casado a los dieciséis años, y la pareja había tenido un hijo cada año durante los tres siguientes. Los hermanos de leche de Jinshi. Se llevaba especialmente bien con el hijo menor de Gaoshun. De hecho, el muchacho se había mostrado servicial justo el otro día, durante el caso de intoxicación

alimentaria con las algas. El joven que había acompañado a Maomao a la casa del funcionario había sido él.

“¿Cuál de los dos hermanos mayores es?”

“Mi hijo mayor. Y creo que mi hijo menor podría encontrar una esposa pronto.”

“Sólo tiene diecinueve años.”

“Sí. Igual que usted, *milord*.”

Gaoshun se abstuvo expresamente de utilizar el nombre de *Jinshi*. *Jinshi* era un hombre de veinticuatro años que se había convertido en eunuco cinco años antes. No podía tener diecinueve.

Gaoshun pensaba claramente que estaba dando algún tipo de argumento, observó Jinshi. Tal vez pensaba que Jinshi debía darse prisa y buscarse compañeras, como había hecho el Emperador. Jinshi cruzó las piernas y miró a Gaoshun con la mayor inocencia posible.

“Quiero abrazar a mi nieto. Pronto.” *Así que vamos a terminar esta tarea rápidamente*, parecía estar diciendo.

“Veré lo que puedo hacer.”

Gaoshun aceptó un poco de té caliente de Suiren y bebió un sorbo. Jinshi, ignorando la mirada torva de su ayudante, bebió el resto del agua.

Otra ronda rutinaria de visitas a las damas del Emperador había transcurrido sin contratiempos. La Consorte Loulan parecía integrarse en el palacio posterior sin problemas. El movimiento para traerla había sido algo enérgico, así que no habría sido sorprendente que su presencia hubiera causado discordia, pero ni la Consorte Gyokuyou ni la Consorte Lihua eran lo suficientemente irascibles como para dejar que la nueva chica les afectara. Sí, había habido un altercado entre ellas tras el nacimiento de sus respectivos hijos, pero eso había sido excepcional; desde entonces habían mantenido una relación distante pero cordial.

En cuanto a la Consorte Lishu, era demasiado reservada para iniciar peleas. Sin embargo, siempre cabía la posibilidad de que sus damas de compañía la incitaran a ello.

La residencia de la antigua consorte Ah-Duo se había convertido en un espectáculo lamentable para él bajo su nueva ocupante. Bajo el mandato de la antigua señora, no se había visto ni un solo mueble frívolo, pero ahora que la nueva se había mudado, el pabellón se había convertido en un derroche de ostentación.

El padre de la Consorte Loulan era un hombre al que el anterior emperador —o, más exactamente, la anterior emperatriz viuda— había apreciado mucho; bajo su mandato, el número de mujeres de palacio se había disparado hasta alcanzar las tres mil.

En la actualidad, la Consorte Gyokuyou era la primera en el afecto de Su Majestad, y la Consorte Lihua la siguiente, pero como

gobernante no podía limitar sus visitas nocturnas sólo a las concubinas que más le favorecían. Si el palacio posterior ayudaba a mantener el equilibrio de poder dentro de la corte imperial, también podía alterar ese equilibrio. El Emperador no podía permitirse el lujo de maltratar a Loulan, y se cuidaba (según le dieron a entender a Jinshi) de visitarla al menos una vez cada diez días.

Esto no podía sino consternar a las demás consortes. Sí, Su Majestad las visitaba más a menudo que a Loulan, pero ¿quién sabía quién concebiría un hijo y cuándo, y quién no?

Aun así, la compatibilidad significaba algo, y estaba claro que Loulan no despertaba el interés del Emperador del mismo modo que otras de sus damas. Al mirarla, Jinshi pensó que tal vez podría entender por qué. Cuando la hija del apotecario había dado su “clase”, Loulan se había adornado con un accesorio de lo más inesperado, un extravagante ornamento con las plumas de un ave de las tierras del sur. Pero aunque a veces Loulan se vestía al estilo de las tierras del sur, otras veces lo hacía con un atuendo de las tribus del norte. Apenas se ponía las prendas del este, las cambiaba por un vestido del oeste. Y cada vez, su peinado y maquillaje cambiaban para complementar su atuendo. Era suficiente para que el Emperador sintiera que veía a una persona diferente cada vez que la visitaba. En esas circunstancias, afirmaba, le resultaba difícil ponerse de humor.

La Consorte Lishu fue otra que planteó un desafío al “estado de ánimo”, pero por razones diferentes. El Emperador rechazó

visceralmente las preferencias de su padre, y se negó a tocar, y mucho menos a acostarse, con una muchacha que aún podría haber pasado por una niña.

El vientre de la Emperatriz Viuda presentaba una gran cicatriz, pues había dado a luz a Su Majestad Actual muy joven, con un cuerpo demasiado pequeño para la tarea. El canal del parto había sido demasiado estrecho, y el niño nació abriéndose paso. Era dudoso que la madre sobreviviera al parto, pero tanto ella como su hijo habían salido sanos y salvos. Al parecer, la operación había sido realizada por un médico recién llegado del extranjero. De hecho, su destreza había sido tan superlativa que, a pesar de las cicatrices, la Emperatriz Viuda conservó intacta su capacidad para tener hijos y, más de diez años después, concibió y dio a luz de nuevo. Hasta el final de su vida, estos fueron los únicos descendientes que tuvo el antiguo emperador.

Hubo, sin embargo, una complicación. El médico que había atendido el primer parto de la Emperatriz Viuda (entonces consorte) se encontró atendiendo casi exclusivamente a Su Majestad, precisamente por su actuación durante aquel primer y difícil parto. Un niño nacido al mismo tiempo de la consorte del príncipe heredero fue desatendido, con trágicas consecuencias.

¿Cómo podría Jinshi no preguntarse cómo serían las cosas ahora si el primer hijo del actual Emperador hubiera vivido?

Sacudió la cabeza: no había nada que ganar con fantasías sin sentido. Además, pensó que Su Majestad debía apresurarse y ocuparse

de producir un *nuevo* príncipe heredero. En este punto, Gaoshun y él pensaban lo mismo. Después de la “clase”, las visitas del Emperador habían aumentado sustancialmente. Los *frutos* del trabajo de Maomao podrían llegar antes de lo esperado.

Durante la visita de Jinshi, la principal dama de compañía de la Consorte Gyokuyou, Hongniang, le había confesado algo con preocupación. El Emperador había visitado de nuevo el Pabellón de Jade el día anterior, y su señora parecía bastante fatigada. Hongniang se preocupó por ella. El aspecto desaliñado de su cabello negro azabache denotaba el gran esfuerzo al que se estaba sometiendo la dama de compañía. Gaoshun parecía identificarse con ella. Hongniang, por su parte, no parecía sentir ninguna aversión por Gaoshun, pero como él ya tenía una esposa que lo cuidaba y le daba de comer (a cada cual lo que necesitara), tarde o temprano tendrían que despojarla de cualquier interés.

Todo esto llevó a Jinshi a creer que tenía la solución perfecta. Gyokuyou aceptó sin pensárselo dos veces. Hongniang puso cara de fastidio, pero pareció aceptar la idea en silencio. Así se lo dijo a las tres damas de compañía que habían estado espiando desde la puerta.

Parecía que Jinshi había tomado la decisión correcta.



“¿El palacio posterior, señor?”

“Así es. Vuelve a tu trabajo favorito.”

Maomao estaba puliendo un recipiente de plata para comer hasta dejarlo como un espejo. Cuando estuvo segura de que no tenía ni una mancha, lo volvió a colocar en el estante. Su pierna aún no estaba del todo bien, así que hacía gran parte de su trabajo sentada en una silla, pero Suiren se aseguraba de *que* tuviera trabajo que hacer. Esa mujer era muy rigurosa.

Jinshi se estaba comiendo una mandarina. Muy literalmente: ni siquiera la estaba pelando él mismo. Suiren lo hizo, quitando cuidadosamente la fina corteza y colocando cada trozo en un plato frente a él. Qué mocosos mimados.

La vieja asistente parecía tener la costumbre de mimar a Jinshi. Le envolvía en una chaqueta de algodón cuando hacía frío, o le enfriaba el té porque estaba caliente. Un hombre adulto debería avergonzarse de ser tratado así.

“Parece que la Consorte Gyokuyou ha dejado de recorrer el camino de la luna.”

El “camino de la luna” era un término cortés para referirse a la menstruación. *Así que podría estar embarazada*, pensó Maomao. Se habían producido dos intentos de envenenar a la consorte cuando estaba embarazada de la princesa Lingli. Nunca se había encontrado al culpable. Maomao comprendía por qué Jinshi podía estar intranquila.

“¿Y cuándo voy a empezar mi nueva misión?”

“¿Sería posible hoy?”

“¿Es posible? Lo preferiría positivamente.”

Como no se permitía la entrada de hombres en el palacio posterior, estaría libre de cualquier posibilidad de toparse con la persona que no quería conocer, cuyo nombre ni siquiera quería oír. Tal vez Jinshi había organizado este cambio de lugar de trabajo por consideración a ella, o tal vez era simplemente una coincidencia oportuna para él. Maomao decidió que le daba igual.

Pensó que estaba ejerciendo una admirable autocontención, pero entonces Suiren dijo: “Ah, ¿buenas noticias, querida?” Aparentemente Maomao no lo estaba ocultando tan bien como pensaba.

“Para nada.” Dijo ella.

“Lástima para mí. Pensé que por fin había encontrado una protegida digna de mi formación.”

Maomao, un poco aterrorizada por la sonriente Suiren, se propuso terminar su trabajo lo antes posible.

Capítulo 15:

Palacio Posterior, una vez más

Solía pensar que este lugar no me gustaba, pero supongo que estaba equivocada, pensó Maomao con sorpresa. La vida en el palacio posterior, ahora que por fin había regresado, le resultaba bastante agradable. Había crecido en otro lugar lleno de mujeres, así que tal vez el palacio posterior simplemente encajaba con ella.

Sus días volvieron a consistir en probar comida, mezclar medicinas y dar pequeños paseos. Su pierna aún no estaba curada y le habían dado instrucciones explícitas de no salir demasiado, pero en su opinión estaba bien mientras evitara cualquier esfuerzo que pudiera volver a abrir la herida. Francamente, su brazo izquierdo demostraba que no era tan delicada.

La cuestión del embarazo de Gyokuyou aún no estaba definitivamente resuelta. Cuando estaba embarazada de la princesa Lingli, no había sufrido náuseas matutinas y sus preferencias alimentarias apenas habían cambiado. Aparte del retraso de la menstruación, no había pruebas ni de lo uno ni de lo otro.

No obstante, se impuso una orden de silencio en el Pabellón de Jade, para no correr riesgos. Si había alguien que no deseaba ver a la Consorte Gyokuyou embarazada, sin duda querría atacar durante las

primeras etapas, cuando el embarazo sería más vulnerable. El veneno era sólo una de las muchas preocupaciones.

Por si fuera poco, al viejo loco por el sexo (es decir, el Emperador) se le disuadió de realizar actividades nocturnas en el Pabellón de Jade por el momento. Normalmente esto no habría sido un problema, pero desde que la Consorte Gyokuyou había empezado a poner en práctica lo aprendido en la clase de las consortes, lo “normal” ya no parecía ser aplicable. No se sabía lo que podía pasar.

Quizá debería haberme tomado las lecciones con más calma, pensó Maomao. Pero no. Entonces Gyokuyou e incluso el Emperador habrían acabado insatisfechos. Aunque el resultado final de su enfoque hubiera sido aterrorizar a la Consorte Lishu y hacer que las mujeres de la Consorte Lihua vieran a Maomao aún más como un monstruo.

Naturalmente, Maomao dudaba si plantear el tema al Emperador en persona —no era algo que una criada debiera plantear a Su Majestad—, así que en su lugar se comunicó a través de Jinshi. Aunque no podía hacer la sugerencia explícitamente, su esperanza era que el soberano siguiera visitando a Gyokuyou con la misma frecuencia que antes, ni más ni menos. Después de todo, aunque Gyokuyou no era la única consorte de Su Majestad, si de repente la visitaba con menos frecuencia, algún alma observadora podría descubrir la verdad.

Para su sorpresa, el Emperador continuó visitándola tan fielmente como siempre, jugando con su adorable hija y pasando el tiempo en ociosas conversaciones con Gyokuyou. La historia de Ah-Duo le

recordó a Maomao que tal vez no debía considerar al Emperador un simple loco por el sexo. O quizás Su Majestad comprendía mejor de lo que ella creía las implicaciones de sus actos. Algunas personas consideraban al actual gobernante como una especie de rey-sabio, y aunque parte de ello se debía a que casi cualquiera habría parecido competente después del bufón que había sido el anterior emperador, Maomao creía que el actual gobernante era inteligente.

No es que realmente me importe, pensó. Mientras dejara que la vida continuara y no exigiera impuestos escandalosos, ella era feliz. Algunos decían que la verdadera diferencia entre un gobernante tonto y uno brillante era que un gobernante tonto pensaba que el pueblo era inagotable, mientras que uno brillante se daba cuenta de que tenía sus límites. Si eso era así, el Emperador actual era sin duda el segundo. Aun así, al ver las caras de soledad que ponía de vez en cuando, decidió pasarle el resto de su material didáctico. Le ayudarían a pasar el tiempo, aunque sólo fuera eso. (No hace falta decir exactamente qué tipo de material didáctico eran.) Se había asegurado de tener a mano varios libros diferentes, por si acaso, pero por desgracia ninguna de las damas de compañía se había interesado por ellos.

Tendrá que conformarse con dos dimensiones... Maomao colocó los materiales donde fueran discretos pero perceptibles, y por suerte parecía que los había visto.

Cuando, unos días más tarde, le ordenaron preparar más “materiales” de ese tipo, decidió que, después de todo, tal vez “loco por el sexo” era la forma correcta de describirlo.

En el palacio posterior había predilección por la rumorología, atribuible muy probablemente al aburrimiento generado por la interminable rutina y la perenne escasez del sexo opuesto. Así, cuando las damas de compañía no tenían mucho que hacer, se encontraban charlando en la cocina. Como tentempié, comían los restos de la última fiesta del té: *longxutang*, un caramelo de barba de dragón hecho de delicadas fibras que se deshacían en la boca. Este tenía hojas de té mezcladas, lo que le daba un ligero aroma.

“Ese traje era increíble, ¿verdad?” Yinghua, una de las damas de compañía del Pabellón de Jade, dijo alrededor de un bocado de caramelo. Era una mujer segura de sí misma, más que dispuesta a decir lo que pensaba.

“Es verdad. Pero eso que llevaba hace un rato me pareció bonito. La ropa occidental es bastante genial, ¿verdad?” Dijo Guiyuan en tono suave. Sonreía, feliz de estar disfrutando de un dulce.

“Las ropas así eligen a sus propios portadores.” Observó Ailan. “Pero la suya nunca le ha quedado mal.” A la espigada dama de compañía no le gustaban mucho los dulces y se limitaba a tomar un té.

Yinghua, que parecía herida por la infidelidad de sus amigas, se volvió hacia su último refugio, Maomao. “Sí, claro.” Dijo Maomao, asintiendo y pensando en privado cómo odiaba verse arrastrada a estas disputas. Hasta ahí llegó su participación en la conversación.

Yinghua, decepcionadas sus esperanzas de refuerzo, hinchó las mejillas. “Pues yo creía que la Consorte Ah-Duo era *mucho* más fría.” Dio un furioso sorbo de té sin volver a hinchar las mejillas. Guiyuan y Ailan se sonrieron.

“¡Vaya! ¡Resulta que estuviste en el equipo Ah-Duo todo este tiempo, Yinghua!”

“¡No... para nada!” Exclamó Yinghua.

Ailan se limitó a sonreír. “No tienes por qué ocultarlo. Sé que servimos a Lady Gyokuyou, pero nadie te culparía por sentirte cómo te sientes.”

“¡No me siento así!”

Maomao escuchó la charla de las chicas mientras bebía el resto de su té. Prefería mucho más las golosinas saladas; los caramelos de algodón eran demasiado dulces para ella. Le habría encantado tomar unas galletas de arroz saladas para refrescar el paladar.

En cuanto a exactamente de quién hablaban Yinghua y las otras chicas, era la consorte recién llegada, Loulan. Ella tenía una cualidad inusual, que era más que suficiente para inspirar la conversación. ¿Qué cualidad? Su ropa. Prácticamente cada vez que aparecía, llevaba un

atuendo con una personalidad diferente. Un día vestía un traje del oeste y al siguiente, un atuendo de jinete de una tribu.

Me pregunto cuál será la historia, pensó Maomao. Quizá tenía demasiado dinero. Si seguía cambiando de atuendo a ese ritmo, muy pronto su pabellón estaría abarrotado de ropa. El antes austero Pabellón Granate ya había cambiado hasta quedar irreconocible, como si el nuevo residente se hubiera propuesto desterrar el espíritu de Ah-Duo.

Era a la vez lo correcto y lo incorrecto. Por un lado, el palacio posterior era un mundo en el que uno salía adelante destacando; pero, por otro, el clavo que sobresalía, como se decía, era derribado a golpes. En circunstancias normales, Loulan podría haberse considerado un clavo, pero su padre era un importante consejero de la época del antiguo emperador, por lo que no había, por así decirlo, un martillo lo bastante grande para el trabajo.

Eso explica muchas cosas, pensó Maomao. Sería motivo más que suficiente para echar a Ah-Duo. Teniendo en cuenta la edad de Loulan, incluso podría haber parecido un poco tardío.

Entonces Maomao tuvo una idea. ¿No habría sido en cierto modo más conveniente para el Emperador que Ah-Duo permaneciera en el palacio posterior? Porque nunca podría ser una madre de la patria, sus ojos estaban fijos hacia adelante; era tan perspicaz e inteligente que uno desearía que hubiera nacido hombre. Y ahora, de un plumazo, el Emperador había perdido a una excelente consejera y ganado a una

joven que podría influir no sólo en el palacio posterior, sino en toda la corte. Quizás no le había parecido el trato más ventajoso.

No podía simplemente ignorarla, pero no necesariamente le beneficiaría hacerse demasiado amigo de Loulan y hacer que concibiera un hijo. En realidad, el patrocinador de una consorte sólo era poderoso durante la minoría de edad del niño. Una vez que el niño se convertía en emperador —incluso si tenía un hijo propio—, esa persona podía resultar totalmente ajena.

¿Qué significaba eso? Maomao sopesó las posibilidades mientras se servía otra taza de la tetera.

Capítulo 16:

Papel

Cuando Maomao hizo su primera visita en bastante tiempo a la consulta médica del palacio posterior, encontró a su eunuco residente tan tranquilo como siempre.

“Ah, hacía tiempo que no te veía, jovencita.” Dijo el curandero, sirviendo té alegremente. “Hace mucho más calor estos días, ¿verdad?” Le acercó amablemente una bebida, utilizando un tratado médico en lugar de una bandeja. Maomao tomó el té y el tratado a la vez, deseando poder regañarlo por abusar tan descaradamente de un objeto tan valioso.

Como siempre, el matasanos era el único que estaba en el despacho. No podía creer lo poco que parecía trabajar aquí. Tenía suerte de seguir trabajando.

“Oh, todavía hace mucho frío.” Dijo Maomao, colocando una cesta de ropa sucia encima de su escritorio.

Sí, todavía había frío en el aire. Hacía tanto frío que los mariposones dudaban en asomar la cara. Tal vez el doctor sólo sintió que había hecho más calor porque estaba muy gordito.

Maomao tendría que recoger muchas hierbas a medida que la nueva estación se afianzara, pero había algo que quería hacer antes de que

eso ocurriera, y eso era lo que la había traído hoy aquí. Normalmente no habría sido una tarea urgente, pero ella era quien era y el curandero era quien era.

“Por favor, jovencita, acabas de llegar. ¿Qué haces?” Preguntó el médico mientras Maomao sacaba algo del cesto de la ropa sucia.

“Vaya pregunta.” De la cesta, Maomao sacó un juego de artículos de limpieza y todo el carbón de bambú que había podido meter. “Vamos a limpiar. Esta habitación.” Sus ojos brillaron. Al parecer, dos meses de disciplina de Suiren se le habían pegado. Sin nada que hacer en el Pabellón de Jade, Maomao había acudido al único lugar donde tenía casi rienda suelta. Siempre había pensado que la consulta médica era una pocilga; ahora el fuego estaba encendido y no había forma de apagarlo.

“¿Cómo es eso?” Preguntó el médico, pero su repentino ceño fruncido no pudo salvarlo.

El curandero no era mala persona; de hecho, era bastante bondadoso. Pero eso, Maomao lo sabía, era algo totalmente distinto de ser bueno en su trabajo.

En la habitación contigua al despacho principal había armarios llenos de medicinas. Tres paredes se alzaban con cajones, un auténtico paraíso terrenal para Maomao, pero no todo era alegría y sol. Sí, podía haber muchas medicinas, pero era el curandero quien las utilizaba. Las

que no usaba con regularidad se llenaban de polvo o se las comían los bichos. Y luego estaba el mayor enemigo de las hierbas secas: la humedad. Bajaba la guardia un segundo y los materiales se pudrían. Cuanto más calor hiciera, más humedad habría. Tenían que limpiar las cosas ahora, antes de que eso ocurriera, o sería demasiado tarde.

A Maomao no es que le gustara mucho limpiar. Tampoco tenía ningún motivo especial para ayudar aquí, ya que, con demasiada frecuencia, cuando visitaba la consulta médica era sólo para matar el tiempo. Pero aun así, sentía que debía hacerlo. El sentido del deber latía en ella (al igual que la persistente sensación de que Suiren la había corrompido por completo).

“No tiene por qué hacer todo esto, jovencita. Seguro que otra persona puede encargarse de la limpieza.” Dijo el médico, sonando profundamente desmotivado. El tono de su voz hizo que Maomao le mirara involuntariamente de una forma que normalmente reservaba para Jinshi. En pocas palabras, era como si estuviera mirando un charco lleno de larvas de mosquito.

“¡Heek!” El médico se estremeció hasta el bigote. Cualquier seriedad que pudiera haber tenido se desvaneció.

Maldita sea, basta ya, se reprendió Maomao. Podía ser un charlatán, pero seguía siendo su superior. Al menos debía *mostrarse* respetuosa con él. De lo contrario, la próxima vez que se presentara, no le daría galletas de arroz. En el palacio posterior había demasiados aperitivos dulces y poca sal.

“Sí, podríamos pedirselo a otra persona.” Dijo Maomao. “Pero ¿y si cambian accidentalmente algunas medicinas de sitio mientras trabajan? ¿Qué haríamos entonces?”

El médico estaba callado. No era exactamente apropiado que Maomao apareciera a su antojo y decidiera limpiar, pero también estaba callado al respecto. Difícilmente podría echarla. El médico que había estado cerca de Suirei había sido castigado, según habían oído, por el espino desaparecido. Sin embargo, según Gaoshun, el hombre tenía demasiado talento como para dejarlo marchar; en su lugar, se limitó a sufrir una reducción de sueldo.

Maomao empezó a revisar las estanterías polvorientas, abriendo los cajones uno a uno y pasando un trapo por ellos. Tiró todo lo que estaba en mal estado y escribió el nombre de cada objeto en una etiqueta de madera. Las medicinas que quedaban las metió en bolsas de papel nuevas y las devolvió a su lugar.

Siempre que había algo que requiriera una actividad especialmente extenuante, se lo encargaba al matasanos. Su pierna aún no estaba completamente curada. Además, el médico tenía un poco de sobrepeso; el ejercicio le vendría bien.

Aquí sí que utiliza papel fino, observó. La mayoría del papel utilizado entre la población era de baja calidad y desechable. El papel duradero era demasiado caro para la gente corriente. En su lugar, los plebeyos escribían sobre tiras de madera. Había mucha leña por todas partes, mucha de ella ya cortada lo suficientemente fina como para

encender una hoguera. Eso era lo que utilizaba la gente. Y cuando terminaban, también servía como fuente de leña.

Antiguamente, el país exportaba papel, pero el antiguo emperador —o, mejor dicho, su madre, la antigua Emperatriz Viuda— había prohibido la tala de los árboles con los que se fabricaba el papel más fino. La restricción se había suavizado un poco desde entonces, pero no lo suficiente como para satisfacer la demanda. ¿Por qué había prohibido la emperatriz la tala de los árboles? Nadie se había preocupado lo suficiente por su vida como para preguntar en aquel momento, pero teniendo en cuenta que la tala de aquellos árboles seguía siendo limitada, Maomao supuso que debía de haber algún tipo de razón.

El resultado es que hoy en día, a excepción de los productos más finos, el papel se fabrica con otros árboles, hierbas o telas viejas. Estos recursos eran menos accesibles que los árboles y su procesamiento llevaba tiempo, por lo que resultaban más caros, y todo el tiempo y los problemas llevaban a los productores a buscar atajos, lo que daba lugar a un producto de baja calidad. Así, el papel había adquirido entre la población la reputación de ser exorbitantemente caro pero no merecer la pena, y no había logrado imponerse a pesar de ser más conveniente que la madera.

Maomao exhaló: “Uf...”

“¿Ha terminado, señorita?” Preguntó esperanzado el médico.

“No, sólo vamos a la mitad.”



Siguió un silencio decepcionante. Maomao se dio cuenta de que la mitad del trabajo era lo máximo que podía hacer en un día, dada la magnitud de la tarea, y decidió ocuparse del resto al día siguiente. Dejó el carbón en la habitación para que absorbiera la humedad. Pero aún no tenía suficiente y pidió al médico que solicitara más.

El médico se masajeó los hombros mientras se preparaba un tentempié. Trajo zumo de frutas servido en una botella de cerámica. “Un dulce, eso es lo necesario cuando uno se siente cansado.” Dijo, usando una cuchara de bambú para servir puré de castaña y boniato en un papel. Le dio una de las porciones a Maomao.

¡El viejo tiene gustos de rico! El boniato era difícil de conseguir en esta época del año, lo que convertía tal tentempié en un capricho particular; y encima lo servía en papel de alta calidad como si hacerlo fuera algo completamente anodino.

Maomao se zampó el boniato de un bocado y luego miró el papel, ahora manchado de huellas redondas. El material tenía un brillo notable.

“Es un papel excelente el que estás utilizando.” Comentó.

“Oh, ¿se nota?” Había sido un comentario fuera de lugar, pero parecía haber captado la atención del médico. “Mi familia produce esto. Incluso lo suministramos aquí al tribunal. Impresionante, ¿no?”

“Así es.”

Eso explicaría por qué tenía algunos por ahí. Maomao pudo comprobar que se trataba de un material de gran calidad. Su viejo siempre había escogido lo mejor de lo peor a la hora de elegir entre la selección de papel desechable para sus paquetes de medicinas. El material de calidad era deseable para evitar la infiltración de humedad o el derrame de polvo, pero los costes tenían que reducirse en algún sitio, y por el bien de los pacientes, no podía ser en los propios medicamentos. Pero había que ahorrar, no fuera que los suministros consumieran todo el beneficio y algo más.

Quizá podría conseguir que me vendiera un poco, pensó Maomao. Ya sabes, con un descuento amistoso. Ah, la ventaja injusta. Mientras pensaba, dio un sorbo a su zumo, que bajó dulce y tibio por su garganta. No es para mí, pensó, y decidió calentar agua para el té. En la consulta médica siempre había un fuego encendido, muy práctico en momentos así.

“Todo el pueblo colabora para salir adelante. Hubo un momento en el que pensamos en tirar la toalla, pero por suerte conseguimos salir adelante.”

Maomao no había preguntado por la vida del doctor, pero hoy parecía estar de buen humor. En el pasado, fabricar papel había sido suficiente para obtener beneficios, así que su familia se había concentrado en talar los árboles locales y afeitarlos lo más finamente posible para suministrar producto. Era más lucrativo vender en el extranjero que en el país, así que su papel se convirtió en un bien

comercial cada vez más importante. En su infancia, el pueblo había sido tan rico que el curandero podía pedir dulces cuando quisiera y comer todos los que quisiera.

Por una razón u otra, sin embargo —quizá simplemente crecieron demasiado—, la aldea provocó la ira de la antigua Emperatriz Viuda, que les prohibió talar los árboles que utilizaban para fabricar su papel. Se vieron obligados a buscar otros materiales con los que producir, pero eso supuso inevitablemente una merma en la calidad de su producto. Ahora las casas comerciales estaban enfadadas con ellos y habían dejado de hacer negocios con ellos.

Se acabaron los días de festines en el pueblo. El jefe —que, de hecho, era el padre del curandero— se vio acosado por los aldeanos que le exigían que hiciera algo. Vio que no podían seguir fabricando papel como hasta entonces. Sin embargo, no todos en el pueblo eran capaces o estaban dispuestos a ver esta realidad, y una gran cantidad de ira se centró en el jefe y su familia.

Maomao escuchó pacientemente, vertiendo agua hervida de una tetera en una taza.

“Se me rompió el corazón cuando mi hermana mayor vino aquí al palacio posterior.”

El pueblo se había establecido en un lugar ideal para fabricar papel, pero no para mucho más. Decidieron trasladar la aldea, pero carecían de recursos. Por aquel entonces, el palacio posterior buscaba más

mujeres palaciegas, por lo que la hermana mayor del doctor acudió a la llamada.

“Se rio y me dijo que la próxima vez que la viera sería una madre para el país, pero al final no volví a verla.”

Qué hacer exactamente con ellos mismos seguía siendo un problema en la nueva tierra. Se necesitaban más recursos, y ahora la hermana menor del curandero se ofreció voluntaria para seguir a la mayor en el palacio posterior.

“Y finalmente decidí venir. Realmente no había otra opción.” Dijo el curandero. Con la expansión del palacio posterior, era inevitable la necesidad de más eunucos. Sin embargo, escaseaban más que las mujeres, por lo que su precio era más alto.

Lo ha tenido más difícil de lo que pensaba, pensó Maomao mientras bebía su té.

Cuanto más limpiaba uno, más cosas veía que necesitaban limpieza. Maomao terminó con éxito los botiquines el segundo día, pero ahora le molestaba la habitación de al lado. Parecía que el curandero había hecho una limpieza básica, pero no parecía tener ojo para los detalles. Maomao pasó el tercer día quitando las telarañas del techo y limpiando cuidadosamente las paredes, y después quiso organizar el equipo. Había descubierto que el matasanos tenía bastante, y todo lo que no utilizaba lo guardaba en otra habitación.

Qué desperdicio, pensó mientras observaba la habitación contigua. Le habían dado a entender que no se utilizaba, pero para Maomao era un tesoro escondido. Ella y el curandero abordaron los numerosos tratados médicos, Maomao con una sonrisa radiante en la cara y el médico más bien cabizbajo. Así, por encima de los pucheros del curandero, pasaron siete días enteros limpiando. Maomao también había estado haciendo catas de comida para la Consorte Gyokuyou durante ese tiempo, pero no había ocurrido nada fuera de lo normal.

Fue entonces, mientras el médico pulía a regañadientes un mortero, cuando otro eunuco se presentó en la consulta. El curandero había recibido una carta.

“Bueno, ¿qué tenemos aquí?” Dijo el doctor. Tomó la carta con impaciencia, viendo la oportunidad de holgazanear un poco.

“¿De quién es?” Preguntó Maomao. En su mente, sólo estaba siendo educada, pero el médico respondió: “Es de mi hermana pequeña.” Le enseñó la carta, escrita en un papel quebradizo e irregular que hizo que Maomao se preguntara si estaba hecho con algas. Era el tipo de producto de baja calidad que utilizaría una persona normal.

Creía que había dicho que su familia fabricaba papel, pensó. Quizá la hermana pensó que un lote de baja calidad era suficientemente bueno para escribir a un familiar.

Sin embargo, mientras leía la carta, el rostro del médico adoptó una expresión de asombro y sus ojos se clavaron en la página. Maomao se acercó a él, curiosa, pero justo en ese momento los hombros del

curandero se desplomaron. Se deslizó débilmente en una silla, agachó la cabeza y dejó caer la carta sobre la mesa. Unas pocas palabras saltaron a la vista de Maomao:

“Nuestra comisión Imperial puede ser retirada.”

Pero el médico había estado presumiendo ante Maomao justo el otro día de cómo su familia suministraba papel al tribunal.

“Me pregunto cuál puede ser el problema.” Dijo el médico, casi para sí mismo. “Y justo ahora hemos podido empezar a producir más suministro...”

Un encargo imperial —o la falta del mismo— podía tener importantes consecuencias para los ingresos de la familia. Los ricos que compraban papel de alta calidad no podían resistirse a la idea de que estaban utilizando el mismo material que el emperador.

“¿Produciendo más?” Preguntó Maomao. “No habrán empezado a recortar gastos, ¿verdad?” Manoseó el papel rugoso de la carta.

“Nunca lo harían. Tienen más ganas de trabajar que nunca desde que tienen ese buey. Hoy en día hace todas las cosas que siempre necesitábamos que hiciera la gente. ¿Por qué debería cambiar algo?”

La fabricación de papel exigía mucho trabajo físico. El trabajo debería ser más fácil con un buey que hiciera todo el trabajo pesado.

“Y, sin embargo, si esta muestra es algo a juzgar, puedo ver por qué el tribunal no estaría interesado.” Maomao recogió la carta y la agitó ante el hombre. El papel de baja calidad se desintegraba si se mojaba

lo más mínimo. Además, la superficie irregular hacía que los caracteres escritos fueran horribles.

El médico guardó silencio, como si admitiera tácitamente que sabía que la mano de obra era mala. Finalmente se inclinó tanto que su cabeza quedó sobre la mesa. “Simplemente no sé lo que está mal.”

Maomao, reconociendo que ahora no era el momento de limpiar, estudió el papel con atención. Gran parte del papel que circulaba entre los plebeyos era de dudosa pureza, hecho de hebras de fibra de muchas plantas diferentes. Como las fibras no se cortaban con cuidado, el pegamento se endurecía de forma irregular, haciendo que el papel se hiciera jirones. Su inspección, sin embargo, mostró que las fibras de esta muestra tenían un tamaño uniforme y un grosor medido con diligencia. Sin embargo, la superficie era irregular y bastaba un ligero tirón para arrancar una esquina de la carta.

Maomao inclinó la cabeza, curiosa, y volvió a leer la carta. Decía que la familia seguía empleando los métodos ancestrales para fabricar el papel, y que utilizaban los mismos materiales de siempre. La hermana menor imploró a su hermano que les aconsejara qué hacer, pero, por desgracia, el medio hombre que era su hermano parecía no saber qué hacer.

“Ella menciona una forma de hacer papel probada por el tiempo. ¿Exactamente qué métodos utiliza?” Maomao terminó de secar el mortero y la maja y los devolvió a la estantería. Luego puso una tetera para que se relajaran.

“Los mismos que hace todo el mundo.” Respondió el curandero. “La diferencia es que nuestra familia es muy particular sobre cómo descomponemos los materiales y cómo hacemos el pegamento. No puedo decir más que eso.”

No eres tan hablador en este tema, ¿eh? Pensó Maomao. Sacó un recipiente de hojas de té de la estantería. Estaba rebuscando en él, tratando de decidir cuál sería bueno, cuando un poco de arrurruz prácticamente saltó a su vista. Lo tomó y lo echó en una taza de té. Luego volvió a poner la tetera en el fuego para que hirviera.

“¿También son exigente con el agua?” Preguntó.

“Mm. Utilizamos agua de manantial calentada a una temperatura muy precisa para que el pegamento se fije bien. Pero no puedo decirle más. Es un secreto comercial.”

Ese era el curandero que conocía, pensó Maomao, mientras dejaba otra taza de té. La llenó de agua caliente y luego la removié asiduamente con una cuchara antes de que pudiera enfriarse, produciendo unas gachas viscosas. Té de arrurruz.

“Y el pegamento, ¿lo hierven con el agua que sobra de lavar el arroz?”

“No, nos tomamos la molestia de disolver la harina de trigo en ella, como se supone. Si no, no se pega bien.” Nada más hablar, el médico se tapó la boca con la mano, pero a Maomao le daba igual que

utilizaran agua de arroz o harina de trigo o cualquier otra cosa. Puso el té de arrurruz delante del médico.

“En ese caso, ¿dónde guardan el buey?” Dijo.

“Me temo que no lo sé.” La miró como preguntándose *por qué arrurruz*, pero empezó a sorber el líquido caliente. Se pegó a la taza de té, haciéndolo difícil de beber. “Jovencita, creo que ha equivocado las proporciones. Es imposible beber esto.”

Maomao le pasó una cuchara. “Mis disculpas. Estaré encantada de explicarte cómo hacerlo potable. ¿Quieres probarlo?”

“¿Qué debo hacer?”

Maomao se llevó brevemente la cuchara a la boca, luego la metió en el té y removi6 energicamente. Luego volvi6 a hacerlo, y luego otra vez.

“Un poco burdo.” Coment6 el curandero con el ceño fruncido, pero hizo lo que ella le indicaba. Mientras se llevaba repetidamente la cuchara a la boca y luego removía, empez6 a producirse un cambio. “Cada vez tiene menos almid6n.” Observ6.

“Creo que sÍ.”

“De hecho, ahora est6 pr6cticamente aguado.” El m6dico parecÍa bastante impresionado.

“El arrurruz y el pegamento son bastante parecidos.” Ofreció Maomao.

“Supongo que se podría decir eso... Me pregunto si la saliva adelgaza el pegamento de la misma manera que lo hace el arrurruz.”

“En efecto.”

La boca del médico se abrió. “¿En efecto qué?”

No fue tan rápido como Maomao hubiera querido. *Prácticamente se lo estoy restregando por las narices*, pensó, pero decidió darle una pista más.

“Los bueyes, creo, producen mucha baba.”

“Sí, ahora que lo mencionas, supongo que es verdad.”

“¿Y si averiguaras dónde bebe el buey su agua? Para estar seguros.”

Maomao, decidido a no decir nada más, limpió las tazas de té y regresó de inmediato al Pabellón de Jade. El curandero debió de darse cuenta por fin, pues escribió una carta y salió a toda prisa de la consulta para enviarla.

Maomao contempló lo que haría cuando terminara de limpiar.

Pero es cuando las cosas parecen más tranquilas cuando a menudo acecha el desastre.

Capítulo 17:

Cómo rescatar un contrato

“Entonces, ¿cuánto cuesta comprar el contrato de una cortesana?” Preguntó Lihaku. Él y Maomao estaban sentados en la sala que conectaba el palacio posterior con el mundo exterior. Cuando Maomao oyó la pregunta de Lihaku, se quedó boquiabierta. Como la había citado personalmente en lugar de enviarle una carta, supuso que tenía alguna información nueva que darle sobre el incidente. ¿Pero era esto lo que quería saber?

Ya sabía yo que era un chucho grande y tonto.

Lihaku se agarró la cabeza hasta que finalmente, incapaz de soportarlo más, golpeó el escritorio que había entre ellos y exclamó: “¡Tienes que decírmelo, jovencita!” Los eunucos que custodiaban las entradas en ambos extremos de la sala observaron la conmoción, pero claramente consideraron que todo aquello era un dolor de cabeza.

Evidentemente, en una reciente visita a la Casa Verdigris, Lihaku había oído hablar de alguien que compraba los contratos de una de las damas. Nada menos que una de las tres princesas. Lihaku, que sentía una gran pasión por Pairin, una de dichas princesas, no podía dejar pasar el tema.

“Hay muchas respuestas a esta pregunta.” Afirmó Maomao.

“En ese caso, para una de las mejores cortesanas.”

“Te escucho.” Dijo Maomao, estudiándolo con los ojos entornados. Pidió un pincel y una piedra de tinta a uno de los guardias, y Lihaku le proporcionó papel. “El precio de mercado puede cambiar en un santiamén, por supuesto, así que considéralo una mera estimación.” Dijo. Luego escribió la cifra 200 en el papel. Era aproximadamente la cantidad de plata que un granjero medio podía ganar en un año. Una buena cortesana barata podía conseguirse por el doble de esa cantidad. Lihaku asintió.

“Pero eso excluye el dinero de la celebración.” Le informó Maomao. En el precio real de compra de una cortesana podían influir factores como el tiempo que le quedaba de contrato y cuánto dinero se podía esperar que ganara durante ese tiempo, pero uno también podía encontrarse pagando casi el doble de esa cantidad además de la compra. El distrito del placer acostumbraba a despedir a sus damas con grandes celebraciones.

“Dímelo directamente. ¿Cuánto puedo esperar pagar en total?”

Maomao se quedó algo perpleja ante la mirada conmovida de Lihaku. *No es una pregunta fácil de responder*, pensó. Pairin se había ganado muchos clientes, y una cantidad proporcional de dinero, desde su debut en el establecimiento. No debía nada al burdel en concepto de ropa o adornos para el cabello y, de hecho, su período de servicio como tal había terminado hacía tiempo. Permanecía en la Casa Verdigris — y seguía ganando dinero— porque sus preferencias sexuales la hacían

perfecta para el trabajo de cortesana. Si el precio de compra de una mujer consistiera únicamente en compensar sus deudas, entonces el de Pairin habría sido prácticamente nulo.

¿Qué edad tiene este año? Se preguntó Maomao. Pairin era la mayor de las tres princesas, a las que pertenecía desde antes de que Maomao naciera. Sin embargo, su piel seguía siendo lustrosa y había perfeccionado su especialidad, la danza, a lo largo de muchos años. Su aspecto juvenil incluso suscitaba a veces rumores de que se mantenía joven chupando la esencia de los hombres. Había prácticas —las llamadas *fangzhongshu*, o “artes de alcoba”— que supuestamente permitían tanto a hombres como a mujeres mantener su esencia vital haciendo el amor, y Maomao se había preguntado de vez en cuando si Pairin había aprendido esas habilidades.

Juzgando estrictamente por la edad, el valor de Pairin debería haber sido nulo, pero su belleza permanecía intacta, al igual que sus energías. Al mismo tiempo, la anciana madame no quería que sus tres princesas se estancaran; un día de estos querría trasladar a la mayor de ellas, Pairin. Maomao la había oído murmurar sobre ello en su última visita a casa.

Pairin había sido una cortesana modelo, apoyando a la Casa Verdigris cuando se había tambaleado al borde del abismo, pero no podía dormirse en los laureles para siempre, ni la Casa Verdigris podía descansar en ella. Tendría que fomentar una nueva generación de

rostros famosos mientras estuviera en ascenso, no fuera que su cosecha actual resultara de repente un día vieja y polvorienta.

Maomao se rascó la nuca y gruñó pensativa. “Si alguien iba a comprar a Hermana... quiero decir, a Pairin, sería una de estas dos personas.” Buscó en su memoria. Era probable que fuera alguien a quien Pairin conociera bien; la Casa Verdigris no aceptaba muchos clientes nuevos.

Uno de los candidatos era el jefe de un próspero negocio mercantil, un derrochador que había sido tan bueno como para seguir patrocinando la Casa Verdigris incluso cuando había caído en tiempos difíciles. Un anciano decente. A menudo le había dado caramelos a Maomao cuando era pequeña. A menudo no venía a pasar la noche, sino a tomar un trago de vino y disfrutar viendo un baile o dos. Más de una vez había hablado de invitar a Pairin a salir. La avariciosa anciana había conseguido apartarle del tema en cada ocasión, pero si volvía a plantear la posibilidad ahora, quizá se mostrara más receptiva.

La otra posibilidad era un funcionario de alto rango que fuera cliente habitual. Aún era joven, apenas había pasado la treintena, y Maomao no sabía exactamente qué clase de funcionario era, pero cuando recordó el adorno enjoyado que había visto en la empuñadura de su espada hacía algunos años, se dio cuenta de que en aquella época ya tenía un rango superior al que Lihaku tenía ahora. Seguramente el hombre también había ascendido desde entonces. Parecía estar a la

altura de Pairin en lo que a actividades nocturnas se refería: ella siempre estaba de excelente humor después de una noche con él.

Sólo una cosa molestaba a Maomao sobre este segundo pretendiente. Comparado con la infatigable Pairin, a menudo parecía un poco... *cansado*. Le preocupaba cómo le iría a Pairin después de ser comprada por cualquiera de estos hombres.

Pairin era una mujer hermosa y una magnífica bailarina, pero al mismo tiempo tenía fama de no quedar nunca en segundo lugar en la cama. Se decía incluso que cuando se sentía demasiado frustrada, su apetito podía extenderse no sólo a los sirvientes del burdel, sino también a las demás cortesanas y aprendizas... En resumen, era insaciable.

Eso fue lo que hizo que la madame considerara no sólo la posibilidad de vender el contrato de Pairin, sino también la de dejar que se hiciera cargo de la Casa Verdigris. También era concebible que Pairin simplemente abandonara el burdel, pero su personalidad hacía que eso pareciera poco probable.

Aunque probablemente sería la solución más pacífica para ella, pensó Maomao. Formalmente se jubilaría, pero se le permitiría aceptar clientes en casos especiales, mientras que en su tiempo libre podría amar libremente. Tendría mucha más libertad de la que había tenido nunca, lo que presumiblemente la complacería sin límites.

Hmmm... Maomao volvió a mirar a Lihaku. Le pareció que tenía unos veinte años. Era tonificado y musculoso, sus brazos bien

ejercitados eran justo el tipo de cosa que le gustaba a Pairin. Por no hablar de que cuando había llegado a la Casa Verdigris aquella primera vez, él y Pairin se habían metido en su habitación y no habían salido en los dos días que Maomao estuvo en casa, sin embargo Lihaku no había parecido agotado después.

“Amo Lihaku, ¿cuánto dinero gana?”

“Esa pregunta parece un poco atrevida.” Dijo Lihaku, un poco aprensivo.

“¿Alrededor de ochocientas monedas de plata al año?”

“Hey, no vayas por ahí intentando ponerle números a la gente.” Lihaku fruncía el ceño, pero no mucho. Un poco bajo, vio.

“En ese caso, ¿mil doscientas?”

Esta vez no dijo nada. Eso sugería una cifra intermedia: digamos unas mil monedas de plata al año. Unos ingresos bastante buenos a su edad. Sin embargo, para comprar a una cortesana de alto rango, lo ideal era disponer de al menos diez mil monedas de plata. Después de todo, esas mujeres podían exigir cien monedas por una taza de té o trescientas por una noche de compañía. Lihaku había vuelto a pasar dos o tres noches más con Pairin desde aquella primera visita. Tendría que estirar su sueldo para mantener ese hábito, pero Maomao sospechaba que la propia vieja madame estaba detrás de esto. Lo más probable era que utilizara a Lihaku para asegurarse de que Pairin no se frustrara demasiado.

“¿No es suficiente?” Preguntó Lihaku.

“Me temo que no.”

“¿Y si prometo devolver el dinero después de triunfar en el mundo?”

“Nunca lo permitirían. Probablemente esperarán al menos diez mil monedas al contado.”

“¿Diez mil?!”

Lihaku se quedó clavado en su sitio. Maomao no sabía qué hacer. Si de algún modo conseguía el dinero, no sería tan mal pretendiente para Pairin. Ella, sin duda, apreciaría su tremenda resistencia.

Sí, se lo agradecería, pero ¿era eso amor? Maomao no estaba segura. *Hmmm*, pensó de nuevo. Miró a Lihaku, que estaba claramente deprimido, y soltó un suspiro.

Parecía estar pensando lo mismo que ella. Miró a Maomao con incertidumbre y dijo: “Si, hipotéticamente, fuera capaz de reunir diez mil monedas de plata, ¿podría comprar su contrato?”

“¿Me estás preguntando si Hermana te rechazaría sin más?” Dijo Maomao con frialdad. En cuanto habló, los ojos de Lihaku se inyectaron en sangre y apretó los dientes. Ella sólo había mencionado la posibilidad; no había dicho que fuera a ocurrir.

Bien, de acuerdo, sólo queda una cosa por hacer, pensó. Maomao se levantó y se puso delante de Lihaku. “Por favor, levántese un momento, señor.”

“Muy bien...” Dijo Lihaku abatido. Tal vez un perro decepcionado es un perro obediente, porque rápidamente hizo lo que Maomao dijo.

“Bien. Ahora quítate la camiseta, levanta los brazos a la altura de los hombros y flexiona.”

“De acuerdo.” Lihaku empezó a hacer lo que le decían, pero pareció causar cierta alarma entre los eunucos de guardia. Le detuvieron antes de que pudiera quitarse la camisa.

“No se preocupen, no pasa nada malo.” Dijo Maomao. “Sólo quiero echarle un vistazo.” A pesar de sus garantías, los eunucos no se movieron.

Todavía abiertamente decepcionado, Lihaku se sentó formalmente en la silla.

“Si me lo quito, ¿no me rechazará?”

“Hay pocas cosas de las que puedo afirmar saber, entre ellas están los gustos de Pairin.”

“Me lo quitaré.” Dijo Lihaku con prontitud, y así lo hizo. Acalló las objeciones de los eunucos mostrando su accesorio de oficio.

Maomao daba vueltas alrededor de Lihaku, que posaba, examinándolo desde todos los ángulos. De vez en cuando formaba un

cuadrado con las palmas de las manos y los dedos índice y lo miraba a través de él con ojo crítico. Tenía el cuerpo cuidadosamente trabajado de un oficial militar. No tenía nada caído ni flácido, y los músculos lo cubrían prácticamente todo. Su brazo derecho era ligeramente más grande que el izquierdo, lo que sugería que era diestro. Pairin era voraz y devoraría casi cualquier cosa si no tuviera más remedio, pero, como cualquier otra persona, tenía sus preferencias. Si hubiera estado aquí en este momento, se habría estado relamiendo.

“Muy bien. Ahora la mitad inferior.”

“¿La mitad inferior?” Dijo Lihaku lastimeramente.

“Insisto.” La expresión de Maomao era perfectamente seria.

Lihaku se quitó los pantalones arrastrando los pies, aunque no parecía entusiasmado, hasta que se quedó en ropa interior. El rostro de Maomao no cambió; siguió estudiándolo con rigor casi científico.

Las piernas y caderas de Lihaku eran tan robustas como el resto de su cuerpo, lo que demostraba que no había desequilibrios en su régimen de entrenamiento. No había grasa en sus muslos, y los músculos fluían suavemente hacia las articulaciones de sus rodillas, para luego hincharse de nuevo hasta las pantorrillas.

Realmente son unos músculos excepcionales, pensó Maomao. No tenía la barriga de vino de tantos que frecuentaban el burdel; su piel era de un color saludable. Justo el tipo de Hermana.

Maomao hizo que Lihaku adoptara una postura tras otra, empezando a pensar que podría tener lo que hacía falta. A medida que Lihaku se iba acostumbrando al ejercicio, adoptaba las posturas con más vigor.

Por fin, Maomao estaba lista para inspeccionar la parte más importante. “Ahora, si te quitas el...” Empezó, pero fue interrumpida por el golpe de la puerta al abrirse. Lihaku, que parecía entusiasmado hacía un instante, palideció. Los eunucos parecían pensar que iban a ser condenados a muerte.

En cuanto a Maomao, se quedó con la boca abierta.

“¿Qué hacen todos aquí?” El supervisor del palacio posterior (una vena destacaba prominentemente en su sien) estaba de pie en la puerta, acompañado de su ayudante. Un grupo de mujeres de palacio que merodeaban con la esperanza de acercarse a Jinshi se dispersaron e incluso se desmayaron como si hubieran visto algo insoportable.

“Que tenga un buen día, Amo Jinshi.” Dijo Maomao suavemente.

Algunas cosas del mundo eran misteriosas, pensó Maomao. Por ejemplo, ¿por qué estaba sentada tan formalmente en ese momento? ¿Y por qué Jinshi la miraba con tanto escalofrío en los ojos?

Lihaku se había apresurado a volver a casa, apenas vestido. Maomao pensó que la escena era ridícula. También le pareció vagamente injusto, pero que el soldado se quedara parecía que, de

alguna manera, habría complicado aún más las cosas de lo que ya estaban, así que quizá era mejor que se fuera.

“¿Qué estabas haciendo?” Reiteró Jinshi. Maomao lo miró, observando en privado que los bellos son verdaderamente temibles cuando se enfadan. Jinshi se había cruzado de brazos y se erguía imponente frente a ella. Detrás de él, Gaoshun permanecía con las manos juntas y la expresión impasible de un monje contemplando el Vacío. Los eunucos, con aspecto cansado, habían vuelto a sus puestos junto a las puertas, aunque de vez en cuando lanzaban miradas a su glorioso jefe.

“Simplemente vino a pedirme consejo.” Dijo Maomao. Había informado a Hongniang en el Pabellón de Jade, según el protocolo. Había terminado la colada por la mañana y, como no había fiestas del té programadas para hoy, no sería necesaria una degustación de comida. Maomao no tenía obligaciones laborales que atender hasta la noche.

“¿Un consejo, eh? Entonces, ¿qué hacía con *esas* pintas?”

Ah, pensó Maomao, así que esa era la cuestión. A pesar de la presencia de guardias, era más que problemático que un hombre ajeno al palacio posterior fuera visto en semejante estado. Se comprometió a resolver lo que obviamente era un malentendido.

“No fue nada inapropiado, señor. Nunca le toqué; sólo estaba echando un buen vistazo.” Intentó enfatizar ese punto: no le había

puesto un dedo encima. Eso era lo que quería que Jinshi sacara de todo esto.

Jinshi, sin embargo, reaccionó mal; sus ojos se abrieron de par en par y parecía que iba a caerse de espaldas. Gaoshun, mientras tanto, parecía avanzar desde la contemplación del Vacío hacia la realización de la Liberación. Maomao se preguntó por qué la miraba con la compasión imperturbable de un bodhisattva.

“¿Has dicho *una buena mirada*?”

“Sí, señor. Sólo estaba mirando.”

“¿Con qué fin?”

“Debería pensar que eso era obvio. Necesitaba asegurarme de que su cuerpo sería satisfactorio, y examinarlo en carne y hueso era la única forma.”

En la conversación sobre quién compraría el contrato de Pairin, Maomao quiso asegurarse de tener especialmente en cuenta los sentimientos de su hermana. Pairin era una mujer que amaba mucho y a menudo, y sería ideal, en opinión de Maomao, que pudiera irse con un hombre que realmente le importara. Si Maomao hubiera pensado que Lihaku estaba demasiado lejos de ser el tipo de Pairin, desde luego no le habría ofrecido más consejos. Ella no era tan blanda.

Maomao había crecido en la Casa Verdigris, al menos hasta que la separaron de su padre. En su juventud, habían sido las tres princesas

—Pairin, Meimei y Joka—, junto con la anciana madame, quienes se habían ocupado de su educación.

Pairin era única en el sentido de que, aunque nunca había dado a luz, sus pechos seguían produciendo leche, y fue esta leche la que alimentó a Maomao de bebé. Cuando nació Maomao, Pairin acababa de terminar su aprendizaje, pero ya era bastante voluptuosa. Maomao siempre pensaba en Pairin como su “hermana”, pero en realidad era algo más como “mamá”. Por cierto, adoptó este tono informal con Pairin para que Meimei y Joka no se enfadaran con ella.

Maomao sospechaba que si Pairin se iba a uno de los dos prospectos de toda la vida, era poco probable que tuviera la vida que realmente deseaba. Aun así, Maomao no estaba segura de que lo mejor para ella fuera simplemente seguir adelante y acabar como la vieja madame.

Muchas antiguas cortesanas renunciaron a tener hijos. El uso constante de anticonceptivos y abortivos privaba a sus úteros de la fuerza necesaria para tener un hijo. Maomao no sabía si este era o no el caso de Pairin. Pero cuando recordaba sus días más jóvenes, cuando la acunaban en brazos de Pairin, pensaba que sería una pena que Pairin nunca tuviera hijos propios. Era una mujer de inmensos apetitos sexuales, pero su instinto maternal era igual de fuerte.

Lihaku estaba completamente enamorado de la cortesana Pairin. Era muy consciente de que, como cortesana, él no era el único hombre al que ella ofrecía sus servicios. Sin embargo, por mucho que Lihaku pudiera ser un poco cachorro a veces, en el fondo era un hombre serio

y diligente, y su determinación de ascender en el mundo por el bien de una mujer era a la vez tonta y entrañable.

La determinación de Lihaku hacía improbable que su ardor se enfriara de repente, e incluso si algún día se desenamoraba, Maomao sospechaba que ella podría ayudar a gestionar los preparativos de cualquier ruptura. Lo más importante era que tenía una resistencia impecable.

Y justo cuando estaba apreciando a este espécimen, Jinshi había llegado. Como responsable de supervisar los asuntos del palacio posterior, probablemente no le hiciera mucha gracia que una de sus mujeres se reuniera con un hombre cualquiera del exterior. Elegía, pensó Maomao, los momentos más extraños para apasionarse por su trabajo.

“¿Su cuerpo—satisfactorio?!”

“Sí, señor. La apariencia es sólo una parte de la persona, pero uno puede esperar que sea de su agrado.”

Por lo que había visto, Maomao podía aprobar el cuerpo de Lihaku. Ya estaba tratando de decidir cómo explicaría a Pairin que no había tenido la oportunidad de evaluar la última y más importante parte de todo.

Maomao le había dicho a Lihaku que necesitaría diez mil monedas de plata para comprar a Pairin, pero dependiendo de cómo se planteara

el asunto, podría llegar a pagar la mitad. Dependería sobre todo de lo que Pairin sintiera por él.

“¿Tan importante es la apariencia externa?” Jinshi finalmente dejó de cernirse sobre ella y tomó asiento. Su pie golpeaba el suelo con inquietud; estaba claro que seguía irritado.

“Yo diría que sí.” Respondió Maomao, reflexionando que le resultaba extrañamente irritante que Jinshi, de entre todas las personas, formulara esa pregunta.

“Debo admitir que nunca esperé oír eso de ti. ¿Y qué? ¿Qué te pareció su aspecto?”

Está lleno de preguntas, pensó Maomao. Pero la carga de una subordinada era responder a todas las preguntas de sus superiores.

“Su cuerpo muestra excelentes proporciones. Es delgado por todas partes. Está claro que tiene una excelente base física, y creo que es justo suponer que es muy dedicado. Debe de trabajar a diario en su entrenamiento y en su condición física. Si tuviera que adivinar, sospecharía que es bastante capaz incluso para los estándares militares.”

Jinshi se quedó estupefacta ante la proclamación de Maomao. Casi pensó que su respuesta le parecía sorprendente. Su expresión empeoró rápidamente hasta que se puso furioso.

“¿Realmente se puede saber qué tipo de persona es alguien basándose únicamente en el aspecto de su cuerpo?”

“Más o menos. Los frutos del hábito aparecen en la carne, si quieres.”

Cuando se suministra medicina a un cliente reacio a hablar de sí mismo, es importante poder discernir con quién se está tratando. Cualquier apotecario que se precie adquiere esta habilidad de forma consciente o no.

“¿Y serías capaz de evaluarme por mi cuerpo?”

“¿Eh?” Dijo Maomao a su pesar. Casi pensó que había un rastro de hosquedad en el rostro de Jinshi.

Espera...

¿Podría ser que estuviera *celoso* de Lihaku? Eso explicaría por qué se había mostrado cada vez más contrariado a lo largo de la conversación. Todo se debía a que Maomao había sido demasiado pródiga en elogios hacia las cualidades físicas del otro hombre.

No puedo creer a este tipo, pensó con un suspiro mental. *Sólo hay que asegurarle que él es el más atractivo.*

Jinshi tenía un rostro hermoso. Tan hermoso, de hecho, que si hubiera sido una mujer, habría tenido al país envuelto alrededor de su dedo meñique; y uno sospechaba que incluso como varón, no habría sido imposible. Y sin embargo, a pesar de tener un semblante incomparable, ¿ahora también quería regodearse en su cuerpo?

Supongo que me parece bien, pensó Maomao. El vistazo que había echado al cuerpo de Jinshi le había mostrado a alguien

sorprendentemente musculoso y tonificado. No tuvo que estudiarlo detenidamente para darse cuenta de que era bastante atractivo. Pero, ¿y qué? ¿Intentaba sugerirle que se *lo* recomendara a Pairin si pensaba que superaba a Lihaku en belleza física? Ahora que lo pensaba, ¿alguna vez le había hablado de Pairin a Jinshi?

Mientras Maomao reflexionaba, Jinshi apoyó los codos en la mesa y la observó atentamente, con los labios fruncidos. Los eunucos que montaban guardia parecían absolutamente acobardados, aunque no por ello menos embelesados por su tormentoso semblante. En cuanto a Gaoshun, miraba a Maomao con toda la tranquilidad de una imagen del nirvana.

Maomao se sentía un poco mal por Jinshi, pero tenía que ser clara al respecto aquí y ahora: Jinshi carecía de lo que Pairin consideraba más importante en un hombre. Por muy exquisitos que fueran sus demás rasgos físicos, sin esa cosa crucial no serviría de nada ni siquiera hablar de él.

“He visto su cuerpo, Amo Jinshi, pero me temo que no tiene sentido.” Dijo Maomao, aunque de mala gana. La atmósfera de la sala se heló de inmediato. Gaoshun pasó de parecer un santo en el nirvana a parecer el criminal Kandata al romperse el hilo de la araña. “Siento mucho tener que decirle esto, señor.” Prosiguió Maomao. “Pero sencillamente no es usted rival para mi hermana mayor.”

“¿Eh?” Esta vez fue el turno de Jinshi para sonar completamente desconcertado.

Gaoshun apoyó la frente contra la pared.



Lihaku sólo podía preguntarse qué demonios estaba pasando. El eunuco que le había dado el regaño de su vida por su pequeña metedura de pata del día anterior estaba ahora aquí, delante de él, y en su rostro intachablemente encantador se dibujaba una sonrisa.

El hombre se llamaba Jinshi, recordó Lihaku. Jinshi parecía un poco más joven que Lihaku, pero también gozaba de la confianza del Emperador. Con aquella cara tan hermosa, de vez en cuando surgían rumores de un escarceo entre Jinshi y el Emperador, pero al menos Jinshi parecía tomarse en serio su trabajo; no había nada de lo que quejarse en ese sentido. La forma en que podía hacer que prácticamente cualquiera, hombre o mujer, se enamorara perdidamente de él podía ser un pequeño problema, pero por lo demás, en opinión de Lihaku, no había nada objetable en él. Sin embargo, Lihaku no era de los que se interesaban por otro hombre, por encantador que fuera.

De todos modos, cuando aquel hombre apareció prácticamente de la nada y empezó a mirarlo fijamente, Lihaku no supo qué hacer. Se alegró de que no hubiera nadie más cerca que pudiera verlos. Estaban en el edificio de oficiales, que no solía estar muy concurrido. Un comandante especialmente excéntrico tenía aquí su base de operaciones, una persona con la que todos los demás preferían tener el mínimo contacto.

Se decía que el excéntrico había salido bastante últimamente, y Lihaku pensó que tal vez habían presionado al eunuco para que ayudara en algo. Lihaku había entregado su papeleo y había intentado salir del edificio lo más rápido posible para no verse arrastrado a nada, pero justo cuando salía del despacho de Lakan, se había topado con aquel eunuco. Y ahora se encontraba ante aquella sonrisa desconcertante.

Hablando de desconcierto, el ayudante que estaba detrás de Jinshi era el hombre que había pedido a Lihaku que fuera su intermediario en el burdel. Supuestamente, era un viejo conocido de uno de los superiores de Lihaku. Se había preguntado cómo conocía aquel hombre a la pecosa palaciega Maomao, pero ahora empezaba a tener sentido.

“¿Podría tener un momento de su tiempo?” Preguntó Jinshi. Era una petición cortés, pero Lihaku no estaba en condiciones de negarse. Aunque el otro hombre era más joven que él, el adorno de joyas que colgaba de su cadera mostraba un color más estimado que el de Lihaku. Si no hacía lo que le pedían, no se sabía si algún día conseguiría el ascenso que buscaba.

“Como quiera.” Fue todo lo que dijo, y luego siguió a los eunucos.

Estaban en un patio del palacio, un lugar al que los oficiales acudían a menudo para disfrutar de la refrescante brisa en las noches de verano. Es cierto que Lihaku no era un visitante frecuente; nunca había estado

muy atento a la estética. En esta estación, el frío en el aire iba más allá de lo refrescante; se estaba volviendo francamente frío. Entre la época del año y la hora del día, podían contar con no ser molestados.

En verano, unas flores llamadas hortensias de hoja grande florecían como pelotas de mano bordadas. Al parecer, se trataba de unas flores inusuales traídas de una isla del este y, según el día, podían ser rojas o azules. El comandante había hecho todo lo posible por plantarlas aquí. Las flores tenían cierto parecido con las lilas, pero por el momento parecían simplemente arbustos rechonchos. Lihaku se preguntaba a veces si le daban al hombre demasiada discreción, pero se oía decir que incluso al general le costaba imponerse al monocorde, así que quizá no había mucho que hacer.

Jinshi tomó asiento en un pabellón al aire libre e indicó a Lihaku que hiciera lo mismo. Sin otra opción, se sentó frente al eunuco.

Jinshi apoyó la barbilla en las manos entrelazadas y miró a Lihaku con una sonrisa radiante. Su ayudante, detrás de él, parecía totalmente acostumbrado, pero Lihaku se sintió algo inquieto. Era ridículo, pero la sonrisa era tan brillante que casi le daban ganas de apartar la mirada. Ahora se daba cuenta de que todas las habladurías sobre cómo Jinshi podría haber puesto al país de rodillas si fuera una mujer eran más que habladurías. Pero era un hombre. Aunque le faltara algo que normalmente se considera importante para uno.

Podía engañar por su sonrisa de ninfa y su cabello sedoso, pero su estatura y la anchura de sus hombros le delataban. No parecía

demasiado frágil, ni siquiera comparado con su propio ayudante, que parecía claramente un militar, y cualquiera que se dejara engañar por su delicada sonrisa y pensara que podría salirse con la suya con esta persona probablemente descubriría lo contrario, y dolorosamente. Cada movimiento que hacía era fascinantemente elegante, pero también absolutamente eficaz y preciso. Lihaku había pensado lo mismo incluso cuando se limitaba a seguir al eunuco. También había pensado que el hombre le resultaba familiar, pero no podía reconocerlo. La idea le rondaba la cabeza, a pesar de que sólo había vislumbrado a Jinshi; nunca lo había visto cara a cara. ¿Qué quería de él una persona de tan alta posición?

“Mi asistente me informa que tú, muchacho, tienes el corazón puesto en alguien.”

¿Se lo estaría pensando demasiado, se preguntó Lihaku, al sentir que el que lo llamase “muchacho” era una vuelta de tuerca un tanto innecesaria? Tardó un segundo en comprender a quién se refería Jinshi con su asistente, pero se dio cuenta de que en este contexto sólo podía tratarse de la chica desaliñada y pecosa. Ahora que lo pensaba, al parecer había pasado una temporada en la corte exterior. Lihaku se dio cuenta de que había estado trabajando para ese eunuco, entre todos los demás. Se llevó la mano a la barbilla inconscientemente.

Siempre había pensado que haría falta alguien de gustos muy particulares para contratar a esa mujer como su sirvienta personal.

Nunca se hubiera imaginado que ese magnífico eunuco tuviera esos gustos.

Aun reconociendo que la situación en la que Jinshi los había encontrado habría requerido alguna explicación, Lihaku se sintió un poco desconcertado al darse cuenta de que le había hablado a Jinshi de su deseo de comprar el contrato de Pairin. Quizá fue eso lo que inspiró al eunuco a sonreírle tan intensamente. A su corta edad, que aspirara a comprar a una de las cortesanas más hermosas y veneradas de todo el país era realmente gracioso.

Y francamente, a Lihaku no le importaba que Jinshi pensara que era un bufón. Que se riera de Lihaku, pero si pretendía burlarse de la querida Pairin de Lihaku, entonces las cosas podrían ser diferentes.

Pairin era una buena mujer. No sólo una buena cortesana, una buena mujer. Se la imaginó, sonriéndole en la cama. La vio bailando, sujetándose el dobladillo de la bata con dos dedos. Pensó en la forma en que servía el té, prestando atención a cada detalle.

Algunos dirían que eso era justo lo que se suponía que debía hacer una cortesana, y con gente así no habría lugar a más discusiones. Pero a Lihaku no le importaba. No le importaba si era real o no. Mientras él creyera en ello, no importaba.

Había visto a más de uno de sus colegas perderse en las mujeres y el juego, y para los que le rodeaban, quizá él sólo parecía otra de esas causas perdidas. Los que le decían que Pairin no era buena para él, sin

duda lo hacían por su bien. Y les estaba agradecido por ello, pero deseaba que no se entrometieran.

Lihaku iba a la Casa Verdigris por voluntad propia. A menudo ni siquiera veía a Pairin, sino que simplemente una aprendiz le servía el té en la sala principal. Y eso le parecía bien. Era parte del negocio de Pairin ser tan inalcanzable como una flor en un pico lejano. Si cobraba la plata de un mes por una taza de té, ¿quién podía decir que era avariciosa? Pairin ponía todo de sí misma en ser cortesana; era mercancía viva. Cualquiera que dijera que era demasiado cara simplemente no lo entendía.

Por eso, si el eunuco que estaba frente a Lihaku intentaba menospreciar a Pairin, Lihaku estaba preparado para llegar a las manos. Sabía perfectamente que podría costarle la cabeza, pero podía vivir con ello, por así decirlo. Nunca había puesto en peligro sus principios, sus creencias; y este modo de vida, tan directo e implacable como un animal embistiendo, siempre le había sentado bien. Si los que le rodeaban pensaban que se había vuelto loco por alguna mujer, que lo pensarán.

Por el momento, se controló con un esfuerzo, apretando sus temblorosas manos y mirando a Jinshi. “¿Y qué pasa si lo hago, señor?”

Tuvo cuidado de no añadir: «No es asunto tuyo», ni nada innecesariamente antagónico. Jinshi pareció no prestar atención a la mirada sombría de Lihaku; la sonrisa celestial permaneció impassible.

Lo que Jinshi dijo a continuación conmocionó a Lihaku. “¿Qué harías si te dijera que asumiría el coste de comprar su contrato por ti?”

Lihaku recuperó el aliento, se puso en pie de un salto y golpeó la mesa. La superficie de granito le devolvió parte de la fuerza. Sólo cuando el escalofrío le recorrió todo el cuerpo pudo por fin hablar. “¿Qué quieres decir con eso?”

“Precisamente lo que he dicho. ¿Cuánto costaría comprarla? Veinte mil; ¿crees que sería suficiente?”

Era como si la cifra no significara nada para Jinshi, pero hizo tragar saliva a Lihaku. Veinte mil no era una cantidad para regalar sin más. Y menos a un oficial al que apenas se conocía. ¿Había hablado ya Jinshi con Maomao sobre el coste probable? ¿O la suma era realmente una ocurrencia tardía para este hombre? Lihaku apoyó la cabeza en las manos.

Se le pasó por la cabeza: si este hombre hablaba de veinte mil como si no fuera nada, entonces la mitad sería menos que nada para él. Pero resolvió no perderse en una fantasía ingenua.

“Me llenan de alegría sus palabras, señor.” Dijo. “Pero debo preguntarme qué impulsaría tal generosidad hacia alguien que apenas conoce.”

Las ofertas que eran demasiado buenas para ser ciertas siempre tenían gato encerrado. Hasta un niño lo sabía, y Lihaku no era tan tonto como para olvidar esta regla básica. Se sentó en su silla y miró al

hombre que tenía enfrente. La expresión del eunuco no mostraba ningún cambio a pesar de haber ofrecido aquella asombrosa cantidad de dinero, aunque su ayudante, detrás de él, parecía ligeramente exasperado.

“Mi gata es de lo más recelosa, pero no sólo se mostró dispuesta a hablar contigo, sino que parece considerarte seriamente como posible pareja de una mujer a la que considera su hermana mayor.”

La “gata” debía de ser Maomao (ese era el significado de su nombre) y, cuando Lihaku pensó en ello, se dio cuenta de que, efectivamente, podía ser gatuna. Podía ser tan desconfiada con los demás como un gato callejero, pero cuando había comida, se acercaba lo suficiente para poder llegar a ella, tomaba todo lo que podía y volvía a marcharse.

Lihaku nunca había querido un gato. Si iba a tener un animal, le habría gustado un perro, algo que pudiera cazar con él.

Sin embargo, a pesar de la metáfora elegida por el eunuco, y a pesar de la actitud de Maomao, aparentemente confiaba en Lihaku al menos hasta cierto punto. Es cierto que el desinterés de sus ojos había dejado claro que le resultaba molesto tener que responder a sus preguntas, pero lo hizo. En última instancia, había conducido a esta conversación.

“Estás diciendo que cuando un gato desconfiado se encariña con alguien, eso es razón suficiente para tener fe en él.” Dijo Lihaku, ganándose un leve respingo de Jinshi. Se preguntó si había dicho algo

incorrecto, pero la suave sonrisa volvió al rostro de Jinshi tan rápidamente que Lihaku se preguntó si había sido su imaginación.

“Pregunté un poco sobre ti.” Dijo Jinshi. “Me enteré de que eres hijo de un funcionario provincial. Subir de rango en la capital debe haberte costado bastante trabajo.”

“Bastante.”

Había camarillas y facciones en todas partes. Su padre había sido funcionario, sí, pero sólo un administrador civil regional. Eso había supuesto una ardua batalla para Lihaku, y mucho tiempo antes de que alguien le tomara en serio.

“Dicen que te descubrió un comandante con buen ojo para el talento y te confió una unidad propia.”

“Sí, señor.” Dijo Lihaku vacilante. Se preguntaba cuánto había aprendido aquel hombre sobre él. Por fuera, se suponía que Lihaku había sido ascendido después de que el comandante de una pequeña unidad abandonara el servicio.

“¿Y quién no querría estar en buenos términos con un joven y prometedor soldado?” Continuó Jinshi.

Muchos podrían, pero rara vez por valor de veinte mil monedas de plata.

Lihaku sólo necesitaba la mitad de esa cantidad o, en realidad, si se tenían en cuenta sus propias contribuciones y todo lo que podía conseguir, incluso sólo una cuarta parte. Un cuarto, o cinco mil en

plata. ¿Se lo daría este hombre? Lihaku casi se moría de ganas, pero sacudió la cabeza.

Miró a Jinshi con seriedad y dijo: “Agradezco sinceramente tu voto de confianza, y confieso que estoy casi fuera de mí deseando aceptar tu oferta, pero no puedo aceptar tu plata. Para ti, ella puede ser simplemente otra cortesana, pero para mí es una mujer. Una mujer a la que deseo tomar por esposa. Y si no lo hago con mi propio dinero, ¿qué clase de hombre soy?”

Lihaku consiguió decirle todo esto a Jinshi, aunque le cansaba tener que estar constantemente atento al tenor de su lenguaje.

Pensó que Jinshi se enfadaría por su negativa, pero su sonrisa de ninfa no cambió. Incluso pensó que podría haberse suavizado un poco. Entonces la sonrisa se convirtió en carcajada. “¡Ya veo! Me temo que he sido bastante grosero.” El eunuco se puso en pie, totalmente elegante mientras se pasaba los dedos por el cabello. Parecía salido de un cuadro de belleza clásica, y permanecía de pie con una sonrisa de satisfacción en el rostro. “Creo que hay algo de lo que me gustaría hablar con usted más tarde. ¿No le importa?”

“Lo que usted desee, señor.” Lihaku también se levantó; apretó respetuosamente el puño en la palma abierta e hizo una reverencia. El magnífico eunuco respondió con una breve inclinación de cabeza, y luego él y su ayudante se marcharon a casa. Lihaku observó cómo se marchaba Jinshi, casi perplejo por su elegancia, hasta que se perdieron de vista.

Finalmente murmuró: “¿Qué ha sido todo eso?” Y se rascó la cabeza, realmente perplejo. Su corazón se desplomó un poco cuando palpó la calva que aún quedaba donde le habían chamuscado el cabello. Luego volvió a sentarse, murmurando: “¿Qué voy a hacer...?”

Tendría que intentar mostrar su mejor cara a sus superiores en la próxima sesión de entrenamiento. O tal vez podría aceptar más trabajo. No, no, había algo más importante. Enviaría una carta a la mujer con la que esperaba unirse algún día. No la tomaría de forma simplista, unilateralmente. También quería saber cómo se sentía ella. Lo que ella dijera en respuesta podría ser sólo por cortesía, pero él pondría su fe en ella; sería lo que lo sostendría.

“De acuerdo.” Lihaku se metió las manos en las mangas y salió del patio a trote ligero. Se preguntó qué tipo de rama sería el mejor acompañamiento para su carta.



“Maomao, tienes una carta.” Guiyuan le tendió un manojo de tiras de madera para escribir. Maomao lo tomó y deshizo la atadura, para descubrir que las tiras estaban cubiertas por una mano ligera y fluida. Era una respuesta al mensaje que había enviado a la Casa Verdigris varios días antes.

“La vieja puede decir lo que quiera, pero yo sigo ganando mucho.”

La carta era de Pairin. Maomao prácticamente podía ver a su sensual hermana mayor hinchando su amplio pecho.

“Además, aún estoy esperando a que un príncipe en su caballo blanco venga a buscarme.”

En un país lejano, se decía que los príncipes montaban caballos blancos cuando venían a rescatar a jóvenes doncellas atrapadas. Pairin seguía siendo una mujer, y tenía sueños de mujer. Quizá era un poco tarde para llamarla joven doncella —ya había estado con más caballeros de los que se podían contar con las dos manos—, pero no renunciaba a la fantasía. Tal vez esa obstinación era parte de lo que había preservado su juventud durante tanto tiempo.

Más o menos lo sospechaba, pensó Maomao. Si el prospecto era alguien que la complacía, ni siquiera necesitaba esas diez mil monedas de plata. Sólo tenía que interpretar el papel de su “príncipe”. El papel exigía fuerza física y resistencia absolutas, además de algo que la mayoría de los hombres tenían pero los eunucos no. Añádele una pizca de teatralidad y un poco de dinero con el que celebrarlo, y eso bastaría. No, no sería necesario comprar la salida de Pairin como tal, pero la comunidad no se quedaría de brazos cruzados viendo cómo se marchaba sin celebrar la ocasión.

La propia vieja madame le había dicho una vez a Pairin: “Si quieres retirarte, no te lo impediré. Pero vamos a celebrar la fiesta que acabará con todas las fiestas.” Fue un comentario bastante llamativo de una mujer que normalmente era tan estricta. Cuando Pairin abandonara el escenario, se conmemoraría como correspondía a una de las flores más hermosas del barrio del placer. Una cortesana tenía su orgullo, después

de todo. Así, por un hombre que impresionara adecuadamente a Pairin, ni siquiera la vieja madame trataría de sacar demasiado. Pero seguramente cinco mil o así para la celebración. Cualquiera que no pudiera reunir al menos esa cantidad de dinero no era apto para Pairin, y si tenía el dinero pero se negaba a gastarlo, eso lo demostraría aún peor.

Sí, aunque diez mil estén fuera de su alcance, con cinco mil debería bastar. Si Lihaku seguía ascendiendo en el escalafón, podría ahorrar esa cantidad en cuestión de años. El resto dependería de la suerte. Si la anciana le lavaba el cerebro a Pairin, sería el fin. Lihaku sólo tenía que sacarla de allí antes de que eso ocurriera.

Maomao no tenía nada que hacer en todo esto. Sólo había una cosa que la preocupaba. *Seguro que no se endeudaría para conseguir el dinero, ¿verdad?* Pensó. Si pedía un préstamo para conseguir el dinero, la vieja madame lo descubriría y todo se acabaría. “*¿Cómo voy a dejar que Pairin se vaya con un hombre endeudado?*”, preguntaría. Maomao confiaba en que Lihaku no haría ninguna tontería, pero no podía estar segura.

Con estos pensamientos en la cabeza, llegó al final de la carta, donde descubrió algo muy preocupante.

“Cierto alguien vino por aquí hablando de comprar un contrato. Creo que las aprendizas se hicieron una idea equivocada.”

Cierto alguien. Ciertamente, pensó Maomao. No era habitual que Pairin fuera tan indirecta, pero Maomao sabía perfectamente a quién se refería.

Maomao volvió a atar la carta y la guardó en una estantería de su habitación. Cuando salió al pasillo, descubrió que Jinshi visitaba el Pabellón de Jade por primera vez en varios días. La última vez que se separaron tenía un aspecto realmente tormentoso, pero hoy parecía animado. Maomao fue a la cocina a preparar té, preguntándose qué le tendría tan contento.

Capítulo 18:

Rosas azules

El frío se iba apoderando poco a poco del mundo y ya se percibían los primeros atisbos de la primavera. Mientras Maomao secaba la ropa de cama, sintió que iba a sucumbir a la tentación del cálido y agradable sol, pero sacudió la cabeza (*¡No hay que dormir en el trabajo!*) y se obligó a concentrarse en su labor.

El tiempo pasaba rápido cuando los días eran plenos y satisfactorios. Aunque, de algún modo, los dos meses que había pasado al servicio de Jinshi le habían parecido interminablemente largos.

A veces seguía añorando los estantes repletos de medicinas de la consulta del médico de la corte exterior, pero podía rectificar ese problema aquí; podía trabajar a través del curandero para poner al día la consulta médica del palacio posterior. Mientras tanto, podía apoyarse en Gaoshun para que le consiguiera todo lo que necesitara de los archivos. Habría sido aún mejor si hubiera podido abandonar el palacio posterior a voluntad, pero, bueno, no se podía tener todo. Mientras estuviera sirviendo allí, no podía esperar ir y venir a su antojo.

El embarazo de la Consorte Gyokuyou era cada vez más seguro. Su menstruación aún no se había reanudado, y ahora también experimentaba fatiga. Su temperatura era ligeramente elevada y

parecía que evacuaba con más frecuencia de lo habitual. De vez en cuando, la Princesa Lingli ponía la mejilla en el vientre de Gyokuyou y sonreía, como si quisiera dar a entender que sabía que había algo ahí dentro.

¿Pueden saberlo los bebés? Se preguntó Maomao. Lingli se despedía del vientre de Gyokuyou mientras Hongniang se la llevaba a dormir la siesta.

Los niños eran criaturas de lo más misteriosas.

La princesa había empezado a andar por su cuenta; el Emperador le regaló a Lingli un par de zapatitos rojos, mientras que ella, a su vez, daba quebraderos de cabeza a las damas de compañía. También se había vuelto más expresiva; si le dabas un moño suave y bonito, sonreía ampliamente a cambio. Las damas de honor del Pabellón de Jade no tenían hijos propios, pero al parecer sí tenían instinto maternal, pues adoraban sin cesar a la princesita.

A Hongniang le dio por decir: “Tal vez tenga uno propio tarde o temprano.” Pero las demás mujeres, incluida Maomao, no sabían qué responder. Hongniang parecía preocupada cuando decía esto, pero nadie esperaba que la abnegada dama de compañía se retirara de su puesto. Incluso si hubiera llegado una oferta adecuada, lo más probable es que las otras mujeres hubieran hecho cualquier cosa para impedir que Hongniang se marchara. Fue ella quien permitió que el Pabellón de Jade funcionara con tan poco personal.

Ah, tener demasiado talento puede tener sus propios retos.

Maomao se dedicaba a entretener a la Princesa Lingli cuando no tenía otro trabajo que hacer. La herida en la pierna era otro factor. En lugar de que las otras damas de compañía, ocupadas y sanas, se ocuparan de la princesa además de sus otras tareas, ¿no era más eficiente que la cuidara la mujer que no tenía nada que hacer salvo saborear la comida?

Ese día, Maomao volvió a jugar con la Princesa Lingli, que hacía montones de bloques de madera (construidos a propósito con materiales ligeros) y luego los derribaba. También mostraba cierto interés por los libros ilustrados, así que Maomao copiaba los dibujos de los libros que le pedía prestados a Gaoshun y escribía las palabras debajo de cada uno. Lingli sólo tenía dos años, pero Maomao había oído que nunca era demasiado pronto para empezar. Por desgracia, Hongniang puso fin prematuramente a sus esfuerzos educativos al confiscar los dibujos.

“Dibuja flores como una persona normal.” Le dijo, señalando las flores del patio. Por lo visto, los dibujos de setas venenosas estaban prohibidos por excelentes que fueran.

Así pasaba el tiempo Maomao hasta que, un día, apareció por primera vez en mucho tiempo un magnífico eunuco que traía problemas consigo.

“¿Rosas azules, señor?” Preguntó Maomao, mirando al eunuco con cierta fatiga.

“Ah, sí. Todo el mundo está bastante interesado, ya ves.”

Jinshi parecía estar en un aprieto. Para las mujeres de palacio, parecía hermoso incluso en su angustia, y en ese momento, tres pares de ojos le observaban a través de la rendija de la puerta. Maomao prefirió ignorarlos. Poco después, Hongniang, que parecía bastante exasperada, agarró a las dueñas de los ojos —con bastante agilidad, por cierto; dos con la mano derecha y una con la izquierda— por las orejas y se las llevó a rastras. Maomao también prefirió ignorarlo.

“Qué habilidad.” Comentó Gaoshun, un comentario que Maomao se guardaría para sí.

Volviendo al tema que nos ocupa.

“A todo el mundo le gustaría admirar algunas de estas flores.” Dijo Jinshi. Y, por alguna razón, era él quien debía idearlas.

Sabía que esto iba a traer problemas, pensó Maomao.

“¿Quieres que busque algo?” Preguntó.

“Pensé que podrías saber algo sobre ellas.”

“Soy apotecaria, no botánica.”

“Sólo parecía algo que podría estar en tu terreno...” Jinshi ofreció débilmente.

“Oh, muy convincente, señor.” Dijo alegremente la Consorte Gyokuyou desde donde descansaba en un sofá. La princesa estaba a su lado, bebiendo un zumo.

Alguien en alguna parte (Jinshi profesaba no saber quién) había sugerido que una de las damas de Gyokuyou podría saber algo sobre el tema. Eso al menos explicaba por qué estaba aquí.

¿Fue el curandero? Se preguntó Maomao. No era imposible. El viejo bonachón tenía la mala costumbre de sobrestimar las capacidades de los demás. Era profundamente frustrante.

Maomao no carecía por completo de conocimientos sobre las rosas. Sabía que los pétalos producían un aceite que servía para embellecer la piel: las cortesanas lo habían utilizado periódicamente. Ella misma se había ganado algo de dinero cociendo al vapor los pétalos de rosas silvestres, con su poderoso aroma, para fabricarlo.

“Tengo entendido que esas flores florecieron una vez en los terrenos del palacio.” Dijo Jinshi, cruzándose de brazos. Hongniang, que evidentemente había terminado de disciplinar a las tres fisgonas, entró con té recién hecho.

“Alguien estaba viendo cosas, seguramente.” *Arrgh, me pica la pantorrilla*, pensó Maomao. La herida la estaba volviendo loca mientras se curaba. Pequeñas bendiciones: sus pies estaban escondidos bajo la mesa, así que podía rascársela con los dedos del otro pie. Pero, de alguna manera, eso parecía inspirar picores en otras partes.

“Sólo se lo oí decir a una persona, pero investigando descubrí a varias personas que lo atestiguaron.” La expresión de Jinshi era difícil de leer.

“¿Alguna vez se usó mucho el opio aquí?”

“¡Sería el fin del maldito país si el opio se difundiera!”

Gyokuyou y Hongniang miraron a Jinshi con los ojos muy abiertos ante el repentino cambio de tono. Gaoshun frunció el ceño y tosió cortésmente. El enfado persistió en el rostro de Jinshi durante otro instante, pero al segundo siguiente, la sonrisa celestial había vuelto. Maomao le miró casi suplicante. No se llevaba bien con aquella sonrisa. Gyokuyou los observaba muy divertida, aunque a Maomao no le hacía ni pizca de gracia.

“¿No es posible?” Dijo Jinshi.

¡Hey! ¡Espacio personal! Pensó Maomao. Él seguía inclinándose, pero ella no quería que se acercara más de lo que ya estaba. Finalmente, lanzó un suspiro. “¿Qué quiere que haga, señor?”

“Me gustaría que estuvieran listas para la fiesta del jardín del mes que viene.”

Era la hora de la fiesta de primavera. ¿De verdad había pasado tanto tiempo desde la última? Las emociones de Maomao amenazaban con apoderarse de ella cuando tuvo un pensamiento. *¿Eh? ¿El mes que viene?*

“Amo Jinshi, ¿está al tanto?”

“¿De qué?” Él la miró, curioso.

No lo ha entendido. Claro que no. No habría rosas azules, ni podría haberlas, y no era un problema de color.

“Pasarán al menos dos meses más antes de que florezcan las rosas.”

Su silencio era la prueba: él no tenía ni idea. *Por supuesto*. Ella empezaba a tener uno de sus malos presentimientos. Él iba a insistir, y a ella no le iba a gustar.

“Los rechazaré... de alguna manera.” Los hombros de Jinshi se desplomaron.

“¿Puedo preguntarle una cosa, señor?” Dijo Maomao. Jinshi la miró esperanzado. “¿Será que esta petición procede de cierto comandante militar?” Era lo único que se le ocurría, dadas las circunstancias. *Eso explicaría el picor*, pensó. Había tenido sus sospechas; y su cuerpo había reaccionado en una muestra de negación absoluta de ese nombre que no deseaba oír.

“En efecto. Laka—”

Jinshi se tapó la boca con las manos antes de que pudiera pronunciar el nombre. Gyokuyou y Hongniang le miraron desconcertados.

Hablaba, por supuesto, de *él*.

Maomao pensó que era *inevitable*. Si él estaba implicado, ella tenía cierta responsabilidad.

“No sé si puedo ayudarte.” Dijo. “Pero lo intentaré.”

“¿Estás segura?”

“Estoy segura. Pero hay algunas cosas —y un lugar— que necesitaré.”

Habría sido demasiado exasperante simplemente huir del desafío. Nada le habría gustado más que arrancar el monóculo de aquella cara lasciva y romperlo.



La fiesta primaveral del jardín tendría lugar entre las peonías. Normalmente se habría celebrado un poco antes, pero la gente no paraba de quejarse del frío, así que la habían retrasado. Quizá deberían haberlo hecho antes, pero era difícil cambiar los precedentes.

Se había colocado una alfombra roja y en el jardín largas mesas rodeadas de sillas. Los intérpretes musicales afinaban inquietos sus instrumentos, listos para empezar en cualquier momento. Las mujeres corrían de un lado a otro para asegurarse de que todo estaba en orden, mientras los jóvenes militares se acariciaban sus barbas aún poco desarrolladas y disfrutaban del espectáculo.

Se había colocado una cortina detrás de todos ellos a modo de persiana, y alguien detrás de ella estaba haciendo un alboroto. Una chica delgada —prácticamente demacrada, de hecho— sostenía un jarrón gigante de flores. En él había rosas de colores, aunque aún era demasiado pronto para ellas.

“Lo has conseguido.” Dijo Jinshi, mirando las rosas, cuyos capullos aún no se habían abierto. Las flores eran rojas y amarillas, y blancas, y rosas, y sí, azules, además de negras, moradas e incluso verdes. Cuando Maomao había prometido intentar crear rosas azules, nadie había imaginado esta panoplia de colores. Jinshi retrocedió sobre sus talones, preguntándose cómo lo había hecho.

“Puedo decirte que no fue fácil. Ni siquiera conseguí que florecieran.” Dijo Maomao con auténtico pesar. No lamentaba tanto no haber podido ayudar a Jinshi como estar decepcionada por no haber sido capaz de hacer que las cosas salieran exactamente como las había imaginado. Jinshi ya sabía que ella era así, pero aun así le molestaba.

Le molestaba mucho.

“No, esto estará bien.” Tomó una rosa, el agua goteando de su tallo. “¿Hm?” Algo parecía raro. Por el momento, sin embargo, no le importó; volvió a poner la rosa en el jarrón.

Seguía sorprendido de que, aunque sólo había aceptado rosas azules, Maomao hubiera producido un auténtico arco iris. Lo hubiera hecho como lo hubiera hecho, parecía a punto de desplomarse de puro cansancio. La confió al cuidado de las damas de compañía del Pabellón de Jade, mientras él recogía el jarrón y lo colocaba junto al asiento de honor. Incluso como capullos, no como flores, las rosas eran más que suficientes para robar el protagonismo a las peonías; todo el mundo parecía fijarse en ellas, y todo el mundo estaba asombrado.

Los murmullos se extienden entre los funcionarios reunidos, junto con algunos resoplidos burlones: eso no era posible.

Jinshi era un eunuco que gozaba de la gracia de Su Majestad. Es más, aunque comprendía que sonaba arrogante decirlo, sabía que su aspecto bastaba para dejar sin aliento a cualquiera. Pero a pesar de todo, tenía sus enemigos. Había que ser muy poco ambicioso para disfrutar con la perspectiva de que un joven eunuco se pusiera en contacto con el Emperador, y la mayoría de los funcionarios no lo eran. Jinshi no dejó escapar su sonrisa de ninfa, asegurándose de que su postura era perfectamente recta mientras se acercaba al estrado. El Emperador, con su prodigiosa barba, estaba sentado allí, rodeado de hermosas mujeres.

Las miradas que se centraban en Jinshi ocultaban muchos pensamientos y sentimientos diferentes. La lujuria le parecía bien: había infinitas formas de utilizarla. También los celos. Muy fáciles de explotar. Fuera lo que fuera lo que alguien sintiera, siempre que supieras lo que era, había formas de manejarlo.

Era mucho más problemático cuando una persona era difícil de leer. Jinshi miró al funcionario que se sentaba a la izquierda del Emperador. Mejillas llenas y ojos que nunca delataban lo que pensaba. Si Jinshi se sentía un poco incómodo a su alrededor, ¿quién podía culparlo?

Para este hombre, Jinshi no era más que un joven advenedizo, y además eunuco. En un momento dado, podía parecer que estaba estudiando a Jinshi con atención; al siguiente, era como si estuviera

mirando el aire vacío. La sonrisa del hombre era ambigua, desafiaba una interpretación exacta.

Era Shishou, el padre de una de las consortes que actualmente se encuentran en el palacio posterior: Loulan. Había gozado del afecto imperial durante el reinado anterior —no del emperador, sino de su madre, la Emperatriz Viuda— y seguía señoreando al gobernante actual.

No fue nada bueno.

Aun así, Jinshi no dejó escapar su sonrisa...

Al menos, no intencionadamente.

Entonces su mirada pasó de Shishou, a la izquierda del Emperador, al hombre sentado a la derecha del Emperador, y sus ojos se encontraron. Este hombre llevaba un monóculo en uno de sus ojos de zorro, y se estaba comiendo un ala de pollo sin ninguna preocupación por el decoro. Parecía creer que estaba siendo sutil al respecto, pero daba un mordisco, se guardaba la comida en la manga y luego daba otro mordisquito antes de volver a esconderla.

Por el momento, este era el hombre que Jinshi consideraba más peligroso: Lakan. Parecía estar estudiando la cabeza del alto funcionario que estaba a su lado. Luego, como si el ala de pollo no fuera suficiente, se acercó y le arrancó la gorra. ¿En qué estaría pensando?

Por alguna razón, en la parte inferior de la gorra había un fajo de pelusa negra. Lakan fingió una mirada de asombro. Cuando se dieron cuenta de que podían ver la cabeza desnuda del hombre, los tres funcionarios que estaban frente a él se callaron.

Era una broma cruel, que dejaba al descubierto la peluca (ciertamente bien hecha) del hombre. Algunas personas se rieron de la travesura infantil, otras se mostraron abiertamente exasperadas y unas pocas intentaron controlar su ira. Jinshi no era el único que no podía mantener una expresión impasible.

Sin embargo, no le convenía estallar en carcajadas, así que, de algún modo, dominó su rostro y, en su lugar, se arrodilló sobre la alfombra. Ofreció el jarrón de rosas al Emperador, que se acarició la barba y asintió con indisimulado placer. Jinshi evitó suspirar mientras se retiraba respetuosamente.

Lakan inspeccionó las rosas teatralmente, esta vez con una uva seca entre los dedos. Jinshi no podía evitar preguntarse por qué nunca salía nada de sus fallos de urbanidad.



“No debes ir más al Pabellón de Cristal.”

La cabeza de Maomao descansaba sobre las rodillas de Yinghua. Estaban en un pabellón al aire libre, a cierta distancia del banquete. Yinghua se había preocupado bastante por Maomao y la vigilaba de cerca.

La Consorte Gyokuyou, embarazada, se había excusado de asistir a este acto con el pretexto de ceder su lugar a Loulan, la nueva Consorte Pura, para quien este era, de hecho, un debut público.

¿Por qué Maomao se había puesto tan demacrada como para alarmar a Yinghua? Parecía que cada vez que iba al Pabellón de Cristal, acababa destrozada por la fatiga.

Allí era donde había estado durante el último mes o así; había hecho que Jinshi se encargara de los preparativos. Las damas de honor del Pabellón de Cristal seguían mirándola como si pensarán que era una especie de espíritu maligno, pero ella no les hizo caso. Había algo que necesitaba allí para hacer sus rosas azules.



El “lugar” que había solicitado a Jinshi era la sauna del Pabellón de Cristal, que había pedido que construyeran cuando la Consorte Lihua estaba convaleciente. Maomao sabía que, a pesar del alto estatus de la consorte, Lihua podía ser una persona muy generosa, así que había pensado que no estaría de más preguntarle si podía tomar prestado el baño. Y, efectivamente, Lihua había accedido sin dudar.

Sin embargo, Maomao seguía sintiéndose mal por utilizar el lugar de forma gratuita, así que se había traído un libro que había conseguido recientemente en la Casa Verdigris. “Este es el material de lectura favorito de Su Majestad.” Dijo mientras se lo entregaba a Lihua. El Emperador había pedido «textos» nuevos y diferentes, así que uno de ellos bien podía venir de Lihua.

Cuando la consorte se dio cuenta de qué clase de libro era, lo guardó tranquilamente en sus aposentos privados, manteniendo todo el tiempo su porte elegante. Sus damas de compañía cuchicheaban entre ellas mientras veían a su señora dirigirse a su habitación. Maomao las miraba con indiferencia; nadie imaginaría jamás que una mujer tan aristocrática llevara un libro como aquel metido en la manga.

Tras ganarse así la buena voluntad de la dueña de la casa, Maomao recibió permiso para construir un pequeño cobertizo en el patio, al que fluiría el vapor de la sauna. El edificio tenía un aspecto extraño: grandes ventanas, una de ellas en el tejado. Al igual que la sauna, era caro, bueno, caro para Jinshi, que lo pagó de su bolsillo. A Maomao

no le importaba. Aun así, no podía evitar preguntarse cuánto debía de ganar para permitirse cosas así.

Llevó rosas al edificio. No sólo una, o unas pocas, sino docenas, cientos. Las cultivaba en medio del calor del vapor, asegurándose de que recibieran mucha luz y sacándolas al exterior cuando hacía buen tiempo. Cuando hacía frío, se quedaba con las flores toda la noche, vertiendo agua sobre piedras calientes para mantenerlas cálidas.

En más de una ocasión, las idas y venidas hicieron que se le abriera la herida de la pierna. Cuando Gaoshun lo descubrió, insistió en asignar a otra criada como cuidadora de Maomao. Xiaolan, entre todas, fue la que llegó. (¿Cómo había sabido Gaoshun de ella?) Había resultado bastante sencillo motivar a Xiaolan: cuando se enteró de que no sólo podría saltarse sus tareas, sino que además le darían bocadillos, estuvo encantada de hacerlo. Probablemente era lo único que evitaba que Maomao se derrumbara por exceso de trabajo.

El objetivo de Maomao en toda esta elaborada maniobra era confundir a las rosas. Las flores florecen según su estación, pero de vez en cuando, por la razón que sea, se las puede ver florecer en una época del año diferente. Eso era lo que Maomao esperaba: engañar a las rosas haciéndoles creer que era el momento de florecer.

Había traído un gran número de plantas sabiendo que no todas producirían capullos. Había elegido una especie de floración precoz y no todas las rosas de su colección eran de la misma variedad. Con sólo un mes de trabajo, no podía garantizar el éxito, así que se alegró mucho

cuando vio los primeros capullos. Sabía que ese sería el verdadero reto, mucho más difícil que conseguir el color adecuado. Había conseguido varios ayudantes eunucos de Jinshi, pero las sutilezas de mantener la temperatura correcta eran algo que sólo ella podía supervisar. Si había el más mínimo error y las rosas morían, todo sería en vano.

De vez en cuando, las mujeres del Pabellón de Cristal revoloteaban a su alrededor, bien por curiosidad, bien por el deseo de poner a prueba sus nervios ante el puro susto de ver a Maomao. Empezaban a ponerla nerviosa, así que Maomao decidió organizar otra cosa para mantener su atención. ¿Qué cosa? La idea se le ocurrió mientras se miraba los dedos, pensando qué hacer.

Tomó un poco de colorete, se lo pintó en las uñas y se las pulió cuidadosamente con un paño. Era una manicura sencilla, el tipo de cosas que se hacían siempre en la zona de recreo, pero poco habitual en el palacio posterior. Una decoración así entorpecería el trabajo, pero enseguida atrajo el interés de las damas del Pabellón de Cristal, que, para empezar, no trabajaban mucho. Maomao se aseguró de que las demás mujeres “por casualidad” vieran sus uñas, lo que las hizo correr a sus habitaciones para sacar su colorete.

Eso funcionó muy bien, pensó Maomao, y entonces tuvo una idea un poco traviesa. Decidió proponerle también una manicura a la Consorte Lihua.

El palacio posterior tenía sus propias tendencias, y las que las marcaban solían ser las damas que tenían el ojo del Emperador

observándolas. Y como incluso una doncella, si se convertía en compañera de cama de Su Majestad, podía ser elevada a la categoría de consorte, era natural que todas las mujeres del palacio posterior quisieran imitar cualquier cosa que pudiera agradar al Emperador.

Por el momento, era incuestionable que Loulan estaba a la vanguardia de la moda en el palacio posterior, pero cambiaba de ropa con tanta frecuencia que ninguno de sus atuendos lograba afianzarse como una auténtica tendencia. Cuando Maomao regresó al Pabellón de Jade para hacer la degustación de comida de Gyokuyou, mostró su manicura a la Consorte Preciosa y a las demás damas de compañía. Hongniang vociferó sobre su ineficacia, pero las demás quedaron muy impresionadas.

Ojalá tuviera bálsamo o acedera. El bálsamo, que a veces se llamaba simplemente “enrojecedor de uñas”, podía molerse junto con la acedera (a veces llamada “pata de gato” en el idioma de Maomao) y aplicarse en las uñas. La acedera ayudaba a resaltar el color rojo del bálsamo.

Más o menos al mismo tiempo que en el palacio posterior comenzaba a arraigar la moda de la manicura, los capullos de las rosas empezaron a hincharse y luego a florecer, una profusión de pétalos blancos. Todas las rosas que Maomao había elegido eran blancas.

“¿Qué demonios has hecho?” Preguntó Jinshi al regresar tras presentar las flores. Tenía el ceño fruncido y Gaoshun, detrás de él,

parecía igualmente intrigado. Yinghua se había ido, despedido por Jinshi. Aunque Maomao era públicamente la dama de compañía de la Consorte Gyokuyou, Jinshi seguía siendo técnicamente su jefe directo.

“Las teñí.”

“¿Las teñiste? Pero no tienen nada de color.” Dijo Jinshi, arrancando un pétalo.

“No por fuera.” Dijo Maomao. “Las teñí por dentro.” Tomó una de las rosas azules y señaló el lugar donde estaba cortado el tallo. Unas gotas de líquido azul se adherían a él.

Había puesto las rosas blancas en agua coloreada. Así de sencillo. Las flores absorbieron el agua, con color y todo, a través de sus tallos, tiñendo los pétalos de todo un arco iris de tonalidades. Sin embargo, cuando se colocaban juntas en un jarrón, todas las flores excepto las blancas tenían que recibir un tratamiento especial, para que los colores no se mezclaran y las flores adquirieran un desagradable color negro.

Así, aunque las rosas parecían estar dispuestas todas en un único jarrón, la base de cada tallo había sido acolchada con un poco de algodón impregnado de color y asegurado con papel de aceite. Maomao había dejado allí el papel hasta el momento de presentar las flores.

Eso era todo.

Siendo el truco tan simple, era concebible que alguien se diera cuenta y dijera algo, pero Maomao también tenía una forma de lidiar

con eso. La noche anterior al banquete, cuando Su Majestad visitó el Pabellón de Jade, ella le había contado exactamente lo que había hecho. A todo el mundo le gusta ser el primero en enterarse de un secreto, y con el placer de haber sido introducido en el juego, Su Majestad parecía apto para permanecer de buen humor sin importar lo que le dijeran.

Jinshi, al parecer, se había retirado antes de que el Emperador tuviera la oportunidad de contarle la historia.

“En otras palabras, la última vez que hubo rosas azules por aquí, fue porque alguien u otro tenía suficiente tiempo para matar como para pasarse todos los días infusionando las rosas con agua azul.” Dijo Maomao, mirando hacia el jardín de rosas.

“Pero, ¿por qué alguien se tomaría tantas molestias?”

“¿Quién sabe? Quizá quería impresionar a una mujer.” Dijo Maomao con rotundidad. Entonces sacó de entre los pliegues de su túnica una caja estrecha y alargada de madera de paulownia. Se parecía a la caja en la que guardaba su hongo oruga, pero era algo que le habían enviado cuando pidió los libros “especiales”.

“Eso sí que es inusual.” Dijo Jinshi, mirando la caja. “¿Te tiñes las uñas?”

“Sí, lo hago, aunque no puedo decir que me siente bien.” Estar expuesta a tantas drogas y venenos y fregar y lavar tanto le había dejado las manos en un estado lamentable. El dedo meñique de la mano

izquierda estaba ligeramente deformado. Pintarlo de rojo no cambiaría la forma antinatural, pero ayudaba.

Jinshi parecía demasiado interesado, así que lo miró como hacía a menudo: como si fuera un pez mirando boquiabierto la superficie del agua.

No puede ser, se recordó a sí misma, sacudiendo la cabeza. Si una miradita bastaba para emocionarla, nunca duraría con él. De todos modos, aún tenía trabajo que hacer.

“Amo Gaoshun. ¿Tienes lo que te pedí?”

“Sí. Exactamente como lo pediste.”

“Muchas gracias.”

El escenario estaba preparado. Iba a darle a ese bastardo el susto de su vida.

Capítulo 19:

Uñas rojas

Las asquerosas rosas multicolores acapararon la atención en la fiesta del jardín. Lakan las miraba con aire ausente. La actuación musical prácticamente le había adormecido; llevaba en la mano la gorra de alguien con una bola de pelusa pegada, y ni siquiera sabía de dónde la había sacado.

Oh, bueno, pensó Lakan, y colocó la gorra a su lado en la mesa. El funcionario que estaba a su lado la tomó con avidez y se la colocó en la cabeza. Parecía mirar con reproche a Lakan, pero el estratega no sabía muy bien por qué. Decidió sacarse el monóculo, pulirlo con un pañuelo y volver a ponérselo en el otro ojo.

Las rosas estaban colocadas en el centro del banquete, como para demostrar el mal gusto de quien las había dispuesto.

Estaba en un banquete; eso sí lo recordaba. La música sonaba a su alrededor y ondeaban serpentinas de seda. Le ofrecieron una comida que era claramente el colmo del lujo, y podía oler el vino por todas partes.

Sucedía que Lakan nunca había sido muy bueno recordando cosas que no le interesaban. Recordaba lo que había sucedido, pero no las emociones que lo acompañaban; se sentía completamente ajeno a ellas.

Antes de que se diera cuenta, el acto había terminado y dos consortes, una vestida de negro y la otra de azul, recibían rosas del Emperador a juego con los colores que llevaban. Lakan oyó murmullos a su alrededor que indicaban lo hermosas que eran las mujeres, pero él no lo sabía. Si los rostros de las personas eran bellos o feos era otra cosa con la que nunca había tenido relación.

En serio, esto era aburrido. ¿No *estaba* aquí? ¿Por qué tomarse la molestia de provocarlo si ni siquiera iba a venir?

No le quedó más remedio que buscar a otra persona a la que fastidiar. Al menos podría desahogarse un poco. Miró a su alrededor: todavía había mucha gente.

Odiaba las multitudes.

Las caras de la mayoría de la gente le parecían piedras Go. Podía distinguir entre hombres y mujeres, porque las caras de los hombres parecían piedras negras y las de las mujeres blancas, pero todas tenían caras anodinas, caricaturescas y sin expresión. Algunas de las personas que conocía particularmente bien en el ejército se habían graduado hasta parecer fichas de Shogi, pero eso era todo. Todos los soldados rasos parecían peones, y a medida que subían de rango empezaban a parecerse a lanzas o caballeros, las piezas más poderosas del juego.

El trabajo de un comandante militar era sencillo: disponer las piezas donde más convenía a cada una. Un lugar para cada cosa y cada cosa en su lugar; eso era lo que ganaba la mayoría de las batallas. No era difícil. Eso era todo lo que tenía que hacer Lakan, y su trabajo estaba

terminado. Puede que él mismo fuera un cualquiera sin talento, pero si era capaz de distribuir sus piezas correctamente, los que le rodeaban se encargarían de su trabajo. Así era como Lakan veía el asunto.

Incluso aquel hombre del que todos decían que era tan bello como una ninfa celestial, Lakan tuvo que fiarse de su palabra. No lo sabía. Todo lo que sabía era que tenía que encontrar a un general de oro con un ascendido de plata auestas.

Y encontrar gente era algo a lo que estaba acostumbrado.

Argh, pero hoy le duelen los ojos más que de costumbre. El rojo se pegaba en ellos. Todos tenían pigmento rojo en la punta de los dedos.

Se suponía que el llamado “esmalte rojo” estaba de moda entre las mujeres de palacio. El esmalte rojo *que* recordaba, flotando en sus recuerdos, nunca había sido tan chillón. Era más fino, más claro. El rojo del bálsamo.

La palabra le tocó la fibra sensible, recordándole el nombre de una cortesana. Mientras el pensamiento flotaba en su mente, una diminuta mujer de palacio apareció directamente en su campo de visión. Parecía pequeña y frágil, pero decidida, como una acedera.

Ella volvió los ojos huecos hacia él. Cuando vio que él la miraba, se volvió como diciendo: “*Ven conmigo.*”

Más allá del jardín de peonías, se había colocado un tablero de Shogi en un pequeño pabellón al aire libre. Encima del tablero había

una caja de madera de paulownia, en cuyo interior descansaba algo que parecían los restos marchitos de una rosa.

“¿Puedo pedirte un juego?” Dijo la chica, pero su voz era plana, sin afecto, mientras recogía las piezas.

Cerca estaba el general de oro, con su plata promocionada a mano.

¿Qué razón podía tener para negarse? ¿Cómo podría rechazar una petición de esta querida niña, su querida niña?

Lakan sonrió con astucia.



¿Qué esperaba conseguir?

Maomao le había pedido a Jinshi que se fuera a casa si era posible; él, por su parte, la había ignorado. Ella parecía profundamente disgustada, pero lo aceptó con la condición de que se callara. Luego había hecho su invitación tácita al comandante, tras lo cual empezó a alinear las piezas de Shogi.

Su rostro carecía por completo de emoción; incluso su fría reticencia habitual parecía cálida y humana en comparación. De vez en cuando se rascaba el dorso de la mano; tal vez tenía una picadura de insecto.

“Entonces, ¿quién irá primero?” Preguntó Lakan. Sus ojos, uno de ellos detrás de un monóculo, brillaban con auténtica alegría. Eso demostraba lo obsesionado que estaba con este juego.

“Antes de decidirlo, establezcamos las reglas y la apuesta.” Dijo Maomao.

“Eso debería ser bastante fácil.”

Jinshi miró el tablero por encima del hombro de Maomao. Lakan le dedicó una sonrisa inquietante, pero esta era una competición que no iba a perder. Derramó cada vez más miel en su propia sonrisa.

Sería un concurso estándar de tres juegos de cinco. Jinshi simplemente no lo entendía. El comandante nunca había sido derrotado en Shogi. La propia elección de juego de Maomao era una locura. Por el ceño fruncido de Gaoshun, parecía que compartía la opinión de Jinshi. ¿Qué podía estar pasando por la cabeza de Maomao?

“¿Qué piezas quiere para su desventaja? ¿Una torre, quizás? ¿O un alfil?” Dijo Lakan.

“No necesito una desventaja.” Respondió Maomao. Jinshi, sin embargo, pensó que Lakan había sido muy deportivo al ofrecerle una, y que Maomao debería haberla aceptado educadamente.

“Muy bien. Si gano, te convertirás en mi hija.”

Jinshi estuvo a punto de protestar en voz alta, pero Gaoshun le detuvo. Habían prometido no hablar.

“Actualmente estoy empleada, así que tendrías que esperar a que expire mi periodo de servicio.”

“¿Empleada?” Los ojos de zorro miraron en dirección a Jinshi. No dejó escapar la sonrisa, aunque tuvo que resistir un tic en las mejillas. “¿De verdad?”

“Sí, y los papeles lo dicen.”

Y así fue, al menos eso decía el papel que Maomao había visto. Pero supongamos que había sido la anciana madame —su tutora, en cierto modo— quien lo había firmado. El hombre que era efectivamente el padre adoptivo de Maomao le había quitado el pincel de la mano.

“Bueno, espero que todo esté en orden. Pero lo más importante...” Lakan la estudió. “... ¿Qué vas a pedir?”

“Sí, la apuesta que pido.” Maomao cerró los ojos. “¿Quizás podría pedirte que compres una cortesana de la Casa Verdigris?”

Lakan se acarició la barbilla. “Debo decir que de todo lo que pensé que pedirías, no esperaba eso.”

Maomao permaneció completamente impasible. “la madame quiere deshacerse de las que tienen más años. No estipularé a quién debes comprar.”

“Así que hemos llegado a eso.” Lakan parecía absolutamente exasperado de alguna manera. Y luego sonrió. “Pero si eso es lo que pides, entonces eso es lo que debo aceptar. ¿Es todo lo que pides?”

Maomao miró fríamente a Lakan. “Tal vez también podría estipular dos reglas adicionales.”

“Nómbrales.”

“De acuerdo.” Maomao sacó una botella de vino que le había pedido a Gaoshun. Sirvió cantidades iguales en cinco copas distintas. El olor sugería que era algo muy potente.

Entonces Maomao sacó de la manga unos paquetes de medicina y esparció uno en tres de las tazas. Cada uno contenía un polvo de aspecto similar. Las inclinó suavemente, disolviendo el polvo, y luego mezcló rápidamente las cinco tazas hasta que fue imposible distinguir cuál era cuál.

“Después de cada partida, el ganador elegirá una de estas tazas y el perdedor deberá beber de ella. El perdedor no tiene que vaciar toda la taza; un trago bastará.”

Jinshi tenía un muy, muy mal presentimiento. Se movió desde justo detrás de Maomao hacia un lado. Tuvo la impresión de que su rostro se había ruborizado ligeramente. Antes tan carente de emoción, ahora sus labios coqueteaban con una sonrisa.

Sabía por qué Maomao había puesto esa cara. Quería saber qué eran los polvos, pero no se atrevió a preguntar. Se enfadó consigo mismo por no haber sido capaz de preguntar.

Lakan formuló la pregunta en su lugar. “¿Qué era ese polvo que les pusiste?”

“Una droga. Medicinal, en pequeñas cantidades.” Pero, añadió Maomao, las tres tazas juntas serían tremendamente venenosas.

Consiguió decir esto con una sonrisa en la cara, qué chica tan extraña era. “La otra regla que solicito.” Dijo. “Es que si una persona abandona una partida por cualquier motivo, se considerará una derrota. Esas son mis dos reglas.”

Agitó suavemente las tazas que podían o no estar envenenadas. Tenía la mano manchada de rojo y el dedo meñique deformado.

Lakan miró fijamente aquel dedo.

Maomao pensaba en las cosas más terribles, reflexionó Jinshi. Incluso sabiendo que no pasaría nada si uno no se bebía las tres tazas, parecía arrogante al respecto. ¿Intentaba obtener una ventaja psicológica? Es cierto que cualquier oponente ordinario podría haber sido sacudido por la presión extra. Pero no se trataba de un oponente corriente, sino del mismísimo maestro estratega, considerado un jugador superlativo. Haría falta algo más que una táctica de miedo para doblegarlo.

Como era de prever, Maomao perdió los dos primeros partidos seguidos.

Jinshi había pensado que al menos conocía los entresijos del juego, pero quedó claro que, como mucho, conocía las reglas y no tenía experiencia real en el juego. Ya se había bebido dos de las copas con bastante entusiasmo.

Por enésima vez, Jinshi se preguntó qué podía estar pensando.

La tercera partida no había hecho más que empezar, pero el resultado ya parecía evidente. Cuando Maomao bebiera la tercera copa, podría envenenarse. Las posibilidades de elegir una de las copas drogadas eran de tres sobre cinco la primera vez, y tras el segundo juego, de dos sobre cuatro. Después de este último juego, la probabilidad sería de una de cada tres. En otras palabras, había una posibilidad entre diez de que se envenenara horriblemente.

Jinshi no estaba seguro de qué le asustaba más: pensar que Maomao pudiera envenenarse o darse cuenta de que sabía que podría beber el veneno y estar bien. No estaba seguro de que Lakan supiera lo resistente que era Maomao a las sustancias tóxicas.

Miró a Gaoshun, preguntándose qué harían cuando se decidiera el ganador. En ese momento, llegó una voz: “Jaque.” Pero la voz no pertenecía a Lakan; era la de Maomao.

Jinshi y Gaoshun miraron al tablero y descubrieron al general de oro de Maomao acercándose al rey de Lakan. La forma en que había utilizado sus piezas era patética, de aficionado, pero no se podía negar que el rey había quedado atrapado sin escapatoria.

“Bueno, diablos. Me rindo.” Lakan levantó las manos.

“Una victoria es una victoria, aunque me la hayas regalado, ¿sí?”
Dijo Maomao.

“Así es. Los cielos saben que no puedo envenenar a mi propia hija, aunque lo haga por error.”

La expresión de Maomao no había cambiado mientras bebía las dos tazas; era imposible saber si habían contenido drogas o no. Lakan miró a su inexpresiva hija con una sonrisa algo acobardada. “Esa droga que has usado, ¿tiene algún sabor?” Preguntó.

“Es bastante salada. Lo sabrás al primer sorbo.”

“Bien. ¿Cuál taza elegirás para mí?”

“Toma la que quieras.”

Así que eso fue todo: Lakan podía permitirse perder dos partidas. Si alguna de las bebidas que tomara le sabía salada, sabría que Maomao estaba fuera de peligro. Los porcentajes eran los mismos, pero este era un método mucho más seguro. A este hombre no se le escapaba nada.

Lakan tomó la copa del centro y se la llevó a los labios.

“Uf. Salado.”

Jinshi agachó la cabeza. A sus oídos, las palabras indicaban que todo acabaría con el próximo partido. Se preguntó qué haría ahora...

“Y... caliente.” Levantó la vista al oír eso. La cara de Lakan estaba roja y se balanceaba inestablemente. Luego la sangre se le fue de la cara y de repente se desplomó, pálido como una sábana.

Gaoshun se acercó corriendo y levantó a Lakan.

“¿Qué demonios te pasa?” Exigió Jinshi. “¿Dijiste que una dosis de esa droga era segura!” No importa lo mucho que odiaba Lakan, no podía creer que ella realmente lo envenenaría.

“Eso dije. Y lo es.” Respondió Maomao, que parecía muy enfadada. Tomó una jarra de agua que había cerca y la acercó a Gaoshun y Lakan. Abrió los ojos de Lakan para asegurarse de que no estaba comatoso y le echó agua en la boca, obligándole a beber. No fue precisamente suave.

“Amo Jinshi.” Dijo Gaoshun, perplejo. “Parece estar... borracho.”

“El alcohol es el rey de todas las drogas.” Comentó Maomao. Dijo que se había limitado a añadir un poco de sal y azúcar para ayudar al cuerpo a absorberlo. Estaba atendiendo a Lakan, aunque con un mínimo de entusiasmo. A pesar de la aversión que sentía por él, era evidente que iba a hacer justicia a su vocación de apotecaria. “Y este hombre no es bebedor.” Dijo.

Con eso, Jinshi comprendió por fin lo que había estado tramando todo el tiempo. Se dio cuenta de que solo había visto a Lakan beber zumo, nunca alcohol.

“De acuerdo.” Dijo Maomao, rascándose la nuca y mirando a Jinshi. “Arrastrémosle al burdel para que recoja una flor.”

Ella parecía prácticamente desinteresada. Jinshi sólo pudo ofrecer un atónito: “Cierto.”

Capítulo 20:

Bálsamo y acedera

Le vino a la memoria un viejo recuerdo. Tantas escenas en blanco y negro, pero sólo esta tenía un tenue color rojo. Parecía que le costaba ver cosas que otros veían con facilidad, pero sólo esta brillaba con claridad.

Rojos. Rojos eran los dedos que sujetaban las piedras de Go o las fichas de Shogi.

Sus tonificados y ondulantes músculos habrían sido la envidia de cualquiera. Sólo una persona parecía no estar impresionada por ellos: esa gran dama, la estimada Cortesana Fengxian.

A veces se veía obligado a visitar burdeles cuando salía socialmente con otras personas, pero para ser franco, le interesaban poco. No podía beber alcohol, y los bailes o las interpretaciones de erhu no le entusiasmaban. Por muy bien vestida que estuviera una mujer, no le parecía más que una simple piedra blanca de Go.

Llevaba mucho tiempo así: no distinguía un rostro humano de otro. Pero incluso esto era una mejora. Ya era bastante malo confundir a la madre de uno con su nodriza, pero ni siquiera podía distinguir a los hombres de las mujeres.

Su padre, sintiendo que no podía hacer nada por su hijo, había empezado a salir con una joven amante. Su madre no tardó en conspirar para recuperar a su marido, aunque este había abandonado a su hijo porque el niño no podía identificar el rostro de su propio padre.

Así, a pesar de haber nacido hijo mayor de una familia prominente, Lakan había vivido su vida con una inusual libertad, una bendición, por lo que a él respectaba. Se perdía en el Go y el Shogi, que aprendía jugando una partida tras otra; se mantenía atento a los rumores y, de vez en cuando, hacía alguna travesura.

¿Aquella vez que hizo florecer rosas azules en el palacio? Eso era algo que había intentado después de oír a su tío hablar de ello. Su tío no siempre era la persona más agradable, pero el joven sentía que era el único que le entendía. Fue su tío quien le dijo que no se fijara en las caras de la gente, sino en sus voces, su lenguaje corporal, sus siluetas. Le hizo la vida un poco más fácil cuando empezó a asignar fichas de Shogi a sus allegados; con el tiempo llegó a un punto en el que sólo aquellos que no le interesaban eran piedras de Go, mientras que aquellos con los que empezaba a intimar aparecían como fichas de Shogi.

Cuando su tío empezó a aparecer como rey dragón —una torre ascendida—, el joven supo con certeza que su tío era una persona de grandes logros.

Para él, el Go y el Shogi eran simples juegos, extensiones de su ocio. Nunca imaginó que revelarían sus verdaderas aptitudes. Su

origen familiar le proporcionó otro golpe de suerte: aunque no tenía ningún talento marcial especial, fue nombrado rápidamente capitán. Sabía que no tenía por qué ser fuerte y poderoso; si utilizaba a sus subordinados con sabiduría, los beneficios llegarían. El shogi con piezas humanas era el juego más interesante de todos.

Continuó invicto tanto en sus juegos como en su trabajo hasta que un colega rencoroso le presentó a la afamada cortesana. Fengxian nunca había perdido contra nadie en su burdel, y él nunca había perdido contra nadie en el ejército. Cualquiera de ellos que rompiera su racha en este juego, los espectadores disfrutarían.

Descubrió entonces que había sido como una rana viviendo en el fondo de un pozo. Fengxian casi le rompió la rodilla. Aunque ella tenía las piedras blancas, lo que significaba que tenía la desventaja de jugar en segundo lugar, acumuló una cantidad aplastante de territorio. Tomó las piedras con sus dedos delicadamente pintados y sistemáticamente lo fue reduciendo.

Apenas recordaba la última vez que había perdido un partido. No sintió ira, sino una especie de asombro ante la herida despiadada que ella le había infligido. A Fengxian le molestaba que la hubiera tomado a la ligera: lo supuso por la forma en que ella no decía ni una palabra, por el modo en que incluso sus movimientos eran desdeñosos, como si el juego apenas mereciera su atención.

Sin quererlo, se echó a reír y se agarró los costados. Los espectadores murmuraron; pensaron que se había vuelto loco. Se rio

tanto que se le nublaron los ojos de lágrimas, pero cuando miró a la despiadada cortesana, no vio la habitual piedra blanca de Go, sino el rostro de una mujer de mal humor. Su mirada no permitía que nadie se le acercara. Al igual que su tocaya, el bálsamo, Fengxian parecía a punto de estallar al menor contacto.

¿Así eran los rostros humanos?

Era la primera vez que experimentaba algo que los demás daban por sentado.

Fengxian susurró algo a una aprendiz que la atendía. La niña se alejó dando golpecitos y regresó con un tablero de Shogi. La cortesana, tan altiva que ni siquiera permitía que un hombre oyera su voz en su primer encuentro, le estaba retando a otra partida.



Esta vez, no perdería.

Se arremangó y empezó a colocar sus piezas.

La mujer llamada Fengxian tenía su orgullo de cortesana, aunque sólo fuera eso. Quizá fuera porque había nacido en un burdel. A veces decía que no tenía madre, sino una mujer que la había engendrado, pues en el distrito del placer las cortesanas no podían ser madres.

Su amistad continuó durante años y años, y durante sus encuentros se centraban en una sola cosa: jugar al Go o al Shogi. Sin embargo, poco a poco se fueron viendo con menos frecuencia. A medida que las cortesanas consumadas se hacían más populares, también se volvían más reacias a aceptar clientes, y Fengxian no era una excepción.

Fengxian era inteligente, pero incisiva y dura; puede que esto no atrajera a la mayoría de la gente, pero había un pequeño grupo de incondicionales que lo devoraban. Quizá no haya nada escrito sobre gustos.

Su precio seguía subiendo, hasta que era solo pudo verla una vez cada pocos meses.

Una vez, cuando fue al burdel a verla tras una larga ausencia, la encontró pintándose las uñas, con un aspecto tan desinteresado como siempre. Unas flores rojas de bálsamo y una hierba fina estaban en un plato delante de ella. Cuando le preguntó qué era esto último, ella respondió: “Es pata de gato.” Una planta con propiedades medicinales,

evidentemente, útil para contrarrestar las picaduras de insectos y algunos venenos.

Curiosamente, el bálsamo y la pata de gato compartían una característica inusual: si tocabas las vainas de las semillas maduras, estallaban y lanzaban semillas por todas partes. Tomó una de las flores amarillas, pensando que tal vez probaría a tocar una la próxima vez que tuviera ocasión, sólo para ver qué pasaba... cuando Fengxian dijo: “¿Cuándo volverás a venir?”

Qué extraño, viniendo de la mujer que sólo enviaba los avisos más impersonales para recordarle que sus servicios estaban disponibles.

“Otros tres meses.”

“Muy bien.”

Fengxian le dijo a una aprendiz que limpiara su material de manicura y empezó a preparar una partida de Shogi.

Fue entonces cuando oyó hablar por primera vez de la compra del contrato de Fengxian. A veces, el precio tenía poco que ver con el valor percibido de una cortesana: algunos subían la cantidad simplemente porque no les gustaba uno de los otros postores.

Había conseguido algunos ascensos en el ejército, pero mientras tanto, su posición como heredero de la fortuna de su familia había sido usurpada por un hermanastro menor, y la puja acabó por resultarle imposible de seguir.

Entonces, ¿qué hacer?

Una idea horrible se le metió en la cabeza, pero la apagó de inmediato.

Habría sido inimaginable hacerlo de verdad.

Otros tres meses, otro viaje al burdel, y ahora Fengxian estaba sentada ante él con dos tableros de juego listos para jugar, uno de Go, otro de Shogi.

Las primeras palabras que salieron de su boca fueron: “¿Te apetece que hoy apostemos?”

Si ganas, te daré lo que quieras. Y si gano yo, me llevaré algo que yo quiera.

“Elige tu juego.”

Cuando se sentó, lo hizo frente al tablero de Go.

Fengxian despidió a su aprendiz, diciendo que deseaba centrarse en el juego.

No sabía quién de ellos había salido victorioso, pero lo siguiente que supo es que sus manos estaban entrelazadas. Fengxian no le dijo nada dulce. Tampoco se sintió obligado a ofrecer ninguna palabra insípida de sentimiento. En ese aspecto, tal vez, eran iguales.

Oyó a Fengxian, acunado en sus brazos, susurrar: “Quiero jugar al Go.”

Personalmente, había estado pensando en jugar al Shogi.

Después empezó la desgracia. El tío con el que había estado tan unido fue despedido de su puesto. El hombre nunca había sabido jugar, y el padre de Lakan declaró al tío una desgracia para la familia. En realidad, la desventura del tío no había hecho ningún daño a la familia, pero ahora Lakan se encontraba como *persona non grata* por haber estado demasiado cerca de él; le dijeron que se fuera a un largo viaje y que no volviera en un tiempo.

Podría haberlo ignorado, pero luego sólo le habría supuesto un quebradero de cabeza. Su padre también era militar, lo que le convertía no sólo en padre, sino en oficial superior. Por fin escribió al burdel diciendo que volvería dentro de medio año. Después de recibir una carta en la que se le comunicaba que el contrato no se había cumplido.

Así, durante un tiempo, tuvo la impresión de que todo iría bien.

Poco se imaginaba que pasarían unos tres años antes de que volviera.

Cuando por fin regresó a casa, encontró una montaña de cartas tiradas descuidadamente en su habitación llena de polvo. Las ramas

atadas a ellas estaban marchitas y secas, haciendo dolorosamente evidente el paso del tiempo.

Su mirada se posó en una carta que mostraba signos de haber sido abierta. Estaba llena de todas las banalidades familiares, pero en la esquina de la carta había una mancha de color rojo oscuro. Echó un vistazo a la bolsa medio abierta que había junto a la carta. También estaba manchada.

Abrió la bolsa y descubrió lo que parecían dos pequeñas ramitas, o tal vez trozos de arcilla. Uno de ellos era diminuto; parecía lo bastante delicado como para aplastarlo en la mano.

Demasiado tarde se dio cuenta de lo que eran: él mismo tenía diez. Esto dio un nuevo significado al término “juramento del meñique”.

Volvió a envolver las dos ramitas y las metió de nuevo en la bolsa, luego corrió hacia el distrito del placer tan rápido como su caballo le permitía.

Cuando llegó al burdel, que encontró con un aspecto bastante más ruinoso que la última vez que lo había visto, sólo había allí piedras de Go. No había nadie que se pareciera al bálsamo, aunque una mujer se le acercó con una escoba. Era la vieja madame; lo supo por su voz.

Fengxian ya no estaba allí: eso fue lo único que le dijo la madame. Una cortesana que había sido abandonada por dos prospectos importantes, había arrastrado el nombre de su establecimiento por el fango y ya no gozaba de la confianza de nadie, no tenía más remedio

que prostituirse como una vulgar ramera. ¿Acaso no comprendía lo que les ocurría a esas mujeres?

Un poco de reflexión podría haberle revelado la respuesta, pero su cabeza estaba llena de Go y Shogi y nada más, y había sido incapaz de llegar a la verdad. Tirarse al suelo y llorar, sin prestar atención a los espectadores, no haría retroceder el tiempo.

Todo fue culpa suya por ser tan impulsivo. Suya y de nadie más.

Lakan se incorporó bruscamente en la cama, agarrándose la cabeza que aún le dolía. Reconoció la habitación en la que estaba. Un lugar con un incienso fragante pero no abrumador.

“¿Ya está despierto, señor?” Dijo alguien con suavidad. Una cara como una piedra de Go blanca apareció ante él. La reconoció por la voz.

“¿Qué estoy haciendo aquí, Meimei?”

Sí, conocía a esta cortesana de la Casa Verdigris. Ella había sido aprendiz de Fengxian hace mucho tiempo; la que Fengxian había ordenado salir de la habitación, de hecho, si no recordaba mal. De vez en cuando, cuando era aprendiz, la había visto jugar tímidamente con piedras de Go, así que la había complacido con alguna partida ocasional. Ella siempre se avergonzaba cuando él le decía que jugaba bastante bien.

“Un mensajero de algún noble te trajo aquí y te dejó. Vaya, pero estabas hecho un desastre. No sé si tu cara estaba más roja o azul.”

Meimei era más o menos la única cortesana de la Casa Verdigris que lo entretenía. Siempre era su habitación la que le mostraba en sus visitas.

“Seguro que no pensé que acabaría así.” Había supuesto que si su hija lo bebía, el alcohol no podía ser tan fuerte. Por otra parte, Lakan nunca había sido muy versado en los diferentes tipos de bebidas alcohólicas. Un solo trago le había hecho arder la garganta. Tomó una jarra de agua de la mesilla de noche y bebió con avidez.

Un sabor amargo se extendió por su boca y escupió el agua antes de saber lo que hacía. “¿Q-Qué es esta bazofia?!”

“Maomao lo preparó.” Dijo Meimei. Supuso que estaba sonriendo, porque se tapó la boca con la manga. Probablemente la bebida estaba pensada para curar la resaca, pero la forma en que la pronunció implicaba un toque de malicia. ¿Era extraño que, aun así, no pudiera evitar que se le dibujara una sonrisa en la cara?

Junto a la jarra había una caja de madera de paulownia.

“Bueno, mira eso...”

La había enviado junto con una carta hacía mucho tiempo, en broma, como si fuera un botín. La abrió y encontró una sola rosa seca. No se había dado cuenta de que conservaría tan bien su forma a pesar

de haberse secado. Pensó en su hija, que le recordaba a una Pata de Gato de bosque.

Después de aquellos antiguos sucesos, había llamado a la puerta de la Casa Verdigris una y otra vez, y cada vez se encontraba con las recriminaciones de la madame. “Aquí no hay ningún niño, vete a casa.” Le gritaba mientras lo azotaba con la escoba. Podía ser realmente aterradora.

Una vez, mientras estaba sentado, exhausto, con la sangre chorreándole por un lado de la cabeza, se fijó en una niña que hurgaba por los alrededores. Junto al edificio había hierba con una especie de flores amarillas. Cuando preguntó a la niña qué estaba haciendo, le dijo que iba a convertir la hierba en medicina. En lugar de la piedra Go que esperaba ver, percibió un rostro sin emoción.

La chica echó a correr con dos puñados de hierba. Se dirigía hacia alguien que cojeaba como un anciano. Y *su* cara, de la que cabría esperar que se pareciera a una piedra de Go, parecía en cambio una ficha de Shogi. Y no un simple peón o un caballo, sino un rey dragón, una pieza poderosa e importante.

Ahora sabía quién había abierto la única carta de todas las que había recibido, y la bolsa sucia. Pues allí estaba su tío Luomen, que había desaparecido tras ser desterrado del palacio posterior. La muchacha de la Pata de Gato fue trotando tras él; él la llamaba Maomao.

Lakan sacó la bolsa sucia. Estaba aún más gastada que antes, ya que la llevaba siempre consigo. Sabía que los dos objetos en forma de ramita seguirían dentro, envueltos en papel.

La mano de Maomao parecía inestable cuando movía las fichas. En parte podía deberse a que no jugaba mucho. Pero en parte se debía a que jugaba con la mano izquierda. Cuando se fijó en las yemas de los dedos rojos, observó que el meñique de esa mano estaba deformado.

No podía culparla por odiarlo. No considerando todo lo que había hecho. Pero aun así, quería estar cerca de ella. Estaba cansado de una vida de nada más que piedras de Go y fichas de Shogi. Eso le había dado el incentivo que necesitaba para recuperar su derecho de nacimiento, expulsar a su hermanastro y adoptar a su sobrino como propio. Después, tras muchas negociaciones con la anciana madame y a lo largo de unos diez años, había conseguido pagar una cantidad de dinero equivalente a dos veces los daños.

Debió de ser por entonces cuando por fin le permitieron volver a las habitaciones. Meimei naturalmente asumió el papel. Quizás le estaba devolviendo el favor por haberle enseñado Shogi todos esos años.

Lakan siguió visitándola, una y otra vez, porque lo único que quería era estar con su hija. Por desgracia, Lakan carecía de la capacidad de comprender los sentimientos de los demás y, una y otra vez, las cosas que hacía le salían mal.

Volvió a guardar la bolsa entre los pliegues de su túnica. Quizá había llegado el momento de rendirse, al menos por esta vez. Sin embargo, de algún modo —llámalo terquedad— no se atrevía a abandonar el asunto por completo.

Y además, no le gustaba que aquel hombre estuviera en su compañía. Estaba demasiado cerca de ella y, durante el combate, le había tocado los hombros no menos de tres veces. Sin embargo, Lakan se alegró de ver cómo su hija le apartaba la mano cada vez.

Muy bien, ¿cómo hacerse sentir un poco mejor? Lakan tomó la jarra y se bebió la medicina de mal sabor. Por repugnante que fuera, su hija la había preparado personalmente.

Tal vez pasaría algún tiempo decidiendo cómo eliminar al bicho de su flor. Sus pensamientos se vieron interrumpidos cuando la puerta se abrió de golpe.

“Por fin hemos dormido lo suficiente.” Gritó con voz ronca una piedra Go. Por la voz, se dio cuenta de que era la vieja madame. “Así que quieres comprar a una de mis chicas, ¿no? Ya deberías saber que un par de miles de monedas de plata no bastan.”

Seguía siendo una tacaña, como siempre. Lakan sostuvo su cabeza palpitante, pero una sonrisa irónica apareció en su rostro. Se puso el monóculo (que sólo llevaba para dar efecto). “Prueba con diez mil. Y si no es suficiente, ¿qué tal veinte o treinta? Hay que reconocer que cien mil podría ser un poco exagerado.” Lakan se estremeció al hablar. No eran sumas pequeñas, ni siquiera en su posición. Tendría que pedir

limosna a su sobrino durante un tiempo; el chico tenía algunos negocios paralelos.

“Bien, de acuerdo. Ven por aquí, y hazlo rápido. Incluso te dejaré elegir, la que quieras.” Dejó que la madame le condujera a la sala principal del burdel, en la que había toda una hilera de piedras Go llamativamente ataviadas. Incluso Meimei estaba mezclada entre ellas.

“Hoh, ¿podría incluso elegir a una de las Tres Princesas?”

“Dije que la que quisieras, y lo dije en serio.” Escupió la madame. “Pero puedes esperar pagar por ello.”

Incluso con esta dispensa de elegir libremente, Lakan se enfrentaba a un problema singular. Por muy elegantes que fueran los vestidos de las chicas, a él no le parecían más que piedras de Go. Prácticamente podía oír las sonrisas de las mujeres. Podía oler sus dulces fragancias. Y el caleidoscopio de colores de sus trajes casi le cegaba. Pero eso era todo. No sintió nada más que eso. Ninguna de ellas conmovía el corazón de Lakan.

Sin embargo, le habían dicho que eligiera, así que debía hacerlo. Una vez que hubiera comprado a la chica, podría hacer lo que quisiera con ella. Tenía dinero suficiente para mantener a una dama, y si ella no estaba contenta con eso, entonces le daría algo de dinero y la dejaría libre para hacer lo que quisiera. Bien; seguramente eso estaría bien.

Con eso en mente, se volvió hacia Meimei. Supuso que fue la culpa lo que la indujo a ser tan amable con él. Si no les hubiera abandonado

aquel día, quizá nada de esto habría ocurrido. Pensó que estaría bien recompensar su decencia.

En ese momento, Meimei habló. “Amo Lakan.” Él podía oír una pequeña sonrisa en su voz. “Debes saber que tengo mi orgullo de cortesana. Si soy su deseo, entonces no tendré ninguna duda.” Dicho esto, se acercó a la gran ventana que daba al patio y la abrió. La cortina se agitó y algunos pétalos de flores perdidos entraron en la habitación. “Pero si vas a elegir, elige con los ojos abiertos.”

“¡Meimei, yo no te he dado permiso para abrir esa ventana!” Exclamó la madame, apresurándose a cerrarla de nuevo.

Pero Lakan ya lo había oído, distante. Una risa. Como la risita de una cortesana, pero algo más inocente. Le pareció oír la letra de una canción infantil.

Sus ojos se abrieron de par en par.

“¿Qué pasa?” Preguntó la madame con suspicacia. Lakan miró por la ornamentada ventana. El canto llegaba hasta ellos a ratos. “¡¿Qué haces?!” Cada vez más agitada, intentó agarrarle la mano.

Pero llegó demasiado tarde. Saltó por la ventana y echó a correr hacia la fuente de la voz. Nunca se había arrepentido tanto de no haber hecho ejercicio como en aquel momento. Sin embargo, siguió corriendo, a pesar de que las piernas amenazaban con fallarle.

Por todas las veces que había estado en la Casa Verdigris, nunca había estado en esta parte en particular: un pequeño edificio, casi un

cobertizo de almacenamiento, a cierta distancia de la casa principal. Podía oír la canción que venía de dentro.

Intentando que el corazón no se le saliera del pecho, Lakan abrió la puerta. Percibió un olor característico a medicina.

Dentro había una mujer demacrada. Su cabello rodeaba su cabeza pero no tenía brillo, y sus brazos yacían sobre ella como ramas marchitas. Apestaba a enfermedad. Y había algo más: su dedo anular izquierdo estaba deformado. Lakan sólo pudo mirar asombrado. Entonces se dio cuenta de que sentía algo en las mejillas.

La madame se acercó corriendo. “¿Qué estás haciendo? ¡Esto es una habitación para enfermos!” Le tomó de la mano y trató de alejarlo, pero Lakan no se movió. Se quedó mirando fijamente a la mujer demacrada. “Vamos, sal de aquí. Ven a elegir a una de mis chicas.”

“Sí. Correcto. Hay que elegir.” Lakan se sentó despacio, sin hacer ningún esfuerzo por limpiarse las gotas que le caían. La mujer no pareció reparar en él; sólo sonrió y entonó su cancioncilla. Ya no quedaba ni rastro del porte imperioso ni de la mirada burlona. Su corazón había vuelto a ser el de una niña inocente. Sin embargo, a pesar de su estado de demacración, a Lakan le parecía más hermosa que nadie en el mundo.

“Esta mujer, madame. Quiero a esta mujer.”

“No seas estúpido. Vuelve conmigo y escoge.”

Sin embargo, Lakan rebuscó entre los pliegues de su túnica hasta encontrar una pesada bolsa. La sacó y se la puso en la mano a la mujer. Pareció captar su interés; la abrió y miró en su interior con movimientos rígidos y forzados. Con dedos temblorosos, sacó una piedra Go.

Tal vez fuera sólo su imaginación lo que le hizo creer que veía un momentáneo rubor en su rostro. Lakan sonrió. “Esta es la mujer a la que voy a comprar, y no me importa cuánto cueste. Diez mil, veinte, no importa.”

La anciana madame no pudo decir nada al respecto. Meimei apareció detrás de ella, arrastrando el vestido por el suelo, cuando entró en la habitación para sentarse frente a la enferma. Sujetó la mano huesuda de la mujer. “Si al menos hubieras dicho lo que querías desde el principio, hermana mayor. ¿Por qué no lo dijiste antes?” Meimei parecía estar llorando; se dio cuenta al oír el sollozo. “¿Por qué no dejar que se acabara antes de que empezara a tener esperanzas?”

Lakan no entendía por qué lloraba Meimei. Estaba ocupado estudiando a la mujer, que miraba afablemente a la piedra Go.

Era tan hermosa como el bálsamo.



Estoy tan cansada...

Maomao recordó lo agotador que era tratar con gente a la que no estaba acostumbrada. Había ayudado a llevar al sediento hombre de

ojos de zorro a una habitación para dormir y ahora se dirigía a casa dando tumbos. Ya se había separado de Jinshi y Gaoshun, que tenían asuntos propios que atender. La habían dejado con otro funcionario, el que la había acompañado durante la investigación de la intoxicación alimentaria.

Basen, ese era su nombre. Le bastaron varios encuentros para empezar a recordarlo. Era fácil trabajar con él: no era efusivo, pero hacía su trabajo con atención y minuciosidad. Era una buena combinación para Maomao, que rara vez se sentía obligada a iniciar una conversación si otro no lo hacía primero.

Verle de nuevo, sin embargo, le había recordado a Maomao que a veces había gente con la que simplemente no te llevabas bien. Cosas que simplemente no podías aceptar. Incluso si la otra persona nunca había tenido ninguna malicia.

Mientras avanzaba, Maomao divisó un brillante séquito. En el centro, atendida por una mujer de palacio que le sujetaba una sombrilla, había una mujer con un lujoso vestido: la Consorte Loulan.

Maomao oyó que alguien chasqueaba la lengua. Se dio cuenta de que Basen estaba a su lado, observando al grupo con los ojos entornados. No parecía gustarle mucho. Maomao se preguntó brevemente por qué, pero entonces vio a un corpulento funcionario de la corte de pie esperando a Loulan. Estaba flanqueado por hombres que parecían ayudantes, y había un grupo de gente detrás de él.

Cuando Loulan vio al corpulento hombre, ocultó su boca con un abanico plegable y comenzó a hablarle de forma obviamente amistosa. A pesar de todas las damas de compañía que estaban presentes, Maomao se preguntó si realmente estaba bien que una consorte hablara tan íntimamente con un hombre que no era Su Majestad.

Sin embargo, un venenoso susurro de Basen respondió a su pregunta. “Malditos intrigantes, padre e hija.”

Así que ese debía de ser el padre de Loulan, el que había presionado para que la admitieran en el palacio posterior. Maomao había oído rumores de que aquel hombre había sido un influyente consejero del anterior emperador, pero que el actual gobernante, que prefería ascender a la gente por méritos demostrados, lo veía con tan buenos ojos como a un ojo morado.

Sin embargo, Maomao miró a Basen. Deseaba que no hablara mal de un alto cargo en voz alta, aunque ella fuera la única presente. Si alguien les oía, podría pensar que ella participaba en la conversación.

Aún es joven, supongo. Mirándolo, se le ocurrió que no era mucho mayor que ella.

Se había decidido que Maomao no volvería al palacio posterior esa noche, sino que se quedaría en la residencia de Jinshi.

“Y yo que tenía la impresión de que le despreciabas.” Dijo Jinshi despacio, con los brazos cruzados. Había llegado antes que ella y la estaba esperando.

Maomao estaba sorbiendo unas sopas de arroz que había preparado Suiren. Era de mala educación hablar mientras se comía, pero ella estaba más interesada en ponerse al día con la alimentación que había perdido durante su estancia en el Pabellón de Cristal. Suiren, sorprendida al ver a Maomao tan delgada cuando reapareció tras su estancia fuera de la residencia de Jinshi, no se había detenido en el congee, sino que estaba preparando un plato tras otro. En esto, también, era como las mujeres del Pabellón de Jade, no envidiaba ninguna tarea por ser dama de compañía.

“No le desprecio. Es precisamente porque hizo lo que hizo —y *a quién* hizo— por lo que estoy aquí.”

“¿Quién...?” Jinshi parecía preguntarse si no habría una forma más delicada de decirlo.

No sé qué quiere que le diga, pensó Maomao. Sólo decía la verdad.

“No sé cómo te imaginas que funciona el distrito del placer, pero ninguna cortesana tiene un hijo si no quiere.”

Todas las cortesanas tomaban habitualmente medicamentos anticonceptivos o abortivos. Incluso si se concebía un hijo, había muchas formas de interrumpir el embarazo antes de tiempo. Si daban a luz, era porque querían.

“De hecho, casi se podría pensar que había sido planeado.”

Prestando atención al momento en que una mujer tenía su flujo de sangre, era bastante sencillo adivinar cuándo era probable que concibiera. Una cortesana sólo tenía que enviar una carta cambiando la visita de su pareja a un día conveniente.

“¿Por el comandante?” Preguntó Jinshi mientras daba un mordisco a un bocadillo que le traía Suiren.

“Las mujeres son criaturas astutas.” Replicó Maomao. Así, cuando su puntería se había torcido, había perdido el control de sí misma. Había ido tan lejos que incluso había estado dispuesta a hacerse daño, y lo que es peor...

Ese sueño del otro día.

Realmente había ocurrido. No satisfecha con cortarse su propio dedo, la cortesana que había dado a luz a Maomao se había llevado también el de su hija para añadirlo a su carta.

Nadie en el burdel habló nunca a Maomao de la cortesana que la había parido. Sabía perfectamente que la vieja madame había ordenado a todos guardar silencio sobre el tema. Pero bastaba el ambiente del lugar, junto con una pizca de curiosidad, para que la verdad quedara clara.

Maomao era la razón por la que la Casa Verdigris había estado a punto de hundirse.

También se enteró de que su padre era un hombre excéntrico que amaba el Go y el Shogi, y de que todo lo que había sucedido podía achacarse a una cortesana testaruda y egoísta.

También se enteró de otra cosa: la identidad de esa mujer, a la que Maomao siempre le habían dicho que ya no estaba. La identidad de la mujer que, hasta que la humillación de su nariz desaparecida la volvió loca, siempre se había negado a acercarse a Maomao.

Ese tonto de hombre. ¡Había mejores cortesanas! ¿Por qué no compró a una de ellas? Eso es lo que debería haber hecho...

“Amo Jinshi, ¿ese hombre le habla alguna vez en otro lugar que no sea su oficina?”

Jinshi se lo pensó un segundo. “Ahora que lo dices, no, no lo hace.” Lo máximo que hacía, según Jinshi, era hacerle un rápido gesto con la cabeza cuando se cruzaban en el pasillo. La única vez que el hombre le acorraló con una charla fue cuando se presentó en el despacho de Jinshi.

“De vez en cuando.” Dijo Maomao. “Te encuentras con alguien que no puede discernir la cara de la gente. Ese hombre es uno de ellos.”

Era algo que le había dicho el viejo de Maomao. Ella misma se lo había creído a medias, pero cuando él le había dicho que *era así*, de alguna manera le había parecido que tenía sentido.

“¿No puedes discernir rostros?” Dijo Jinshi. “¿Qué quieres decir?”

“Simplemente lo que dije. Parece que no pueden juntar las caras. Saben lo que es un ojo, o una boca, y pueden percibir estas diferentes partes, pero no las registran en conjunto como caras distintas.”

Su viejo había estado solemne mientras le decía esto. Le estaba comunicando que incluso *él* merecía compasión, pues había sufrido mucho en su vida por culpa de esa cosa que no podía controlar. No obstante, aunque su viejo era compasivo, comprendía la situación en sentido amplio, y nunca intentó impedir que la vieja madame echara al otro hombre del burdel con su escoba. Sabía que el mal estaba mal.

“Por alguna razón, parece reconocermme a mí y a mi padre adoptivo. Creo que de ahí viene esa obstinada obsesión suya.”

Un día, de la nada, apareció un hombre extraño que intentó llevársela. La madame apareció poco después y le golpeó con una escoba, y la visión del hombre magullado y ensangrentado inspiró miedo en su joven corazón. Cualquiera se asustaría ante un hombre que le tendía la mano sonriendo incluso mientras la sangre manaba de su rostro.

Apareció periódicamente después de eso, siempre haciendo algo inesperado antes de ser enviado a casa hecho un desastre sangriento. Aquello le había enseñado a no dejarse sorprender por nada, o en todo caso por muy pocas cosas. El hombre seguía haciéndose llamar su padre, pero para Maomao su padre era su “viejo”, no aquel excéntrico delirante. Era, como mucho, el semental que la había engendrado.

Intentaba desplazar al viejo de Maomao, Luomen, y ser su padre en su lugar, pero Maomao no lo toleraba. Este era un punto en el que no se doblegaría. Todos en el burdel le decían que la mujer que la había dado a luz se había ido, así había menos problemas. Y aunque estuviera viva, ¿qué le importaba a Maomao? Maomao tenía a su viejo; era la hija de Luomen. Y era perfectamente feliz así.

Ese hombre no era el único responsable de ella. De hecho, le estaba agradecida por ello. No tenía recuerdos de su madre, sólo de un demonio aterrador.

En cuanto a lo que Maomao sentía por Lakan, puede que lo odiara, pero no le guardaba rencor. Era torpe en algunas cosas, pero no malicioso; aunque a veces se excediera un poco en sus reacciones. Si había que responder a una pregunta sobre el perdón, bueno, había al menos una persona que tenía más motivos para estar resentida con él que Maomao.

Quizá la vieja madame ya le haya perdonado, pensó.

Se preguntó si el hombre se habría fijado en la carta de la caja con la rosa dentro. Era la mayor concesión que Maomao era capaz de hacer por quien ayudó a engendrarla. Bueno, si no se daba cuenta, estaba bien. Que comprara a su agradable hermana cortesana. Eso sería lo más feliz para todos.

“No puedo evitar pensar que ciertamente parecía que lo odiabas.”

“Eso es simplemente porque aún no lo conoce muy bien, Amo Jinshi.”

Cuando Maomao había intentado entrar en la ceremonia, fue Lakan quien la había ayudado. Sospechaba que había tenido la intuición de que algo iba a ocurrir. Nunca había necesitado observar escenas y reunir pruebas como hacía Maomao para predecir acontecimientos inminentes. Parecía tener olfato para ellos. Y rara vez se equivocaba.

“¿Nunca te ha engatusado para que investigues un asunto que de otro modo no harías?” Preguntó Maomao.

Jinshi se calló al oír aquello, pero por la forma en que susurró a continuación: “Así que era eso.” Supuso que había acertado. Tal vez él fuera también la razón por la que Lihaku se había apresurado a investigar a Suirei, y por la que la Junta de Justicia le había respondido con tanta eficacia.

El único problema con ese hombre era que, por muchos problemas que causara a los demás, él mismo nunca parecía querer mover un dedo. Imagínate lo que pasaría si estuviera dispuesto a tomar partido públicamente de vez en cuando.

Tal vez esa droga de la resurrección ya estaría a su alcance. La idea le dolió enormemente.

No entendía con qué genio había sido bendecido. En todo el país había pocas personas a las que su viejo alabara tan abiertamente y con tanto fervor. Maomao reconoció este sentimiento: eran celos.

“Puede que sea imposible hacer de él un amigo, pero te sugiero que tampoco lo conviertas en enemigo.” Ella casi escupió las palabras—entonces levantó su mano izquierda y miró el dedo meñique. “Amo Jinshi, ¿sabe algo?”

“¿Qué pasa?”

“Si te cortas la punta de un dedo, volverá a crecer.”

“¿Tienes que decir eso mientras estoy comiendo?” Le dirigió una mirada atípica, con sus posiciones habituales invertidas.

“En ese caso, una cosa más.”

“Sí, ¿qué?”

“Si ese hombre con monóculo te dijera alguna vez ‘llámame papá’, ¿cómo te sentirías?”

Jinshi se detuvo un momento y pareció profundamente turbado: otra expresión inusual en él.

“Madre mía.” Dijo Suiren llevándose la mano a la boca.

“Supongo que querría arrancarle ese estúpido monóculo de la cara y hacerlo añicos.”

“Eso espero.”

Jinshi pareció entender lo que Maomao quería decir. Susurró una pregunta, algo sobre si era duro ser padre. De pie a su lado, una punzada de dolor pasó por el rostro de Gaoshun. Quizá la conversación le había tocado la fibra sensible.

“¿Ocurre algo?” Preguntó Maomao, y Gaoshun miró al techo.

“No. Sólo ten en cuenta que ningún padre en el mundo desea ser vilipendiado.” Dijo en voz baja.

Bien, pensó Maomao, pero sólo se llevó la cuchara a la boca, decidida a terminar lo que quedaba de su sopa de arroz.

Epílogo

Varios días después de que Maomao regresara al palacio posterior, llegó una carta de Meimei, junto con un paquete. En la carta se explicaba exactamente a quién y por quién había sido comprado el contrato. Debía de estar lloviendo o algo así cuando escribió, porque la página estaba salpicada de gotas.

En el pequeño estuche que acompañaba a la carta había un precioso pañuelo de los que usan las cortesanas en las celebraciones. Maomao estuvo a punto de volver a cerrar el estuche, pero se lo pensó mejor. En lugar de eso, se acercó a un arcón de ropa, uno de los muebles de su pequeña habitación, y empezó a rebuscar algo en el fondo.

Las luces del barrio del placer brillaban a lo lejos. Maomao pensó que parecían aún más brillantes y numerosas que de costumbre. Desde lo alto del muro exterior del palacio posterior, podía oír el tintineo de las campanas: imaginó que eran cortesanas bailando con sus pañuelos. Llevarían sus trajes más hermosos, ondearían largas telas y esparcirían pétalos de flores.

Ser rescindida de un contrato era motivo de celebración. Cuando toda la ciudad florecía por una sola mujer, las demás flores bailaban para despedirla. Había vino y banquetes, cantos y bailes. El distrito del placer nunca dormía, así que la juerga duraba toda la noche.

En cuanto a Maomao, tenía la bufanda de gasa que Meimei le había enviado enrollada alrededor de los hombros. La agarró con los dedos. Su pierna izquierda aún no estaba en su mejor momento, pero pensó que podría arreglárselas. Se quitó la bata y se puso un poco de colorete en los labios. También se lo había dado Meimei.

Parece una broma. Maomao pensó en la Princesa Fuyou, que el año anterior había sido entregada en matrimonio a un militar, un viejo amigo suyo. ¿Había olvidado ya sus días en el palacio posterior? ¿O se acordaba a veces de cómo bailaba en esos muros, noche tras noche?

Ahora Maomao haría lo mismo que la princesa. Enfundada en el precioso vestido que le habían impuesto sus hermanas, recordó los primeros pasos de la danza que le habían enseñado hacía tanto tiempo. El colorete que había recibido de su hermana Meimei estaba en sus labios. En las mangas llevaba pequeños cascabeles que tintineaban con cada movimiento. En la larga falda había pequeñas piedras cosidas para que ondeara cada vez que Maomao giraba.

Su falda la rodeaba, su bufanda trazaba un arco y sus mangas se deslizaban por el aire. Esta noche se había dejado el cabello suelto, decorado con una sola rosa, una pequeña flor teñida de azul.

El pañuelo bailaba; la falda se levantaba al compás; las mangas y el cabello revoloteaban juntos.

No pensé que volvería a mí tan fácilmente, musitó, sorprendida de encontrar la danza que la vieja madame le había enseñado todavía dentro.

Su bufanda volvió a ondear, y entonces Maomao se encontró mirando directamente a un compañero muy inoportuno. Fue entonces cuando tropezó con su falda.

Cayó de bruces y, al intentar protegerse para no golpear el suelo con la nariz, dio una voltereta hacia el borde de la pared. Consiguió pararse y alguien tiró de ella.

“¿Qué haces aquí?” Preguntó el inesperado visitante, respirando con dificultad. Su cabello, que había sido cuidadosamente atado, era ahora un desastre.

“Yo debería hacerle la misma pregunta, Amo Jinshi.” Dijo Maomao, arreglándose el vestido. “¿Por qué *está* aquí?”

La miró exasperado. Ella ya estaba a salvo del borde de la pared, pero por alguna razón él seguía agarrándole la mano. “¿Dónde iba a estar si no? Cuando me enteré de que una extraña mujer estaba bailando de nuevo en la pared, tuve que venir a ocuparme del asunto.”

Huh, y yo que pensaba que había pasado desapercibida. Sin embargo, ahora que Maomao lo pensaba, quizá no debería haber sido tan sorprendente que se fijaran en ella. Aun así, ¿significaba esto que los guardias seguían creyendo en fantasmas?

“Te agradeceré que no aumentes mi carga de trabajo.” Dijo Jinshi, poniendo la mano sobre la cabeza de Maomao.

“Seguramente no tenía que venir usted mismo, Amo Jinshi. ¿No podías haber enviado a otro?” Ella deslizó su cabeza a un lado, fuera de su mano.

“Un guardia muy amable reconoció tu cara y se puso en contacto conmigo directamente.” Dijo Jinshi. Maomao le tocó la cara. “Puedes pensar que lo que haces es inocuo, pero recuerda que no lo parecerá a quienes te vean.”

“Como usted diga.” Respondió Maomao. Algo avergonzada, se rascó la mejilla. Toda esta empresa era más difícil de lo que había pensado.

“Esa es mi historia.” Dijo Jinshi. “Ahora te toca a ti. ¿Qué estás haciendo aquí?”

Después de un momento, Maomao respondió: “En el barrio del placer, bailamos para despedir a una cortesana a la que le han comprado su contrato. Mi traje de celebración llegó este mismo día.”

En realidad, había deseado despedir a la cortesana que le había regalado la ropa. Meimei había seguido fielmente a Maomao mientras ella se esforzaba por aprender a bailar. “Quiero que sepas bailar bien cuando me vaya.” Era lo que siempre le decía su hermana.

Jinshi la miraba atentamente. “¿Qué pasa, señor?” Preguntó.

“Es que no sabía que sabías bailar.”

“Es una asignatura básica de la educación donde crecí. No podía *no* aprenderlo. Aunque hay que reconocer que nunca llegué a ser lo bastante buena como para actuar para un cliente de pago.”

Aun así, le dijo, a veces, cuando se celebraba la partida de una mujer, lo que importaba era el número de bailarinas más que su calidad. Cuando dijo eso, Jinshi miró hacia las lejanas luces del distrito del placer. “Los rumores ya están empezando más allá de estos muros. Las historias de cómo ese excéntrico compró a una cortesana.”

“Imagino que sí.”

“Es más, ha pedido la baja. Planea tomarse diez días seguidos.”

“Sabe cómo causar problemas.”

Maomao sospechaba que mañana también comenzaría otro nuevo rumor. No sabía cuánto se había gastado el viejo chiflado en este banquete, pero a juzgar por el número de farolillos que podía ver desde su posición en la pared, superaba con creces lo que cualquiera se gastaría en una cortesana media. La carta de Meimei decía que habría banquetes y celebraciones para una semana entera. Así que las lenguas se moverían: ¿quién había sabido que no eran sólo las Tres Princesas en la Casa Verdigris? ¿Qué había habido otra cortesana así allí?

Sigo pensando que debería haberse llevado a Meimei, pensó Maomao. A la enferma, asolada por su enfermedad, seguramente no le quedaba mucho tiempo. Desde luego, le faltaban los recuerdos de

aquellos días lejanos; lo único que sabía era cantar canciones infantiles y poner piedras Go una al lado de la otra.

Pero aquel hombre la había encontrado, después de que la vieja madame la hubiera escondido durante todos esos años.

Ojalá no lo hubiera hecho, pensó Maomao. Entonces podría haber elegido a su maravillosa hermana. Meimei rebosaba talento y seguía siendo hermosa; habría sido una esposa excelente. *Pero ella es extraña a su manera.*

Fue Meimei quien primero había dejado entrar en su habitación al hombre que la madame tanto vilipendiaba. Tal vez pensó que era lo único que podía hacer con el extraño personaje que continuamente venía persiguiendo a Maomao. Una vez con Meimei, no había *hecho* nada, sólo hablar sin parar de Maomao y de la mujer que la había parido. A veces se sentaba frente a un tablero de Go, pero nunca jugaban una partida juntos. En lugar de eso, el hombre jugaba una vieja partida tras otra de memoria.

Eso, al menos, fue lo que le dijo Meimei. Maomao no podía estar segura. Tal vez Meimei sólo estaba siendo considerada con ella. Pero realmente no le importaba a Maomao. Se habría alegrado bastante de ver a Meimei irse con aquel hombre. Dejando a un lado su personalidad, al menos tenía mucho dinero; a su hermana no le habría faltado de nada en la vida. Maomao quería saber qué era lo que no le gustaba de su hermana.

“No puedo evitar preguntarme a quién ha comprado.” Dijo Jinshi. Sabía de la apuesta, pero evidentemente no había imaginado que las celebraciones serían tan trascendentales. Se sorprendió al descubrir que el hombre era aún más excéntrico de lo que pensaba.

“Sí, me pregunto quién podría ser.”

“¿Lo sabes?”

En respuesta, Maomao sólo cerró los ojos.

“Lo sabes, ¿verdad?”

“Ninguna mujer que él eligiera podría ser más hermosa que usted, Amo Jinshi.”

“Eso no es lo que he preguntado.”

Sin embargo, él no lo niega, pensó. Sospechaba que Jinshi no era el único que se lo preguntaba. Todo el palacio —probablemente toda la capital— se estaría haciendo la misma pregunta. La cortesana por la que se estaba armando todo este alboroto debía de estar vestida de forma resplandeciente, pero nunca aparecería en público. Sólo habría rumores, que irían en aumento. La gente se preguntaría qué mujer podría haber llamado tanto la atención de un hombre como él, qué hermosa debía de ser.

Y no se alegrará la vieja bruja, pensó Maomao. La gente hablaría de la Casa Verdigris durante mucho tiempo. Más de un funcionario llamaría a la puerta, por pura curiosidad, claro.

Maomao sentía calor en todo el cuerpo. Quizá fuera porque hacía mucho tiempo que no bailaba. Sentía un hormigueo en los pies y, cuando miró hacia abajo, vio que su falda estaba teñida de rojo.

“Oh, mierda.” Dijo y se levantó la falda.

“¿Q-Qué estás haciendo?!” Gritó Jinshi, con voz rasposa.

Maomao se miró la pierna e hizo una mueca. El calor se había convertido en dolor. Sus experimentos con medicamentos habían embotado su percepción de tales sensaciones. Estaba convencida de que la herida de la pierna se había curado por completo, pero su baile se la había vuelto a abrir.

“Huh, supongo que se abrió de nuevo...”

“¿Actúas como si lo hubiera hecho solo!”

“No te preocupes, me la coseré.” Maomao rebuscó entre su ropa desechada y encontró alcohol desinfectante, aguja e hilo.

“¿Por qué estás tan preparada para esta situación exacta?!”

“Nunca se sabe.” Maomao estaba a punto de dar la primera puntada cuando Jinshi agarró la aguja. “No sabe coser, señor.” Dijo.

“¿No lo hagas aquí!” Apenas hubo hablado, levantó a Maomao en brazos y bajó hábilmente por la pared sin ni siquiera una escalera. Maomao estaba tan aturdida que ni siquiera pensó en forcejear. Cuando llegaron al suelo, supuso que él la dejaría en el suelo, pero en

lugar de eso siguió llevándola, aunque la movió un poco entre sus brazos.

“¿Por qué haces esto?” Preguntó.

“Se estaba haciendo difícil sostenerte.”

“Entonces bájame.”

“¿Y dejar que lo empeores?” Jinshi apretó los labios. Tenía los brazos alrededor de Maomao, y a ella le resultaba muy incómodo lo cerca que tenía la cara de él.

Pensó: “¿Y si alguien nos ve, señor?”

“Nadie nos verá. Está demasiado oscuro. Además...” La levantó ligeramente y ajustó su agarre para que no se cayera. “Es la segunda vez que te abrazo así.”

¿La segunda vez? Pensó. ¡Oh!

Debió de ser el día en que se lesionó la pierna. Había estado inconsciente; alguien la había llevado lejos de la escena. Tendría mucho sentido si hubiera sido Jinshi. Lo que significaría que la había recogido delante de una ceremonia atestada de gente...

Pero había algo más importante, algo que había olvidado. Llevaba mucho tiempo queriendo decirlo y lamentaba profundamente no haberlo hecho antes. Apretó un pañuelo contra la sangre que le corría por la pantorrilla.

“Amo Jinshi.” Comenzó. “Sé que no es el momento ideal, pero si me permite, hay algo que he querido decirle desde hace mucho tiempo.”

“¿Por qué tan formal de repente?” Preguntó Jinshi, algo perplejo.

“Señor, simplemente *debo* decirlo.”

“Bueno, entonces, ¡tan solo dilo!” Respondió Jinshi.

“Muy bien.” Dijo Maomao, mirando a Jinshi a la cara. “Señor... Por favor, deme mi bezoar de buey.”



La cabeza de Jinshi conectó con la de Maomao con un *thud*, y ella vio estrellas.

¡Un cabezazo! ¡Y de la nada! Se le pasó por la cabeza que tal vez todo el tiempo sólo la había estado provocando.

“Señor, no me diga... ¿No lo tiene?”

“Por favor. Seguro que me tienes un *poco* más de respeto que eso.” Mientras Maomao le miraba interrogante, la más leve de las sonrisas cruzó el rostro de Jinshi.

El rápido cambio de expresión del eunuco, que pasó del enfado a la diversión, le recordó lo inmaduro que podía parecer. Pero, por otra parte, le resultaba más fácil hablarle así, pensó, mientras se mecía en sus brazos.

Nadie sabía exactamente de dónde había surgido el rumor, pero se decía que algún noble derrochador del gran país que ocupaba el centro del continente estaba comprando todo tipo de medicamentos raros e inusuales que podía encontrar. Fue durante una merienda cuando Maomao oyó por primera vez que la oficina de Jinshi estaba tan llena de flores de bienestar que apenas podía entrar. Sólo dio un mordisco a su bollo de melocotón y comentó: “Huh.”

Extra:

Notas del Traductor (al inglés)

El Diario de *El Diario de la Apotecaria*

Vol. 2

En busca de complementos

Bienvenido una vez más a las páginas extras. (O al espacio digital adicional teóricamente equivalente a dichas páginas, ya que presumiblemente estás leyendo esto de alguna forma no física). Gracias por acompañarnos en el volumen 2 de *El Diario de la Apotecaria*.

La última vez mencioné de pasada la variedad de vocabularios especializados en los que se sumerge esta serie, y en esta edición de *El Diario de la Apotecaria* me gustaría hablar de algunos de los retos que plantean para el equipo de traducción. En concreto, me gustaría centrarme en cómo influye la ambientación en el tratamiento de la traducción, utilizando un ejemplo de vocabulario relativamente básico y otro, más complejo, sobre cómo traducir al inglés un término relacionado con la ambientación.

Cuando empecé a prepararme para traducir *El Diario de la Apotecaria*, una de las primeras cosas que hice (después, por supuesto, de leer un poco del volumen 1 para hacerme una idea de cómo era la escritura y qué nivel de jerga era probable que tuviéramos que manejar) fue explorar fuentes de vocabulario relacionadas con la ambientación. Aunque la serie no está ambientada en una época concreta de la historia de China, el entorno está claramente influenciado por ese país, por lo que resultaba crucial estar familiarizado tanto con esa época y ese lugar en general como con el lenguaje asociado a ellos.

Al principio, me interesaban especialmente dos cosas: cómo llamar al escenario principal en inglés y cómo traducir 妃 (consorte). “Palacio Posterior” es esencialmente la traducción literal del japonés *koukyuu* (後宮, los mismos caracteres que se usan en chino), pero no sabía si esta expresión era aceptable o actual, o si podría haber una forma más común de referirse a este lugar o sistema en inglés. Conozco un poco de chino y pensé que sería más productivo buscar el término mandarín *hougong* que su equivalente japonés. El primer resultado de mi búsqueda en Google fue una página de Wikipedia titulada “Sistema de Harén Imperial Chino”. Como dije en el volumen anterior, Internet es un verdadero regalo del cielo para los traductores.

Esta página incluye una larga lista de sistemas de clasificación de las mujeres del harén imperial en diversas épocas de la historia china. Una vez más, *El Diario de la Apotecaria* no está vinculada a ningún periodo de tiempo, por lo que ninguna de las listas de la página se corresponde exactamente con el sistema presente en la serie. Sin embargo, nos dio una idea de cómo funcionaban los rangos, y cuáles podían ser sus relaciones con el emperador y entre sí. Ayudó a aclarar la lectura y el significado del término 妃 (*kisaki* o *hi* en japonés; *fei* en chino), pero no aclaró específicamente si “palacio posterior” era el uso estándar en inglés.

Bien, entonces haría otra cosa. Para abreviar, probé con diferentes cadenas de búsqueda en Google Scholar (un subservicio de Google especializado en artículos académicos) y encontré un puñado de artículos sobre las mujeres en la China imperial. Estos artículos ayudaron a confirmar que el término “palacio posterior” es utilizado por los académicos contemporáneos. Es más, las notas a pie de página de uno de los artículos hacían referencia a un libro titulado *Un Diccionario de Titulo Oficiales en la China Imperial*, de Charles Hucker. A pesar de lo tentador del título, se trataba de uno de esos libros académicos descatalogados que iba a ser demasiado caro conseguir. También decidí buscar el título en Google, por si acaso estaba en Google Books o algo así. No estaba, pero sí disponible,

aparentemente de forma legítima, en el sitio web de la Universidad de Harvard.

Este libro, que incluye tanto traducciones como descripciones de un asombroso número de antiguos títulos y cargos chinos, es un tesoro, y fue de gran ayuda cuando Sasha y yo elaboramos la nomenclatura de los diversos cargos mencionados en nuestra serie. Aunque no hemos utilizado todas las traducciones del diccionario al pie de la letra — nuestra prioridad era asegurarnos de que todo encajaba con el significado previsto en el contexto de la historia—, no podríamos haber pedido una fuente mejor para sentar las bases de lo que finalmente se nos ocurrió.

Así es como un traductor puede enfrentarse al vocabulario especializado con el que no está familiarizado. Sin embargo, ya que estamos hablando de elementos léxicos relacionados con la ambientación, quiero hablar de una palabra que aparece aquí, en el volumen 2. En una escena inicial en la que se presenta a Lakan, tenemos el siguiente pasaje (en la traducción final): “El hombre se llamaba Lakan y era un comandante militar. En otra época, podría habersele considerado un dragón dormido, una gran mente militar a la espera de ser descubierta, pero en los tiempos que corren no era más que otro excéntrico.”

En particular, quiero centrarme en el segmento “un dragón dormido, una gran mente militar a la espera de ser descubierta”. Toda esta cláusula traduce un trozo que en japonés se limita a decir: “podría haber sido llamado [un] *taikoubou* (太公望).”

Si busca la palabra *taikoubou* en un diccionario japonés-inglés corriente, es probable que encuentre que significa “un pescador”, tal vez incluso “un ávido pescador”. Buscar en japonés aclara las cosas—*taikoubou* se refiere a una persona en particular: una figura histórica de la antigua China. En inglés, los nombres más comunes de esta persona son Lu Shang y Jiang Ziya. (Como en muchas culturas, en la antigua China la gente cambiaba frecuentemente de nombre o adoptaba nombres o títulos diferentes en respuesta a acontecimientos a lo largo de su vida). La historia cuenta que el rey Wen de Zhou (un estado chino muy antiguo) encontró a Lu Shang pescando y quedó impresionado por el inusual método de este hombre: no utilizaba anzuelo en absoluto, sino que simplemente reconocía que los peces vendrían a él cuando estuvieran listos. Como el rey Wen esperaba que alguien perspicaz y astuto, como él, fuera uno de sus ministros, contrató a Lu Shang y le dio el título de Taigong Wang, o, más o menos, “la esperanza del Gran Duque”, en japonés, *taikoubou*. Es a partir de esta historia que la palabra ha pasado a referirse a un pescador devoto.

Hay un par de maneras de manejar la traducción de la palabra en nuestro pasaje. Una sería utilizar directamente el referente histórico y traducirlo como “él [Lakan] podría haber sido llamado un Jiang Ziya regular”. Sin embargo, un problema con este enfoque es la cuestión de hasta qué punto se utiliza literalmente “Esperanza del Gran Duque”/Jiang Ziya en el texto original. Los lectores japoneses podrían reconocer la referencia; “Taikoubou” aparece como personaje en otras fuentes de la cultura pop, sobre todo en el manga y el anime *Hoshin Engi/Soul Hunter*. Pero, ¿debemos considerar a Jiang Ziya como una figura que existió de hecho en el mundo de *El Diario de la Apotecaria*, que es un ejemplo tan destacado de virtud militar en este mundo como lo es en el nuestro?

Sugiero que esa no es la intención. Se está invocando a Jiang Ziya, en esencia, metafóricamente. En otras palabras, no se trata de Jiang Ziya personalmente, sino más bien de la idea de un estratega brillante, tal vez uno que podría pasarse por alto fácilmente. Por lo tanto, habría sido posible omitir por completo la referencia y limitarse al matiz que acabamos dándole: “En otra época, podría habersele considerado una gran mente militar a la espera de ser descubierta...”

Dicho esto, no creo que el referente histórico sea el punto principal, aunque sí creo que probablemente sea un punto secundario. ¿Es una mera coincidencia que esta serie de influencias chinas utilice un

término con un referente histórico chino para exponer su punto de vista? Probablemente no. Eso sugiere que estaría bien incluir la referencia de alguna manera en inglés, pero ¿cuál es la mejor forma de hacerlo? En japonés, no se hace referencia a Jiang Ziya por su nombre propio, sino por un sobrenombre prominente, lo que desdibuja un poco la fuerza de la pregunta sobre su existencia histórica en este escenario. Por el contrario, ningún equivalente en inglés (Taikoubou, Gran Duque Wang, la Gran Esperanza del Duque) tiene la misma combinación de vigencia y significado. (Al tomar esta decisión, también tuve en cuenta lo que permitiría a la gente buscar fácilmente la referencia si quisieran investigarla).

Mi solución fue la expresión “un dragón dormido”. Este era el apodo de Zhuge Liang (a veces conocido por su nombre de cortesía Kongming), estratega militar y consejero de Liu Bei, el gobernante del estado de Shu Han a principios del siglo III. Kongming es más famoso por las historias de *El Romance de los Tres Reinos*, y sigue siendo una figura proverbial y popular tanto en la cultura china como en la japonesa actual. A pesar de ser un estratega brillante, se mantuvo al margen hasta que Liu Bei acudió personalmente a solicitar su ayuda. (Se le llamaba dragón “durmiente” porque permanecía callado y discreto). Aunque procede de una época y una fuente diferentes, la historia de Kongming se parece mucho a la de Lu Shang; ambos se inscriben en la gran tradición china de grandes estrategias que esperan

como una joya enterrada en un campo a que el gobernante adecuado los encuentre.

Con este movimiento, obtenemos muchas de las mismas virtudes que con el *taikoubou* japonés: una referencia indirecta a un famoso estratega de la antigua China descubierto por un gobernante perspicaz; el uso de su sobrenombre en lugar de su nombre real y, por tanto, eludir la cuestión de hasta qué punto es “real” el personaje en este escenario. Al igual que *taikoubou*, “dragón dormido” es una frase evocadora e interesante de origen chino que, por cierto, los lectores interesados pueden buscar fácilmente en Internet. Por último, añadí la cláusula “una gran mente militar a la espera de ser descubierta” porque sospechaba que los lectores japoneses entenderían al menos esto del término *taikoubou*, así que no había razón para negar a los lectores ingleses el mismo conocimiento, aunque no se detuvieran necesariamente a buscar la referencia. (Tampoco está de más que la cláusula tenga un peso y un ritmo agradables, lo que da cierto equilibrio a la frase).

Para que quede claro, este tipo de traducción, en la que la interpretación en inglés se inspira en la japonesa pero está relacionada tangencialmente con ella, no es habitual; de hecho, no se me ocurre ningún otro caso en el que haya tenido que hacer un movimiento lateral como este. Pero creo que es una buena ilustración del tipo de saltos

intuitivos que a veces tienen que dar los traductores, y de hasta qué punto un poco de conocimiento del tema puede ayudar a la hora de tomar esas decisiones.

Gracias de nuevo por leer *El Diario de la Apotecaria*. ¡Espero verte en el volumen 3!

Palabras del Traductor

Hola, es Ferindrad. Antes de expresar mi opinión hagamos lo acostumbrado, primero déjenme agradecer a GJD, es gracias a su persona que esta novela se está traduciendo, y también a quienes continuamente leen mis otras traducciones, a todos ustedes: Gracias. Espero seguir contando con su presencia.

En cierta forma entiendo bastante al traductor al inglés de esta novela, siempre aparece una palabra, término o frase entera que te hace decir: «... ¿Y cómo coño traduzco esto?» Ya que uno entiende lo que se quiere decir, ahora, el plasmar ese significado manteniendo lo más posible la “gracia” de todo es otro cantar.

La saga Monogatari es eso constantemente para mí, pero basta de hablar de otra saga que no sea esta.

Nadie en ese palacio y todo aquel relacionado a él la ha tenido fácil.

El papá adoptivo de Maomao es su tío-abuelo (espero no estarme equivocando en su parentesco) y sus padres biológicos resultaron... bueno, como resultaron. Al menos su final fue satisfactorio dadas las circunstancias.

Al parecer Jinshi está siendo eunuco en función más no en forma, eso está por aclararse del todo, pero al ser así quizás tenga chance con Maomao. En lo personal su relación la veo más como una amistad que

cómo un romance, pero como antes queda esperar y ver el desarrollo de su relación.

Cierto, cosa que olvidé mencionar la vez pasada. Se me hace muy lindo que Maomao se llame literalmente gato.

Y lo de la harina explosiva es muy cierto, son explosiones bastante curiosas.

Esperando con ganas ver el anime de esta historia (que al momento de escribir esto ya tiene fecha, pero aún no sale), sin más nos leemos (?) en otra ocasión.

Para todos de Ferindrad.

**Toda vuestra vida depende de las personas
con las que vivimos familiarmente.**

HENRI-DOMINIQUE LACORDAIRE.

Predicador y escritor francés.

(1802-1861)

